

Un SUSTITUTO *Improbable*



JAX CALDER

Un Sustituto Improbable

Dilemas Improbables

Libro 3

Traducido por

Carina Cerri

Jax Calder 
AUTHOR

Título original: *The Unlikely Spare*
Primera publicación en 2025 por Jax Calder

Un sustituto improbable
Copyright © 2026 Jax Calder

Traducción: Carina Cerri
[Instagram](#)
@carinatradmm

Ilustración y diseño de la portada: Willow Sterling

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, la reproducción parcial y total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del *copyright*. Se aceptan como excepción las citas breves entrecomilladas que se usen para reseñar la obra.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, sitios y situaciones son fruto de la imaginación de la autora y cualquier semejanza con la realidad es mera coincidencia.

Nota: NO IA/BOTS. La autora no da su consentimiento a ninguna inteligencia artificial (IA), generativa, modelos de lenguaje a gran escala (LLM), aprendizaje automático, *chatbots*, o a cualquier otro tipo de análisis automático, procesos generativos o programas de replicación para que se reproduzca, se versione, se copie, se resuma o se replique ninguna parte de este trabajo creativo a través de ningún medio, ya sea impreso, gráfico, multimedia, audio o cualquier otro sin el consentimiento expreso de la autora. Defiendo el derecho de los humanos a controlar sus creaciones artísticas.

Índice

[Advertencia de contenido sensible](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo 1: Un rollo anónimo](#)

[Nota de la autora](#)

[Más libros de Jax Calder en español](#)

[Más libros de Jax Calder en inglés](#)

[Sobre la autora](#)

Un Sustituto Improbable

¿Qué sucede cuando un príncipe se enamora del agente encubierto que se hace pasar por su guardaespaldas?

Nicholas

Soy el hermano menor del príncipe de Gales, el príncipe sustituto. Desde el momento en que escalé posiciones en la línea de sucesión, no he hecho más que vivir bajo esta consigna: «Existir. No avergonzar a la Corona. Repetir».

Tras un vergonzoso problema de seguridad, me han asignado como nuevo guardaespaldas a un irlandés enorme y taciturno que me fulmina con la mirada como si hubiese faltado el respeto a sus ancestros o algo. Que sea la única persona completamente inmune a mis encantos me resulta inconveniente, dado que tengo la costumbre de utilizar mis ocurrencias como mecanismo de defensa.

Ni yo mismo entiendo por qué siento la necesidad de buscar la aprobación del oficial O'Connell en todo momento.

Una gira oficial por Australia y Nueva Zelanda es justo lo que necesito para escapar del invierno británico y disfrutar del sol del hemisferio sur. Pero no contaba con que representar a la monarquía en las antiguas colonias me llevaría a confrontar verdades incómodas sobre cómo mi familia acabó en posesión de las joyas de la Corona.

Además, la visita sería mucho más agradable si no intentaran asesinarme.

Eoin

Me costó sangre, sudor y lágrimas abandonar los bajos fondos de Irlanda y convertirme en un agente encubierto de alto rango de Scotland Yard. Pero una profunda brecha de seguridad dentro del

cuerpo me tiene ahora investigando a mis propios colegas al tiempo que juego a ser el guardaespaldas de un príncipe mimado durante su gira por Oceanía.

El príncipe Nicholas parece tener la habilidad de crispar todos y cada uno de mis nervios. Aun así, soy un profesional. Puedo lidiar con un capullo pijo que va de listillo.

Entre arrumacos con koalas, lecciones de didyeredú y arañas mortales en habitaciones de hotel, comienzo a entrever a la persona que se esconde bajo la fachada principesca. Mi misión es descubrir cuál de mis compañeros supone una amenaza para el príncipe Nicholas, no obsesionarme con el hombre más complejo, fascinante y, a su vez, el mayor grano en el culo que he conocido en mi vida.

Cada día la línea entre el deber y el deseo se va difuminando, al tiempo que la amenaza que se cierne sobre Nicholas se intensifica.

¿Cómo lograré mantener mi tapadera, proteger a Nicholas y resistir la tentación de empujarlo contra la pared más cercana para borrarle a besos esa sonrisita burlona?

Un sustituto improbable *es una comedia romántica con toques de suspense que tiene como protagonistas a un príncipe algo fiestero intentando comprender cuál es su sitio en el mundo y a un agente encubierto que guarda cierto resentimiento. A medida que las amenazas se agravan y la atracción se intensifica, ambos deberán decidir qué están dispuestos a arriesgar y qué es aquello por lo que merece la pena luchar.*

Advertencia de contenido sensible

Este libro contiene ciertos temas que podrían ser un detonante emocional para algunos lectores. Si bien creo que es importante añadir una advertencia de contenido sensible al principio del libro, puede que dicha advertencia destripe ciertas partes de la historia, así que tenlo en cuenta antes de leerla. Gracias.

- Referencias a un padre alcohólico.
- Referencias a la pérdida de un padre en la infancia.
- Amenazas de un grupo terrorista a la seguridad de uno de los protagonistas.
- Uso de armas para garantizar la seguridad.
- Conversaciones exhaustivas sobre los efectos de la colonización.

Capítulo Uno

Eoin

No tengo claro si me lloran los ojos por culpa de este licor tan cutre o por culpa del *after shave*, más cutre aún.

Puede que sea por las dos cosas.

En los cinco meses que llevo trabajando en este caso he agradecido ser fuerte de estómago, porque los sitios en los que me ha tocado currar no son precisamente los que aparecen en los folletos turísticos de Londres.

A no ser que exista alguna campaña de publicidad con el eslogan «Ruta por los antros que harían temblar a los inspectores de Sanidad».

—¿Otra ronda? —pregunta Donny enseñando su copa vacía al barman.

Mientras asiento, mantengo la postura relajada y los ojos entornados, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

En este trabajo la paciencia lo es todo.

—Entonces, los diamantes... —digo en voz baja para que no me escuchen en otros rincones del bar—. Vienen de una fuente de confianza, ¿no?

Donny se humedece los labios con la lengua.

—Son joyas de las buenas, tío. De la puta colección de los Fletcher, tal como querías. Calidad superior.

Bebo un sorbo de cerveza que me sabe como si alguien hubiese escurrido un trapo sucio dentro del vaso.

—Mi cliente es quisquilloso. Como no sean auténticos... —añado.

—Son mierda de la buena. Recién salidos del horno de un ático de Mayfair.

—¿Los has mangado tú mismo? —pregunto, aunque tengo claro que no es cierto. Donny es un intermediario, no un ladrón.

—No, tengo un nuevo proveedor. —Saca pecho—. ¿Has visto cómo voy escalando posiciones en la vida?

—Pues muéstrame la mercancía, entonces.

Hace un barrido del bar y luego se lleva la mano hacia su chaqueta mugrienta. Por instinto, la mía se mueve en dirección al arma oculta en mi cadera. Estoy preparado por si la cosa se pone fea.

Tras sacar una bolsita de terciopelo, la arroja en medio de la mesa provocando un golpe seco.

Me tomo mi tiempo aflojando el cordón con movimientos despreocupados. El brillo de los seis diamantes Fletcher es visible incluso bajo la tenue luz. Cada uno vale más que lo que yo cobraré en cinco años.

Me limito a fingir desinterés.

—No están mal. ¿Los puedo mirar mejor?

Sin esperar respuesta, saco del bolsillo una lupa de joyero. Donny se remueve, inquieto, mientras examino cada piedra como si no supiese que son auténticas.

—Me valen —digo, por fin, tras guardarme la bolsita en la chaqueta—. ¿El precio de siempre?

—No, esto es *prémium*. Veinte por ciento más.

Resoplo.

—Diez. Y porque me siento generoso.

—Quince —replica en tono ofendido—. Tengo mis gastos.

—¿Como cuáles? ¿Un *after shave* decente? Deberías planteártelo, la verdad.

Me ofrece una sonrisa que deja ver dientes dignos de protagonizar una película de terror.

—Doce y medio. Tómallo o déjalo —advierde.

—Vale —contesto al tiempo que cojo la cartera—. Doce y...

La puerta del local se abre abruptamente. Dos policías uniformados entran al bar.

Los ojos de Donny se agrandan por la sorpresa.

—¡Putá rata...!

No espero a que termine.

—¡Rápido! —les grito a los policías. Aunque ya se han lanzado a por Donny, el desgraciado resulta ser más escurridizo de lo que aparentaba.

Sale a toda velocidad tras voltear la mesa y provocar que las cervezas se estrellen contra el suelo.

Comienza la persecución. No voy a permitir que se vayan al garete cinco meses de trabajo duro solo porque Donny Walsh se cree velocista olímpico.

Enfila hacia la puerta trasera a toda pastilla y sale hacia el callejón del bar. La puerta me da en el hombro, pero la adrenalina suprime cualquier dolor.

—¡Alto, policía! —vocifero. Por supuesto, no se detiene. En toda la historia de la delincuencia, nadie ha pensado jamás: «¡Ah, han dicho "alto"! Lo mejor es que me entregue y les ahorre a todos la sesión de cardio».

El callejón es estrecho, con décadas de mugre en su haber y sabe Dios qué más. Donny tropieza con una montaña de basura, y veo la oportunidad. Redoblo esfuerzos y me lanzo a por él haciendo caso omiso del dolor en mis piernas.

Tras caer al suelo en un batiburrillo de extremidades, rodamos por la acera mojada.

El impacto me deja sin aliento, pero hago uso del adiestramiento recibido. Le sujeto el brazo derecho y se lo retuerzo en la espalda mientras lo inmovilizo con el peso de mi cuerpo.

—¡Suéltame, cabrón! —grita.

Me acerco a su oído.

—Eoin O'Connell, Policía metropolitana. —Y tras estamparle la placa en la cara—: Quedas arrestado, imbécil.

—¡Te mataré! —escupe, retorciéndose con más vigor—. ¿Entiendes? ¡Te voy a matar, cabronazo!

Le aprieto el brazo un poco más, por lo que acaba soltando un alarido.

—Hay toda una cola de gente que quiere matarme. Así que ve pillando sitio.

Los dos oficiales uniformados aparecen al final del callejón y corren hacia nosotros. En el forcejeo, Donny logra liberar una mano y la utiliza para clavarme las uñas y hundirlas en mis mejillas.

—¡La madre que te parió! —gruño mientras vuelvo a agarrarlo del brazo—. Deja de retorcerte. Se acabó.

En cuanto los oficiales se acercan, me ayudan a poner a Donny en pie.

Este me dedica una mirada asesina.

—¿Cómo coño eres un madero?

—Scotland Yard tiene que cubrir su cupo de matones y fui el único candidato capaz de deletrear «detective» —respondo—. Aunque, entre tú y yo, tuve que practicar en voz alta.

Donny escupe una mezcla de sangre y saliva que cae a unos milímetros de mi bota. El oficial a mi derecha lo agarra con más fuerza, y a Donny se le escapa una mueca de dolor.

—Los diamantes Fletcher —comunico a uno de los oficiales al tiempo que extraigo la bolsita de terciopelo de la chaqueta—. La prueba.

—Buen trabajo, O'Connell —dice una voz familiar desde el final del callejón. La inspectora detective Patel se acerca y sus ojos oscuros observan, con cierta guasa, mi estado de desaliño.

Después hace un gesto con la cabeza para que los oficiales se hagan cargo de Donny.

Mientras se lo llevan a rastras maldiciéndome a mí, a mis ancestros y a mi descendencia futura, Patel examina la bolsita de diamantes.

—Será un alivio para los Fletcher. Lady Fletcher les tenía especial cariño.

—Me encanta poder reconfortar a la aristocracia —respondo, seco, al tiempo que me limpio la sangre de la mejilla que arañó Donny—. Voy a escribir el informe y luego iré de cabeza a la ducha para quitarme este olor apestoso.

—Va a ser que no. —La expresión de Patel se vuelve seria—. Te necesitan en la sede central. De inmediato.

Frunzo el ceño.

—¿No puede esperar? Necesito que Donny...

—Son órdenes del mismísimo comisario detective Thornton. Ha pedido que te presentes en cuanto acabes aquí.

Un escalofrío de intranquilidad me recorre la espina dorsal.

—¿Te ha dicho el motivo?

—No, pero es algo gordo. El subdirector general también está allí.

¡La virgen!

—¿Me pondrán de patitas en la calle? —Aunque me río, se me contrae el estómago. Desde que me fui de Belfast no he hecho más que dejarme la piel en este trabajo.

En ocasiones tengo la sensación de que lo único que me separa de gente como Donny es haber escogido un camino diferente ante la misma intersección.

—Si quisieran despedirte no le harían perder el tiempo al subdirector general —responde Patel—. Te espera un coche al final de la calle.

Espléndido. Se me está secando la sangre en la cara, la ropa apesta a cerveza barata y me espera una reunión con el mandamás de Scotland Yard.

Por el amor de Dios, ¿qué quieren de mí?

Capítulo Dos

Eoin

La sede central de Scotland Yard es una peineta arquitectónica a la sutileza: todo cristales brillantes y acero pulido. Muy alejado de aquel edificio original victoriano que vio nacer a la Policía metropolitana de Londres y de cuya entrada trasera en Great Scotland Yard tomó su sobrenombre.

Mientras avanzo por el vestíbulo varias cabezas se giran.

No los culpo. Parece que me hubiera peleado contra un contenedor de basura, y me hubiese ganado por goleada.

Por otro lado, estoy acostumbrado a no encajar.

Soy un tío de Belfast que creció en un barrio de viviendas protegidas donde el concepto de crecimiento personal abundaba menos que los calentadores que se mantenían encendidos todo el invierno. Más adelante entré en la Policía, el trabajo perfecto para un católico de Irlanda del Norte si buscas que todo el mundo te desprecie por igual.

Nunca me he quitado esa sensación de tener siempre el acento incorrecto en cualquier sitio.

Durante el primer año en el que Scotland Yard me reclutó para el MO3, me convocaron a una reunión para que pusiera al corriente a los oficiales de rango superior sobre el traficante de armas irlandés al que me había estado trabajando durante semanas. A mitad de mi

discurso, uno de los típicos gilipollas *oxbridge*, como se les dice a los que han ido a Oxford o Cambridge, y que infestan las altas esferas de Scotland Yard, me interrumpió para preguntarme:

—¿Podrías repetir el calibre? ¿Has dicho treinta o *trenta y tré*?

Una oleada de risas se esparció por la sala.

Aunque noté que la nuca me hervía más que una tetera, lo miré impasible.

—Treinta milímetros. ¿Hace falta que lo ponga por escrito?

Arqueó las cejas de inmediato, pero un mes después, cuando mi trabajo como agente encubierto permitió destapar la red de tráfico más grande a la que se enfrentó la Policía metropolitana en una década, al imbécil de Oxbridge le tocó cerrar el pico.

Ese éxito me ayudó a subir puestos y a convertirme en sargento detective, si bien de forma temporal, en el plazo de cuatro años, algo prácticamente inaudito. Este es mi año de prueba, con lo cual tengo que demostrar el suficiente carácter para que me autoricen un ascenso permanente.

En el ascensor, el espejo me devuelve la imagen que las demás personas han visto: estoy horroroso. Se me ha empezado a formar un moratón en la mejilla que va a juego con las ojeras que me han salido tras largas noches en los establecimientos más sórdidos de Londres. Mis rizos de color castaño oscuro se me enroscan en el cuello y me piden un corte a gritos.

Es el aspecto que cualquiera querría tener cuando está a punto de reunirse con los mandamases de la Policía metropolitana.

Intento quitarle algo de mugre a la chaqueta de cuero, pero lo único que logro es extender la suciedad. Parece que me hubiesen echado *catnip* y un felino se hubiera ensañado conmigo.

Tanto es así que, en cuanto me acerco al escritorio de la secretaria de Thornton, la veo echarse hacia atrás. Trato de no tomármelo como algo personal.

—¿El comisario detective Thornton? Soy el sargento detective O'Connell —me presento.

Aún no me acostumbro a comunicar mi nuevo rango.

La secretaria resopla a modo de desaprobación.

—Lo esperan en la sala de reuniones.

En plural. Me da un vuelco el estómago.

Tras respirar profundo y enderezarme, abro la puerta.

En cuanto entro, activo el radar y escaneo a los asistentes alrededor de la elegante mesa, todo culpa del adiestramiento recibido.

A la cabeza, Martin Thornton, comisario detective y mandamás absoluto de la MO3, la Unidad de Policía Encubierta de la Policía metropolitana. Durante los cuatro años que llevo en Scotland Yard he aprendido a respetarlo y temerlo.

Está hablando con su jefa, la comandante Helen Adebayo, de crimen y operaciones especiales.

Joder. Si Adebayo está aquí, el asunto es serio.

Me relajo un poco al ver una cara conocida a la derecha de Thornton: el comisario Colin Pierce. Su complexión delgada y sus gafas con montura metálica son fáciles de reconocer.

Pierce fue quien me reclutó para Scotland Yard después de investigar juntos un caso de contrabando de cocaína en los puertos de Belfast y Liverpool.

Una vez dentro, siempre se interesó por mí, y durante mi primer año trabajé bajo sus órdenes en diferentes investigaciones.

Desde hace unos años forma parte de la unidad de operaciones especiales, y no me extraña que lo ascendieran a comisario de la Royalty and Specialist Protection Command, más conocida como RaSP, la división especial de la Policía metropolitana que se encarga de proteger a la familia real y a políticos de alto rango. Pierce siempre ha tenido esa mezcla de cordialidad y efectividad implacable que lo hacen un buen jefe: en un momento te ofrece un bizcocho al ron de la receta barbadense de su abuela y, al siguiente, analiza con precisión quirúrgica cada uno de tus errores tácticos.

Pero ¿por qué demonios está aquí? No tiene sentido.

Asiente con la cabeza a modo de saludo, lo que me deja igual.

Al otro lado de la mesa hay tres personas que no reconozco.

—Sargento detective O’Connell —saluda Thornton con su marcado acento de Yorkshire retumbando por la estancia—. ¿Ha venido directo de una misión?

—Sí, señor. El caso de los diamantes de los Fletcher. Sospechoso aprehendido, pruebas en nuestro poder. —Hago caso omiso del dolor en la cadera magullada y me planto en firme—. La inspectora detective Patel me dijo que era urgente.

—Así es. —Thornton señala a los otros—. Ya conoce a la comandante Adebayo y al comisario Pierce. Y aquí la comisaria jefa Walters de Antiterrorismo, Fraser Hunt de la Secretaría de Estado de Seguridad, y Louisa Prentice, abogada del Departamento de Servicios Jurídicos de la Policía metropolitana.

¡Jesús, María y José!

Esto es lo bastante serio como para involucrar a los Departamentos de Antiterrorismo y Servicios Jurídicos, y a la Secretaría de Estado de Seguridad.

El pronóstico no es alentador.

—Tome asiento, O’Connell —dice Adebayo señalando una silla enfrente de Pierce.

Me dejo caer manteniendo una postura perfecta a pesar de que varias partes de mi cuerpo empiezan a quejarse alto y claro por culpa del combate en el callejón.

—Imagino que está al tanto del secuestro de Matheson y Webley —comienza Thornton.

—Sí, señor.

Si alguien no se ha enterado de la mayor noticia de la última década es que ha estado en coma. El líder del Partido Conservador, Harry Matheson, y Toby Webley, un alto cargo del partido rival, los laboristas, sufrieron un secuestro a manos de un grupo terrorista en el avión en el que se desplazaban a una conferencia en Oslo.

El avión realizó un aterrizaje forzoso en Finlandia y, de alguna manera, Harry y Toby se las apañaron para escapar de los terroristas y sobrevivir en el bosque durante algo más de un mes antes de que los rescataran unas semanas atrás.

La prensa lo destacó como un triunfo digno de recibir un distintivo de los *boy scouts*, y la prensa amarilla aprovechó para explotar el concepto de dos enemigos políticos obligados a acurrucarse para conservar el calor corporal.

—Lo que aún no se ha hecho público es que hemos identificado a uno de los cómplices. Es uno de los guardaespaldas de Harry Matheson —explica la comandante Adebayo.

Se me hieló la sangre.

Tenemos un traidor en nuestras filas.

—Paul Hargrove —interviene por primera vez Walters, la comisaria jefa, al tiempo que desliza una fotografía por la mesa—. Forma parte de la RaSP desde hace seis años. Tiene un expediente intachable. Cero señales de alarma.

Examino la foto. Tiene un tipo de rostro fácilmente olvidable. Perfecto para un traidor.

—Se niega a hablar —continúa Walters con tono neutral—. Igual que los terroristas que atrapamos en Finlandia. Muestran una disciplina que solo he visto en las fuerzas especiales. Algo no cuadra.

—Y el perfil demográfico también es curioso —añade Pierce. Lleva el pelo corto al ras y la luz fluorescente realza sus canas—. Un ruso que, al parecer, es un mercenario. Y luego un chipriota, un egipcio, y el piloto australiano. No hay una conexión ideológica o nacionalista aparente.

—¿No son extremistas islámicos? —pregunto.

Pierce niega con la cabeza y explica:

—Hasta ahora, nunca han externalizado los ataques. Y no se han hecho responsables ni han enviado ningún mensaje religioso.

—¿La Inteligencia rusa? —vuelvo a intentarlo—. Tienen un historial de apuntar a instituciones británicas.

—Es posible —reconoce Thornton—, pero ¿por qué Matheson y Webley en concreto? ¿Y por qué los secuestran en vez de matarlos? No encaja con sus patrones operativos usuales.

Walters se inclina hacia delante.

—Hemos analizado los vestigios del material que recuperamos —dice—. No hay un nexo con agentes estatales o grupos terroristas.

—¿Individuos radicalizados? —pregunto. Crecí en Belfast en la primera década del siglo XXI; sé lo que pueden producir los rescoldos de la violencia política. Aunque los treinta años de guerra entre los que querían una Irlanda unida y los que eran fieles a Gran Bretaña habían acabado, la paz seguía intentando afianzarse. Aún había

hombres mayores hablando en clave en los bares, madres que se paralizaban ante el ruido de un tubo de escape por el fantasma de las bombas que seguía en el aire.

—Esos grupos radicalizados carecen de organización —declara Walters sin rodeos—. Los que monitorizamos no podrían llevar a cabo algo que requiere tanta coordinación sin que lo sepamos.

—Y nos ha llegado información de que este grupo sigue activo, y que Paul no es el único espía encubierto —me dice Thornton mirándome a los ojos.

Ahí está. Este es el motivo por el que me han llamado.

—Creéis que hay más infiltrados en la RaSP —afirmo.

Da miedo de solo pensarlo. Con que un solo miembro de la división esté implicado, toda figura pública del Reino Unido se halla en peligro.

—Es lo que sospechamos, sí —contesta Thornton—. Por eso la situación es de alto riesgo. Paul Hargrove ha demostrado que estos individuos tienen paciencia de sobra. Están dispuestos a integrarse en el sistema por completo, a convertirse en gente de confianza, incluso en un amigo.

—No podemos permitirnos otro fallo en la seguridad —interviene Pierce con voz grave— después de lo de Matheson y Webley. La gente ya de por sí no confía demasiado en nuestra habilidad para proteger a las figuras públicas.

—¿Cuál es el plan, entonces? —pregunto—. ¿Investigar la división especial del Royalty and Specialist Protection al completo? Hay cientos de oficiales.

—Hemos reducido el número —dice Thornton—. Empezaremos por los agentes de seguridad de los objetivos más importantes.

Desliza otra fotografía por la mesa. Reconozco ese rostro al instante.

El príncipe Nicholas Alexander, el medio hermano pequeño del príncipe de Gales. Es el príncipe «sustituto» que ha subido peldaños en la línea de sucesión después de un escándalo que cambió el panorama de la familia real.

La prensa amarilla lo adora. Es el príncipe con la sonrisa perfecta al que le encanta frecuentar establecimientos exclusivos con

acompañantes glamurosos que siempre van cambiando.

En esta foto en concreto se lo ve saliendo de alguna discoteca, con la ropa de diseñador arrugada, y regalando una sonrisa que seguramente detendrá los corazones de muchos en el Reino Unido.

Mi corazón también reacciona ante la foto, pero no por el mismo motivo.

Irlanda del Norte y la realeza son como esas parejas que han roto de forma espantosa, pero siguen compartiendo el mismo piso de alquiler. Durante ochocientos años la monarquía y la aristocracia británica «hicieron uso» con total libertad de las tierras irlandesas, de las cosechas irlandesas, en definitiva, de todo lo perteneciente a Irlanda. Luego se sorprendieron cuando no les agradecemos tal «privilegio». Colocaron a protestantes escoceses en Ulster para civilizar a los católicos salvajes, dividieron la isla en cuanto tuvimos la «osadía» de querer independizarnos, y se aseguraron de tener un número suficiente de protestantes en los seis condados de Irlanda del Norte como para que votasen como más le convenía a Londres.

Para evitar que nos matemos entre protestantes y católicos, se erigieron en Belfast lo que se conoce como los «muros de la paz».

Han transcurrido veintisiete años del Acuerdo de Viernes Santo, donde los paramilitares de ambos bandos estuvieron de acuerdo en deponer las armas y, aun así, por la noche se les echa el cerrojo a las puertas de los muros.

La familia real siempre ha sido el símbolo más prominente de la opresión inglesa.

Y aquí se halla este católico de Belfast de clase obrera, a punto de que le asignen una misión que incluye investigar una amenaza en contra de un miembro de esa familia.

Si esto no es una burla del cosmos, no sé qué es.

—Nos ha llegado información que sugiere que el príncipe Nicholas es el próximo objetivo —continúa Thornton—. Si el espía infiltrado pertenece a la RaSP, lo más probable es que sea alguien de su equipo.

Observo la sonrisa perfecta que desprende el príncipe Nicholas en la foto.

—¿Por qué él? —pregunto.

Thornton se encoge de hombros y responde:

—¿Quién sabe? Quizás suponen que es más fácil acceder a él que al príncipe Callum. Nos basamos en un rumor de nuestra red de Inteligencia. Por eso necesitamos a alguien dentro de la RaSP.

El silencio que sigue deja claro cuál es la conclusión.

—Con todo mi respeto —digo con cautela—, no tengo experiencia como agente de seguridad.

—Tiene experiencia de sobra como agente encubierto —contraataca Thornton—. Su entrenamiento en combate supera al de la mayoría de los oficiales de la RaSP, y su sentido del instinto es excepcional. Además, lo más importante es que parece un agente de seguridad.

Lo de «parecer un agente de seguridad» se traduce en que mido un metro noventa y tres y puedo bloquear una puerta con el cuerpo.

—Aceleraremos su adiestramiento —interviene Pierce—. Como tapadera, alegaremos que es agente de seguridad de diplomáticos y que lo hemos transferido para reforzar la seguridad tras el secuestro de Matheson y Webley.

Bajo la vista a la foto una vez más, intentando que no se me note el rechazo que me produce.

El príncipe Nicholas representa todo contra lo que he luchado en mi vida. Todo contra lo que han luchado ochocientos años de historia irlandesa. Un sistema que protege a los privilegiados mientras ignora a los más vulnerables.

Mi animadversión natural me lleva a abrir la boca sin pensar que les estoy haciendo frente a los mandamases que tienen en sus manos tanto mi ascenso como toda mi carrera profesional.

—No creo que sea la persona adecuada —suelto sin más—. Nunca he trabajado en el círculo de la aristocracia.

Es cierto. Scotland Yard me utiliza para que me camufle con la gente de los bajos fondos. He hecho de drogadicto, de perista de poca monta, de estibador con deudas de juego. Todos papeles donde mi acento de Belfast y mi aspecto tosco no suponen un lastre, sino que me acreditan para el trabajo.

Sé cómo funciona la calle. Sé la diferencia entre un yonqui con tic nervioso y las señas de un traficante, entre una pelea a punto de

explotar y mero fanfarroneo.

Sobre los protocolos de la realeza no sé una mierda.

—Por eso es la elección perfecta —añade la comandante Adebayo con esos ojos calculadores que parecen haberme calado en cuanto entré por la puerta—. No tiene ideas preconcebidas ni le debe lealtad a los de palacio.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que neutralicemos la amenaza —responde Pierce mientras sus ojos se encuentran con los míos.

O sea, por tiempo indefinido. Espléndido.

Sé que es una buena oportunidad a nivel profesional. Soy ese chaval de barrio marginal al que se le ha confiado la protección del segundo en la línea de sucesión al trono. Si mi padre estuviese vivo, se troncharía de risa o le daría un puñetazo a la pared.

Conociéndolo, ambas tras unas cuantas copas.

Respiro profundo al tiempo que valoro opciones. Seamos realistas: no las hay. Rechazar una misión de máxima prioridad cuando lo más probable es que Pierce me haya escogido a dedo en mi año de prueba sería una mancha negra en mi currículum.

En mi profesión, la reputación es lo único que cuenta.

No puedo evitar pensar que, cuanto más lejos llegue en Scotland Yard, más cerca estaré de cambiar el sistema que nos engulló a mí y a mi familia y nos escupió con una palmadita en la espalda y una indemnización insuficiente.

—Acepto —respondo, por fin.

Siento que la ligera tensión que emanaba de la mesa disminuye. Pierce relaja los hombros. Thornton asiente, y un ligero gesto de aprobación se forma en sus facciones adustas.

Me pongo de pie con una mueca de dolor por culpa de mi cadera magullada.

—¿Cuándo empiezo? —pregunto.

—La formación comenzará mañana a las seis —informa Pierce—. En menos de una semana estará trabajando con el príncipe Nicholas.

En cuanto me giro para marcharme, la comandante Adebayo vuelve a hablar:

—¿Sargento detective O'Connell?

Me doy la vuelta para mirarla.

—No olvide su nueva identidad. Ahora es un agente de seguridad, no un detective. Deberá comportarse como tal en todo momento.

Lo que intenta decirme es que debo ser respetuoso con un hombre cuyo mayor logro en la vida fue haber nacido, y cuya idea de pasar dificultades se reduce, probablemente, al momento en que se acaban las existencias de su té favorito.

Le respondo con una sonrisa forzada.

—Estoy seguro de que su alteza y yo nos llevaremos de maravilla.

Tras salir de la oficina, no me quito la sensación de haberme metido a un bar en medio de una pelea con las manos atadas a la espalda. Algo en esta misión no me huele nada bien.

¿Acabo de cometer el peor de los errores? Entré a la Policía para proteger a los más vulnerables, no para hacer de canguro de uno de los hombres más privilegiados del país.

En último caso, lo que yo opine sobre gilipollas que nacieron en cuna de oro no es relevante. Hay traidores entre nuestras filas. Terroristas que tienen a nuestras instituciones en el punto de mira. Y, al parecer, el príncipe Nicholas Alexander, el segundo en la línea de sucesión al trono, fiestero de profesión y heredero sustituto, podría estar en peligro.

De nuevo, bajo la vista hasta la foto que sujeto en la mano. Una sonrisa perfecta, ensayada. Unos ojos que no saben lo que es pasar verdaderas dificultades.

Esto va a ser de lo más interesante.

Capítulo Tres

Nicholas

CALLUM

Quería que fueses el primero en saberlo.

El mensaje de mi medio hermano, es decir, del príncipe de Gales, yace en mi teléfono cual bomba en cojín de terciopelo.

La frase va acompañada de una imagen borrosa que parece sacada de una película de terror. Una con alienígenas que les tienen cariño a los ecógrafos del Sistema Nacional de Salud, claro.

Porque ese manchurrón es la primera foto del futuro rey o reina del Reino Unido. Nada de la típica frase de alienígenas «Llévame hasta tu líder», sino «Voy a ser tu líder, literal».

Envío una respuesta rápida:

NICHOLAS

Mis más sinceras felicitaciones para ti y para Oliver. Ya noto el parecido familiar.

Me guardo el móvil en el bolsillo tras darle a «enviar» y me dedico a observar la inmensidad de los jardines de Rosemere Hall, el inmueble que pertenece a la familia de mi madre desde hace doce generaciones. Estamos a mediados de noviembre, y el jardín es una amalgama de marrones y verdes bajo un cielo plomizo.

Hete aquí un príncipe meditando en un balcón. Una escena que, no me caben dudas, se ha plasmado en más de un cuento de hadas a lo largo de la historia.

Es imposible describir las emociones que siento ante la noticia de mi hermano.

Alegría, por supuesto, de que la aventura de la gestación subrogada en la que se embarcaron Oliver y Callum haya culminado con éxito. En unos ocho meses veré nacer a mi primer sobrino o sobrina. Le enseñaré a montar en poni, porque dejarlo en manos de Callum y sus cuestionables técnicas ecuestres es muy poco recomendable. También aprenderá la técnica para deslizarse por el césped de Frogmore House con bandejas de plata que «tomaremos prestadas» de la despensa, en plan «trineo» improvisado. Incluso le enseñaré el arte de robar galletas de un banquete de Estado sin dejar migas incriminatorias.

Sin duda, el hijo o hija de Callum y Oliver vivirá una niñez muy diferente a la mía. Tendrá a dos padres cariñosos que lo mimarán, que criarán al futuro monarca del Reino Unido con afecto y dedicación.

Aunque no todo será color de rosa, claro. En vez de los típicos cuentos para irse a dormir, tendrá que soportar lecciones sobre las políticas económicas más razonables. Es lo que tiene que uno de tus padres sea un ex primer ministro. Ya me lo puedo imaginar: «Había una vez un PIB que deseaba crecer fuerte y robusto...».

De hecho, la mezcla entre el optimismo americano de Callum y el cinismo británico de Oliver tiene el potencial de crear al miembro de la realeza más cuerdo de la historia, o al más perturbado.

En cualquier caso, ocuparé un lugar especial en la vida de mi sobrina o sobrino al ser su único tío, ya que ni Oliver ni Callum tienen grandes familias.

Callum solo tiene una medio hermana, mi hermana Amelia, que en estos momentos disfruta de la hospitalidad de Bronzefield, la prisión de su majestad en Surrey, tras participar en una conspiración para asesinarlo. Imagino que no tiene la intención de tejer patucos de bebés, a menos que lo de aprender un oficio en la cárcel de repente se ponga de moda entre los nobles.

He de admitir que lo de ser tío me provoca otras emociones además de alegría. En nuestra familia, el nacimiento de un niño implica la reestructuración del orden jerárquico de la realeza, ese diagrama de flujos tan divertido que determina el orden en el que alguien deja de ser importante.

En mi caso, la llegada del hijo de Callum y Oliver supone una degradación. Pasaré de ser el sustituto a ser el «casi» sustituto.

El trono no me interesa. De verdad. Lo juro por el último rinoceronte en cautiverio de Sumatra, al que, por cierto, intenté «adoptar» medio borracho en una gala a favor de la protección de la flora y fauna.

A mi favor diré que en estos últimos años he sufrido cambios drásticos. A los veintidós, cuando acababa de obtener mi título en Oxford e intentaba averiguar qué quería hacer con mi vida, pasé del puesto doce al dos en la línea de sucesión al trono de la noche a la mañana. Todo gracias a la brillante idea de mis tíos y primos de aceptar sobornos a cambio de favores.

Palacio necesitaba que me convirtiera en un miembro funcional de la realeza capaz de cortar cintas de inauguración y de fingir fascinación ante la producción local de quesos.

Aunque han pasado dos años, cada vez que reflexiono sobre qué será de mí, me veo a mí mismo en una especie de limbo.

Nunca seré rey.

Me tocará dedicar mi vida a la monarquía y, al mismo tiempo, aceptar que mi destino consiste en ir pasando cada vez más a segundo plano para que el protagonismo recaiga en mis sobrinas o sobrinos.

Una tos discreta a mis espaldas interrumpe mis cavilaciones.

—Alteza, la duquesa requiere de su presencia en el Grand Hall. Está a punto de comenzar la recepción previa a la cena.

Me doy la vuelta para ver a Simmons, el mayordomo que trabaja en la familia de mi madre desde hace más de treinta años.

—Gracias. Voy bajando. —Me estiro los puños, un acto reflejo que me inculcaron desde la infancia, y sigo al mayordomo a través del pasillo.

—¿Regresa a Londres al acabar el fin de semana, como está pautado? —pregunta.

—Sí, regreso al palacio de Kensington el domingo por la tarde. Como desatienda mis obligaciones reales ya estará la prensa amarilla diciendo que «esquivo el bulto». —Me detengo al notar una leve rigidez en sus andares—. ¿Cómo vas de la artritis, Simmons? ¿Te sigue molestando?

—Es soportable, señor. Aunque la humedad de noviembre no ayuda.

—Tengo en la maleta la pomada de CBD que me recomendó el fisio, la suiza. Te la dejo en tu escritorio. Y no acepto un no por respuesta —añado cuando lo veo a punto de protestar—. Tómalo como un regalo de Navidad anticipado. No puedes ir por ahí haciendo ruiditos como si fueras suelo de madera.

Una sonrisa genuina atraviesa su rostro avejentado.

—Es muy amable, señor.

—Tonterías. Vienes soportando a los Preston-Alexander desde antes de que yo naciera. Deberías exigir el plus de peligrosidad.

Entrar en Rosemere Hall es como meterse en una cápsula del tiempo. En este caso, una amueblada con una cantidad ingente de antigüedades sin duda adquiridas por mis ancestros de forma poco honorable. Ya quisieran las canteras de Carrara tener tanto mármol como el que ostenta el corredor principal. A lo largo de las paredes se extienden los retratos de los Alexander cuyos rostros parecen sufrir de estreñimiento.

Me arreglo la chaqueta del traje al tiempo que desciendo las escaleras. Al llegar abajo, me aborda la tía Lavinia, copa de jerez en mano y garras con artritis luciendo joyas.

—¡Nicholas, querido! —Lanza un beso al aire cerca de mi oreja izquierda—. Ya creíamos que te habías fugado con alguna de las doncellas.

Saco a relucir mi sonrisa más encantadora.

—Por desgracia, mi vida no es tan emocionante.

—Hablando de eso, Cordelia se ha empeñado en presentarte a la chica de los Montclare. Una criatura espantosa, la pobre. Todo

dientes y solo sabe hablar de caballos, pero su abuelo es dueño de medio Northumberland.

Fabuloso. Otra cena, otra aristócrata soltera. El servicio de celestinas de la nobleza no se toma vacaciones.

—Intentaré debatir las técnicas de colocar las bridas cuando nos traigan el postre —contesto.

A la tía Lavinia le pasa desapercibido mi sarcasmo.

—¡Esa es la actitud, cariño! La monarquía no puede reproducirse sola, ¿verdad? Y teniendo en cuenta sus «preferencias», no creo que tu hermano esté por la labor.

En realidad, la monarquía está a punto de propagarse gracias a Callum. Pero imagino cómo reaccionaría la tía Lavinia si se enterara de que el nuevo miembro de la familia real ha sido concebido mediante gestación subrogada. Ya bastante jaleo supuso la enmienda a la Ley de Sucesión en la que el Parlamento aceptó que los herederos pueden «nacer de cuerpos ajenos», lo que allanó el camino para que Callum y Oliver pudieran procrear a través de este método.

Mi familia materna, los Preston-Alexander, cuyo registro genealógico data de la época de la conquista normanda, es de las que considera «nuevos ricos» a los que han amasado su fortuna después de la Revolución Industrial.

Por tanto, que Callum sea el resultado de la unión entre nuestro padre, el hijo de la reina, y una actriz estadounidense, para sus cerebros aristocráticos es semejante a descubrir que las joyas de la Corona se han sustituido por réplicas de plástico de las que regalan en los huevos con sorpresa.

Si le añadimos el hecho de que Callum se casó con Oliver, el ex primer ministro procedente de un barrio humilde al este de Londres, el nivel de espanto de la nobleza británica es absoluto. Estoy seguro de que la familia de mi madre considera el ascenso de Oliver a Downing Street no tanto como el triunfo de la meritocracia, sino más bien como una señal alarmante del colapso de la sociedad.

No pienso compartir la noticia de Callum con nadie, menos aún con mi tía y su poca proclividad a la aceptación. Su idea de progreso consiste en cambiar el jerez por ginebra después de las seis.

Me pongo recto.

—Mi hermano está cumpliendo con su labor: guiar a la monarquía hacia el mundo moderno con maestría y autenticidad — respondo con un tono de voz ligero—. Lo encuentro admirable, la verdad.

Los labios de mi tía forman una delgada línea.

—¿Sabes qué, Nicholas? Cada día me recuerdas más a tu padre. Eres su viva imagen cuando tenía esa edad.

El comentario, como siempre, provoca que un sudor frío me recorra la espina dorsal.

Meuerzo para mantener la sonrisa intacta. Mi padre era la alegría de la fiesta, el príncipe sinvergüenza pero encantador... Y a los treinta y ocho años ya estaba bajo tierra. Me toco el anillo grabado, la única posesión de mi padre que no heredé por defecto, sino por elección.

En ocasiones, que me comparen con él me suena más a una profecía que pende sobre mi cabeza que a una simple reflexión.

—Me lo tomo como el mayor de los cumplidos teniendo en cuenta lo guapo que era —contesto antes de darle un beso en su mejilla empolvada y apartarme enseguida para no darle tiempo a protestar—. Guárdame algún pastelito, ¿eh?

Me alejo con un regusto amargo en la boca. Pasar tiempo con los Preston-Alexander es lo que tiene: es una lección magistral de cómo usar la cortesía como arma. Al final, cada vez que me invitan acabo aceptando, supongo que por eso de que «la sangre tira».

En nuestro caso, más que «sangre» creo que estamos hechos de mercurio: somos sofisticados, caros y de haber una exposición prolongada, algo tóxicos.

Y eso que aún no he interactuado con mi madre. No aparecerá hasta mañana al terminar la cacería, justo a tiempo para el baile.

A mitad de camino del salón principal un estruendo capta mi atención haciendo que deje de lado el análisis sobre mis genes tóxicos.

Dos criados están intentando trasladar una armadura enorme: una monstruosidad del siglo xv que, según la leyenda familiar, perteneció a un Alexander que peleó junto con Enrique V, pero lo

más probable es que fuera de algún antepasado que estaba forrado. El criado más joven, que parece de doce años, rodea la armadura a la altura del peto mientras que el otro, de cierta edad, batalla con la parte inferior.

El conjunto se tambalea de forma peligrosa.

—Tened cuidado —adviento al tiempo que me muevo hacia ellos.

El jovencito se gira al escuchar mi voz y en cuanto me ve sus ojos se agrandan. Flaquea, por lo que la armadura empieza a ladearse.

Me lanzo hacia delante de forma instintiva con los brazos extendidos.

Apenas he dado dos pasos cuando algo grande y firme se estampa contra mi costado. Me quedo sin respiración por culpa del impacto y suelto un *auch* poco digno. Unos brazos fuertes me rodean para hacerme a un lado, y mis zapatos de cuero italianos resbalan por el mármol mientras me recolocan sin mi consentimiento. La armadura se estrella contra el suelo de mármol con un estruendo apocalíptico, como si un instrumento de percusión medieval se hubiera rebelado.

Pero no le presto demasiada atención al destrozo porque mi cara está aplastada de manera poco agraciada contra un pecho que parece tallado en granito pero forrado con seda. Aunque la tela del traje sea suave, lo que aprecio debajo me hace pensar que su dueño trabaja de roca en sus ratos libres.

Los brazos que me rodean parecen tenazas de acero, y me veo envuelto en una nube fragante, como si la criatura se hubiese restregado contra unos pinos, junto con algo especiado y sombrío que me acelera el pulso de forma del todo inoportuna.

Enseguida recupero la cordura.

—Pero ¿qué leches?

Empujo al agresor al tiempo que intento recobrar tanto mi equilibrio como mi dignidad.

El atacante —¿o salvador?— no me lo pone fácil.

Lucho para deshacerme de su agarre y, muy poco a poco, sus brazos van aflojando la tensión, como si su dueño determinara el nivel de riesgo a cada centímetro que libera.

Vuelvo a asestarle un empujón a la pared de músculos. Esta vez logro crear el suficiente espacio para echarme hacia atrás e intentar verle la cara a mi «entusiasta» salvador.

Cuando lo consigo, me veo en la obligación de alzar la vista, poco común con mi casi metro noventa, y me encuentro con los ojos grises más serios que haya visto jamás.

Le pertenecen a un hombre que parece un ariete medieval con cuerpo humano y abdominales. Sus hombros amplios dan paso a un torso esbelto; las proporciones que ostenta hacen pensar que Dios fanfarroneaba cuando decidió crearlo. Su cabello al ras color caoba deja entrever tintes cobrizos y dorados con el reflejo de las arañas. Tiene una mandíbula marcada y puede que se haya roto la nariz al menos en una ocasión. Esa característica le da un toque de peligro a un rostro que, más allá de eso, podría considerarse atractivo.

Este hombre parece desayunar trozos de metal que, a juzgar por su expresión, no le sientan del todo bien.

Mientras nos observamos el uno al otro, me perturba el hormigueo que me recorre el cuerpo. Puede que se deba a que me acaban de zarandear como si fuese un muñeco.

Me enderezo por completo y, hostia, aun así me toca levantar la vista. Invoco hasta el último ápice de altivez aristocrática que me han inculcado desde pequeño.

—Cuando le apetezca, si me puede quitar las manos de encima, se lo agradecería enormemente.

Me suelta al instante, como si de repente el contacto le quemara, y da un paso hacia atrás. Por extraño que parezca, aún siento la calidez de su agarre.

Me aliso la chaqueta con toda la dignidad posible al tiempo que trato de ocultar el martilleo de mi corazón.

—Y ahora, ¿sería tan amable de identificarse? Los hay que preferimos que quien nos arrastre por salones ancestrales se presente primero.

Sus ojos grises no se desvían de los míos.

—Soy Eoin O'Connell, Alteza Real. —Tiene una voz profunda con un marcado acento irlandés—. Soy su nuevo guardaespaldas.

Mi cerebro entra en cortocircuito.

—¿Desde cuándo?

—Me he unido al equipo de seguridad esta mañana.

¿Tengo un nuevo guardaespaldas? ¿Por qué me entero ahora?

El asunto del personal de seguridad es algo que no llevo del todo bien.

Antes de mi meteórico ascenso en la línea de sucesión, no disponía de protección a menos que asistiese a algún evento como parte de la realeza. Todo cambió cuando me posicioné en el puesto dos en la línea de sucesión al trono.

Ahora cuento con seis guardaespaldas armados que me protegen las veinticuatro horas del día. Da la sensación de que vivo en una caja de cristal que por fuera pone «romper el cristal en caso de emergencia constitucional».

Por lo visto, ni siquiera puedo evitar la colisión de cuarenta y cinco kilos de acero decorativo sin que intervenga un guardia de seguridad.

A nuestro alrededor, los criados se afanan en recoger los pedazos de la armadura al tiempo que observan la puerta con terror, como si esperasen que la duquesa se materializase para pedir explicaciones.

Mi nuevo guardaespaldas, Eoin O'Connell, y yo permanecemos en mitad de la vorágine sosteniendo un cruce de miradas.

O un duelo de miradas, para ser más exactos.

Esos ojos grises me analizan con frialdad de arriba abajo.

—Nadie me ha informado de los cambios en la seguridad —explico.

Sus ojos denotan impaciencia.

—La RaSP autorizó la reasignación tras un análisis de seguridad reciente. Hasta donde sé, su guardaespaldas principal recibió la notificación.

—Y quién sabe por qué, yo no —respondo examinándolo como él ha hecho conmigo.

El traje oscuro que lleva está hecho a medida para ocultar con pericia lo que sospecho es un arma reglamentaria bajo el hombro izquierdo, ya que se vislumbra el contorno de una pistolera. Aunque prefiero no prestar atención a la forma en que la chaqueta comprime ligeramente sus hombros amplios y cómo el cuello de la camisa

enmarca... «¡Céntrate, Nicholas, por Dios!». Me obligo a llevar la vista a su cara, lo que es aún peor, porque acabo de notar una hendidura en su barbilla.

—¿Y su primera misión consiste en placarme en mi residencia familiar? —Intento recuperar el control de la situación.

La irritación recorre su rostro por un momento, pero enseguida se recompone.

—Le pido disculpas, señor. Reaccioné ante una posible amenaza.

—Era una armadura vacía. Yo aquí convencido de que mi equipo de seguridad era capaz de distinguir entre decoración medieval y un peligro real... ¡Llámeme iluso!

—La armadura estaba a punto de caerle encima, señor —se justifica marcando más su acento—. Lo que se podría considerar como una amenaza.

No estoy acostumbrado a que me lleven la contraria y mucho menos viniendo de un trabajador que acaba de tratarme como si fuese un saco de patatas.

—Lo tenía bajo control —le hago saber.

—¿Ah, sí? —Alza una ceja ligeramente—. Disculpe por haber malinterpretado la situación, señor.

La forma en que pronuncia ese «señor» debería venir con la siguiente aclaración: «Lo llamo “señor” porque así lo exige el protocolo, no porque crea que merece el título».

—¿Qué le parece si a la próxima en vez de lanzarse hacia mí me consulta si necesito que me rescaten?

Se le tensa un músculo de la mandíbula.

—Me aseguraré de pedir permiso por escrito la próxima vez que a su alteza estén a punto de aplastarlo.

Me quedo observándolo, atónito. ¿Mi flamante guardaespaldas se acaba de pasar de listo conmigo?

Esto sí que es nuevo. Por más que antes estuviese en el puesto doce en la línea de sucesión, soy un príncipe. Se me trata con deferencia por defecto.

A juzgar por su expresión impasible, me queda claro que a este sujeto no le intimidan ni mi título ni mi posición.

Por algún motivo, esto me resulta turbador.

Hora de cambiar de táctica: ¡a desplegar mis encantos!

Ser capaz de camelarme a quien sea siempre ha sido motivo de orgullo para mí, desde diplomáticos indolentes hasta las damas de compañía de la reina, incluso las más estrictas. A este mastodonte irlandés le vendrá de perlas una buena dosis del encantador príncipe Nicholas. Si fui capaz de arrancarle una sonrisa al embajador sueco tras la gran debacle de los canapés de 2023, puedo atravesar la coraza de este hombre.

—Oficial O’Connell, ya que vamos a pasar tanto tiempo juntos, quizás deberíamos conocernos mejor. —Relajo mi postura con deliberación y levanto el mentón al tiempo que arqueó una ceja—. Cuénteme, ¿cuál es su tema de conversación favorito? ¿El tiempo? ¿Su sabor favorito en batidos de proteína? ¿La velocidad exacta para placar a príncipes incautos?

El oficial O’Connell me observa con frialdad.

—Prefiero centrarme en el trabajo, señor.

—¿El trabajo de evitar que me meta en problemas? Espero que no se haya saltado ningún entrenamiento de cardio. —Le ofrezco mi sonrisa más encantadora—. A estas alturas lo de meterme en problemas es casi un deporte olímpico.

Su rostro permanece impávido.

—Sí, mi trabajo consiste en mantenerlo con vida, señor.

—Entre usted y yo, el verdadero peligro no son los asesinos a sueldo. Son las charlas triviales que tengo que soportar en las comidas benéficas. Una vez la duquesa de Marlborough y yo estuvimos debatiendo durante tres horas si los caballos enanos son conscientes de que lo son. Aún tengo pesadillas en las que unos caballos enanos me hacen preguntas existenciales.

Nada. Ni siquiera ha parpadeado.

—¿Le cuento un secreto? —Me acerco y bajo la voz, con complicidad—. A algunas personas les hacen gracia mis chistes.

—No soy como la mayoría. —Sus ojos grises se encuentran con los míos, impertérritos—. Y esto no es un bar de copas.

—No, el bar de copas está a unos diez metros —señalo—, donde mi tío Bernard sin duda estará entreteniendo a lady Fortescue con los detalles de cada uno de los trofeos de caza que hay sobre la

pared. Puede que haya llegado a la historia épica del zorro embalsamado de 1987 que, según él, le guiñó el ojo antes de que le disparase.

No hay ni una pizca de diversión en su rostro. Algo a lo que, desde luego, no estoy acostumbrado.

Me siento como un monologuista frente a un público particularmente crítico.

Antes de que pueda volver a intentarlo, se escucha una voz por el pasillo:

—Nicholas, cariño, estás retrasando toda la velada.

La duquesa de Hereford, también conocida como mi tía Cordelia, aparece al final del corredor de rosa brillante y bañada en diamantes. Le echa un seco vistazo a O'Connell y decide no darle mayor importancia antes de añadir:

—Todos están esperando, y ya sabes cómo se pone la tía Agatha cuando la cena se retrasa.

Dicha tía una vez amenazó con decapitar a un criado por servir la sopa tibia. Lo decía en broma.

Probablemente.

—¡Voy! —respondo antes de girarme hacia el nuevo miembro de mi equipo de seguridad—. Bueno, ha sido encantador conocerlo, oficial O'Connell. No tengo duda de que nos llevaremos de maravilla —agrego con una sonrisa.

Su expresión permanece intacta, pero un destello de peligrosidad asoma en esos ojos profundos.

—Mi misión no es llevarme bien con usted, señor, sino mantenerlo con vida.

—Su sinceridad es un soplo de aire fresco. La mayoría de las personas se molestan en fingir que les caigo bien al menos durante la primera semana. Aunque supongo que lo de «mantenerme con vida» es como una muestra de cariño, si bien profundamente impersonal y motivada por una obligación contractual.

Mientras acompaño a la duquesa hasta el comedor no dejo de pensar en cómo sería que alguien quisiera permanecer a mi lado por cuestiones distintas al deber, la sucesión o un sueldo.

¿Alguna vez obtendré respuesta a ese interrogante?

Capítulo Cuatro

Eoin

Me he enfrentado a delincuentes en almacenes del este de Londres solo con mi intelecto y un micro oculto, me he infiltrado en redes de narcotráfico donde la palabra equivocada te enviaba al matadero, y hasta me tocó neutralizar un secuestro a mano armada con una grapadora y la suerte de haber actuado en el momento justo.

Pero escuchar a un aristócrata en este estudio revestido de paneles mientras describe la forma correcta de asesinar pájaros se ha convertido en el momento más surrealista de toda mi puta carrera.

—Los cazadores ayudantes primero se desplazarán por la arboleda ubicada al este —explica un lord cuyo nombre de al menos seis sílabas y dos guiones ya he olvidado—. Las condiciones climáticas son inmejorables. Nos espera un día estupendo.

De seguro los faisanes apreciarán el hecho de que el sol brillaba el último día que pasaron en este mundo.

Le echo un vistazo a Rick Cavendish, el líder del equipo de seguridad asignado al príncipe. De pie en la cabecera de la mesa, escucha al lord «quien quiera que sea» mientras sus ojos permanecen fijos en el mapa de la propiedad familiar que tiene enfrente.

La relación profesional entre Cavendish y yo no comenzó de la mejor manera cuando nos conocimos anoche. Me enteré de que no le contó al príncipe Nicholas sobre mi nuevo puesto porque se pasó la mitad del día al teléfono cuestionando mi incorporación al equipo.

Por supuesto, no tenía ni idea de que la autorización venía de arriba. Como tampoco sabe que estoy aquí para investigar a su equipo, incluyéndolo a él. Para él soy otro de los guardaespaldas que le ha endosado un funcionario inexperto en las operaciones de campo.

En cuanto se enteró de mi primer encuentro con el príncipe Nicholas, su gesto de reprobación se agudizó y cruzó unas cuantas palabras con el oficial Tyrone Davis, de guardia ese día. Davis decidió relatar los innecesarios pormenores del incidente y comentar sobre el «asombroso equilibrio del príncipe», lo que provocó que el gesto de reprobación de Cavendish se hiciera aún más visible.

Deseaba incorporarme al equipo de la forma más discreta posible, pero no pudo ser.

Escaneo la habitación. La oficial Nia Blake se halla unos pasos por detrás de Cavendish. Tiene pinta de ser alguien que posee inteligencia callejera, y se le nota una fortaleza que me recuerda a los mejores detectives con los que he trabajado.

El oficial Jaz Singh se ha apoyado sobre la librería y, aunque parece despreocupado, está colocado de manera que ambas salidas se hallan en su línea de visión. He leído en su perfil que habla varios idiomas de forma fluida, y cuando me ofreció un café esta mañana, me preguntó de qué barrio de Belfast venía, como si lo de catalogar acentos fuese de lo más natural para él.

La figura de la oficial MacLeod, ubicada al lado de la ventana, desprende pragmatismo y poca propensión a la tontería típicos de las tierras altas de Escocia. Este fue su comentario de bienvenida por la mañana: «Espero que hayas traído calzado adecuado para caminar por el barro».

Por otro lado, imagino que el oficial Peter Malcolm, aferrado a su *tablet*, lee una minuciosa descripción de los protocolos de seguridad que han de seguirse en cada situación, hasta en una invasión alienígena. Cuando intenté sacarle conversación durante el

desayuno, aquello se transformó en un monólogo de quince minutos sobre las posibilidades, estadísticamente hablando, de que haya explosivos ocultos en las espadas de ceremonia durante las recepciones de Estado. Incluso me dio los resultados con porcentajes de dos decimales.

El más joven del equipo, Davis, revolotea al final de la sala de reuniones como cachorrito ansioso que no tiene claro si tiene permiso para subir al sofá. El chaval casi vibra de ansia: se lleva la mano al auricular de forma constante como si temiera perderse la llamada a la acción.

Si existe un traidor en el equipo de seguridad de Nicholas, por desgracia no lleva un distintivo que indique su afinidad con un grupo terrorista.

No obstante, tomo nota mental de cada uno de los guardaespaldas para registrar la información esta noche: mano dominante, microexpresiones cuando surgen ciertos temas. Si beben o no café, lo que podría indicar que han trasnochado o que han madrugado para ir a algún sitio. Si la marca de zapatos va de la mano con su salario.

Cualquier detalle, por pequeño que parezca, puede llegar a ser relevante.

—Bien, pasemos al despliegue. —Cavendish examina los trazos del mapa como si planease una campaña militar cuando en realidad hace de niño de aristócratas con escopetas—. Necesitaremos cubrir todos los puntos clave a lo largo del perímetro de caza.

—He dividido el terreno en cuadrantes de colores según el nivel de riesgo —anuncia el oficial Malcolm dando golpecitos a la *tablet*—. El rojo muestra las áreas con poca visibilidad, el amarillo posibles accesos desde el exterior, y el verde las áreas seguras con una línea de visión óptima.

El lord «comoquiera que se llame» asiente, complacido, y dice:

—Una preparación excelente. Como decía mi abuelo, «hombre precavido vale por dos faisanes». —Emite un chasquido ante su propio «ingenio».

Los agentes de seguridad no esbozan ni media sonrisa. Empiezan a caerme mejor.

—¿Su alteza real participará en el evento? —pregunta Blake.

—El príncipe me ha comunicado que no tiene intención de disparar —responde Cavendish—. Pero está claro que eso no disminuye el riesgo de los otros miembros del grupo de cacería. Oficial O’Connell, usted se encargará de seguir a su alteza. Estaría bien que no volviera a maltratarlo.

No hay manera de que nos olvidemos del dichoso incidente de ayer. De hecho, por las miradas que se echan los miembros del equipo, seguro lo han comentado a mis espaldas.

Mierda.

Estoy acostumbrado a ser la persona de confianza del equipo, no un estorbo.

Al unirme al cuerpo policial encontré estabilidad en mi vida en el momento que más lo necesitaba, cuando era un tontaina de dieciocho años huérfano y con un hermano pequeño que me necesitaba entero. Luego me llamaron de Scotland Yard al ver que era bueno en mi trabajo. En ambos cuerpos, mis colegas siempre han confiado en mí para cubrirles las espaldas.

—Las armas se trasladarán por separado y se distribuirán en los puntos de tiro clave —añade el oficial Singh.

Todo este alboroto para disparar al aire a unas aves. La aristocracia es una raza aparte: se gastan una pequeña fortuna para conseguir carne de calidad inferior a la que se vende congelada en Tesco.

Una hora más tarde, nos hallamos en medio de un campo con robles antiguos cuyas figuras se recortan en el horizonte.

El príncipe Nicholas destaca del grupo principal. Mientras que sus familiares llevan chaquetas de *tweed* y pantalones de golf, él ha optado por una chaqueta elegante de color gris plumizo y pantalones de pana oscuros.

En persona es aún más guapo que en fotos. Tiene una belleza despreocupada, con su pelo azabache rizándosele en la frente y enmarcando un rostro digno de imprimirse en billetes. Y sus ojos..., Jesús, son de otro mundo. No se podría decir simplemente que son azules. Son del color del océano en invierno, fríos y de gran profundidad, adornados con largas pestañas negras.

Incluso si fuese heterosexual, algo que definitivamente no soy, creo que me percataría de su impactante belleza.

Lástima que la personalidad no lo acompañe.

Porque la breve toma de contacto con el príncipe Nicholas reafirmó lo que sospechaba: es un arrogante que se cree con derechos porque toda su vida le han inculcado que es especial solo por existir.

Apenas pude pronunciar el «Alteza Real» sin que se me atragantara en la garganta. Mi vena cabezota de chico de Belfast insistía en llamarlo «tío» solo para ver qué cara pondría.

A los que nos hemos criado considerando a los de la Corona como invasores más que como soberanos, lo de la deferencia no se nos da bien.

Cordelia, la tía del príncipe con expresión perpetua de haberse chupado un limón, se pone a su lado y pregunta:

—¿Hoy no vas a disparar, Nicholas? Tu padre nunca se perdía una cacería.

Percibo una ligera tensión en los hombros del príncipe.

—Prefiero disfrutar de la naturaleza sin destruirla, tía — responde con una sonrisa—. Además, alguien tiene que llevar la cuenta de los pájaros que cace el tío Rupert frente a los que él asegure haber cazado.

El guarda distrae a Cordelia de la conversación con Nicholas al llamar la atención de todos para dar comienzo a la cacería.

El asunto se desarrolla con la rigurosa precisión característica de los que disparan a las aves desde hace siglos. Los cazadores ayudantes, en fila a lo largo del bosque, parecen soldados dispuestos a enviar al matadero a los faisanes.

A cada uno de los ricachones se le asigna su «delimitador», una forma elegante de llamar al perímetro asignado para disparar, dispuesto en forma de arco a lo largo del campo por el que vuelan los pájaros.

Como Nicholas no participa, le han asignado la tarea de supervisar a los perros, posicionados a un lado del área de caza.

Lo observo moverse entre los *retrievers* hasta que se acucilla a la altura de los animales. Un labrador color chocolate salta sobre él.

—Hola, monstruito adorable —murmura al tiempo que le rasca detrás de las orejas. El perro por poco se derrite ante sus caricias—. ¿Listo para trabajar un poco?

El animal responde con un gimoteo.

Cuando Nicholas alza la vista, me pilla observándolo, y sus fríos ojos se entrecierran.

El sonido de un silbato desvía mi atención de su mirada. Al parecer, es la señal para que los cazadores ayudantes comiencen a andar, lo que obliga a las aves a volar.

Es como ver un ritual de una tribu ancestral. Los ayudantes dan golpecitos a los arbustos con un palo y, en un arrebató de pánico, los faisanes salen disparados hacia el cielo amarillento de noviembre.

El primer disparo que rompe la quietud hace que me tense por instinto. Me obligo a no adoptar la posición de defensa y a no llevar la mano hasta mi arma.

Aprieto la mandíbula al oír más disparos al aire. Cada uno de ellos me pone de los nervios.

Algunos faisanes caen fulminados. Otros se rebelan, batiendo las alas a un ritmo frenético, pero no consiguen doblegar a la gravedad y sus cuerpos caen al terreno con un leve ruido sordo.

Veó a un pájaro malherido que, al arrastrarse por la broza, deja una estela de plumas que se pegan a la hierba mojada.

—No lo aprueba, O'Connell. —La voz de Nicholas llega a mis oídos entre disparo y disparo.

Le echo un rápido vistazo.

—¿Perdón, Alteza?

—Lo noto en su expresión. Está claro que la cacería no es lo suyo. —Sus ojos glaciales me examinan de arriba abajo, y un escalofrío me recorre la espina dorsal—. No lo tenía por el típico activista de animales.

Me encojo de hombros y respondo:

—No tengo problema cuando la gente caza por necesidad.

El mensaje tácito flota en el aire: «Pero sí cuando se trata de una matanza coreografiada que no sirve para ningún propósito más allá del entretenimiento».

La comisura de su boca se tuerce como si lo hubiese dicho en voz alta.

—¿Y qué es exactamente «cazar por necesidad»? ¿Hay que estar famélico o solo hambriento? ¿En dónde se traza el límite moral?

Parpadeo. No me esperaba que él me hiciera esa pregunta.

Nicholas me observa entretenido pero indiferente, como un gato que ha encontrado un ratón que le despierta cierto interés.

—Debo confesar que no he dedicado tiempo a reflexionar sobre mi postura. —Escaneo el perímetro y mantengo la voz neutral a pesar de que conserva un toque ácido—. Soy un hombre práctico, la filosofía no es lo mío. Pero creo que matar debe servir un propósito, que no debería ser simple diversión.

Como agente encubierto, suelo interpretar el papel de personajes que difieren mucho de mí, por lo que es fácil ocultar mis propias creencias bajo capas y capas de personalidad inventada.

Pero, como mi rol de guardaespaldas es una extensión de mi trabajo en el cuerpo policial, es más complicado separar mi verdadero yo del papel que interpreto.

Hay más posibilidades de que mis opiniones reales salgan a la luz.

—Es una tradición. —Nicholas masajea las orejas al perro mientras me observa desde su posición—. ¿Eso no tiene ningún valor para usted?

—No todo lo que alguna vez tuvo valor lo sigue teniendo —contesto—. Me gusta juzgar las cosas por lo que aportan, no por su antigüedad.

Los ojos le brillan con algo que no logro descifrar.

—Toda mi vida se halla impregnada en tradición, así que a título personal supongo que me interesa creer que las tradiciones son importantes —responde, por fin.

Estoy intentando pensar cómo responder cuando suena una corneta. Al parecer, se trata de la señal para recoger las aves que han caído.

Nicholas se levanta con un movimiento fluido y les silba bajito a los perros.

—Venga, os toca ganaros esas croquetas de premio.

Lo sigo a una distancia prudencial al tiempo que los perros se abren paso como torpedos peludos por la hierba escarchada. Nicholas se mueve con una seguridad natural. Mientras tanto, yo me dedico a escanear la línea de árboles.

Todo clama «peligro de emboscada»: la ubicación remota, la visibilidad limitada y los patrones de movimientos predecibles.

Se escucha un estrépito desde un matorral cercano, y algo que sale disparado hacia arriba en una explosión de ruido y movimiento se encamina directo hacia la cara de Nicholas.

Actúo por instinto. El movimiento indica amenaza, y la amenaza llama a la acción.

Me lanzo hacia delante y le propino un placaje lateral a Nicholas. Caemos al suelo de forma violenta, mi cuerpo curvándose en modo protector. Uno de mis brazos lo sujeta de la nuca para impedir que se la rompa contra el suelo congelado, y a su vez protejo su torso con el mío. Llevo la mano que me queda libre al arma de forma automática.

Es en ese momento cuando me percato de que unas alas se agitan descontroladas por encima de nosotros.

Joder.

Nicholas yace inmóvil debajo de mí, sus ojos de océano invernal mirándome con estupor. Tengo la cara a centímetros de la suya, lo bastante cerca como para contar cada una de sus pestañas. Está respirando con dificultad y el vaho se hace visible gracias al aire frío.

Por unos segundos, simplemente nos miramos el uno al otro.

—Eso —dice, por fin, con voz tirante— era una perdiz, no un asesino.

De repente soy muy consciente de todos los puntos en los que nuestros cuerpos se tocan. Mi pecho contra el suyo, mi pierna entre sus muslos, mi mano que aún lo sujeta de la cabeza.

Su pelo suave y oscuro es como seda bajo mi piel. La fragancia de su perfume, silvestre y refrescante, penetra mis fosas nasales. Se le han dilatado las pupilas de forma que el negro prácticamente se ha tragado el color azul imposible.

Cuando sus labios se abren tan solo un milímetro, joder, me es imposible no seguir el movimiento como si mi vida dependiese de

ello.

Cada uno de los puntos donde hacemos contacto comienza a desprender calor y noto que un rubor le sube por el cuello. Sé que debería apartar la vista, pero soy incapaz.

¿Por qué demonios no puedo dejar de mirarlo?

Ahora los perros nos empiezan a rodear y el labrador de pelaje dorado le lame el oído a Nicholas, emocionado.

—Apreciaría —continúa con frialdad— que quitara su codo de mi bazo.

Mierda. Me hago a un lado, lo que provoca que mi rodilla chapotee en el barro helado, y me pongo en pie.

Nicholas permanece en el suelo, con hojas enredadas en su pelo oscuro y una mancha de barro en el pómulos.

—Deberíamos dejar de lado esta nueva costumbre de acabar en posiciones comprometidas —dice mientras se ayuda de los codos para ponerse en pie—. Con todo el tiempo que pasa invadiendo mi espacio personal, al final me tocará cobrarle alquiler.

Alza una mano con autoridad. Cuando la tomo, la fuerza de sus dedos me deja sorprendido. Luego, se alza con un movimiento fluido, y hace una ligera mueca de dolor al girar el hombro.

Mierda. Espero no haberle hecho daño.

Cavendish emerge de detrás de la arboleda con expresión asesina y se dedica a escanear el perímetro, arma aún en mano, antes de que sus ojos recalen en mí con un deje de irritación que no logra ocultar. La oficial Blake sale disparada hacia nosotros desde la dirección contraria y enseguida le habla al micro en su muñeca:

—¿Cuál es la situación? —pregunta Cavendish, parco.

—Falsa alarma —admito mientras me sube un calor por el cuello—. Un pájaro asustado.

Joder. No necesito recurrir a un loquero, tengo muy claro de dónde me viene el instinto de «proteger primero, preguntar después». A los dieciséis años me tocó rebuscar entre los escombros de lo que había sido nuestra casa hasta dar con mi hermano. Jamás olvidaré la forma en que me agarraba del hormigón que se desmoronaba y del metal doblado como un poseso, ni la cara pecosa de Malachy, pálida e inmóvil bajo el polvo.

Nunca pensé que esa experiencia me afectaría en esta misión en particular.

El oficial Davis aparece en escena y su cara denota alivio pero también decepción al no tener una amenaza que neutralizar.

El oficial Singh, que se halla cerca del grupo de cazadores, sacude la cabeza con sutileza en un gesto que representa un claro «te has pasado, amigo».

Al parecer, el equipo de seguridad al completo ha sido testigo no de una, sino de dos reacciones desproporcionadas en el transcurso de unos días.

Espléndido.



Mi turno acaba a las ocho de la tarde, lo cual es un alivio. Aún me fastidia lo que sucedió en la cacería.

Estoy acostumbrado a realizar bien mi trabajo, no a quedar como un novato torpe que acaba de terminar su periodo de adiestramiento y es incapaz de distinguir un ave de una amenaza real.

Para tranquilizarme, llamo a mi hermano por FaceTime.

Malachy responde al segundo tono. Las paredes recargadas del apartamento me aportan una familiaridad que me transporta de vuelta a casa.

—¡Míralo, el hermano pródigo! —saluda con una amplia sonrisa—. ¿Sigues vivo?

—De milagro —refunfuño mientras me apoyo contra las almohadas de la cama tras un saltito—. Ha sido un día interminable.

—Ay, pobrecito él —se burla Malachy al tiempo que se propulsa en la silla de ruedas hasta la encimera de la cocina—. Vente a clasificar paquetes todo el día y a atender a los que los necesitan para ayer. Hoy me llama al almacén una mujer para preguntarme si le buscaba un paquete con un lápiz de labios. Que lo necesitaba urgente porque tenía una cita por la noche. Ni que fuera el mago del correo.

—Pues que hubiera hecho el pedido con más antelación — respondo—. Aunque supongo que decirle con diplomacia a la gente por dónde meterse sus paquetitos urgentes es una de tus destrezas como personal de atención al cliente.

—Bien que en persona nadie se atreve a quejarse. Creo que se darían cuenta de que igual me da por aplastarles los dedos de los pies. —El comentario va acompañado de esa sonrisa picarona que tiene desde que éramos pequeños y nos lanzábamos bolas de barro en el callejón detrás de casa.

Río por lo bajo, me recuesto en el cabecero y digo:

—El encanto de los O’Connell al poder.

—Suelta el tío que le preguntó a la señora Flannery si su pudin de Navidad había estado en remojo desde la gran hambruna.

—Ese pudin era un arma de destrucción masiva. Lo mío fue un servicio a la humanidad.

Estas idas y venidas típicas entre mi hermano y yo me dan sosiego.

Malachy es el motivo por el que decidí entrar al cuerpo policial.

Después de acabar la secundaria, durante un año estuve partiéndome el lomo en diferentes obras de construcción. Cada vez que regresaba a casa, polvoriento, encontraba a mi hermano peleándose con una silla de ruedas que apenas sobrevivía a base de mucha cinta adhesiva y de rezarle a la Virgen.

Entonces un día me topé con un cartel del Servicio de Policía de Irlanda del Norte en la oficina de empleo:

Formación remunerada, salario competitivo. Marca la diferencia en tu comunidad

Lo de la formación remunerada fue lo primero que me llamó la atención. Cobrar más de veinte mil pавos por aprender supera con creces al salario mínimo por transportar ladrillos.

Por supuesto, no era habitual que un católico formara parte de las fuerzas policiales de Irlanda del Norte. Si bien tras el Acuerdo de Viernes Santo se cambió el nombre de la Policía para que los

católicos no nos sintiéramos excluidos, es complicado erradicar décadas de que te traten como el enemigo.

Mientras que en la comunidad protestante muchos veían a los reclutas católicos como infiltrados, los nuestros a su vez nos trataban de traidores.

A mí me dio todo igual. Cuando tienes un hermano que necesita un tipo de fisioterapia especial tres veces a la semana y una silla de ruedas más cara que un coche, los principios morales son un lujo que no te puedes permitir.

Además, un lado inocente e idealista en mí aún creía que, de haber alguien como yo dentro, si volvía a suceder algo como la tragedia de Malachy por culpa de poderosos a los que nada les importa, el problema no desaparecería así como así.

Malachy comprendía mis motivos, si bien nuestros vecinos no.

—Recuerda por qué lo haces —me dijo. Y eso hice ante cada mirada de desprecio y cada susurro que me tachaba de traidor.

Hay una gran parte de mi trabajo que no puedo compartir con mi hermano. Es duro porque, aunque es la persona más cercana a mí, no puedo ofrecer más que detalles vagos.

—Entonces, ¿qué? ¿Está complicado el trabajo? —pregunta.

—Sí, es una misión nueva como agente de seguridad. Pero la persona VIP a la que protejo no me cae nada bien.

Tras hacer una mueca, responde:

—Pobre Eoin, agachando la cabeza ante un pijo de mierda que seguro cree que Irlanda es la islita donde viven las hadas.

—Algo así.

Luego hablamos sobre las sesiones de fisioterapia y sobre la nueva liga de baloncesto en silla de ruedas a la que se acaba de apuntar. Intento sonsacarle cómo le va sin ser muy evidente, porque valora su independencia ante todo.

Lo ayudé para que comprara un piso con accesibilidad, aunque él insiste en pagarme mes a mes. El orgullo y la cabezonería son un rasgo de los O'Connell, al igual que la hendidura en la barbilla.

Cuando me ofrecieron trabajar para Scotland Yard en Londres tuvimos una bronca donde medimos nuestro nivel de terquedad.

—¡Menudo gilipollas eres si no aceptas! —espetó Malachy—. ¿Qué te crees? ¿Que me voy a sentir mejor de estar en esta silla al ver que rechazas oportunidades como esta?

Por suerte, mis tíos viven en Belfast por si hay alguna emergencia o para cenar con él los domingos. La pega es que la tía Mary aún lo trata como si fuese de cristal, lo que a mi hermano le jode una barbaridad.

Al acabar la videollamada, permanezco sentado en silencio. El contraste entre el mundo aristocrático en el que vivo y el de Mal en tierras irlandesas, maniobrando su silla de ruedas en un apartamento estrecho, es como una bofetada en toda la cara. Mientras la gente de aquí se preocupa por el tenedor para el pescado, mi hermano hace cálculos para ver si este mes puede permitirse la calefacción.

En fin, debo recordarme por qué estoy aquí: para averiguar si hay algún traidor en el equipo.

Leo el expediente de los empleados en la *tablet* y memorizo los datos de empleo mientras intento encontrar lagunas. En el archivo de Blake se indica que estuvo durante seis meses en una misión en Chipre, pero, curiosamente, no se incluyen demasiados detalles. A Singh lo relevaron de su puesto anterior en Westminster de forma abrupta, sin explicaciones. Todas piezas de un puzle que aún no puedo resolver.

En cuanto decido pedirle a Pierce la versión completa del expediente militar de Cavendish sin información censurada, cómo no, se me apaga la *tablet*. Lógicamente, el cargador está muerto de risa en la mochila que dejé en la oficina de seguridad. Según parece, aunque sea un agente encubierto muy capaz, también soy un gilipollas que no recuerda coger sus propias cosas.

Me encamino hacia la oficina para recoger la mochila. Para ello he de pasar por el gran salón de baile donde la fiesta tras la cacería está en su apogeo. A través de las puertas entreabiertas distingo a Nicholas en medio de todo el meollo, con la chaqueta abierta y la pajarita colgando del cuello.

Lo veo desplegar todos sus encantos con una rubia vestida de rojo. Otra mujer se acerca y extiende el brazo ofreciéndole una copa

de champán que, por supuesto, Nicholas acepta con esa sonrisa tan suya, esa que estampan en los *souvenirs* para turistas. Hace algún comentario que provoca la risa de ambas mujeres, y las veo ladear la cabeza como flores que buscan la luz del sol.

Nicholas bebe la copa de un trago y coge otra de un camarero que pasa por su lado. Si nos atenemos al color de su cuello y a la forma en que gesticula, exagerando cada vez más, diría que debe de llevar unas tres o cuatro. Aun medio borracho, su encanto se me hace calculado, deliberado. Se pasa la mano por el pelo y se deshace el peinado elegante. Ese aspecto desaliñado lo vuelve más magnético, como si acabara de cometer algún acto disoluto.

La oficial MacLeod, cerca de la barra, pone los ojos en blanco en cuanto me ve. Me alegro de que esté de guardia ella y no yo. No me corresponde lidiar con un aristócrata ebrio y engreído hasta las seis de la mañana.

Llego a la oficina y recojo la mochila antes de saludar con la cabeza a Malcolm, inclinado sobre los monitores de seguridad.

Se me presenta una buena oportunidad para observarlo mientras trabaja sin levantar sospechas. Lo veo centrar su atención más de lo normal en los movimientos del salón de baile en detrimento de las zonas exteriores. Luego se enfoca en el príncipe Nicholas durante tres minutos hasta que por fin recuerda comprobar el aparcamiento. Mmm. Algo a tener en cuenta.

Tampoco es que pueda quedarme demasiado tiempo, así que me encamino a la habitación.

Apenas he comenzado a andar cuando un sonido me detiene. Uno que poco tiene que ver con el chocar de las copas de champán o la música de orquesta que escapa del salón de baile.

Es un llanto. No son sollozos altos, exagerados, sino el tipo de quejido desesperado que sale desde lo profundo del alma.

Dudo entre mantener la distancia profesional y mostrar un mínimo de decencia humana.

Puede que sea porque acabamos de hablar, pero los sollozos me recuerdan a Malachy durante los meses que siguieron al accidente, cuando creía que nadie lo oía llorar por la noche. Yo solía quedarme

al otro lado de la puerta, sintiéndome más inútil que ubre de toro, sin saber qué hacer, si entrar o dejarlo llorar con dignidad.

Antes de que me dé tiempo a echarme atrás, me dirijo hacia el sonido que emana de un pequeño rincón detrás de una escalera. Bajo la tenue luz de un espacio iluminado solo por un aplique de pared vislumbro la figura de una señora. De espaldas a mí, sus hombros se agitan con cada sollozo contenido.

En cuanto se da la vuelta al escuchar mis pasos, me encuentro ante una mujer que ronda los cincuenta, con la belleza típica de ciertas mujeres ricas cuyos rasgos aristocráticos, lejos de atenuarse, se van puliendo con el tiempo. Su cara me es familiar, pero no logro identificarla.

—¿Se encuentra bien? —pregunto, algo incómodo. De pronto, mi acento de Belfast se intensifica, como si arrastrara barro por el inmaculado suelo de mármol.

¡Jesús! ¿Cuál es el protocolo a seguir? Durante la semana de formación antes de unirme al equipo de seguridad del príncipe Nicholas, nadie me enseñó a reconfortar a aristócratas desoladas.

—No me haga caso —dice con voz tan pija como todo su aspecto—. Soy una tonta en un momento de debilidad. Los peligros del exceso de champán y de recuerdos.

Me remuevo, incómodo.

—¿Le gustaría que llamase a alguien?

—Dios, no. —Ríe con nerviosismo—. A los buitres de esta fiesta nada les gustaría más que tener chismorreos frescos de la duquesa y sus tragedias. —Suspira mientras hace girar el anillo grueso de su dedo—. Dígame, oficial, ¿usted tiene hijos?

La pregunta me pilla desprevenido.

—No, señora.

—Considérese afortunado. Cuando crecen se convierten en extraños que te culpan por intentar protegerlos. —Un destello de dolor le atraviesa el rostro.

—Las relaciones familiares son complicadas —ofrezco, a falta de algo mejor.

—Solo quiero lo mejor para él —responde.

Sus palabras me llegan al fondo del alma. Mi madre murió cuando yo tenía doce años y, de pronto, el mundo era demasiado grande, demasiado cortante, con demasiadas aristas que podían causar daño. Para ese momento, hacía rato que mi padre empinaba el codo, pero en cuanto ella se nos fue, no hubo quien lo frenara.

Mientras esta mujer llora por un hijo que no quiere su protección, yo vendería el alma por escuchar una vez más a la mía quejándose de que no he comido lo suficiente.

La injusticia me corroe por dentro.

La duquesa endereza los hombros con esfuerzo y dice:

—Es tan duro ver que alguien que quieres va a repetir la misma historia...

El sonido de unos pasos vacilantes y de unas risas me salvan de tener que responder. Nicholas aparece por un costado guiando a la rubia de rojo, una mano posesiva sobre la parte baja de su espalda. Lleva la camisa semidesabrochada y ha perdido la pajarita. Una mancha de pintalabios le cubre la comisura de la boca mientras que otra asoma por el cuello de su camisa.

En cuanto se percata de nuestra presencia, la risa se le borra de un plumazo y la expresión desenfadada de su rostro se endurece, volviéndose fría y recelosa.

—Oficial O'Connell.

—Alteza Real.

Nicholas me mira primero a mí y luego a la mujer. Sus labios se curvan.

—Veo que ha conocido a mi madre.

El desdén en su tono me revuelve el estómago. Tiene a su madre delante, con las mejillas aún bañadas en lágrimas, y la mira como si hubiera pisado algo desagradable. He visto a hombretones de Belfast mostrar más compasión por un perro callejero que la que le muestra este príncipe a la mujer que le dio la vida.

¿Qué clase de persona trata a su madre así?

Capítulo Cinco

Nicholas

Menuda situación más incómoda.

Mi madre se enjuga las lágrimas de rímel mientras mi nuevo guardaespaldas la custodia como una gárgola vigilante. De todas las personas que podrían haberse topado con ella durante una de sus escenas dramáticas, por supuesto tenía que ser él.

El dios de las familias disfuncionales se ha lucido con este cuadro viviente.

Mi madre emplea las lágrimas con una precisión estratégica, normalmente delante de un público que sea testigo de su sufrimiento. Al parecer, esta noche le ha tocado al oficial Eoin O'Connell, quien me mira como avispa que le ha caído en la cerveza.

A decir verdad, su expresión no dista mucho de la que me dedica de forma habitual desde el día en que lo conocí.

—Nicholas, cariño. —Mi madre ha decidido, por supuesto, que este es el momento oportuno para interpretar su papel de «madre del año».

La rubia, ¿lady Genevieve?, ¿Georgina?, se me escapan los detalles por culpa del champán, se revuelve incómoda a mi lado. La intuición le indica que atraviesa en tacones por un campo de minas.

—Alteza —susurra—, creo que es mejor que me...

—Sí, creo que es lo mejor —respondo con una sonrisa falsa.

Se retira, por lo que me quedo a solas con mi madre y el oficial O'Connell.

Tras echarle un vistazo a la mancha de pintalabios en el cuello de mi camisa, mi madre comenta:

—Definitivamente, cada día te pareces más a tu padre.

Las palabras se me clavan como puñales en los puntos más sensibles. O'Connell me observa impávido, aunque en su rostro asoma un atisbo de... ¿recriminación?

Fabuloso.

—No te entretengo más, madre, disfruta de tu descanso —digo.

Su rostro se contrae, como era de esperar. Por arte de magia, sus lágrimas se intensifican y apoya la mano en mi brazo con el temblor suficiente como para que no pase desapercibido.

—Sabes que solo quiero lo mejor para ti —susurra lo bastante alto para que O'Connell pueda escucharla. El instante en que su voz se quiebra es una clase maestra en manipulación emocional.

Sus ojos grises me observan. Estarán memorizando la imagen de mi madre bañada en lágrimas junto a mi expresión de indiferencia. De repente, me siento juzgado.

Puedo leer el veredicto en los ojos del oficial: malcriado, egoísta, cruel. No tiene ni idea de los años de manipulación, de las lágrimas premeditadas, de la forma en que utiliza el dolor como arma. Lo único que ve es a un hijo que rechaza a una madre desolada. Casi puedo sentir su repugnancia flotando en el aire.

—Os dejo para que continuéis con vuestras... actividades nocturnas —dice mi madre. Luego, me da un beso en la mejilla y su vestido produce un frufrú al pasar por delante de mí.

Cuento en silencio: uno, dos, tres... Tal como esperaba, trastabilla ligeramente y apoya una mano contra la pared, como si el peso de mi crueldad le pareciera insoportable. O'Connell se adelanta, por supuesto, y le ofrece el brazo, pero ella lo rechaza con una sonrisa de agradecimiento antes de desaparecer.

Cuando se gira hacia mí, los ojos del oficial pasan de la neutralidad profesional a un desdén que apenas disimula.

Hace el amago de irse, y de pronto soy incapaz de soportar el peso de otra mirada crítica. He tenido una vida llena de ellas y, por

lo que sea, reconocerla en su rostro adusto me hace perder la compostura por completo.

—¿Hay algo que quiera decirme, oficial O'Connell? —pregunto alzando la voz.

Se detiene, se vuelve hacia mí con lentitud y me barre de arriba abajo con la mirada.

—¿Quiere saber mi opinión? —responde, por fin.

—Es evidente, de lo contrario no le hubiera preguntado —contesto con frialdad.

Su figura se estira al máximo de su impresionante estatura y alza la barbilla mientras me mira directo a los ojos.

—Creo que la familia es lo más importante en este mundo. Y la mujer que lo llevó en el vientre durante nueve meses, que lo parió, que lo consoló de pequeño, está echa un mar de lágrimas por cómo la ha tratado. La forma más decente de actuar me parece que sería intentando arreglar las cosas.

Me invade una furia aguda y corrosiva. El champán en mi interior no hace más que acelerar la reacción y convertir la irritación en una emoción desmedida y peligrosa.

—Usted no sabe absolutamente nada sobre la relación que tengo con mi madre —espeto—. ¿La conoce desde hace cuánto, cinco minutos? ¿Y ya se cree un experto en las dinámicas de mi familia? Ahórreme ese sermón provinciano sobre respetar a la madre.

Su gesto se endurece, y yo me paso la mano por el pelo mientras me voy hacia atrás hasta que mi espalda da contra la pared. Con las manos en puños y las uñas dejando surcos en mis palmas, intento recobrar la máscara de chico despreocupado.

O'Connell se halla delante de mí como una antigua estatua celta, con su silueta recia y una firme recriminación en el rostro.

De pronto el pasillo se me hace demasiado estrecho, demasiado reducido, y el aire demasiado pesado para llenarme los pulmones.

El oficial ocupa casi todo el espacio, por lo que no me queda más remedio que centrar mi vista en él. Noto que el pulso se me acelera y se me ponen los pelos de punta; mi cuerpo reacciona como un traidor, pero prefiero achacarlo a la furia.

—¿Por qué me molesto en justificarme? Si usted no es nada más que un guardaespaldas —digo.

En cuanto salen de mi boca, esas palabras me dejan un sabor amargo. Me invade una punzada de vergüenza, aguda y dolorosa.

Una emoción atraviesa el rostro de O'Connell antes de que se vuelva inexpresivo por completo.

—Tiene toda la razón, señor. Solo soy un oficial de seguridad. Lo dejo para que continúe con su velada.

Se da media vuelta y se marcha.

Sus movimientos son precisos y calculados, lo que me recuerda que solo uno de nosotros perdió los papeles esta noche, y no fue él.

Me derrumbo contra la pared, y el frío de la piedra traspasa mi camisa. El subidón de ira se desvanece dejando atrás la adrenalina y dando paso a la vergüenza.

Joder.

¿Pero él qué sabe de lealtad familiar? En su mundo, quizás las madres se merecen la devoción que les prodigan sus hijos. Quizás en su mundo las madres no traicionan a sus hijos.

¿Será que la mía ensayó su pequeño teatro mientras se vestía para la cena? ¿Habría practicado el temblor de labios en el espejo del tocador? ¿Habría llorado de la misma manera cuando le entregó a Daniel un sobre repleto de dinero? ¿Intentó hacer como que le afectó descubrir que la felicidad de su hijo resultó ser una mercancía negociable?

Al ponerme de pie, el champán viene a recordarme su presencia haciendo que la habitación gire ligeramente. Necesito llegar a la cama.

Mañana me esperan compromisos reales y O'Connell será mi sombra, controlando cada movimiento. De solo pensar que he de pasar otro día bajo su mirada desaprobadora, me entran sudores fríos.

Pero no tengo elección.

Capítulo Seis

Nicholas

De todas las obligaciones que he de cumplir, la de hacer de juez en un concurso de casitas de jengibre en el centro comunitario St. Margaret entra en la categoría de las entretenidas.

—La perspectiva arquitectónica es muy... vanguardista —indico de forma diplomática mientras observo lo que se podría describir como la versión de jengibre de la torre de Pisa. Su creadora es una abuela corpulenta cuyos bíceps amenazan con levantarme por el aire si no le convence mi opinión. Sin embargo, sonrío orgullosa ante mis palabras.

Esta es mi vida ahora mismo: dar mi opinión sobre estructuras de galletas mientras las cámaras documentan cada una de mis reacciones, dispuestas a declararme como el «príncipe de todos» o un «aristócrata desconectado de la gente» dependiendo de mi valoración del glaseado.

Por desgracia, no solo el público juzga cada uno de mis movimientos.

Tras probar un trozo de pared de jengibre servido en una servilleta navideña y de exagerar un «mmm», lo que provoca risitas de deleite en los niños que me rodean, no puedo evitar echarle un vistazo a mi nuevo guardaespaldas. Allí está, en una esquina de la

sala con los brazos cruzados y la cara de piedra, inmutable, como si estuviese en una auditoría fiscal y no en un evento social.

Su mirada se encuentra con la mía y su expresión se endurece aún más.

Podría decirse que durante las últimas semanas las cosas entre mi nuevo agente de seguridad y yo no han ido del todo bien.

La semana pasada saqué a relucir todos mis encantos durante una lectura de poesía en un festival de cultura. Al aprendiz de poeta no le quedaron dudas de lo mucho que me habían conmovido las diecisiete estrofas de su oda a los narcisos. Aun así, el oficial O'Connell solo me dedicó una mirada apática.

Ayer logré reconducir una situación potencialmente problemática para los de relaciones públicas. Un coro de niños olvidó la letra del himno nacional y gracias a que me uní cantando con exagerado fervor patriótico acabó siendo un momento adorable. El oficial Singh, también de guardia, se contagió del espíritu y nos regaló un *God Save the Queen* con una voz de barítono que sorprendió por su potencia. El oficial O'Connell permaneció en su sitio con el ceño fruncido.

Es como vivir con un robot criticón con forma humana programado para encontrarle el defecto a todo lo que hago.

La semana pasada, al confesarle mis penurias a Callum en Clarence House, mi hermano se mostró empático, pero me respondió con su típico optimismo estadounidense:

—Quizás la situación mejore a medida que os vayáis conociendo.

—Y quizás la abuela nos anuncie que en su tiempo libre se dedicará al patinaje artístico —respondí.

Me revienta que O'Connell haya caído en las manipulaciones de mi madre, que me haya pillado en un momento vulnerable, con las defensas bajas. Detesto que ahora observe todo lo que hago con una mirada de desaprobación.

Es un gilipollas prejuicioso.

En mi desesperación, le pregunté a Rick Cavendish subrepticamente si no podían reasignar a O'Connell a otra misión por incompatibilidad de caracteres. En ese momento me enteré de que lo habían elegido a dedo tras un análisis de seguridad.

—Lo lamento, la elección del personal de seguridad no es un bufé, Alteza Real —contestó Rick—. A menos que tenga un motivo de peso en relación a cómo desarrolla su trabajo, se quedará hasta que la RaSP diga lo contrario.

Fue del todo reconfortante descubrir que mi equipo de seguridad es otro aspecto de mi vida sobre el que tengo cero control.

Pronto descubro que hay otra situación inminente que se escapa a mi control, porque he cometido el inocente error de aceptar un trozo de galleta de jengibre. De repente me hallo en medio de lo que podría definirse como *Bake Off: pasteleros al ataque*. Una niña con trencitas me pone un pedazo de techo glaseado a milímetros de mi boca mientras un adolescente me ofrece una chimenea de jengibre con tanto entusiasmo que temo que se me meta en la nariz.

Mi adiestramiento como miembro de la realeza no incluye lecciones sobre cómo escapar con elegancia a situaciones de muerte inminente por consumir postres.

Llevo la mirada hacia el oficial O'Connell, quien permanece en su sitio con los brazos cruzados e irradiando la misma alegría que Scrooge en su fase previa a convertirse en fantasma, aunque, todo hay que decirlo, con mejores hombros.

Ha llegado la hora de entretenerme un poco.

—Oficial O'Connell, por aquí se requiere de su evaluación profesional —lo llamo desde el otro lado de la sala.

Entorna los ojos.

—¿Señor?

—Estos jóvenes pasteleros quieren que pruebe sus casas de jengibre. —Señalo a los niños que me rodean—. Como el guardaespaldas comprometido que es, querrá comprobar que todo es apto para mi consumo.

Entrecierra los ojos aún más mientras se acerca con esa energía controlada que me acelera el pulso de forma irritante.

Hago caso omiso de mi reacción.

—Diría que probar comida no entra dentro de mis funciones —dice al llegar a mi lado.

—Pues tómelo como quien evalúa una amenaza a conciencia.

Su rostro continúa imperturbable.

—Y, ¿quién sabe?, puede que hasta le dulcifique el carácter —añado con una sonrisa.

—Mi carácter está bien tal como está —responde. Pero los niños lo observan con rostros esperanzados.

—¿Quieres probar mi palacio de jengibre? —Una niña con gafas le extiende un plato—. El puente levadizo lo hice yo misma.

O'Connell mira a la niña, a mí y de nuevo a la niña.

—Bueno, supongo que una inspección de seguridad nunca está de más —masculla.

A pesar de su acritud, coge el plato de la niña con delicadeza antes de darle un pequeño bocado.

—¿Y? —lo apremio. Disfruto al verlo incómodo más de lo que se consideraría apropiado.

—Pasa la prueba —dice, sin emoción, pero luego su expresión se suaviza al dirigirse a la niña—: Y está delicioso.

La niña le sonríe, emocionada, y algo fugaz le atraviesa el rostro, lo que hace que parezca casi humano.

—¿De verdad eres guardaespaldas de la familia real? —pregunta un niño.

—Sí, de verdad —confirma, parco.

—¿Y morirías por el príncipe Nicholas?

O'Connell se queda momentáneamente desconcertado. La pregunta es inocente, pero para mí es como un puñetazo en el estómago.

¿Por qué nunca he reflexionado sobre esto? Tanto al oficial O'Connell como al resto de agentes de protección les pagan para que valoren mi vida por encima de la suya.

—¡Billy! —exclama la madre del niño.

—No se preocupe —intervengo con tacto—. El oficial O'Connell moriría por mí, sin dudas. Por suerte para él, ahora mismo solo tiene que probar unos dulces, una opción mucho menos arriesgada, ¿verdad?

Una niña pelirroja con rizos ofrece su creación al oficial con insistencia.

—Esto es un príncipe —anuncia orgullosa mientras señala un trozo de glaseado con una ligera forma humana.

O'Connell se agacha a su altura.

—Tu talento me deja impresionado —dice.

—Y el parecido es asombroso —añado—. Ha sabido capturar mi porte aristocrático a la perfección.

—Al príncipe glaseado se lo ve más digno —opina O'Connell al tiempo que se endereza.

Parpadeo. ¡Por todos los santos! Que llamen a los medios. Urgente: oficial impertérrito muestra atisbo de personalidad.

—¿Eso ha sido una broma? —pregunto.

—En absoluto —responde con cara de póquer—. Tan solo una apreciación de carácter profesional. La figura glaseada tiene menos pinta de acabar en situaciones comprometidas.

—Cuidadito, oficial O'Connell. Creo haber detectado un ligerísimo atisbo de humor. ¿Qué pensaría la Asociación de Guardaespaldas Ceñudos si alguien le va con el chisme? A ver si por esto le cancelan la membresía.

—Mi membresía está asegurada, señor —contesta, hosco.

Pero creo notar una leve curvatura en la comisura de su boca antes de que se obligue a eliminarla.

Una extraña sensación que no podría definir brota en mi interior. ¿Qué tendría que pasar para que el oficial O'Connell sonriera de verdad?

¿Y a mí qué más me da?

Vuelvo mi atención a los niños y acepto otro trozo de galleta agradeciendo como es debido.

Pero el buen humor patrocinado por el subidón de azúcar se desvanece en cuanto la señora Pemberton, la directora del centro comunitario, se coloca a mi lado.

—¿Cómo se encuentra la reina, príncipe Nicholas? ¿Su recuperación va por buen camino?

Mi abuela sufre una gripe invernal que le ha cogido el pecho, así que por primera vez en años ha tenido que cancelar una serie de actos públicos. Para cualquier persona de noventa años no sería más que un ligero inconveniente, pero al tratarse de la monarca es noticia de primera plana.

—Su majestad se recupera espléndidamente, gracias por preguntar —contesto—. Aunque me han contado que pone a prueba la paciencia de los doctores cuando insiste en revisar documentos de Estado entre siesta y siesta. —La señora Pemberton sonríe, y continúa—: Me pidió que disculpara su ausencia ante los artesanos del jengibre. Mucho me temo que mi capacidad para juzgar las técnicas estructurales del glaseado es un pobre sustituto en comparación con su ojo experto.

La señora Pemberton utiliza las frases de rigor sobre lo afortunados que se sienten de contar conmigo; no obstante, mi mente se ha quedado en la salud de mi abuela y, sobre todo, en el hecho de que algún día ya no estará con nosotros.

Siempre ha sido un torbellino. Solo de pensar en verla tan vulnerable es como si viese al Big Ben tambalearse.

Le otorgo el premio a Mejor Uso Creativo de los Bastones de Caramelo a una reproducción de jengibre del London Eye, aunque estoy casi seguro de que los padres trabajaron más en ella que el propio niño. En ese momento, siento vibrar mi móvil en el bolsillo.

Es un mensaje de James, mi secretario personal: «Alteza Real, se requiere su presencia en el palacio de Buckingham de inmediato. Lord chambelán desea hablar con usted en persona».

Me da un vuelco el estómago.

Que lord chambelán requiera mi presencia es, en términos de la realeza, el equivalente a que te llame el director a su oficina. No suele ser para hablar del tiempo o para darte buenas noticias.

—Lo siento muchísimo, pero el deber me llama —informo a la señora Pemberton con expresión apesadumbrada—. Exprésele mis más sinceras disculpas a todos aquellos con los que no he podido conversar.

Mientras camino hacia la salida, veo a O'Connell hablar por el micrófono de su muñeca, imagino que para pedir que traigan el coche.

No sé de qué va esta reunión, pero de dulces con jengibre seguro que no.



De camino al palacio de Buckingham, miro a través de la ventanilla. Londres pasa ante mí en un caos de autobuses rojos y alegres decoraciones navideñas que contrastan con mi estado de ánimo. La última vez que requirieron mi presencia con tanta urgencia fue cuando mis tíos y primos se involucraron en un escándalo, lo que hizo que ascendiera del doceavo al segundo puesto en la línea de sucesión. Aunque en este caso no creo que esté relacionado con algo que haya hecho Callum. A no ser que el incidente del bautizo de un barco cuando se cayó al Támesis y, de paso, bautizó a la mitad de los presentes justifique una intervención de palacio.

En cuanto llegamos, la comitiva atrae la atención del enjambre de turistas congregados fuera del palacio de Buckingham, que enseguida se giran hacia nosotros, móviles en mano.

O'Connell, a mi lado en el asiento trasero, no emite comentarios, pero sus ojos grises permanecen en alerta. Debe de pensar que algún peatón podría de repente sacar un arma y abalanzarse contra el coche. O quizás espera que la reina Victoria se levante de su monumento de mármol para torturarme por ser una decepción como heredero al trono.

El coche traspasa las puertas del palacio de Buckingham.

Me apeo en el patio, donde incluso las palomas están atentas a mi llegada. El palacio se alza ante nosotros imponente, con sus paredes de piedra y siglos de expectativas más sofocantes que la presión atmosférica.

Dentro, el panorama cambia por completo. Solo se oyen susurros y el particular silencio de las gruesas alfombras que acumulan secretos.

El oficial O'Connell me sigue dos pasos por detrás, casi sin hacer ruido. ¿Qué pensará de todo este esplendor fastuoso?

Si le impresiona, su cara no lo muestra.

En cuanto se abre la puerta doble que da al salón amarillo, se me dispara la ansiedad. Lord chambelán, de pie al lado de la chimenea,

conversa con expresión seria con sir Clive Walsh, el secretario personal de la reina. Rick Cavendish se ubica muy cerca de una mesilla mientras que lady Caroline Powell, de la oficina de Asuntos Exteriores, examina una figura de porcelana con marcado interés. También se encuentra en la sala Raymond, el secretario personal de mi hermano.

En el centro de todo se halla Callum, mi medio hermano, también conocido como el príncipe de Gales, que no muestra signos de incomodidad.

—Ah, Alteza —dice lord chambelán al tiempo que me dedica una pequeña reverencia—. Gracias por venir a pesar de la poca antelación con la que se le avisó.

—Vengo de un concurso de casitas de jengibre —respondo. Saludo con un movimiento de cabeza a los presentes—. Me habéis rescatado de una muy posible muerte por sobredosis de azúcar.

Callum me dedica una amplia sonrisa. Al menos cuento con un aliado.

Lo que sea que se vaya a tratar no puede ser tan catastrófico si él está sonriendo.

—Nicholas. —Se acerca para darme un abrazo—. Me alegro de verte.

Sir Fergus, lord chambelán, se aclara la garganta y dice:

—Sería conveniente que todos tomemos asiento.

Nos sentamos alrededor de la mesa ornamentada. El oficial O'Connell se coloca cerca de la puerta.

Me molesta ser tan consciente del punto exacto donde se ubica.

Mi equipo de seguridad siempre ha sido para mí como esos peces del documental que me obligó a ver Callum, los que hacen el trabajo de limpiar los dientes de los tiburones sigilosamente, sin llamar la atención. No suelo prestarles atención.

Pero, sin duda, el oficial O'Connell no me pasa desapercibido.

Detesto que al estar bajo su escrutinio de manera constante me sienta muy consciente de mí mismo de formas que no puedo explicar.

Es como si yo me subiera a un escenario y en primera fila tuviera un crítico difícil de complacer, capaz de percibir cualquier tartamudeo

o traspié.

—Alteza —comienza su discurso sir Fergus con las manos en posición de rezo—, como bien sabe, hace unas semanas que su majestad no se encuentra muy bien.

—Sí, hablé con ella ayer —contesto.

—Y mientras su majestad se recupera, hemos tenido que hacer unos reajustes en el calendario real.

Lady Powell, de Asuntos Exteriores, se inclina hacia delante para intervenir.

—La gira por Australia y Nueva Zelanda prevista para el mes que viene es de suma importancia. El espíritu republicano está ganando terreno en Australia, por lo que la presencia de la monarquía es vital para reforzar los lazos con la Commonwealth.

Miro a Callum.

—Creía que ese honor lo ostentabas tú.

Callum se remueve en la silla.

—Oliver y yo íbamos a ir, sí. Pero con el asunto de la abuela, me necesitan aquí.

—El príncipe de Gales ha de acudir a varias reuniones diplomáticas y funciones de Estado cruciales —explica sir Fergus—. Por tanto, de momento debe permanecer en el Reino Unido.

Ya veo por dónde van los tiros.

—O sea, queréis que viaje a Australia.

—Y a Nueva Zelanda —añade lady Powell—. Es una gira de cuatro semanas por las grandes ciudades y varias zonas rurales.

—Y yo que estaba bajo la impresión de que, históricamente, se enviaba a la gente a Australia por robar pan. —Enarco una ceja—. ¿He cometido algún delito del que no soy consciente?

Callum ríe por lo bajo, mientras el resto permanece impassible. Le echo un vistazo al oficial O'Connell y, cómo no, forma parte de esa mayoría que no aprecia mi ingenio.

Vaya sorpresa.

—Es una oportunidad única, Alteza —continúa lady Powell—. El primer ministro australiano ha requerido específicamente la presencia de un miembro de la realeza. La reacción de la gente con

su visita podría causar un impacto significativo en las relaciones con uno de nuestros mayores aliados.

—Además, existe otro motivo —dice Raymond, dubitativo, mirando a Callum—. Es posible que en los siguientes meses... se necesite de la presencia del príncipe de Gales y del príncipe consorte para cierto anuncio personal.

Ah, el asunto de la gestación subrogada. Ahora lo entiendo todo.

—Es decir, que a mí me envían a las antípodas mientras mi hermano gestiona el circo mediático de la expansión del árbol familiar.

—Hay cierta preocupación sobre la reacción de cierto segmento de la población ante la noticia de la gestación subrogada —comenta sir Fergus con delicadeza—. Palacio opina que lo más prudente es que el príncipe de Gales permanezca en Inglaterra para gestionar la situación.

—Bueno, tampoco es que me parezca un suplicio cambiar el invierno británico por las playas australianas —digo—. Aunque tenía muchas ganas de pasar la Navidad en Sandringham para ver qué suéter elegía Oliver este año.

—La salida es el 15 de diciembre y el regreso el 10 de enero —interviene lady Powell.

Llevo la vista a Callum. Se lo ve realmente agradecido, lo que mitiga mi instinto de llevar la contraria solo para fingir que tengo algún poder de decisión.

—Habrá que adaptar las medidas de seguridad —informa Rick Cavendish, quien interviene por primera vez—. Tendremos que coordinar con las autoridades locales para llevar a cabo un reconocimiento previo.

Está claro, mi equipo de seguridad tendrá que venir conmigo a las antípodas. Siete agentes cuyos planes navideños acaban de irse al traste por culpa de la realeza. La idea me sienta fatal al estómago, como si el jengibre no se hubiera digerido bien.

Sé que la oficial Blake adquirió entradas para ir con su novia a un espectáculo en West End. Y el oficial Davis mencionó que sus padres vendrían desde Bristol para hacerle una visita.

No puedo evitar mirar a O'Connell, igual de inexpresivo que una roca.

¿Qué planes le estaré fastidiando a mi nueva sombra?

¿Este irlandés tan parco tendrá a alguien que lo espera en casa? Quizás una esposa de temperamento similar con la que se comunica desde sitios opuestos de la mesa a base de gruñidos criticones. Incluso puede que tenga hijos, toda una prole de O'Connells en miniatura con permanente ceño fruncido. Deben de pasar la mañana de Navidad abriendo regalos prácticos. Un manual de bolsillo para la evaluación de amenazas o quizás unas camisetas tácticas negras.

¿Qué hará este hombre cuando no se da a la tarea de juzgarme en silencio? Se me hace imposible imaginarlo cantando villancicos o colgando luces de Navidad.

Lo más probable es que observe el árbol con tanta intensidad que el pobre acaba acobardado, decorándose solo.

Lord chambelán rebusca entre los papeles e informa:

—La Oficina de Comunicaciones de palacio lanzará un comunicado oficial mañana por la mañana.

—Pues, entonces —digo tras ponerme de pie y abotonarme la chaqueta—, más vale que me ponga a repasar la jerga australiana y a ensayar técnicas abrazakoalas.

—Le haremos llegar esta tarde al palacio de Kensington el itinerario completo así como los documentos informativos —informa Raymond.

—Te agradezco que me sustituyas —dice Callum en voz baja mientras los demás se van retirando—. Sé que la fecha es problemática.

Le dedico una sonrisa.

—Supongo que podré soportar cuatro semanas de sol y de legiones de admiradores. Considéralo mi regalo de Navidad. Aunque no creas que te salvarás de hacerme algún superfavor.

La expresión de Callum se suaviza.

—Gracias, Nicholas. De verdad.

Hago un gesto con la mano restándole importancia al asunto.

—Tú preocúpate de que la abuela de verdad descanse. E intenta que Internet no reviente en cuanto tú y Oliver hagáis el anuncio.

—Lo intentaremos —responde mi hermano.

En cuanto salimos de la sala, O'Connell se pone a mi lado, su rostro indescifrable.

—¿Hay ganas de viajar a Australia, oficial? —no puedo evitar preguntar—. Aunque me da que esa piel irlandesa no es la mejor aliada del sol australiano, ¿verdad?

—Sobreviviré —responde indiferente.

—Así me gusta, una preocupación menos —digo, animado—. Y si nos salvamos de los bichos, solo nos queda preocuparnos por la situación de proximidad forzada.

Por un segundo, noto un atisbo de pánico cruzar su rostro impenetrable, y siento un regocijo perverso al haber logrado atravesar su fachada.

La satisfacción me dura un suspiro porque enseguida la reemplaza esa sensación familiar de opresión en el pecho.

He de prepararme para una inminente gira al otro lado del planeta. Cuatro semanas de representar a la Corona, de intentar convencer a los australianos y a los neozelandeses de que sigan contando con nosotros, todo mientras la abuela se recupera y Callum se prepara para ser padre.

No puedo decepcionar ni a mi abuela ni a mi país.

Capítulo Siete

Eoin

Las salas de reunión de Scotland Yard siempre huelen igual, al típico desinfectante que usan las instituciones mezclado con décadas de sudor y de café asqueroso.

El comisario detective Martin Thornton despliega una serie de documentos sobre la mesa mientras yo permanezco sentado en mi silla, recto como una vara. Me hallo en esta sala sin ventanas junto con Thornton y Pierce porque, tras cuatro semanas de trabajo como agente de seguridad, debo informar a ambos sobre mi progreso.

Más bien, sobre la falta de progreso.

Es la primera vez que fracaso en toda mi carrera profesional. No tengo pistas. No tengo nada.

—Los informes de Inteligencia revelan una tendencia preocupante —dice Thornton, y su acento tosco de Yorkshire llena la sala—. Desde que palacio ha anunciado al príncipe Nicholas como sustituto del príncipe Callum en la gira por Australia y Nueva Zelanda, hemos detectado un aumento alarmante de actividad.

Pierce, a la derecha de Thornton, me extiende una carpeta.

La hojeo. ¡Jesús! Normal que estén preocupados: comunicaciones cifradas, cuentas inactivas que vuelven a cobrar vida, móviles desechables que se activan a lo largo de Australia siguiendo un patrón.

Es como presenciar el despertar de una bestia dormida.

—El patrón tiene una similitud alarmante con el que hubo antes del secuestro de Matheson y Webley. Claro que ese solo pudimos verlo en retrospectiva —afirma Thornton.

—Creéis que este grupo misterioso atacará al príncipe Nicholas durante la gira —digo.

Pierce asiente.

—Todo apunta a que sí —responde.

—Lo más inquietante es que los movimientos comenzaron unas horas antes de que palacio anunciara la sustitución del príncipe Callum —informa Thornton.

Me toma unos segundos caer en la cuenta.

—¿Pensáis que ya se habían enterado del cambio antes de que se hiciera público? —pregunto, pausando las palabras.

—Sí. —Pierce se frota el puente de la nariz—. Y si sumamos el informe de Inteligencia de uno de nuestros topes, todo apunta al equipo de seguridad del príncipe.

Thornton se inclina.

—O’Connell, lleva cuatro semanas interactuando con ellos. ¿Qué valoración hace de la situación?

Intento pensar qué podría interesarles.

—Rick Cavendish gestiona el equipo con precisión militar. Es un exmilitar del SAS con un expediente intachable. La oficial Blake tiene un instinto excepcional, sobre todo para evaluar a las masas. La capacidad de Singh para adaptarse a situaciones sociales resulta de gran valor en los actos públicos. Malcolm es metódico de un modo que raya lo obsesivo. Anoche lo pillé comprobando la misma información de seguridad tres veces en quince minutos. MacLeod es la voz de la experiencia práctica. Y Davis, a pesar de su escasa experiencia, presta atención y quiere demostrar su valía.

—¿Comportamientos sospechosos? ¿Ausencias injustificadas? ¿Intercambios no habituales? —apremia Pierce, y sus ojos de águila se clavan en mí como si así pudiera sacarme algo, lo que sea.

Jesús. Ha debido de luchar por mí para que me dieran esta misión. Tuvo que haber convencido a Thornton de que su antiguo protegido era capaz de sacar adelante un caso tan importante. Y

aquí estoy, cuatro semanas después, y no he averiguado una puta mierda.

Me he tirado horas y horas analizando a cada miembro del equipo para descubrir posibles contradicciones o patrones no habituales. De momento, nada.

Lo que significa que o bien son todos inocentes o bien el infiltrado es excepcionalmente bueno.

—Nada que haya levantado mis sospechas —respondo con franqueza—. He revisado la lista de turnos al milímetro y no encuentro patrones en las bajas por enfermedad o en las vacaciones que puedan considerarse una señal de alarma. También he comprobado los antecedentes de sus familiares, pero no descubrí nada raro más allá de alguna que otra multa de estacionamiento y un primo al que apercibieron por posesión de marihuana. He intentado buscar dispositivos no autorizados, conexiones de *bluetooth* extrañas, pistas de algún sistema electrónico clandestino, pero no hay indicios de que alguien le esté vendiendo información a los terroristas.

—¿Y el príncipe? —pregunta Pierce—. ¿Tiene a alguien en su círculo que pudiera ser un punto débil? ¿Alguien a quien podrían manipular o implicar de alguna manera?

Reflexiono sobre esta cuestión mientras me vienen a la mente los rostros de la gente que rodea a Nicholas.

Lo cierto es que, a pesar de sus encantos y de su reputación de *playboy*, no parece tener muchos amigos cercanos. Si bien cuenta con un amplio círculo de allegados, lo que viene a ser una relación estrecha, creo que solo la tiene con su hermano, el príncipe Callum. Es todo brindar con champán y soltar bromitas, pero, en cuanto la situación se vuelve demasiado real, se oculta detrás de una máscara de sarcasmo.

Las personas con las que interacciona con más frecuencia son los miembros de su equipo de seguridad.

Por desgracia para mí, las interacciones que tengo con el príncipe no pueden tacharse de agradables.

Desde el día que le recriminé el comportamiento despiadado para con su madre, se ha tomado como objetivo personal ser un fastidio

para mí. Como ayer en la ceremonia de apertura de un hospital. No tuvo mejor idea que desviarse adrede de la ruta pautada para charlar con los pacientes, por lo que me tocó correr detrás de él. Al girarse, me dedicó su típica sonrisita engreída, esa que insinúa que sabe muy bien lo que hace y lo disfruta a lo grande.

La semana pasada fue aún peor. Después de presentarme al embajador danés como su «sombra viviente», me pidió delante de todos que demostrara mi técnica para hacer placajes. «Ya que eres todo un experto», dijo con ojos inocentes, como quien no ha roto un plato.

¿Y la cena de Estado? ¡Jesús, esa se lleva la palma! Le contó al embajador de Francia que dedicaba mi tiempo libre a escribir una novela romántica. Se pasó diez minutos inventándose un argumento bastante elaborado sobre un guardaespaldas taciturno y una duquesa solitaria mientras yo permanecía de pie como una estatua, máscara de profesionalidad en su sitio, planeando mentalmente dónde esconder su cuerpo.

Lo peor de todo es la manera en que le brillan los ojos cuando presiente que ha logrado irritarme. La satisfacción en su voz cada vez que suelta una pulla particularmente buena. Y el muy cabrón siempre está guapísimo, lo que empeora más las cosas.

Es un maldito esnob que hace alarde de sus privilegios, como un colegial que se cree más por tener una lupa. Y me ha tomado como una puta hormiga con la que juega para divertirse.

De hecho, me sorprende que no haya más gente intentando asesinarlo, la verdad.

El desagrado que me produce la monarquía británica en general ahora se ha centrado en uno de sus miembros en particular.

—Nadie de su círculo cercano me parece sospechoso —respondo.

—¿El príncipe sigue los protocolos de seguridad? —pregunta Pierce, y noto ese sutil deje en su voz que he aprendido a interpretar: mi respuesta no le satisface demasiado.

Pienso en las veces en que el príncipe pone los ojos en blanco cuando le propongo rutas más seguras, sus suspiros al «limpiar» una estancia antes de que entre. Aunque haya interiorizado el papel

del príncipe *playboy* despreocupado, hay momentos en que sus ojos cuentan una historia diferente.

—Creo que las medidas de seguridad le parecen restrictivas —respondo—. Pero cumple con los protocolos esenciales.

Thornton ríe por la nariz.

—Está siendo generoso. Según los informes, trata todo lo relacionado con la seguridad como un estorbo en el mejor de los casos.

Me muerdo la lengua, aunque, sabrá Dios por qué, siento la necesidad de defender al imbécil.

Quizás porque sospecho que la verdad es más complicada de lo que Thornton imagina. Nicholas actúa como se espera de él: cumple con las obligaciones de la realeza, con las apariciones en público, siempre con su fachada de príncipe encantador, y reserva sus actos de rebeldía para pequeñas batallas que escoge con deliberación. Como un hombre enjaulado que sacude los barrotes para recordarse que tiene esa opción, pero nunca lo bastante como para liberarse.

Lo comprendo porque en ocasiones he sentido algo similar, ese agotamiento de ser lo que todo el mundo necesita que seas, en vez de tu yo verdadero.

—Coordinar el asunto de la seguridad en Australia y Nueva Zelanda será complicado —continúa Thornton tras poner un mapa en pantalla—. Sídney, Cairns, Alice Springs, Darwin, Auckland, Wellington... Veintiséis compromisos oficiales en cuatro semanas.

—La policía de ambos países se encargará de la seguridad del perímetro exterior —añade Pierce—. Pero la responsabilidad de la protección personal seguirá recayendo en nosotros, y no nos podemos permitir dar otro paso en falso. Sobre todo teniendo en cuenta que Hargrove se infiltró en el equipo de seguridad de Matheson.

Asiento. Sé perfectamente lo que está en juego. Este caso podría hacer triunfar o fracasar mi carrera profesional. Pero si sucede lo último también se verá afectada la RaSP, Scotland Yard y todo el país.

Junto con el príncipe Nicholas, claro.

—Es una pena que tenga que ausentarse justo en Navidad, pero al menos disfrutará del buen clima —comenta Pierce.

Navidad. Después del anuncio, los oficiales se resignaron en silencio y más tarde charlaron sobre los cambios de planes que debían hacer.

Yo no tuve ninguna reacción.

Mi gran plan de Navidad consistía en comer *pizza* congelada y ver lo que fuera en Netflix. No me tocó cancelar cenas navideñas ni lidiar con la decepción de mi pareja o desatender las tradiciones familiares.

Trabajar como espía no me deja tiempo para relaciones. La última vez que lo intenté fue con Dave, un tío que trabajaba en un taller de coches en Southwark. Me mandó a freír espárragos después de que cancelara tres cenas consecutivas por culpa de una redada antidrogas que se alargó.

Es más fácil no tomarse las molestias.

La conversación continúa con cuestiones logísticas, planes de emergencia y protocolos de coordinación. Me empapo de cada detalle y me hago mapas mentales de vulnerabilidades y estrategias de respuesta. Esto es lo mío. Esto es lo que tiene sentido.

No el nudo que se me hace en el estómago cada vez que el príncipe Nicholas se asoma por la puerta.

Por qué su presencia me afecta tanto es inexplicable. He trabajado como agente encubierto con muchos cabrones, traficantes que te clavarían una navaja si los miras mal, jefes de la mafia que guardaban alicates en el cajón del escritorio, y no solo para arreglar cosas.

Mantuve la compostura en cada situación. Pero Nicholas, con su acento pijo y sus comentarios mordaces...

Jesús. Me duele la mandíbula de tensarla cada vez que abre la boca.

Bastan cinco minutos con él para que me deje a una acotación sarcástica de soltarle algo por lo que me abrirían un expediente disciplinario.

Además, un «le dijo al príncipe sustituto que madurara de una puta vez» no ayudaría a mejorar mi carrera, si bien sería altamente

gratificante.

Con lo que me ha costado llegar a esta posición, no pienso perderla por no ser capaz de cerrar el pico delante de un gilipollas privilegiado.

En cuanto acaba la reunión, Thornton se retira, pero Pierce hace un gesto para que me quede.

—Quisiera hablar de algo, sargento detective —me dice al quedarnos a solas.

Me pongo firme.

—¿Señor?

—Me ha llegado un mensaje un tanto inusual desde palacio. — Me analiza con su mirada penetrante—. Al parecer, el príncipe Nicholas ha alegado una incompatibilidad de caracteres con su guardaespaldas y ha pedido su reemplazo.

Una sensación de malestar se me instala en el estómago.

Desde luego, que el tío que se supone que debes proteger le vaya con quejas a tu superior es sinónimo de «operación encubierta exitosa».

—No estaba al tanto, señor —digo con cautela.

—¿Hay alguna explicación?

Espléndido.

¿Cómo demonios explico la animosidad desmedida que siente el príncipe Nicholas hacia mí?

—Puede que se deba a un incidente en Rosmere Hall. Encontré a la madre del príncipe en una situación angustiante, y quizás lo ha malinterpretado.

—¿En qué sentido? —Pierce entrecierra los ojos.

—La duquesa lo estaba pasando mal, y yo intentaba reconfortarla. El príncipe había bebido y creo que no le agradó verme allí.

Por algún motivo, llevo grabada en la memoria imágenes de Nicholas de aquella noche. Como el momento en que perdió la compostura, la forma en que el pelo le caía por la frente y esos ojos azules desbordados de emoción.

Tampoco he olvidado la forma tan insensible y despectiva en la que se dirigió a su propia madre. La mía decía que uno puede saber

cómo es un hombre por la forma en que trata a su madre. Por esa regla, el príncipe estaría en el nivel más bajo de la humanidad.

Pierce me observa durante unos segundos.

—Vamos a ser claros, O’Connell. Si lo recomendé para esta misión es porque creo que es un agente excepcional. Pero su principal objetivo es proteger al príncipe mientras investiga posibles infiltraciones en el equipo de seguridad. Y eso no se consigue enemistándose con el protegido.

Me invade la vergüenza.

—Entendido, señor.

—Recuérdelo: ahora mismo es el oficial O’Connell, agente de seguridad de la realeza —continúa—. Cualquier tipo de sentimiento personal debe quedar al margen.

—Sí, señor.

—El pedido de reemplazo ha sido rechazado, por cierto —añade—. Hemos dejado claro que, debido a las circunstancias, no hay cabida para las preferencias de la realeza en lo que atañe a los agentes de seguridad. Pero le sugiero que encuentre la manera de arreglar las cosas. Lo hemos elegido porque confiamos en su criterio, O’Connell. No nos decepcione.

Lo que no ha puesto en palabras es que esta misión es fundamental para ascender en mi carrera. Si fracaso, ya me puedo olvidar de que me den el puesto de sargento detective de forma permanente.

—Lo arreglaré —prometo.

Al salir de Scotland Yard y durante el trayecto hacia el palacio de Kensington, la advertencia de Pierce aún me ronda en la mente.

Menuda ironía. He pasado toda mi carrera fingiendo ser alguien distinto. Sin embargo, en este papel en concreto, me es complicado no dejar asomar mi verdadero yo.

Cuatro semanas en Australia junto al príncipe Nicholas Alexander, bajo amenaza por parte de un grupo terrorista. Mi carrera que pende de un hilo. Un posible traidor en nuestras filas.

Y, joder, no creo que mantenerlo con vida sea la parte más difícil.

Sino intentar no asesinarlo con mis propias manos.

Capítulo Ocho

Nicholas

Doce horas de las veinticuatro que dura el vuelo y aquí estoy, intentando no pensar en que estoy atrapado en esta nave de metal que surca la estratosfera sin posibilidad de escape.

Bueno, si nos ponemos técnicos, hay una vía de escape. Una que implicaría lanzarme a unos once kilómetros de altura sin paracaídas. Una solución un pelín dramática, incluso para mí.

La ventanilla me ofrece una imagen peculiar: la fusión del azul interminable del océano Índico con el azul interminable del cielo, lo que da la impresión de que el avión está suspendido en el vacío.

Una metáfora que le va de perlas a mi estado existencial, ahora que lo pienso.

—Alteza, ¿le apetece algún refrigerio? —La azafata, Emma, si mal no recuerdo, aparece a mi lado con una sonrisa ensayada.

—¿Tienes algo lo bastante fuerte como para que las siguientes doce horas desaparezcan por completo?

Su sonrisa se ensancha.

—Tenemos una excelente selección de *whiskies*, señor. ¿Puro? ¿Mezcla?

—Sorpréndeme. —Le guiño el ojo—. Me fío de tu criterio.

—Muy bien, señor.

Pillo al oficial O'Connell observándome desde el otro lado de la cabina. Aunque su expresión es impassible, algo en sus ojos sugiere que ha tomado esta interacción como un nuevo ejemplo de mis deficiencias.

Fabuloso.

Las posturas de Singh y Davies, los otros dos agentes que nos acompañan en este tramo del viaje, indican un nivel de prejuicio considerablemente menor al que muestra O'Connell. Singh conversa con James, mi secretario, mientras Davis parece estar revisando los diagramas de unos edificios en su *tablet*.

Emma regresa para ofrecerme un líquido ámbar en un vaso de cristal.

—Talisker, dieciocho años, señor. *Whisky* puro de malta, con mucho cuerpo y notas de sal marina y turba ahumada.

—Me parece ideal para cruzar el océano —digo al tiempo que acepto el vaso—. Gracias, Emma.

Le doy un trago y disfruto del ardor en la garganta. A pesar de ser excelente, ni el mejor *whisky* escocés puede silenciar la avalancha de pensamientos que me azotan.

El teléfono me vibra con un mensaje de Callum.

¿Qué tal? ¿Cómo va el vuelo? ¿Has podido leer las notas que te preparé? Recuerda leer la de la ceremonia de bienvenida de la gente de los pueblos originarios.

Mi medio hermano, el heredero responsable, asegurándose de que no haga quedar mal a la Corona al otro lado del mundo. No puedo culparlo del todo. Mis antecedentes en cuanto a comportamiento digno son un tanto... dispares.

Como aquel desafortunado incidente en Oxford cuando convencí a la mitad del equipo de remo para que corriera en bolas por la biblioteca durante la semana de exámenes finales.

También está esa Nochevieja en Mónaco en la que aposté con el príncipe Jacques que era capaz de hacer esquí acuático en esmoquin.

O la vez en que, por accidente, prendí fuego a las cortinas de la residencia del embajador danés al intentar encender un cigarro que le mangué a mi tío Albert. Tenía diecisiete años y me creía James Bond, hasta que empezó a sonar la alarma del detector de humos. En mi defensa, ¿a quién se le ocurre dejar cortinas victorianas altamente inflamables al lado de un mueble bar? Es llamar a la desgracia.

Aunque prefiero pensar que mi historial ha mejorado desde que me he tenido que convertir en un miembro de la realeza funcional. Y es que ahora, todo lo que hago repercute a gran escala.

Le contesto a mi hermano.

El vuelo bien. Tranquilo, prometo no causar un incidente internacional.

Me responde de inmediato.

Es todo lo que pido. Y, Nicholas..., gracias, de nuevo.

Me quedo mirando esas últimas palabras, y me envuelve una vez más un remolino de emociones: cariño por mi hermano mezclado con un resentimiento constante por ser el suplente, el sustituto al que envían al otro lado del planeta porque el protagonista principal tiene cosas más importantes que hacer.

Abro la *tablet* y, distraído, me pongo a leer la cobertura mediática de mi gira.

Los titulares son predecibles:

Envían al príncipe Nicholas a las antípodas en un intento por apuntalar la monarquía

El príncipe *playboy* en el centro de todas las miradas ante su próxima gira por Australia

Nicholas: El príncipe de reserva reemplazará a su hermano

El último titular duele.

Por suerte, no estoy ni cerca de ser una noticia jugosa para la prensa, porque hace unos días el líder del Partido Conservador, Harry Matheson, dio un discurso público sobre los derechos LGBTQ+ y sobre su propia sexualidad en la Cámara de los Comunes.

Todo indica que Harry Matheson y su archienemigo político, Toby Webley, encontraron una forma de lo más interesante para combatir el frío en los bosques fineses mientras escapaban de terroristas armados.

Es casi una comedia romántico-política: *Cuando Harry encontró a Toby: un enemies to lovers con un 40 % más de trámites parlamentarios.*

La prensa se desespera por obtener fotos de la pareja más desapareja del Reino Unido e intercalarlas con clips de sus célebres intercambios verbales en la Cámara, donde se despedazan el uno al otro.

No puedo evitar hacer clic en uno de esos choques. La vez que Toby Webley criticó la política medioambiental de los conservadores, Harry Matheson respondió: «Quizás si el honorable diputado dedicara la misma energía que pone en gesticular de forma teatral en la elaboración de políticas, su partido podría conseguir algo».

La respuesta de Webley no se hizo esperar: «Prefiero gesticular con determinación antes que mantener una postura tan rígida que me confundan por una figura disecada con peluca».

Comprendo la fascinación de la gente ante la idea de que estos enemigos políticos tengan una relación romántica.

Al rato, me obligo a hacer a un lado los insultos entre Harry y Toby y abro el documento que me envió Callum: setenta y tres páginas con anotaciones sobre historia, política y cultura australianas. A través de su investigación descubro que los australianos, al parecer, dicen «ah, sí, no...» cuando quieren decir «no» y «ah, no, sí...» cuando quieren decir «sí». ¡Fabuloso! Ya me veo aceptando la abolición de la monarquía por culpa de un malentendido lingüístico.

También me entero de que Australia tiene más camellos que Arabia Saudí y que el ex primer ministro, Bob Hawke, batió el récord

mundial al beber una yarda de cerveza, algo menos de litro y medio, en once segundos. Datos fascinantes que, sin duda, me harán quedar como alguien sensible a las diferencias culturales.

Me da vergüenza admitirlo, pero antes de aceptar venir a esta gira no me había detenido a pensar en profundidad sobre las relaciones del Reino Unido con la Commonwealth, que es lo que queda de lo que en su momento fue el vasto Imperio británico. Esos países que coleccionamos como propiedades del Monopoly a lo largo de la historia.

Aunque en este caso nadie dio su consentimiento para jugar, y nosotros nos inventamos las reglas sobre la marcha.

En quince países de la Commonwealth, entre ellos Canadá, Australia y Nueva Zelanda, se sigue considerando al monarca británico como jefe de Estado.

Leo el resumen de Callum sobre la polémica que gira en torno al Día de Australia, el día nacional que conmemora el desembarco de la primera flota al país y el alzamiento de la bandera británica. Siento que ahora aprecio mejor lo compleja que es la historia entre el Reino Unido y algunos de estos países.

Porque a pesar de que en Australia es un día festivo, entre los pueblos originarios se lo conoce como el Día de la Invasión.

Llama mi atención un segmento sobre el movimiento republicano en el país: «Las encuestas recientes sugieren que un cuarenta y cuatro por ciento de australianos, aproximadamente, está a favor de la república, mientras que un cincuenta por ciento se opone, y el restante seis por ciento no se decide. El apoyo es más amplio en el rango de edad de dieciocho a treinta y cuatro, con un cincuenta y dos por ciento a favor de una república. La inminente gira supone una oportunidad única para valorar si la monarquía sigue siendo relevante en la vida moderna australiana».

Magnífico. Más de la mitad de los jóvenes que voy a conocer desearían que mi familia les hiciese el favor de dejar de ser su jefe de Estado. Esto puede llevar a conversaciones de lo más deliciosamente incómodas.

Veo un enlace a un vídeo relacionado que me parece interesante:

La catedrática Sarah Langton nos explica el legado colonial en la Australia moderna

La miniatura muestra a una mujer de los pueblos originarios con ropa académica dando un discurso en lo que parece ser Oxford.

Hago clic y giro la *tablet* para ver mejor el vídeo. La profesora Langton no se anda con chiquitas. En treinta segundos ha analizado paso a paso la forma en que la extracción colonial de riquezas dio origen a las desigualdades modernas con una precisión quirúrgica que ya quisiera mi antiguo profesor de economía. Menciona cifras sobre la explotación de recursos que me revuelven el estómago.

«La excusa fácil de haber traído la civilización», dice con una voz autoritaria que me hace empequeñecer, «no tiene en cuenta que se trata de sociedades sofisticadas con sesenta mil años de cultura ininterrumpida que fueron diezmadas tras unas pocas décadas para beneficio propio».

Cuando menciona que los museos británicos aún conservan objetos sagrados que se tomaron sin permiso, objetos que su gente ha intentado recuperar desde hace siglos, me aferro al vaso de *whisky* con más fuerza de la necesaria.

El fragmento culmina con un estruendoso aplauso por parte de la audiencia. Los vídeos que se ven a continuación muestran que ha escrito tres libros sobre el tema.

Libros que jamás han aparecido en mis listas de lectura de Eton o de Oxford.

Para distraerme de este creciente sentimiento de incomodidad, levanto la mirada hacia el oficial O'Connell. Se ha posicionado cerca del área de cocina con la espalda contra la pared. Sus ojos escanean la estancia de esa forma casi robótica tan típica de él.

Como si los terroristas fueran a saltar de las paredes para atacarme.

—Oficial O'Connell —lo llamo. No negaré el placer que me produce la ligera tensión en sus hombros cada vez que escucha mi voz—. ¿Sería tan amable de venir un momento?

Aprieta la mandíbula mientras se aproxima, y se detiene en lo que calculo debe de ser la distancia reglamentaria exacta desde mi asiento.

—¿En qué lo puedo ayudar, señor?

—¿Sabía que el canguro y el emú forman parte del escudo de armas de Australia porque son animales que no pueden retroceder? El símbolo de una nación que siempre va hacia delante, al parecer.

Parpadea.

—¿Necesita algo?

—Estoy compartiendo información, O'Connell. Es un intercambio cultural. Aunque, por lo visto, será del todo unilateral. —Bebo otro sorbo de *whisky*—. Aquí tiene otro dato fascinante: en 1932, los militares australianos pelearon contra los emús, ¡y perdieron la guerra!

La expresión no le cambia, pero noto que lleva los ojos a mi vaso un instante.

Supongo que después de soltarle estos datos aleatorios es comprensible que compruebe mi estado de embriaguez.

—¿Los militares perdieron contra unas aves?

¿He despertado su curiosidad o solo me sigue la corriente? ¿Y por qué siento una leve agitación de mi pulso cuando sus ojos grises se enfocan en mí sin su habitual desaprobación?

—Correcto. Al parecer, los emús tenían maniobras tácticas superiores. Muy astuto por su parte. —Agito la copa en sentido circular—. Me pregunto si debería incluir este dato histórico al dirigirme a las Fuerzas Armadas australianas en la base naval de Darwin. ¿Usted qué cree?

O'Connell eleva la mirada un poco por encima de mis hombros.

—Estoy seguro de que tomará la decisión más apropiada cuando llegue el momento —responde.

Me embarga la irritación.

—Eres un poco muermo, ¿sabes? ¿Te entrenan en la escuela de oficiales de seguridad o es un defecto de fábrica?

—¿Hay algo en concreto en lo que pueda ayudar? —Su voz podría congelar el *whisky* que aún me queda.

—Dime, O’Connell, ¿a qué te dedicas cuando no trabajas como sombra de la realeza? ¿Tienes alguna afición? ¿Algo que te interese? ¿Una media naranja que espera tu regreso?

Se le tensa un músculo de la mandíbula antes de responder.

—Estoy de guardia, señor.

—Hasta tú debes de quitarte la capa de superhéroe en algún momento. ¿Qué haces entonces? ¿Jugar al críquet? ¿Coleccionar sellos? ¿Baile contemporáneo?

Ese es el instante que Emma elige para ponerse a nuestro lado. Tras girarse hacia O’Connell, se le ensancha la sonrisa. Le hace ojitos con las pestañas en lo que podría considerarse prácticamente código morse, en plan «SOS: irescátame de este trabajo tan tedioso con ese encanto de irlandés taciturno!».

Por alguna razón, esto eleva mis niveles de irritación.

—¿Le traigo algo, oficial? —pregunta la azafata.

—No, gra...

—Tráigale agua —interrumpo—. Mantenerse bien hidratado es fundamental para el equipo de seguridad. ¿Verdad, O’Connell?

—El agua me parece bien, gracias —le dice a Emma con tono neutral.

En cuanto se va, me inclino hacia delante.

—Me da que la azafata te encuentra atractivo, O’Connell. Quizás deberías hacerle caso. Puede que te ayude a relajarte un poco.

Su postura se vuelve, si es posible, aún más rígida.

—¿Hay algo en concreto que pueda hacer por usted?

—Solo intento tener una conversación. Es imposible mantener ese silencio estoico que tanto te agrada durante veinticuatro horas.

—Estoy aquí para velar por su seguridad, no para entretenerlo.

Le dedico una amplia sonrisa.

—Al menos siéntate. Tu figura amenazante me agobia y, si te soy sincero, mirarte me va a costar una tortícolis.

O’Connell le echa un vistazo al oficial Singh, y luego a mí. Con una reticencia palpable, se acomoda en el asiento de enfrente.

—Entonces —continúo—, nunca has estado en Australia, ¿no?

—No, señor. —El tono es cortante.

—Te desafío a que utilices más de dos palabras.

Sus ojos, grises y fríos, se encuentran con los míos.

—No, nunca antes he visitado el continente donde se ubica Australia, Alteza Real. ¿Así mejor?

Me río sin poder evitarlo.

—Mucho mejor. ¿A que no fue tan difícil?

Emma regresa con un vaso de agua para O'Connell, y tarda un poco más de lo necesario en colocárselo delante.

—¿Necesita que le traiga algo más, oficial?

—No, gracias —responde sin apenas mirarla.

En cuanto se va, enarco una ceja.

—Despiadado, O'Connell. No tienes corazón.

—¿Esta conversación tiene algún propósito? —El hielo en su voz podría volver a hundir el Titanic.

—¿Acaso todo debe tener un propósito? ¿No podemos charlar como dos adultos civilizados que atraviesan juntos el océano?

—No estamos cruzando un océano juntos. El que lo atraviesa es usted, yo solo estoy trabajando.

Bebo más *whisky*.

—Dios, mira que eres agotador. ¿Practicas ser tan tedioso o se te da bien de forma natural?

Hay un destello en sus ojos que no me pasa desapercibido: es ira que se apresura a reprimir.

—Si no desea nada más, voy a retomar mi tarea.

¿Por qué no puedo parar? ¿Por qué sigo pinchándolo, intentando provocarlo? Nunca le he hablado así a un guardaespaldas. Trato a Blake, Singh y hasta al exagerado de Davis con cortesía básica, a veces incluso con afecto.

Pero con O'Connell no puedo evitarlo, quiero atravesar ese aplomo exasperante.

¿Será porque me vio perder los papeles? ¿O tiene que ver con la frustración de que desestimaran mi pedido de reemplazo?

Es casi un recordatorio andante del poco control que tengo sobre mi vida.

¿O puede que sea por algo más básico? Está claro que no me soporta, por lo que podría ser una forma ruin de cobrarme venganza.

—Vale. Puedes retirarte, o como se diga. —Hago un gesto con la mano—. Ve a apoyarte contra la pared y a seguir intimidando a la gente. Al menos eso se te da de maravilla.

Se levanta sin mediar palabra y vuelve a su anterior ubicación.

Llevo los ojos a la ventanilla para evitar mirarlo. El sol del atardecer colorea las nubes de debajo con tonos de rosa y dorado. Cuando aterricemos en Sídney, esta extraña sensación de suspensión en el aire se acabará. Habrá dignatarios a los que camelarse, manos que apretar y cintas que cortar.

Vuelvo a sacar el informe de Callum y me fuerzo a centrarme en los compromisos del primer día: visitar una reserva natural y, más tarde, asistir a una ceremonia de bienvenida en la Casa de Gobierno. Necesito estar preparado, recordar nombres y caras, y temas clave que debo abordar. No quiero decepcionar a la abuela ni mucho menos a Callum, quien confió en mí para conseguir el apoyo de esta nación. Una en la que, según parece, el entusiasmo por liberarse de las cadenas simbólicas de mi familia crece a pasos agigantados.

No puedo evitar mirar a O'Connell, de espaldas a mí. Si bien está hablando con Singh su postura se mantiene alerta después de varias horas de viaje.

¡Joder!

¿Por qué cojones no puedo dejar de mirarlo?

Quizás porque no hay mucho más que ver en este avión. Y porque, pese a su carácter, no voy a negar que alegra un poco la vista. Esos hombros anchos que se estrechan hasta su cintura delgada... Su cuerpo es funcional en el sentido de que utiliza su poderío físico de verdad, no para enseñarlo en gimnasios exclusivos o para conseguir seguidores en Instagram.

Incluso ese perpetuo ceño fruncido, de alguna manera, lejos de desmerecer su encanto, lo realza. Es como si hubiese saltado de las páginas de algún libro de literatura irlandesa gótica para convertirse en mi guardaespaldas.

Eoin O'Connell continúa charlando con el oficial Singh y, mientras lo observo, algo se me remueve por dentro.

¿Envidia? Por lo simple que es su propósito en la vida.

Identificar amenazas. Neutralizar riesgos. Proteger al escoltado.

Qué maravilloso debe de ser vivir de forma tan sencilla.

Una existencia muy diferente a la mía, atrapado en los entresijos de ser el príncipe sustituto, entre la trascendencia y la irrelevancia.

Me acabo el resto del *whisky* y cierro los ojos. Faltan diez horas para aterrizar en Sídney. Diez horas de vivir en un «limbo» antes de ser el foco de atención, esté preparado para ello o no.

Nunca he sentido miedo a volar. Pero mientras dormito, intranquilo, no puedo quitarme la sensación de que caigo hacia un vacío infinito sin algo sólido que frene el descenso.

Capítulo Nueve

Eoin

La pista del aeropuerto internacional de Sídney me recuerda a los típicos preestrenos de películas que salen en la tele. Con el *flash* de las cámaras en plan luces estroboscópicas, vehículos diplomáticos perfectamente alineados y gente apiñándose tras las barreras de seguridad.

Todos quieren ver al príncipe Nicholas, el hombre más insufrible del planeta.

Por supuesto, nadie es consciente de esto último. Lo único que ven es al príncipe apuesto, al segundo en la línea de sucesión al trono del Reino Unido que mueve las manos a modo de saludo real tras descender de la escalera del avión.

Escaneo la multitud y catalogo los rostros, los movimientos, las posibles amenazas.

Por desgracia, el sol de Australia está en su máximo apogeo, por lo que mi traje oscuro que camufla un chaleco antibalas se convierte al instante en una sauna, y el sudor atraviesa las capas de Kevlar. Menos mal que he metido bastantes desodorantes en la maleta.

A Nicholas parece no afectarle este calor asfixiante. Mantiene una postura perfecta bajo su traje gris claro entallado, ofrece sonrisas a diestro y siniestro, y saluda a los dignatarios que lo esperan como si estuviese de lo más descansado, lo que resulta irritante.

La gobernadora general de Australia. El alto comisionado británico. Otros funcionarios locales cuyos nombres se me pierden en una bruma de títulos diplomáticos y formalidades bañadas en sudor.

—Alteza Real, bienvenido a Australia —saluda la gobernadora general extendiendo la mano.

—Gracias por esta cálida bienvenida —responde Nicholas—. Es todo un placer estar en Australia representando a su majestad.

A simple vista, Nicholas siempre parece sereno y relajado durante los compromisos reales. Pero he estado observándolo lo suficiente para saber reconocer esos pequeños detalles que indican verdadera calma, como cuando habla con su hermano. Al cumplir con las obligaciones de la Corona, su sonrisa denota una leve rigidez, hay tirantez alrededor de sus ojos, y se lleva los dedos a su anillo de forma inconsciente.

A mi derecha, Rick Cavendish habla por el micrófono de su muñeca. La mitad del equipo viajó junto a él con antelación para organizar el protocolo de seguridad antes de la llegada del príncipe. Por desgracia, no fui uno de los elegidos para dicha misión, con lo que me tocó soportar las veinticuatro horas de avión con su *Gilipolleza* Real.

La oficial Blake custodia de cerca el lado izquierdo de Nicholas mientras Singh escanea el perímetro exterior. También se encargan de la seguridad exterior unos agentes de la Policía Federal australiana.

Que nos hayamos vuelto a reunir todos los del equipo, lejos de tranquilizarme, me pone más en alerta.

Porque la Inteligencia de Scotland Yard sugiere que uno de ellos es un traidor.

Tener buenos instintos ha sido siempre motivo de orgullo para mí. He perdido la cuenta de las veces que he salvado el pellejo gracias a mi habilidad para analizar a las personas, para percibir cuando algo no va bien.

Sin embargo, en esta misión el instinto me está fallando.

Nicholas avanza en la línea de bienvenida como una máquina de protocolo real bien aceiteada: caminar, sonreír, apretón de manos,

cumplidos, caminar, repetir.

Deben de dolerle los dedos de estrechar tantas manos, y aun así su sonrisa sigue intacta.

—Recuérdame traer protector solar la próxima vez que me toque estar en una pista con una temperatura similar a la de la superficie solar —dice bajito mientras nos movemos en dirección a la comitiva que nos espera.

No respondo. Me concentro en escanear a la multitud. Un hombre con un teleobjetivo cambia de posición muy rápido. Lo sigo con la mirada hasta confirmar que es parte de la prensa, no una amenaza.

—Veo que continuamos la fascinante tónica del avión —añade por lo bajo—. Refrena un poco tu entusiasmo, O’Connell. Tanta vehemencia me empieza a agobiar.

—Solo hago mi trabajo, señor —respondo impasible.

Es una frase que le repito con frecuencia. ¿Debería tatuármela en la frente?

Sus fríos ojos azules se encuentran con los míos.

—Y lo haces con un fervor inusitado.

Pierce me advirtió que agachara la cabeza y no le llevara la contraria al príncipe. Pero, ¡Jesús!, después de estar encerrado en un tubo metálico con su alteza durante veinticuatro horas, estoy a nada de decirle por dónde se puede meter su coronita.

Dedico cada ápice de autocontrol que me queda a no cogerlo por las solapas de su traje caro y soltarle lo que pienso de los capullos privilegiados, sobre todo los que convierten a sus guardaespaldas en un blanco para practicar su ingenio aristocrático.

Un movimiento entre el gentío hace que enfoque mi atención en lo que importa.

Varios individuos se aproximan, y no se trata de las típicas abuelitas que agitan las banderas ante un miembro de la realeza. Estos son manifestantes que se acercan en masa hacia las barreras de seguridad coreando cánticos a viva voz. Uno de ellos, a hombros de otro, despliega un enorme cartel que reza: «DESCOLONICEMOS LA CORONA». El resto da puñetazos contra las barreras de metal, que se sacuden con cada impacto.

Noto la tensión en los policías, que se llevan la mano a la porra como si temiesen que la situación pudiera torcerse en cualquier momento.

Entonces la veo. Una mujer vestida de azul que se separa del grupo principal. Mete la mano en el bolso, y mi instinto me envía señales claras.

El miedo me atenaza la garganta.

—Mujer, camisa azul, viene hacia nosotros —informa Singh a través de los auriculares.

En cuanto la veo extraer algo de su bolso, me pongo en movimiento.

Paso un brazo por la cintura de Nicholas. Con la mano libre ejerzo presión en su pecho y giro los cuerpos de forma que sea mi espalda la que reciba el posible impacto.

Siento un golpe en mi omóplato. Algo frío y húmedo atraviesa mi traje y llega hasta mi piel.

Pero eso no me preocupa. Todos mis sentidos cobran vida al tener a Nicholas en mis brazos, pecho contra pecho, perfectamente encajado en la protección que le brinda mi cuerpo. Respira, sobresaltado, y su cálido aliento me cosquillea el cuello mientras su corazón palpita bajo la palma de mi mano.

Tomo nota de cada detalle con la misma precisión que usaría en la escena de un crimen: pulso acelerado, respiración laboriosa, músculos en tensión.

Solo que, esta vez, yo también lo siento.

Inspiro el aroma de su perfume caro al tiempo que sus dedos se aferran a mi chaqueta.

Se aparta lo suficiente como para que nuestras miradas se encuentren.

Sus ojos se han abierto considerablemente, pero en ellos solo percibo sorpresa, no miedo.

Vuelvo a la realidad en cuanto nos vemos rodeados por el equipo de seguridad.

Bajo la vista. Uno de sus zapatos está salpicado de gotas rojas y, por un instante, creo que uno de nosotros está sangrando antes de caer en la cuenta de que se trata de pintura.

Esa mujer debe de haber lanzado un globo con pintura.

—La tenemos. —La voz de Cavendish me llega a través del auricular—. Extraed al príncipe de inmediato.

—Nos tenemos que ir —le digo a Nicholas.

Sin esperar respuesta, lo muevo para continuar protegiéndolo con mi cuerpo, con una mano en la zona baja de su espalda, y lo guio a través del caos.

Nos espera un todoterreno negro con el motor en marcha. Blake sujeta la puerta con su arma preparada. No es hasta que Nicholas está dentro, a salvo, que me permito respirar.

Al sentarme a su lado, mi traje deja una estela de pintura roja sobre el cuero impoluto mientras el coche comienza a rodar.

—Me da que el rojo no te favorece, O'Connell —dice Nicholas con su típico deje aristocrático. Pero ha comenzado a girar su anillo grabado, lo que indica que no está tan relajado como quiere hacer creer.

—Nunca me ha gustado el rojo. —Me quito la chaqueta para inspeccionar las manchas de pintura—. Aunque lo normal es que nadie se tome la molestia de preguntarme cuáles son mis colores preferidos antes de arrojarme proyectiles.

Nicholas suelta una risa aguda que se corta de forma abrupta, como si el sonido le hubiera tomado por sorpresa.

Poco a poco, el coche se abre paso entre los manifestantes que traspasaron las barreras de seguridad.

La ira es una fuerza física que golpea contra nuestro santuario blindado. «DESCOLONIZACIÓN YA», reza una de las pancartas. «FUERA CORONAS DE LAS TIERRAS USURPADAS», dice otra que ostenta un burdo dibujo de una corona tachada con rojo brillante.

Un grupo de estudiantes corea un cántico con furia al tiempo que ondea una serie de carteles: «MONARQUÍA = SUPREMACÍA BLANCA», «¿POR QUÉ CELEBRAMOS 250 AÑOS DE GENOCIDIO?», «¡MAKARRATA YA!».

Una simple pregunta resulta de lo más efectiva: «¿POR QUÉ ESTÁIS AÚN AQUÍ?».

Es una rabia familiar que me recuerda a las calles de Belfast donde solíamos escribir con aerosol «FUERA BRITÁNICOS» en todas

las paredes. Personas distintas, continentes diferentes, pero el mismo denominador común.

La Corona.

Nicholas observa a los manifestantes en silencio a través de los cristales blindados. Su rostro permanece impávido, si bien continúa girando su anillo.

Cuando por fin llegamos a la autopista, los manifestantes solo visibles en el retrovisor, Nicholas se inclina hacia mí y, en voz baja, dice:

—Oficial O’Connell, ¿la formación como agente de seguridad incluye consejos prácticos sobre qué hacer con gente que está en todo su derecho a odiarte porque tus antepasados usurparon sus tierras?

La pregunta me pilla desprevenido. Su tono tiene ese matiz sardónico habitual, pero subyace una emoción que casi podría ser incertidumbre.

—Los protocolos de protección no incluyen eso —respondo con cautela.

—Muy mal. Me parece una enorme negligencia.

La ironía es tan palpable que hasta podría tocarla. ¿Un príncipe del Reino Unido pidiendo consejo sobre resentimientos coloniales a un católico de Belfast?

El universo debe de estar partiéndose de la risa en este momento.

—Yo le aconsejaría que los escuche. —Las palabras brotan sin pedir permiso—. Aquellos que sienten que no se les da voz suelen gritar con más fuerza.

La sorpresa le atraviesa el rostro y parpadea. Por una vez, no es capaz de soltar una ocurrencia.

Nos miramos el uno al otro durante unos segundos. Luego, se gira para continuar contemplando el exterior a través de la ventanilla con el rostro serio.

¿Qué cojones acaba de suceder? ¿De verdad le preocupan los manifestantes o era una interpretación más de las tantas que forman parte del príncipe Nicholas Alexander?

«Cuando alguien te muestra quién es, créetelo».

Es lo que solía decir mi padre.

El trato desalmado que tuvo para con su madre debería ser suficiente para recordar quién es este hombre en realidad.

Siempre es más fácil ser amable con los desconocidos, porque sabemos que los seres queridos al final nos perdonarán.

Me froto la sien al notar el comienzo de un dolor de cabeza. Esta misión me va a trastocar el cerebro. No estoy aquí para psicoanalizar al príncipe o descubrir al hombre que se oculta detrás de la corona. Estoy aquí para identificar cualquier irregularidad en su equipo de seguridad.

Tengo que recordarlo.

Capítulo Diez

Eoin

La reserva Wallaby se halla a las afueras de Sídney, rodeada de arbustos y eucaliptos. Para cuando llegamos a primera hora de la tarde, el sitio es un puñetero circo. Los medios de comunicación están en todas partes, y los lugareños curiosos asoman la cabeza detrás de la barrera policial como si viesan a Cristo resucitado.

Nicholas baja del coche como si fuera un modelo de revista: pantalones chinos y camisa azul con las mangas semiarremangadas. Las cámaras enloquecen y los *flashes* se disparan sin cesar.

Tiene el aspecto que se espera de un príncipe: refinado pero no excesivamente esnob, cercano pero sin perder el aura aristocrática. Todo esto lo sé porque me tragué una charla de veinte minutos entre James y Henrietta, la estilista de Nicholas, en la que debatían si debía arremangarse la camisa hasta el antebrazo o hasta debajo del codo.

Jesús. Nunca pensé que sería testigo de algo semejante en mi trabajo. Ahora resulta que la forma de colocar una manga transmite un mensaje. Lo próximo será ver qué mensaje diplomático se oculta tras los cordones de sus zapatos.

—Míralos —dice Nicholas por lo bajo mientras nos dirigimos en dirección a unos oficiales—. ¿Crees que estarían igual de entusiasmados si un koala visitara una reserva de príncipes?

—No sabría decirle —respondo al tiempo que escaneo la multitud.

—Lo sospechaba. Para eso tendrías que usar la imaginación —contesta.

No, si imaginación tengo. Se me da de lujo idear una muerte dolorosa para cierto príncipe. Aunque he de decir que va un pelín en contra del objetivo de mi misión.

Me contengo para no soltárselo.

Sin embargo, mi lenguaje corporal debe de estar delatando lo que pienso, porque sonrío con satisfacción.

Para distraerme, hago un repaso mental de los protocolos de seguridad y analizo la multitud con exhaustividad exagerada. Cuando vuelvo la vista a Nicholas, me observa con esa mirada divertida que tanto me irrita, como si yo fuese un artista callejero que va pidiendo monedas.

—¿Sabes qué, O'Connell? Existe medicina para esa afección.

—¿A qué afección se refiere? —Mantengo la voz neutral, profesional.

—La que refleja siempre tu cara, a medio camino entre el estreñimiento y la censura. —Sus labios se curvan—. Debe de ser agotador mantener ese nivel de condena durante todo el día.

—Debe de ser agotador tener que desempeñar un papel durante todo el día —contraataco sin lograr frenarme.

Por alguna razón, quiero que sepa que veo «más allá». Quiero que este hombre irritante y exasperante sepa que, aunque el resto del mundo no se dé cuenta, a mí no me engaña.

Una emoción le atraviesa el rostro, pero pasa demasiado rápido como para identificarla. Sus ojos se encuentran con los míos; ninguno de los dos baja la vista.

—He nacido para interpretar este papel, y así me han criado —dice, por fin.

—Y lo desempeña de forma magistral.

Nicholas alza las cejas. Sus ojos azules escudriñan los míos como si estuviese buscando algún rastro de sarcasmo en mis palabras. Abre ligeramente la boca, como si fuera a responder, pero vuelve a cerrarla.

—No te lo puedes ni imaginar, O’Connell —contesta al fin, bajito.

Luego se gira, encuadra los hombros y continúa:

—Vale, prosigamos con la primera parada de la gira circense. Saludar ante las cámaras, achuchar a la fauna, soltar algo medianamente significativo sobre la preservación de las especies. Repetir hasta que la monarquía esté a salvo o hasta que un tejón australiano me despelleje, lo que suceda primero. —A pesar de su sarcasmo, el tono que emplea evidencia una fatiga que parece ir más allá del típico *jet lag*.

Sin embargo, al mirarlo de reojo, ya lleva dibujada en el rostro su habitual sonrisa noble.

Nos acercamos hasta la directora del centro, una mujer delgada con la piel curtida por el sol.

—Alteza Real, bienvenido a la reserva Wallaby —dice, entusiasmada—. No sabe la ilusión tan grande que nos hace tenerlo aquí.

—El placer es todo mío —responde Nicholas con diplomacia—. Estaba deseando conocer a sus famosos residentes.

La directora conduce a Nicholas por los recintos donde habita la fauna local mientras la prensa los persigue a la desesperada, igual que la gente en las rebajas del Black Friday. Solo que, en vez de sacarse los ojos por unos televisores, lo hacen por unas fotos del príncipe sonriendo.

Yo los acompaño a una distancia prudencial, lo bastante cerca para intervenir si es necesario, pero lo bastante lejos como para escapar de las fotos de la prensa. La oficial Blake flanquea a Nicholas por el otro lado, mientras que el resto del equipo se ubica en el perímetro exterior.

Nicholas hace bien su trabajo. Es algo que, a regañadientes, hasta yo he de conceder.

Despliega su encanto y su ingenio a la par que acribilla a preguntas a los cuidadores sobre los trabajos de conservación, lo que indica que de verdad ha leído el informe.

—¿A su alteza le gustaría sujetarla? —pregunta el cuidador de los reptiles señalando a una pitón enorme enroscada en sus brazos.

Nicholas no se lo piensa.

—Por supuesto. ¿Cómo podría dejar pasar la oportunidad de hacerme una foto con un ser que tiene la sangre más fría que mis exnovias?

La gente ríe y Nicholas recibe la pitón, quien enseguida comienza a enroscarse en su antebrazo.

Desvío la atención al notar que un empleado de mantenimiento que lleva un mono está moviendo equipamiento cerca de una de las entradas de personal. Algo en sus movimientos me llama la atención. Son demasiado deliberados, y es muy consciente de nuestra posición. No deja de mirar a Nicholas y luego su móvil.

Llevo la vista al oficial Singh y señalo al trabajador con un sutil movimiento de cabeza. Tras devolverme el gesto, comienza a andar en esa dirección. Sigo sus pasos al tiempo que vigilo a Nicholas. Hete aquí mi problema: no solo tengo que preocuparme por el comportamiento sospechoso de posibles terroristas, sino por el de mis propios compañeros.

—Es una preciosidad —suelta Nicholas mientras la pitón tantea su espalda—. ¿Cómo se llama?

—Sheila —contesta el cuidador.

—Qué original —responde, fingiendo seriedad.

Continúo vigilando a Nicholas al tiempo que observo al empleado de mantenimiento, que parece estar enviando un mensaje de texto. Singh se aproxima moviéndose de forma casual pero deliberada.

La pitón reptaba un poco más por los hombros del príncipe.

—Siempre he soñado con tener una bufanda viviente —bromea—. Aunque suelo preferir accesorios que no te estrujan.

—Este tipo de pitones australianas pueden llegar hasta los seis metros —explica el cuidador, orgulloso—. Sheila es muy jovencita, apenas mide dos metros y medio.

El empleado se ha puesto a hablar por el móvil mientras sus ojos permanecen clavados en Nicholas. El instinto me envía un mensaje alto y claro.

Presiono el micrófono de la muñeca.

—Posible amenaza cerca de la entrada este. Hombre blanco, mono azul, uno setenta y cinco aproximadamente, pelo marrón. Comportamiento sospechoso.

Oigo la voz de Cavendish entre chasquidos.

—Recibido. La policía federal lo va a interceptar.

Antes de que puedan llegar a él, el empleado ve a Singh acercarse y, de inmediato, desaparece por la entrada de personal. Singh acelera el paso y lo sigue.

El cuidador se inclina con delicadeza para que Sheila regrese a sus brazos. Nicholas le entrega la pitón con una reverencia exagerada, con lo que se mete a la multitud en el bolsillo.

Cuando el cuidador se retira para devolver a la serpiente a su recinto, Nicholas se me acerca y coloca el cuerpo de espaldas a la prensa. Su sonrisa sigue intacta para las cámaras, pero sus ojos permanecen atentos.

—¿Todo bien, oficial O’Connell?

—Comprobaciones de rutina, señor —respondo—. Nada de lo que deba preocuparse.

Entrecierra los ojos ligeramente, pero lo deja pasar, y sigue a la directora hacia el área de los koalas, un sitio donde han construido una especie de plataforma.

Dos cuidadores los esperan, uno de ellos sujeta a un koala con cara de dormido.

—Este es Gumby, uno de nuestros embajadores —anuncia la directora.

Nicholas se sube a la plataforma y el cuidador deposita el animal en sus brazos. Este se agarra a su camisa al instante y mira al príncipe parpadeando con lentitud.

—¡Hola! —dice Nicholas con ternura—. Pero qué guapo eres, ¿eh?

Las cámaras enloquecen una vez más; es un frenesí por hacerse con la mejor foto de portada del príncipe británico haciéndole arrumacos al marsupial favorito de los australianos.

Debo admitir que se lo ve realmente contento de tener al animal en sus brazos. Al contemplar a Gumby, su rostro expresa una dulzura que no le he visto antes.

—Le cae bien —dice el cuidador.

—Menudo honor —responde él y, por una vez, su sonrisa parece auténtica.

Me aprovecho de la paz momentánea para volver a hacer un barrido de la multitud en busca de alguna pista del empleado de mantenimiento.

Nada.

Pero el mal presentimiento no se me quita.

Una vez los fotógrafos tienen suficientes fotos como para empapelar el palacio de Buckingham, y el koala ha vuelto con su cuidador, la directora nos conduce a una zona de rehabilitación alejada del circo mediático que no está abierta al público.

—¿Sabías que en realidad los koalas son superagresivos? —me dice Nicholas mientras camino a su lado—. Esas caritas adorables son la estafa más grande que ha creado la naturaleza.

—No sabía que era experto en koalas —respondo.

—Lo ponía en el informe que elaboró el príncipe de Gales. Me llamó la atención que, por más que parezcan ositos de peluche, de repente pueden tener un ataque de violencia. Y las mordeduras pueden provocar infecciones graves.

—Hay que tener mucho cuidado con un exterior atractivo que esconde un carácter belicoso —contesto.

Nicholas me mira y sus ojos se agrandan. Se ríe, y esta vez no es su típica risa controlada. Es un sonido que parece escapar como si lo hubieran liberado tras vivir en cautiverio.

—Bien visto, O'Connell —dice, con un deje divertido—. Aunque ahora me pregunto si esa observación iba dirigida solo a los koalas.

Joder. No era mi intención soltar una pulla. Las palabras brotaron desde algún recóndito lugar de mi cerebro, uno que parece querer hacer trizas mi distanciamiento profesional.

Debo ceñirme al guion, no estoy aquí para jugar a las indirectas con un miembro de la realeza.

Por suerte, la directora vuelve a centrarse en Nicholas en cuanto nos adentramos en un edificio climatizado.

—Ahora mismo estamos cuidando de varios koalas rescatados de incendios forestales —explica—. A esta pequeña nos la entregaron muy deshidratada y con quemaduras graves.

Se trata de una koala dentro de un recinto especializado, con zonas del cuerpo chamuscadas, sin pelaje y las patas traseras

vendadas. Nicholas se aproxima despacio, y su expresión se suaviza.

—¿Y cómo está? —Su voz es más dulce de lo normal.

—Es una guerrera —responde la cuidadora—. Somos optimistas, creemos que se recuperará del todo, aunque le quedarán algunas cicatrices.

—¿Cómo se llama?

—Le hemos puesto Ember.

Nicholas se agacha.

—Hola, Ember —dice, tan bajo que solo yo puedo escucharlo—. Lo estás haciendo genial. No voy a intentar acariciarte porque no te quiero lastimar, pero tienes que continuar siendo tan valiente como hasta ahora, ¿eh? Te auguro un futuro lleno de eucaliptos a los que hincarles el diente.

Es un momento extrañamente íntimo. No hay cámaras intentando buscar la mejor ubicación ni otros oficiales merodeando. Solo el príncipe conversando con esta criaturita herida.

Cuando doy un paso hacia atrás, Nicholas levanta la vista, alertado por el ruido. Su rostro se transforma de inmediato.

Tras enderezarse, tironea de las mangas de la camisa.

—Bueno, supongo que tenemos que seguir posando para las cámaras, ¿no? —le dice a la directora—. Y no podemos dejar a los tejones esperando. Me han dicho que tienen la agenda apretada.

La directora, que ya se encaminaba hacia la salida, suelta una risita y contesta:

—¡Y tanto! Tenemos un macho bastante gruñón que como se retrase la comida de la tarde se pone muy irascible.

—Igualito que mi tío Rupert. No me diga que los tejones también se quejan de la selección de vinos.

La mujer vuelve a reír, pero no puedo evitar una sensación de desasosiego en el estómago.

Tengo la sensación de haber contemplado a una criatura extraña antes de que saliera pitando a esconderse.

A la salida del centro de recuperación, recibo un mensaje de Cavendish.

Sujeto sospechoso no localizado. Se está analizando el vídeo de seguridad. La policía australiana está comprobando la identidad de los trabajadores de la reserva.

Envío un escueto acuse de recibo antes de ubicarme cerca de Nicholas para continuar el camino hacia el siguiente recinto.

Nada ha cambiado, sigue siendo el príncipe perfecto, contestando preguntas sobre su abuela con la seriedad requerida y eludiendo con autocríticas divertidas las que se refieren a su vida privada.

—¿Que si estoy saliendo con alguien? —se hace eco de la pregunta de un periodista—. Bueno, acabo de vivir un momento de intimidad con una pitón llamada Sheila, así que supongo que eso cuenta. Aunque, entre tú y yo, creo que es de las que le tienen fobia al compromiso.

Cuando posa con dos crías de canguro, las sujeta tiernamente contra su pecho y pregunta sobre la dieta de los canguros *wallaby* y su hábitat. Los clics de las cámaras se disparan, frenéticos, para capturar la imagen del príncipe afectuoso que palacio desea proyectar.

Ya en el coche de camino al hotel, Nicholas está callado, algo raro en él. Se limita a mirar la ciudad pasar a través de la ventanilla blindada. La oficial Blake va de copiloto, mientras yo me ubico al lado de Nicholas a una distancia profesional.

El silencio incómodo se alarga hasta que el príncipe lo rompe.

—Entonces, ¿me vas a decir qué pasaba? —pregunta, sin quitar la mirada de la ventanilla.

—¿A qué se refiere, señor?

Ahora se gira para mirarme de frente, con expresión indescifrable.

—No te hagas el tonto, O'Connell. Algo sucedió. Los susurros entre los oficiales, el empleado que perseguía Singh... Quiero saber qué ocurría.

Joder. Me cuesta más salirme por la tangente cuando me mira a los ojos de forma tan directa.

Valoro mis opciones. Sé que a Nicholas lo han informado de que se ha reforzado su seguridad tras el caso Matheson-Webley, pero no sabe que Inteligencia sugiere que podría ser el próximo blanco durante esta gira.

Y, por supuesto, no tiene ni idea de mi doble papel como investigador de posibles traidores dentro de su equipo de seguridad.

—Observamos a un individuo comportarse de forma sospechosa —digo, por fin.

—¿Y?

—Desapareció antes de que pudiésemos interrogarlo.

Nicholas entrecierra los ojos.

—Qué casualidad, ¿no? Imagino que el equipo sabe cómo rastrear a individuos sospechosos que desaparecen de repente.

Su razonamiento me recuerda que debajo de su encanto ensayado y su frivolidad deliberada se esconde una persona bastante perspicaz.

—Se está analizando el vídeo de seguridad —respondo—. Identificaremos al sujeto y determinaremos si es una amenaza real para su seguridad.

—¿Tú crees que lo es?

Lo miro a los ojos.

—Sí —contesto.

Se queda paralizado. Por un momento se lo ve realmente alarmado. Luego, vuelve a entrecerrar los ojos.

—¿Se trata de los manifestantes antimonárquicos o es otro grupo?

—Prefiero no especular.

—Ya, claro. —Se recuesta en el asiento irradiando frustración—. Que Dios me libre de que me mantengan al tanto sobre las amenazas a mi propia seguridad. Después de todo, solo soy el escoltado a quien deben proteger. No necesito saber nada.

—Nicholas... —Su nombre se me escapa de los labios antes de que pueda detenerme. Lleva la vista hasta mí a toda prisa, y me toca aclararme la garganta—. Señor. Existe información fiable que apunta a un aumento del riesgo.

—¿Qué tipo de información?

—No se me permite divulgar los detalles.

—Fabuloso. Yo me limito a sonreír ante las cámaras mientras vosotros jugáis a los espías, ¿verdad?

Su frustración me conmueve de forma inesperada. Frente a mí no está el príncipe refinado que se queja de los protocolos, sino un hombre que se ha dado cuenta de que corre peligro y de que intentan mantenerlo al margen.

Fija sus inquietantes ojos azules en mí.

—Oficial O’Connell, te lo pregunto a ti. No como agente de seguridad, sino como ser humano. ¿Te gustaría que te ocultaran las posibles amenazas contra tu persona?

—No —admito, y la voz me sale más ronca de lo esperado—. No me gustaría.

Enarca una ceja, a la espera de mi respuesta, y dice:

—¿Entonces?

—Su seguridad es nuestra prioridad. —Me acojo al lenguaje protocolario porque no tengo nada más que ofrecerle.

—Vuestra prioridad —repite, sin emoción—. Pero no la mía, al parecer. Soy otra tarea que gestionar, como mi agenda o mi vestuario. —Se gira para mirar por la ventanilla, una forma efectiva de dar por terminada la conversación—. Si en algún momento decides que tengo derecho a saber sobre las posibles amenazas contra mi vida, házmelo saber, ¿quieres?

Recorremos el resto del trayecto en un silencio glacial. Mantengo la mirada hacia adelante, muy consciente de la tensión que irradia el cuerpo que está a mi lado.

Comprendo su frustración. Si estuviese en su lugar, me llevarían los demonios.

Pero no puedo cambiar los parámetros de la misión y tampoco puedo confiar del todo en nadie, mucho menos en los otros agentes de seguridad. Ni siquiera puedo confiar en el propio príncipe, porque podría cometer algún error sin querer y facilitarle la tarea al enemigo.

Cuando estamos a punto de llegar al hotel, me vibra el móvil.

Es un mensaje de Pierce.

Sospechoso identificado. Exmilitar. Creemos que está ligado a la célula terrorista involucrada en el caso Matheson-Webley.

Observo a Nicholas, quien continúa mirando hacia el exterior con el ceño fruncido.

Joder.

La amenaza contra el príncipe ya no es una hipótesis.

Se encuentra en Australia, y ya nos está poniendo a prueba.

Capítulo Once

Nicholas

La estructura viviente más maravillosa del mundo se extiende ante mí, con sus tonos brillantes de azul y verde que hacen que las joyas de la Corona palidezcan a su lado.

A pesar del recibimiento «poco entusiasta» que me brindó Australia, el resto de la semana ha sido bastante tranquilo. Después de pasar unos días en Sídney, volamos hacia el norte, a Cairns, para la inauguración de dos centros comunitarios; ayudé a desvelar una placa conmemorativa de un hecho que ya olvidé, y escuché un discurso del gobernador de Queensland sobre la importancia de la caña de azúcar para la economía que pareció durar unos cuantos siglos.

Ahora mismo sé más sobre la producción de sacarosa de lo que se consideraría razonable para cualquier ser humano.

La excursión de ayer a la selva tropical fue de lo más memorable a nivel visual y de lo más espantoso a nivel físico. La caminata bajo una humedad agobiante pronto hizo que pasara de «aristócrata impecable» a «objeto sudoroso no identificado». Un enorme pájaro decidió hacer sus necesidades peligrosamente cerca de mi hombro. Sin duda, la prensa australiana lo hubiera interpretado como una profecía republicana si la oficial Blake no me hubiera echado a un lado a tiempo.

Ahora me hallo de camino a la Gran Barrera de Arrecifes para dar por terminado el tramo de Cairns antes de dirigirme mañana hacia el desierto, en el centro del país.

—El capitán me ha comentado que atracaremos en cinco minutos, señor, por si quiere ir preparándose para la excursión de esnórquel. —No necesito mirar, reconozco la voz de O’Connell.

Sin embargo, decido girarme para recrearme la vista. Lleva un traje oscuro que se tensa en la zona de los hombros, y el viento presiona la tela contra su torso como si intentase desvelarnos la topografía de cada uno de sus músculos.

Como de costumbre, me mira con intensidad.

El oficial O’Connell es así. Siempre vigilante. Nunca se le escapa nada.

Lo que me irrita profundamente.

Y aun así...

Cada vez que entro a un sitio, mis ojos lo encuentran de forma automática, como si me hubiera tragado una brújula extraña que apunta inequívocamente al irlandés más exasperante del planeta.

Me noto siguiendo sus movimientos y analizando cada pequeño cambio en su expresión, como la manera en que los ojos se le oscurecen al enfadarse, la forma en que aprieta la mandíbula cuando tiro demasiado de la cuerda, cómo se le marca más el acento en esos momentos en que intenta mantener la compostura.

Conozco la cadencia de sus pasos, puedo identificar su silueta en una sala abarrotada, y todo ello antes de que mi mente procese el motivo por el que se me ha acelerado el pulso.

—Gracias, oficial O’Connell —respondo, esta vez serio. Y porque por algún motivo quiero prolongar la conversación, pregunto—: ¿Qué te parece el arrecife?

Me mira a los ojos.

—Es precioso —responde.

Palabras vacías que no significan nada. Me gustaría zarandearlo, exigirle que me dé una respuesta genuina, que me deje entrever los pensamientos que se ocultan tras esos ojos grises de acero.

—Cuesta imaginar que está agonizando —digo—. Un treinta por ciento ha desaparecido. Y otro treinta se ha decolorado.

Se pone a mi lado en la barandilla.

—Ha estado investigando.

Me encojo de hombros.

—Callum hizo un informe exhaustivo. Y, a pesar de lo que todo el mundo cree, de vez en cuando leo algo más que la lista vip de las discotecas y el registro de las apuestas de caballos.

No sé por qué siento la necesidad de que me vea como algo más que el príncipe *playboy*. No entiendo por qué sus críticas me hacen más daño que los titulares de la prensa amarilla, por qué insisto en continuar con un espectáculo para una sola persona que se niega a aplaudir.

O'Connell se toma su tiempo para responder. Cuando lo miro de reojo, contemplando el horizonte, las líneas de su perfil se marcan en contraposición con el cielo brillante. El viento le ha desordenado el pelo, que suele llevar impecable, lo que le da un cariz un poco más... humano.

—Joder, a veces es todo demasiado abrumador —digo en voz baja. No entraba en mis planes soltarlo, pero ahora que he empezado no voy a detenerme—. El arrecife, la deforestación, el calentamiento global, los derechos de los aborígenes... ¿Cómo podría siquiera empezar a abordarlo todo?

El corazón me va deprisa mientras aguardo su respuesta. Ante el prolongado silencio, giro entre mis dedos el anillo grabado.

¿Por qué le cuento todo esto justamente a O'Connell?

Quizás porque es la única persona a mi alrededor que no busca impresionarme o hacerse una foto conmigo.

O quizás porque, a pesar de todo, sé que su respuesta será auténtica.

Se mantiene en silencio durante tanto tiempo que creo que no va a contestar.

—Hay que empezar con lo que hay —dice, por fin, tan bajo que apenas lo escucho con el ruido del viento y del motor—. Con lo que le echen delante. Es imposible solucionarlo todo, pero eso no significa que no soluciona nada.

Tenía la intención de que su opinión sobre mí mejorara, pero ahora me preocupa haber desvelado demasiado.

—Muy filosófico para alguien que se gana la vida haciendo placajes —respondo, aunque se nota que no va en serio.

La comisura de su labio se curva hacia arriba.

—«Contengo multitudes».

Se me escapa una carcajada por la sorpresa.

—¿Acabas de citar a Walt Whitman, O'Connell?

Se encoge de hombros.

—También se enseña literatura en los colegios de barrios marginales de Belfast.

Hay algo en su tono que hace que lo observe con perspicacia. ¿La mención a Belfast es deliberada? ¿Un recordatorio del vasto océano que separa nuestros orígenes? ¿Acaso ese es el origen de su mirada crítica y de su desagrado? Sé que la historia de la Corona en Irlanda tiene poco de diplomático y mucho de «lección magistral de cómo hacer enemigos durante ochocientos años». Logramos fastidiarlo todo, empezando por el idioma y terminando por los derechos sobre la tierra, con una sistematicidad pasmosa.

Pero su desagrado se me hace más personal que histórico. Lo que me da a pensar que sigue juzgándome por el incidente con mi madre.

El ruido del motor del barco ya no es constante. La repentina desaceleración me tiene agarrándome más fuerte a la barandilla.

—Creo que estamos aproximándonos al área de esnórquel, señor. Debería prepararse.

Asiento. Nuestro breve momento de conexión se ha disuelto como sal en aguas tropicales.

—Te sigo, O'Connell.

Nos movemos hacia el camarote principal, donde James consulta algo con el guía. Sin duda querrá asegurarse de que hasta los peces sepan cuál es el protocolo real. Como llevo el bañador puesto, lo único que me queda por hacer es quitarme la camiseta y colocarme el traje de neopreno al llegar a la cubierta posterior.

Por desgracia, lo de mantener la dignidad aristocrática se me complica cuando me toca luchar contra lo que viene a ser un calcetín de compresión para el cuerpo. Quien haya diseñado estos trajes no entiende de anatomía humana básica.

—¿Necesita asistencia, señor? —pregunta Singh mientras intento subirme el traje a la cadera.

—No, gracias —logro balbucear con los dientes apretados—. No me dejaré vencer por el neopreno.

Oigo un resoplido ahogado desde el rincón donde O'Connell tironea de su traje de neopreno con irritante eficiencia. Ya lo tiene a la mitad, la parte de arriba colgando de la cintura, lo que deja a la vista unos abdominales en los que se podría rallar queso.

Me obligo a desviar la mirada.

El guía se nos acerca con una amplia sonrisa.

—¡Pues muy bien! Hemos atracado en Parrotfish Cove, uno de los mejores sitios para hacer esnórquel. Tenemos buena visibilidad, de unos treinta metros. Veremos muchas formaciones de coral, peces y, si hay suerte, incluso alguna tortuga marina.

—¿Tiburones? —pregunto.

—Ah, puede que veamos alguno que otro —dice, animado—. Pero no os preocupéis. Los de la zona del arrecife son como cachorritos submarinos.

—Cachorritos submarinos con más dientes de los necesarios —murmuro—. No recuerdo que esa raza en particular saliera en ninguna exposición canina del Crufts.

O'Connell se materializa a mi lado para entregarme la máscara de esnórquel.

Verlo tan sosegado, profesional y atractivo dispara mi irritación.

Le quito la máscara y realizo un escrutinio exagerado.

—Te has asegurado de que no haya medusas asesinas, ¿verdad, O'Connell? ¿La «gestión de depredadores acuáticos» entra dentro del *Manual de protección de la realeza*?

—En el capítulo doce. Después de *Cómo lidiar con miembros de la realeza complicados* y justo antes de *Treinta y siete maneras en que los príncipes ponen a prueba la paciencia de su equipo de seguridad* —dice con el rostro serio.

Una vez más se me escapa una carcajada súbita. Joder. Me concentro en ajustarme la máscara.

—La correa está torcida. —O'Connell lleva la mano a mi cara sin previo aviso. Sus dedos me rozan el pelo mientras ajusta la correa

de silicona con una delicadeza inesperada.

Está lo bastante cerca como para ver motas plateadas en sus ojos grises. Siento algo cálido e imprevisto en el estómago.

¡Por Dios! Esto es justamente lo que no necesito.

Sobre todo cuando estoy embutido en un traje de neopreno con un contingente de periodistas que me observan desde la cubierta superior.

Trago saliva y me obligo a sonreír con suficiencia al tiempo que doy un paso hacia atrás con deliberación.

—O’Connell, si lo que querías era tocarme el pelo, no tenías más que pedírmelo.

Deja caer las manos y, con expresión indescifrable, dice:

—Solo hago mi trabajo.

El guía da unas palmadas para atraer la atención de los presentes.

—El grupo de la realeza entra al agua primero, luego el resto. Recordad no tocar el coral, mantener una distancia de seguridad con todo tipo de vida marina y seguir las instrucciones del guía en todo momento.

Llego medio arrastrándome al borde de la plataforma y me lanzo al agua cálida.

En cuanto mi cabeza traspasa la superficie, el mundo se transforma.

Debajo, el arrecife de coral es un tapete viviente, con pececillos nadando por alrededor que parecen joyas desperdigadas.

Es como entrar en una realidad paralela. En este reino, soy una criatura más que flota sobre una ciudad submarina milenaria. Una que existe desde mucho antes de que mis antecesores decidieran lucir coronas y proclamar que reinaban por mandato divino.

Al impulsarme hacia delante, peces morados y amarillos se esparcen como confeti. Una estrella de mar de color azul vibrante me tiene tan fascinado que casi me olvido de la existencia de O’Connell. Hasta que me toca el brazo con la mano, un gesto silencioso sinónimo de «mira eso».

Una tortuga marina de rostro imperturbable se abre paso en el agua con sus aletas. Nos acercamos, pero la tortuga continúa su

expedición como si fuésemos igual de insignificantes que un alga.

En cuanto desaparece en la lejanía azul, mis ojos se desvían hacia la derecha y el pecho se me oprime al ver lo que se encuentra debajo.

Cuerpo en forma de rombo. Gigante. Deja remolinos de arena allí donde sus aletas alteran el fondo marino.

Una raya.

Se me corta la respiración, lo que provoca que una serie de burbujas se escapen por mi máscara.

La raya se mueve con tanta elegancia que me hace sentir como un títere patoso.

Antes de tomar conciencia de lo que estoy a punto de hacer, respiro profundo y me sumerjo aún más. Mis tímpanos se quejan por la presión, pero me da igual, solo quiero acercarme a esa criatura tan magnífica.

El pulso me martillea a un ritmo que nada tiene que ver con el miedo y sí con sentir, por fin, ¡por fin!, un atisbo de una emoción real.

Sé que las rayas son peligrosas y, sin embargo, eso convierte este encuentro en algo aún más mágico. La cola se arquea en un movimiento grácil, y el veneno de su aguijón se hace patente.

A esta criatura le da igual mi linaje o el orden de sucesión. Soy otra sombra más que le fastidia la mañana.

La raya se curva hacia la izquierda levantando nubes de arena. Las partículas brillan ante los rayos de sol que se filtran y a mí me arden los pulmones de contener el aliento, pero también de algo que puede que se asemeje a la alegría.

La sombra de O'Connell pasa ante mis ojos. Al levantar la vista veo al guía en la superficie, dando golpes al agua, frenético, un gesto universal que indica «¡involved de inmediato!».

La raya cambia de dirección como si presintiese mi presencia.

Estoy a unos tres metros.

Dos y medio. Sus movimientos parecen volverse más deliberados. La criatura es espléndida y atemorizante a la vez.

Una mano fuerte me agarra del tobillo. O'Connell.

Me deshago de su agarre de una patada y avanzo, pero mis pulmones comienzan a enviarme notorias señales de protesta.

Solo cuando la raya se eleva ligeramente y arquea la cola en lo que parece una postura defensiva, permito que O'Connell me arrastre con él. Su agarre alrededor de mi muñeca es como el acero mientras patalea con energía para impulsarnos hacia la superficie.

Asomamos la cabeza al mismo tiempo y, jadeando, intento coger aire antes de quitarme la máscara. O'Connell también se deshace de la suya y, a pesar de que el agua me cubre la visión, noto que respira con dificultad.

—¿En qué demonios estaba pensando? —dice el guía tras aparecer de pronto a nuestro lado—. ¡Eso es una raya toro adulta! Un solo ataque de su cola podría causar un desastre.

O'Connell permanece en silencio, pero cuando lo miro, sus ojos no muestran solo enfado. Están llenos de ira.

Debería sentirme avergonzado. En cambio, me siento vivo.

Continúo alimentando a mis pulmones hambrientos, deleitándome con el sabor de la sal y de la euforia.

—Una criatura magnífica —logro decir, por fin—. ¿Creéis que estaría interesada en un puesto en la corte? Necesitamos a alguien con ese carácter en la Cámara de los Lores.

—Al barco. Ahora mismo. —La voz de O'Connell vibra de furia.

El guía nos mira a uno y al otro antes de anunciar:

—Se acabó la excursión. No quisiera tener que hacerme cargo de algún accidente con un miembro de la realeza.

Si me tiemblan un poco las manos no es por miedo, sino por el sentimiento embriagador que aún me consume.

La mano de O'Connell continúa aferrada a mi muñeca mientras nadamos de regreso al barco. Por un momento pienso en pedirle que me suelte, pero decido no tentar a la suerte y permanezco en silencio.

Me encaramo sobre la plataforma con el traje de neopreno chorreando. El peso de la tela es considerable, pero la adrenalina que aún corre por mis venas hace que me sienta como una pluma.

—¡Una aventura fantástica! —le digo animado al guía, muy consciente de los fotógrafos en la cubierta superior—. Esa raya en

particular me dejó impresionado. ¿Es normal que se acerquen tanto a los buceadores?

La sonrisa del guía no llega a sus ojos.

—No, señor. Normalmente prefieren mantenerse a una distancia prudencial. Igual que nosotros —responde enfatizando las últimas palabras. Su amabilidad australiana ha sido reemplazada por un tono que apenas logra esconder su irritación.

—Bueno, entonces he de considerarme un afortunado. —Le ofrezco mi sonrisa aristocrática más encantadora—. Una experiencia verdaderamente única.

El guía asiente y señala el interior del barco.

—Tiene el vestidor bajo cubierta, Alteza. Zarparemos hacia la costa en unos veinte minutos.

—Entonces, me cambio y vuelvo enseguida —contesto.

Por desgracia, O'Connell me sigue hacia el vestuario, lo que significa que nos quedaremos a solas.

No augura nada bueno.

Cierra la puerta con fuerza.

—¿Tiene idea...? —gruñe en voz baja.

—¿De lo afortunado que soy por haber visto a una criatura magnífica tan de cerca? —acabo por él al tiempo que llevo la mano a la espalda para bajarme la cremallera del traje—. Sí, lo sé. Me aseguraré de mencionarlo ante la prensa.

—Se ha expuesto al peligro de forma deliberada. —Tanto aprieta la mandíbula que hasta veo cómo le tiembla un músculo bajo la barba incipiente.

Bien. Era justo lo que quería antes, poder vislumbrar su verdadero yo debajo de toda esa capa de profesionalidad. Que me mostrara que las provocaciones eran capaces de generar una emoción en él.

Aun si la emoción que le provoco es el deseo de estrangularme.

—Era un riesgo calculado. —Me paso la toalla por el pelo, lo que sin duda me despeina por completo. No es la imagen de príncipe azul que se espera de mí, pero a la prensa amarilla también le interesan esos momentos en que «el príncipe Nicholas es como cualquiera de nosotros».

Lo miro con la misma intensidad, sin dejarme amedrentar por su presencia física, que es la personificación de la censura.

—No corría un verdadero peligro.

—No le corresponde a usted decidirlo. —Ahora percibo lo mucho que le está costando contenerse, refrenar la rabia—. Mi trabajo es protegerlo, lo que me resulta complicado cuando se empeña en ir en mi contra.

—Tómalo como una prueba de tus reflejos. —Le ofrezco una sonrisa que está a medio camino entre encantadora y exasperante—. Te funcionan de maravilla, por cierto. Una respuesta más que rápida.

Se le oscurece el rostro aún más.

—Esto no es ninguna broma.

—¿No lo es? —Bajo la voz para que esté al mismo nivel de intensidad—. Toda mi existencia se orchestra de manera que sea apta para el consumo público. Cada riesgo se analiza, cada variable se controla. Jamás podrías entender lo que es eso.

Una emoción le atraviesa el rostro, y no se trata de empatía precisamente.

—Tiene razón. No puedo entender que elija arriesgar su vida por un momento de adrenalina sabiendo que hay gente que... —Se interrumpe a sí mismo con una sonora exhalación antes de continuar—. Cuando su seguridad afecta a tantas personas.

Siento una momentánea punzada de culpabilidad, pero me la trago.

—Por favor, ahórrame el sermón sobre la Corona y el pueblo. —Me giro para ocuparme de liberar los brazos del traje de neopreno—. Sé cuál es mi posición. Lo sé perfectamente. Aunque supongo que debería tomar como un cumplido que te dediques con tanto esmero a preservar mi existencia.

En cuanto vuelvo a mirarlo, me observa como si valorara si vale la pena las úlceras que este trabajo le ocasionarán.

—Mi trabajo es mantenerlo a salvo —dice, por fin.

—Y el mío que me exhiban como una marioneta sonriente que saluda cuando se lo ordenan. —Logro quitarme el traje hasta la

altura de la cadera—. De vez en cuando me gusta recordarme a mí mismo que aún puedo tomar mis propias decisiones.

—Hay una diferencia entre ser independiente y ser temerario.

—Vicisitudes de ser el heredero de repuesto. —Me encojo de hombros antes de anudarme la toalla alrededor de la cintura—. Se espera de nosotros que seamos lo bastante imprudentes como para ser interesantes, pero no tanto como para correr verdaderos riesgos.

Su expresión se mantiene rígida.

—La próxima vez, atégase al protocolo de seguridad. —Me perfora con la mirada—. Señor —añade en el último momento.

O'Connell ha logrado dominar el arte de hacer que «señor» suene a palabrota encubierta. Es fascinante.

Debería recomendarlo para diplomático. No me quiero ni imaginar qué magia podría obrar con frases como «su excelencia».

—Por supuesto, oficial O'Connell —respondo con una sonrisa—. Ahora, si me permites, tengo que terminar de cambiarme. A no ser que te interese echarle un vistazo a las joyas de la Corona, ¿te parece si continuamos esta conversación tan fascinante cuando me haya vestido?

Mientras O'Connell se lleva su altanería a otra parte, vuelvo a la tarea que tenía entre manos, que consiste en bajarme el traje un poco más.

El sonido de sus movimientos se interrumpe, y al alzar la vista veo a lo paralizado en la puerta, con la boca semiabierto, como si quisiera soltar una última regañina.

Sus ojos descienden hasta mi torso desnudo por un brevísimo instante antes de volver a recalar en mi rostro. Luego, los desvía de inmediato al tiempo que un rubor asciende por su cuello. El golpe con el que cierra la puerta reverbera en todo el vestidor.

Permanezco inmóvil durante unos cuantos segundos, con la piel enviándome señales, como si el camino por el que transitaban sus ojos hubiera dejado una huella a su paso.

Esto se pone interesante.

Capítulo Doce

Eoin

El corazón de Australia es de color carmesí. Bajo un cielo tan virulento que con solo mirarlo se llenan los ojos de lágrimas, el desierto rojo se extiende en todas las direcciones. Y el calor es un puñetazo en toda la cara. No es de extrañar que los primeros exploradores europeos que intentaron atravesarlo cayeran como moscas.

Anoche volamos hacia Alice Springs, un pueblo en medio de la nada que ni siquiera debería existir. Cuarenta grados a la sombra y los lugareños van por ahí como si nada.

—¿Cuándo se les habrá ocurrido a los consejeros reales la feliz idea de hacer una parada en la zona más calurosa de Australia en pleno verano? —dice Singh alargando las palabras.

—Nunca me había planteado la posibilidad de morir por combustión espontánea como una amenaza para la seguridad — comenta Malcolm, muy serio—. Según mis cálculos, la probabilidad de que un agente de protección sufra un golpe de calor es del treinta y cuatro con dos por ciento.

Nos hallamos reunidos en la sala de conferencias del hotel. El aire acondicionado tiene todos mis respetos por batirse en duelo, gallardo, con el horno del exterior.

A través de la ventana veo a los manifestantes que se han congregado en la puerta del hotel. Hay más cantidad que por la mañana, unos cincuenta, con pancartas caseras que mueven de arriba abajo. Incluso a cierta distancia distingo las inscripciones: «NO ES MI REINA» y «FUERA CORONAS DE TIERRAS USURPADAS». Si bien la Policía local los mantiene detrás de la barrera, los cánticos se escuchan desde aquí.

¿Qué pensará Nicholas al ver los carteles? Se me viene a la mente lo que me dijo en el coche tras el ataque: «¿La formación como agente de seguridad incluye consejos prácticos sobre qué hacer con gente que está en todo su derecho a odiarte porque tus antepasados usurparon sus tierras?».

Su voz evidenciaba su habitual deje socarrón, pero sin duda contenía algo más.

¿Será que, dentro de su egoísmo, de vez en cuando tiene algún arranque de empatía, como con el koala lastimado? También tiene una vena temeraria, y el incidente con la raya es ejemplo de ello. Y su arrogancia...

—¿Sigues aquí, O'Connell? —pregunta Cavendish.

Joder.

Los ojos de todos mis compañeros se posan sobre mí.

—Sí, aquí estoy —contesto con voz ronca.

¡Jesús! Ya estoy de nuevo analizando los estados de ánimo del príncipe Nicholas como si fueran de mi incumbencia.

Como si me importara que su egoísmo tenga capas, que su arrogancia esté encubriendo algo más. Mi trabajo es que siga respirando, descubrir quién supone una amenaza para él, no intentar comprenderlo.

Cavendish despliega un mapa sobre la mesa.

—Comprobemos la disposición del festival Villancicos a la Luz de las Velas. Davis, ¿qué novedades hay sobre el perímetro de seguridad?

Davis hojea sus apuntes.

—Las autoridades locales han confirmado que habrá patrullas adicionales en el exterior. Todos los puntos de acceso estarán monitorizados.

—También se necesitan observadores en los tejados —añade Cavendish.

Estudio la distribución. Nos enfrentamos a una doble amenaza: un grupo en la sombra que tiene como objetivo a ciertos británicos, y los lugareños que preferirían que nos fuéramos con nuestra música de vuelta a Inglaterra.

Y eso solo son las amenazas perceptibles.

Si añadimos a un príncipe que trata su propia seguridad como algo opcional, y a un posible traidor entre nosotros..., sí, es normal que esté más tenso que un resorte.

La charla con Pierce de esta mañana no fue bien. Noté su frustración en cuanto admití que seguía sin tener pistas claras sobre los espías.

—Esta gente está cada vez más cerca, O’Connell —dijo—. Según Inteligencia, la actividad ha aumentado, se han encontrado las mismas frases en código en los mensajes interceptados y movimientos inusuales de dinero. Tiene que encontrar al posible espía antes de que el príncipe pague el precio de nuestro fracaso.

Observo los rostros de mis compañeros en busca de señales: un tic nervioso, un bulto que pueda llegar a ser un teléfono secundario, alguien que pregunte con demasiado interés sobre los cambios de la agenda.

En Cairns me dediqué a registrar las habitaciones de hotel de cada uno de ellos cuando estaban de guardia. No encontré nada incriminatorio más allá de la alarmante colección de proteínas en polvo de Davis, la de crucigramas de Cavendish y una botella de aceite para masajes en la habitación de Singh con la etiqueta «para uso profesional» en la que preferí no centrarme demasiado.

Si alguno de ellos es el infiltrado, lo saben esconder muy bien.

—Esta tarde tenemos el evento Flying Doctors para recaudar fondos. —Blake da un golpecito con su boli sobre el plano—. Hay cinco posibles puntos de acceso. ¿Cómo nos organizamos, Rick?

Cavendish se rasca la barbilla y responde:

—Habrá que bloquear las entradas secundarias. Serían demasiadas variables.

—El equipo médico necesitará acceder —señala Malcolm sin quitar la vista del ordenador—. Y habrá una demostración de un helicóptero aterrizando.

—Hablaré con el piloto sobre los vectores de aproximación —dice Davis.

Cavendish le echa un vistazo a su reloj.

—Su alteza debe marchar al desayuno con el alcalde en cinco minutos. Singh, MacLeod, el primer turno es vuestro. Quiero que los demás planifiquéis puntos de extracción alternativos para el evento de mañana por la noche. Necesito más opciones en caso de que algo salga mal.



Regreso a mi habitación en cuanto acaba la reunión. Libro hasta la tarde, por lo que debería aprovechar para recuperar el sueño perdido o para comprobar los protocolos de seguridad. En cambio, me paseo de arriba abajo en el limitado espacio de la habitación catalogando cada interacción que he tenido con mis compañeros e intentando dilucidar si me he dejado algo importante.

Al rato, mi mente se dispersa hacia la imagen del príncipe Nicholas al quitarse el traje de neopreno, con su cuerpo esbelto y musculoso, y su piel tersa. Esas gotas de agua que le caían por el pecho, y la forma en que el neopreno iba bajando hasta revelar...

Joder. Necesito desterrar ese pensamiento de mi mente.

Concentrarme en pensar quién querría verlo muerto.

Sacudo la cabeza con violencia, por ver si de ese modo se me acomodan los tornillos sueltos.

Decido llamar a Malachy para ver qué tal está.

Al menos ya no tengo que esconder el nombre de mi protegido. Después del incidente en el aeropuerto de Sídney, me envió un mensaje con un vídeo donde escoltaba al príncipe junto con las siguientes líneas:

¡No jodas! Mi hermano de niñero de la aristocracia.
¿También te toca hacerle la reverencia?

En un principio me alarmé porque estoy acostumbrado a trabajar de incógnito. Pero está claro que cuando proteges a una figura pública es imposible evitar que descubran a qué te dedicas.

Apoyo mi móvil personal en el escritorio para llamar por FaceTime. Mientras espero que entre la llamada, me paso la mano por el pelo de forma distraída.

—Mira a quién tenemos, a mi hermanito desde las antípodas —dice Malachy en cuanto su rostro llena la pantalla—. ¿Cómo llevas lo de salvarle el culo a la realeza?

¿Cómo le contesto a eso?

—Está siendo... interesante. Todo un desafío.

—¿Para cuándo la camiseta de «Mi hermano protege a ricachones engreídos»? La quiero en verde.

—Me parto.

—¿Dónde estás?

—En Alice Springs, un sitio en la mitad de Australia. —Giro el teléfono y lo apunto hacia la ventana para que vea la cantidad de tierra roja que se extiende hasta el horizonte.

—¡Jesús! —dice Malachy con la respiración entrecortada—. Es impresionante.

—¿A que sí? —Vuelvo a girar la cámara hacia mí—. ¿Qué tal todo por casa?

—Igual que siempre. Trabajo, fisio, intentar batir mi marca personal al subir por la puta rampa del centro comunitario. —Se encoge de hombros—. Nada tan emocionante como tus hoteles de cinco estrellas y tus *jets* privados.

La culpa que siempre me acompaña es una piedra en el estómago. «Debí haber sido yo». Es un pensamiento que me persigue desde hace doce años, desde el día en que el edificio se derrumbó. Si yo hubiera estado en casa, si yo me hubiera quedado atrapado entre los escombros...

Pero no fui yo, sino mi hermano pequeño.

—¿Estás ahí? ¿O es que el calor te dejó frito el cerebro? —Su voz me devuelve a la realidad.

—Ni que hubiera tanto para freír —contesto—. ¿Qué tal la nueva liga de baloncesto?

Su rostro se ilumina.

—Fenomenal. El finde pasado hicimos papilla al Belfast Tigers. ¡Si me hubieras visto! Marqué más tantos que todo el equipo junto.

—Siempre alardeando —digo sin poder evitar sonreír.

—Alguien tiene que compensar tu falta de personalidad. —Su sonrisilla se transforma en un gesto más serio—. Te veo cansado, Eoin. ¿Va todo bien en el trabajo?

Dudo.

—Sí, bien. Es complicado. —Inclino levemente el teléfono para que pueda observar a los manifestantes en la distancia—. Tenemos que lidiar con protestas antimonárquicas en la gira, y eso complica la seguridad.

Malachy entrecierra los ojos.

—Los apoyo. La gente estará harta de ver a nobles sonrientes cuando sus comunidades se mueren de hambre. —Su voz adquiere ese tono que utiliza en las discusiones sobre política.

—Bueno, en todo caso es complicado —repito, con cero ganas de profundizar en el asunto. Malachy está en todo su derecho de tener opiniones antisistema. Después de todo, el sistema nos falló de la peor manera—. ¿Y el trabajo cómo va?

Pone los ojos en blanco.

—Menuda sutileza la tuya, Eoin.

No volvemos a tocar cuestiones espinosas. Me cuenta que la tía Siobhan ha vuelto a querer emparejarlo con su amiga del club de lectura y que la enemistad con el vecino de arriba, al que le da por practicar bailes irlandeses a medianoche, continúa. Para cuando colgamos, el nudo que tengo en el pecho se ha aflojado un poco.

Me quedo contemplando la pantalla en blanco. Malachy nunca se queja. Ni del dolor que aún padece ni de los sueños que hubo de abandonar. De alguna manera, eso me hace sentir aún más culpable.

Encauzo ese sentimiento de culpa de manera que me ayude a ser el mejor de los policías, a llevarle justicia a otras personas, a que la gente se responsabilice de sus malas acciones.

Es lo único que puedo hacer.



Por la tarde temprano, el sol abrasa de tal manera que me planteo si Australia tiene la intención oculta de cocinarnos para la cena de Navidad. Hasta los lugareños están incómodos mientras se mueven por el improvisado espacio al aire libre donde se celebra el Flying Doctors, un evento para recaudar fondos.

Estamos a punto de presenciar la principal atracción de la tarde: una tradición anual llamada Desfile de los Camellos de Navidad donde los animales presentan sus adornos ante un juez famoso, en este caso el príncipe Nicholas.

—La multitud va en aumento —observa Blake a mi lado mientras escaneamos el perímetro—. Según la Policía local, hay al menos trescientas personas más de lo esperado.

—Eso nos complica la existencia —respondo sin quitar la vista de las personas y de cada movimiento.

Nicholas se encuentra en la zona de los jueces, con su camisa impecable y más fresco que una lechuga, como si los cuarenta grados a la sombra fueran solo una ligera molestia.

El primer camello ataviado entra en la pista con cierta tosquedad de la mano de una adolescente que exuda entusiasmo. Lleva guirnaldas, lucecitas de colores y lo que parece ser un minitrineo sobre la joroba.

Nicholas lo rodea con expresión contemplativa.

—Una labor magnífica con las guirnaldas —declara—. La proporción de luces y bolas de Navidad demuestra un poder de contención admirable. Se nota el buen gusto.

Continúo vigilando a la muchedumbre, catalogando cada salida y cada posible punto débil. Los manifestantes del hotel no parecen

estar presentes.

Pero hace falta un solo loco para que un evento festivo se torne en algo mucho más siniestro.

El desfile continúa con cuatro camellos con decoraciones elaboradas, y Nicholas cumple con su papel a la perfección.

Cuando uno de los animales se pone potroso y se niega a quedarse quieto ante el juez, Nicholas suelta: «Lo comprendo perfectamente. Yo también me pongo de malhumor si me obligan a llevar decoraciones antes del mediodía».

—Potencial amenaza a las dos en punto —murmura Blake—. Un hombre con una funda para cámaras.

Sigo su mirada hasta dar con el sujeto. Tras unos segundos, relajo la tensión.

—Es de la prensa. Lo recuerdo de la reunión de ayer.

Asiente, pero ni ella ni yo bajamos la guardia.

Cuando el concurso acaba, Nicholas anuncia al ganador, una bestia enorme llamada Priscilla, la Reina del Desierto, ataviada con boas de plumas rosas, estrellas plateadas y una bola de discoteca en miniatura que le cuelga de la joroba. Al animal no se lo ve demasiado entusiasmado con sus cinco minutos de fama mientras un tío desgarrado lo guía hacia delante para que le coloquen un lazo descomunal.

—Si lo que se premia es la dignidad, acaban de timar al pobre camello —susurra Blake.

Río por la nariz, bajito, y continúo escaneando la multitud.

No hay nada fuera de lugar, solo familias pasándose bien.

Tras la exhibición, llevan a Nicholas a una pequeña carpa que han montado para él y sus acompañantes. Me toca ejercer de guardaespaldas personal, por lo que lo sigo dentro, encantado de escapar del maldito calor que le hace la competencia al infierno de Satanás. La carpa está casi vacía excepto por algunos organizadores que se retiran en el instante en que James anuncia que el príncipe necesita un descanso.

Me posiciono cerca de la entrada, con la espalda en la lona para mantener tanto a Nicholas como a la entrada de la carpa en mi

campo de visión. El príncipe se sirve un vaso de agua y se afloja la corbata al tiempo que echa un vistazo a la estancia.

—Diría que ha sido una de las tareas reales más peculiares que he llevado a cabo —dice—. No todos los días tiene uno el placer de evaluar con ojo crítico a unos camellos navideños.

—Supongo que no —respondo.

Ladea la cabeza apenas y, con ojos refulgiendo peligrosamente, dice:

—¿Sabes, O’Connell? El tercero me recordó a alguien.

La adrenalina se me dispara. Saber que estoy a punto de ser el foco de atención del príncipe Nicholas y su ingenio me tiene hecho un manojo de nervios, no sé si porque me hace ilusión o por instinto de supervivencia.

Puede que ambos.

—¿Ah, sí? —contesto con tono neutral.

—Mmm. —Bebe un sorbo de agua con gesto casual, pero continúa observándome—. Había algo en su mirada. Una forma particular de mirar a las personas, como si fuesen una decepción absoluta para la *camellidad*.

¡Por el amor de Dios!

Si mal no recuerdo, el animal al que se refiere es un espécimen al que se lo veía descontento, con una expresión de completo desdén.

—No he apreciado ningún parecido con nadie, señor. —Mantengo la voz serena.

Nicholas curva los labios.

—¿No? Las semejanzas son notables. La forma en que lanzaba miradas asesinas..., esos aires de reprobación constante...

Cambio el peso del cuerpo sin quitar la vista de la entrada a la carpa.

—Puede que el camello y la persona a la que le recuerda tengan un problema similar.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Les toca trabajar con gente insoportable por una mierda de salario.

Nicholas alza las cejas con suma rapidez y, por un instante, su rostro refleja sorpresa que enseguida metamorfosea en deleite.

—Bien jugado, O’Connell. Aunque, todo hay que decirlo, el camello supo manejar la situación con más gracia que la que suele mostrar esa otra persona.

—El animal tiene la ventaja de poder escupir a todo aquello que lo irrita, señor. —Lo digo con retintín gracioso, adrede.

Nicholas echa la cabeza hacia atrás y ríe. Es una risa franca, espontánea, que transforma su rostro por completo.

¡Jesús! Su risa despierta algo en mí que prefiero mantener dormido.

—Ahí le has dado, O’Connell.

Aunque mi adiestramiento aborda diferentes situaciones, en ningún manual de Scotland Yard se indica cómo gestionar la falta de respiración cuando el príncipe Nicholas me mira así, con la risa ya desvaneciéndose, pero con sus ojos azules y brillantes aún puestos en mí.

El ruido de la multitud exterior enmudece y es reemplazado por el intenso latido en mis sienes. Hay un cambio en el ambiente, tan sutil como cuando se desactiva el seguro de un arma, e igual de peligroso.

Debería desviar la mirada.

Necesito desviarla.

Pero el cuerpo me traiciona, y mis ojos siguen clavados en los de Nicholas.

Un ruido estático penetra el ambiente. La asistente del director entra en la carpa con una tabla sujetapapeles contra su pecho.

—Perdón por la interrupción. La exhibición comenzará en dos minutos, Alteza.

Nicholas parpadea.

—De acuerdo. No hagamos esperar al helicóptero. —Me echa un vistazo, esta vez profesional—. ¿Nos ponemos en marcha, oficial O’Connell?

Asiento a la par que trago en un intento por devolverle algo de humedad a mi boca.

Nos movemos entre la muchedumbre, Nicholas saluda y sonrío mientras yo trato de recomponerme.

Me cago en la leche.

Suelto el aire, tembloroso, al tiempo que evalúo la multitud. Por el mismísimo Cristo, ¿qué estoy haciendo? ¿Qué cojones tengo en la cabeza?

La siguiente hora transcurre sin incidentes. Nicholas charla con el personal médico y de enfermería, ríe en los momentos adecuados de cada discurso, y les hace creer a todos que la explicación detallada sobre cómo se adapta el equipamiento médico para utilizarlo en vuelo le parece interesantísima. Interpreta su papel habitual.

Hasta que lo veo escabullirse del grupo principal.

Le hago una señal a Blake y lo sigo. Mis pies desaceleran en cuanto Nicholas se acerca a un niño ubicado a un costado de la carpa. El tordo deja en sombras parte de su cuerpo. El niño debe de tener unos siete u ocho años y está en silla de ruedas.

Nicholas se agacha a su nivel y espera pacientemente con la mano extendida hasta que el niño le ofrece la suya. Entonces se dan un apretón ceremonioso. El rostro del príncipe no muestra rastros de lástima o de incomodidad, sino el mismo encanto que le ofrece a las demás personas.

—Soy Nick —dice, como si fuera un turista más y no el segundo en la línea de sucesión al trono—. La exhibición del helicóptero ha sido espectacular, ¿no? ¿Alguna vez te has montado en uno?

El niño asiente, tímido.

—Cuando me lastimé. Pero no me acuerdo casi.

—Bueno, mejor. Hacen un ruido horroroso. —Se inclina hacia el niño con complicidad—. Una vez me subí a uno con mi abuela. Es la reina, ¿sabes? Por culpa del ruido, cuando me preguntó si quería una revista, entendí si quería una «pista», y me pasé todo el vuelo pensando si era algún tipo de mensaje secreto.

El niño suelta una risilla.

—Qué tonto.

—No te imaginas. Me preocupé un montón. Los mensajes secretos en la realeza no son moco de pavo.

—Yo soy Archie —se presenta el niño—. De mayor quiero ser doctor de los que van en los aviones.

—El doctor Archie —contesta Nicholas, con total seriedad—. Me gusta cómo suena. Seguro que lo haces de maravilla.

La conversación continúa. El príncipe le pregunta a Archie cuáles son sus asignaturas favoritas y le cuenta la anécdota del día en que se quedó atrapado en un árbol al intentar rescatar el sombrero de su prima.

En cuanto comienza a realizar lo que parece ser un truco de magia bastante malo con su anillo grabado, alza la vista y me pilla observándolo. Su expresión se transforma de inmediato y sus hombros se tensan. Tras acabar el truco, se endereza.

—Oficial O’Connell —dice con tono casual—. Me estaba asegurando de que este joven doctor reciba la atención de la realeza como se merece.

Asiento.

—Lo esperan en cinco minutos para la entrega de certificados, señor.

Nicholas se gira hacia Archie.

—Ha sido un placer conocerte, doctor Archie. Espero que me envíes la invitación a la fiesta de graduación cuando acabes la carrera.

La cara del niño se ilumina.

—¿En serio?

—Por supuesto. Promesa real. —Nicholas cruza los dedos sobre su corazón, lo que provoca otra risita en Archie, y se encamina con renuencia hacia el evento principal.

Mientras hacemos el trayecto de regreso, me mira de reojo.

—¿Qué? —dice, poniéndose a la defensiva.

—Nada.

—Me observabas con una expresión un poco menos crítica que la de costumbre. Es perturbador.

Dudo, pero al final le digo la verdad.

—Mi hermano va en silla de ruedas.

Nicholas trastabilla, aunque se recupera con rapidez.

—Vale —responde.

—La gente se dirige a él como si fuera un bebé o directamente evitan mirarlo a los ojos —continúo—. Aprecio que no haya hecho lo mismo con el niño.

La sorpresa le atraviesa el rostro. Parece desconcertado, como si no supiese reaccionar ante un cumplido genuino.

—Es lo mínimo que se debería hacer —dice, al fin—. Aunque lo siento por tu hermano. ¿Fue un accidente?

El recuerdo reaparece antes de que pueda detenerlo: el polvo, los gritos, mi incapacidad para llegar hasta Malachy. La rabia al descubrir que el casero hizo caso omiso durante años de las advertencias de daños estructurales, todo por ahorrar dinero.

—El edificio se derrumbó —digo escuetamente—. Falta de mantenimiento.

Nicholas absorbe la información, y sus ojos escrutan mi rostro.

—Tuvo que haber sido duro.

—Más para él que para mí —contesto, con esa culpa que me es tan familiar constriñéndome el pecho.

—¿Por eso te hiciste guardia de seguridad? ¿Para proteger a las personas? —pregunta, bajito.

Ahora soy yo quien trastabilla. Por un segundo, me olvido de la tapadera, de esa historia inventada del oficial O'Connell.

—Algo así —respondo.

Me observa por unos instantes más, con esos ojos azules que ven más allá de lo que a mí me gustaría.

—¿Sabes qué, O'Connell? Cuando pienso que te tengo calado, me sorprendes.

Es como si me hubiera leído el pensamiento y lo hubiese manifestado en voz alta. Porque ¿no paso gran parte de mi tiempo haciendo eso? ¿Intentando resolver el puzle que es este hombre? Su amabilidad con Archie me ha ofrecido una nueva pieza contradictoria.

Soy consciente de que mis intentos por descubrir al verdadero príncipe Nicholas rozan la obsesión.

Pero saber que él también pasa tiempo intentando descifrarme me descoloca aún más.

—Lo mismo podría decir yo —contesto—. Siempre logra sorprenderme.

—¿Yo? Pero si está más claro que el agua. Soy un príncipe mimado con un historial de escándalos en su haber y con un talento increíble para sulfurar a su equipo de seguridad.

Me encrespa que vuelva a utilizar su humor sarcástico como escudo.

—Eso es solo un papel.

Nicholas frena en seco.

—Bueno, no todos tenemos el lujo de ser oficiales de seguridad que pueden decir lo que piensan. A algunos nos crían para seguir sonriendo mientras se hunde el barco.

—Quizás la gente que ha sido criada así debería pasar menos tiempo sonriendo y preocuparse más por salvar el barco.

—¿Ves? Por eso eres mi guardaespaldas favorito. Los otros me juzgan en silencio, tú lo haces con elocuencia.

Retoma el paso, y al rato nos hallamos entre la multitud una vez más. Nicholas vuelve a colocarse la máscara exterior para dar un discurso sobre la importancia del servicio de los doctores en el aire, desplegando toda su elegancia real.

Por mi parte, vuelvo a la posición de vigilar el perímetro y estudiar las caras de todos los que se le aproximan.

Pero una parte de mí sigue dándole vueltas a lo sucedido.

A esta extraña... tensión entre nosotros. La encuentro peligrosa, tanto en el campo profesional como en el personal.

La presentación llega a su fin y Nicholas posa para las fotos oficiales. Sus ojos se encuentran con los míos al mirar por encima del hombro del director. Alza ligeramente una ceja y vuelve su atención a la ceremonia.

A pesar del calor, me recorre un escalofrío.

Esta misión se está complicando, y no por los motivos esperados.

Puede que la realeza sea una institución arcaica y absurda que se basa en siglos de desigualdad y explotación.

Sin embargo, por mucho que la deteste, cuando veo a Nicholas caminar entre el gentío, cuando veo la sonrisa auténtica que les dedica a Archie y su madre, cómo escucha con atención a una

enfermera ya mayor que relata su primer vuelo en urgencias, no puedo negar que para estas personas él es importante. Quizás sienten una conexión con algo que es más grande que ellos mismos.

Y Nicholas, cuando no se oculta tras la ironía y el encanto ensayados, parece comprender la responsabilidad que sus privilegios traen aparejados.

Todo era más fácil cuando lo consideraba un mero símbolo de todo aquello a lo que me opongo.

El evento finaliza y nos preparamos para escoltarlo hasta el hotel, así que me obligo a aparcar estos pensamientos.

Tengo un trabajo que realizar. Encontrar al traidor entre nosotros y mantener al príncipe con vida.

Todo lo demás, incluida esta tensión entre nosotros que no sé explicar, carece de importancia.

Al dirigirnos hacia el coche, Nicholas se detiene a mi lado lo bastante cerca como para oler su perfume caro y murmura un «gracias por contarme lo de tu hermano». Hago acopio de todo mi adiestramiento profesional para evitar reaccionar.

—Solo hago mi trabajo, señor —digo.

Sus labios se curvan en una sonrisa burlona.

—Y yo que creía que las confesiones a título personal no formaban parte de tu trabajo.

Me es imposible apartar la mirada. La forma en que se dilatan sus pupilas ligeramente, ese reborde negro que va cubriendo al azul, los rayos de sol que resaltan su perfil, la manera en que su garganta se mueve al tragar.

Jesús y la Virgen. He presenciado tiroteos menos peligrosos que esta conversación.

Al instante siguiente sube al coche junto con Singh, por lo que yo monto en el siguiente junto con MacLeod y Davis.

El motor cobra vida. Davis charla con algarabía sobre algo en lo que no soy capaz de concentrarme mientras MacLeod utiliza su *tablet*.

Mi mente vuelve a recrear el momento con Nicholas.

Me han adiestrado para identificar amenazas, para neutralizar el peligro antes de que se materialice.

Aun así, no he sido capaz de prever esta falla en el sistema: que mis defensas se derrumben ante un príncipe que se niega a ser aquel personaje frívolo de clase alta que esperaba que fuera.

Tengo la sensación de que los límites entre nosotros se están difuminando.

Y en mi área de trabajo, cuando los límites se difuminan alguien podría acabar muerto.

Capítulo Trece

Nicholas

Dentro de la lista de actividades aprobadas en el itinerario de la gira, obsesionarme de forma ridícula con uno de mis oficiales de seguridad no figura entre ellas. Desde luego, no es algo en lo que debería malgastar mi energía mental. Debería enfocarla en ganarme a esos australianos que comienzan a ver a la monarquía como una antigualla prescindible, igual que los telegramas.

Pero, por algún motivo inexplicable, no puedo apartar de mi cabeza al oficial Eoin O'Connell.

Sigo cada uno de sus movimientos como uno de esos ornitólogos trasnochados. Casi puedo escuchar de fondo la voz de David Attenborough: «Aquí observamos al guardia de seguridad en su hábitat natural, con su gesto habitual de fruncir el ceño mientras busca posibles amenazas».

La intensidad con la que me observan sus ojos grises me deja más expuesto que cualquier artículo de la prensa amarilla. Es como si fuese capaz de penetrar todas las capas de refinada nobleza hasta llegar a la persona caótica e insegura que se halla debajo.

No sé si eso me entusiasma o me aterra.

Lo que sí tengo claro es que me gustaría hacer lo mismo con él. Que me hablara de su hermano solo ha acrecentado las ganas de saber más.

Me obligo a refrenarme para no hacerle preguntas en la entrada del hotel. Las puertas del ascensor se abren en el piso más alto y me dirijo por el pasillo hacia mi *suite* con O'Connell persiguiéndome como una sombra silenciosa. Otros dos guardias que flanquean la puerta de la habitación asienten educadamente en cuanto nos aproximamos.

—Todo correcto, señor —informa el oficial Singh apartándose para darme paso.

Me giro para echarle un vistazo a O'Connell, quien se coloca en la puerta.

Dios bendiga el aire acondicionado de la *suite*. Me aflojo la corbata de camino a la ventana panorámica con vistas a Alice Springs. La ciudad parece una colección de edificios de juguete desperdigados por el amplio paisaje carmesí.

Me vibra el teléfono con un mensaje de James.

Comuníquese con el príncipe Callum por la línea segura cuando sea posible. Gracias.

Esto me cae en el momento justo. Necesito distraerme de esta locura que se ha apoderado de mi cerebro.

Me desplomo en el sofá. La línea segura es una triste necesidad de la realeza, y desde que los periodistas sensacionalistas demostraran su capacidad para hackearlo todo, mensajes privados de la reina y sesiones de terapia de mi tío incluidos, palacio se toma la seguridad de las líneas de teléfono más en serio que las fuerzas militares.

Tras una serie de clics y pitidos electrónicos, el rostro de Callum aparece en pantalla.

—¡Nicholas! —A mi medio hermano se lo ve demasiado espabilado para ser las siete y media de la mañana en Londres—. ¿Cómo te tratan las antípodas?

—Ya sabes, lo típico de las giras reales: cortar cintas de inauguración, esquivar los objetos que te lanzan los manifestantes, fingir que te interesan los pormenores de la producción de la caña de azúcar. —Me paso la mano por el pelo—. Y acabo de regresar de

un concurso de camellos navideños, así que ya puedo añadir a mi currículum real un «experto en estética de dromedarios».

—Vi un vídeo de la Gran Barrera de Arrecifes. Lo estás haciendo genial. Gracias por sustituirme.

—Bueno, ser tu sustituto es literalmente mi trabajo. Además, se me está quedando un bronceado espectacular.

—Tienes suerte. Por aquí el clima es horroroso. La abuela insiste en llamarlo «vigorizante» en vez de «deprimiente», pero yo no comparto su opinión.

Aún me estoy riendo cuando Callum se mueve para hacerle hueco en pantalla a su marido, el príncipe consorte Oliver Hartwell, vestido con un elegante traje gris oscuro.

—Nicholas —me saluda Oliver con un gesto de cabeza.

—Hola, Oliver.

—Me han contado que estás causando una gran impresión en Australia —comenta.

—Bueno, si por «impresión» te refieres a «sonreír y saludar sin provocar un incidente internacional», entonces, sí, todo va de maravilla. —Me muevo hasta encontrar una posición cómoda—. ¿Y por allí cómo están las cosas? ¿La gestante, bien?

—Muy bien, sí —contesta Callum—. Está de diez semanas. Según la ecografía, todo está perfecto.

—¿Ya sabemos si tendré un sobrino o una sobrina?

Oliver le echa a Callum una mirada significativa y este le sonríe.

—Preferimos no saberlo. Creo que eso lo hará más especial. Como cuando de pequeño te levantas la mañana de Navidad sin saber qué regalos vas a encontrar debajo del árbol. —Callum mira a su marido con afecto—. Oliver quería saberlo, pero me pasé tres semanas dándole sorpresas para convencerlo de la alegría que nos produce lo inesperado.

—También hizo hincapié en que los monarcas a lo largo de la historia se las han apañado sin tanta tecnología moderna, por lo que nosotros podemos sobrevivir a la incertidumbre durante unos meses —dice Oliver mientras le dedica una sonrisa a su esposo.

Ver a Oliver con Callum es como ver a un *golden retriever* conquistando a un oso pardo.

El espacio de debajo de mis costillas se ensancha con el eco de algo que me niego a nombrar.

Estos dos hombres desafiaron la tradición, la política y todo el puto sistema británico para estar juntos.

Por el contrario, mis relaciones han sido de lo más anodinas. Arreglos estratégicos con hijas de aristócratas casaderas, fiestas en yates con gente cuyos nombres se me mezclan, noches que, llegada la mañana, solo dejan un vacío.

La única relación significativa acabó con un acto de traición que podría salir en cualquier obra de Shakespeare.

—La incertidumbre hace bien al alma —dice Callum, y dejo atrás los recuerdos para centrarme en la conversación.

—Tu abuela insiste con vehemencia en que es un niño —añade Oliver.

—La reina Katharine es famosa por su intuición —digo—. Durante tres años seguidos adivinó el caballo que ganó el derbi. Aunque a mí nadie me quita la sospecha de que tenía información privilegiada proveniente de los establos.

Callum ríe.

—No lo descartaría —responde.

—¿Cómo está, por cierto?

—Ha mejorado muchísimo —interviene Oliver—. Pero se frustra cuando los doctores insisten en que aún no está como para atender compromisos.

Típico de nuestra abuela.

—Me dijo que está siguiendo la cobertura mediática de tu gira —añade Callum—. Está bastante contenta, la verdad. Comentó que estabas haciendo un buen trabajo.

—Menudo cumplido viniendo de su majestad. —El piropo me provoca un estallido de placer. El reconocimiento de la abuela siempre ha sido un bien escaso y codiciado en nuestra familia.

—Y hablando de hacer un buen trabajo, queríamos preguntarte algo. —Su voz se ha transformado para dar paso a esa franqueza tan norteamericana típica de él—. Oliver y yo hablamos sobre los padrinos, y queríamos preguntarte si te interesa el puesto.

Casi se me resbala el teléfono de la mano.

Siento algo cálido e incómodo que me hace picar los ojos, y me toma unos segundos responder.

—¿Yo? ¿Estáis seguros? Estoy lejos de ser un modelo de comportamiento responsable. Imagino que habrá mejores candidatos para el puesto de guía espiritual.

—Creemos que eres el candidato ideal —dice Oliver, serio.

Tengo que tragar para deshacer el nudo que se me ha hecho en la garganta.

—Bueno, si me lo ponéis así, ¿cómo podría negarme? Aunque debo advertiros que mi padrino involucrará regalos de cumpleaños inapropiados y ofrecer al niño la coartada perfecta cuando se escabulla de las funciones de Estado.

—No esperábamos menos de ti —dice Callum con una amplia sonrisa.

Jugueteo con mi anillo de sello girándolo alrededor de mi dedo mientras intento recomponerme.

El hecho de que confíen en mí para algo tan importante me remueve emociones que de normal intento evitar a toda costa. Porque el afecto va acompañado de vulnerabilidad, y en mi manual personal para príncipes, la vulnerabilidad se ubica en algún escalón de la jerarquía entre la traición y llevar traje azul con zapatos marrones en los eventos de la realeza.

Dirijo la conversación hacia otro puerto.

—Oye, Oliver, ¿no vas un poco formal a estas horas de la mañana?

—Tengo una reunión.

—¿Una reunión de qué? —pregunto.

—De un comité que quiere crear un marco de políticas relacionadas con la responsabilidad histórica y las compensaciones por la esclavitud en el Caribe.

—¿A qué te refieres con eso de las compensaciones? Creía que ya habíamos pagado por ello —digo.

—Bueno, compensamos a los esclavizadores —dice Oliver.

Ah, vale. Se compensó a los que se lucraron con el sufrimiento ajeno y no a los que lo padecieron.

—En 1833 el Gobierno dio veinte millones de libras a los británicos con plantaciones para compensar la pérdida de los esclavos, pero los esclavos no recibieron nada —explica Callum—. Algunas naciones empiezan a cuestionarse si no ha llegado el momento de compensar a toda esa gente que con su trabajo ayudó a aumentar nuestra riqueza.

—Madre mía —mascullo mientras me paso una mano por el pelo—. ¿Hay alguien en este planeta a quien no hayamos jodido?

Los labios de Oliver se curvan en una media sonrisa.

—Ese no es el lenguaje diplomático que estamos utilizando en el informe.

—Perdón por no adherirme al vocabulario aprobado por palacio. No sé dónde he dejado el manual de *Cómo debatir las atrocidades coloniales sin hacer quedar mal a la Corona*. —Respiro profundo y continúo—: Es vergonzoso, la verdad. Tantos años en Eton y en Oxford y nunca me detuve a analizar la frase de «en el Imperio británico el sol nunca se ponía». Para luego aterrizar en Sídney y que me arrojen globos de pintura, alcen carteles de «DESCOLONICEMOS LA CORONA», y los aborígenes protesten por lo sucedido. Es entonces cuando comprendo que las lecciones de historia puede que se saltaran alguna que otra verdad.

Oliver me contempla, pensativo.

—Como la mayoría de los ingleses, crecí con la idea de que Gran Bretaña había llevado la civilización a las colonias. Fue al codearme con otros líderes de la Commonwealth como primer ministro cuando comencé a replantearme lo que nos enseñan.

—Creo que las pruebas son concluyentes —interviene Callum—. Aunque es verdad que los británicos construyeron infraestructuras importantes como las vías ferroviarias e instauraron sistemas gubernamentales en las colonias, más que para beneficio de la población local, lo hicieron con el objetivo de extraer recursos de forma más eficiente.

—Básicamente, instalamos tuberías en las mismas casas en las que robamos —añade Oliver.

—Dios santo —digo, algo asqueado—. La próxima vez que asista a un banquete de la Commonwealth en vez de saludar iré directo al

grano: «Oye, hablemos del saqueo sistemático de tus recursos naturales...».

Callum aún no ha acabado.

—¿Sabes que la economía de la India antes de la intervención de Gran Bretaña —añade— constituía el veintitrés por ciento del PBI mundial? Para cuando los liberamos, representaba menos del cuatro por ciento. Y en los años treinta, en Nigeria, la gente se moría de hambre, pero los obligaban a cosechar algodón para las fábricas británicas. Cientos de miles de personas murieron, y las fábricas textiles tuvieron récord de beneficios gracias a esa materia prima barata.

Callum siempre brinda disertaciones detalladas de los temas que le apasionan.

—Y lo que es peor, se destruyeron muchísimas pruebas —continúa, con semblante serio y sin pizca de su habitual buen humor—. Los documentos sobre las torturas en Kenia, las masacres en Malasia, los campos de concentración en Chipre, todo eso se destruyó o se ocultó adrede.

—¿Se destruyeron documentos gubernamentales? —pregunto, aunque no sé por qué me sorprende.

—De forma sistemática. A los oficiales británicos se les dio la orden de deshacerse de documentos coloniales que pudieran, cito textualmente, «avergonzar el reinado de su majestad».

Jodeer.

He pasado toda mi vida en una cómoda burbuja, creyendo en la fantasía de nuestro noble legado. ¿A cuántos banquetes de Estado he asistido donde se ha brindado por nuestra «relación especial» con las antiguas colonias? ¿Cuántos discursos donde se hablaba con orgullo de nuestra historia he aplaudido con educación mientras la verdad se escondía bajo las alfombras?

—Hay algo más que suele pasarse por alto —dice Oliver—. Además de robar los recursos, los británicos exportamos nuestra ética victoriana, lo que incluye la criminalización de la homosexualidad.

Noto que la habitación se tambalea un poco a mi alrededor.

—¿Cómo? —logro decir.

—Los británicos impusieron leyes contra la sodomía en todas las colonias —explica Callum—. Leyes que la mayoría de países aún mantienen. Y lo más triste es que muchas de las sociedades precoloniales entendían el género y la sexualidad de una forma muy distinta. Algunas reconocían terceros géneros, otras tenían tradición de incluir relaciones con gente del mismo sexo. Lo destruimos todo.

Joder, joder. Me pongo enfermo.

—¿Cómo lo soportas? —pregunto—. ¿Saber todo esto y seguir siendo quienes somos? Visitar las antiguas colonias en representación de la Corona, con las barbaridades que se cometieron en su nombre...

Oliver y Callum intercambian una de esas miradas típicas de las personas casadas en la que transcurre toda una conversación.

—Intento mejorar las cosas —dice Callum simplemente—. Usar nuestra posición para reparar los daños en caso de ser posible.

Oliver observa a Callum con un inmenso cariño y se inclina para darle un breve beso en la sien. Están tan enamorados que dan asco. Es como si representaran una tarjeta de felicitación en directo. Dan ganas de soltarles un «oooh, qué bonito» y, al mismo tiempo, arrojarles tomates.

No puedo seguir mirando la pantalla.

—Bueno, me tengo que ir —digo, animado—. Imagino que tenéis que practicar vuestras caras de «estamos esperando a un principito o princesita». Oliver, tú practica más, no sea que te salga la de «negociando con poderes extranjeros hostiles» antes que la de «padre que espera su bebé con alegría».

Sus labios se curvan y contesta con un «lo intentaré».

—No tardes en volver a llamar —dice Callum—. En serio, Nicholas. Si necesitas hablar, aquí estamos.

—Claro. Hablamos pronto.

La pantalla se apaga y me quedo observando mi propio reflejo.

El atardecer del desierto a través de la ventana es espectacular, pero mis pensamientos giran en torno a las atrocidades cometidas en las colonias y a la familiaridad entre él y Oliver. Han encontrado un propósito en sus vidas: el uno en el otro, y ambos en el hijo que esperan, y en sus respectivos papeles. En cambio, yo...

Cumplo con el papel que se me ha asignado. Despliego mis encantos, desvío la atención, sonrío hasta que me duele la cara. Y entre bromitas y comentarios manidos sobre el «patrimonio cultural común», sin querer contribuyo a restarle importancia a siglos de robos y la acumulación de riqueza a base de sangre.

Para luego regresar a casa solo.

Me despatarro en el sofá y me aflojo la corbata.

Mierda.

¿Por qué rayos siento la necesidad imperiosa de hablar de todo esto con el oficial O'Connell?

Eoin.

¿Porque sé que me dará una opinión auténtica sin embellecerla? Es irlandés, por lo que habrá memorizado el manual de *Ochocientos años de opresión inglesa: un estudio detallado* antes que las tablas de multiplicar.

Pienso en sus palabras en el arrecife de coral cuando le confesé el agobio que sentía ante tantos problemas: «Hay que empezar con lo que hay. Con lo que le echen delante. Es imposible solucionarlo todo, pero eso no significa que no soluciona nada».

Aun así, se me hace complicado ver cómo podría solucionar nada una gira como esta, con discursos y eventos aprobados por palacio.

Ahora que le he dado vía libre a mi mente, los pensamientos sobre O'Connell fluyen a raudales y hacen a un lado a todo lo demás.

Recuerdo su casi sonrisa de esta tarde, tan inusual en él, al compararlo con el camello malhumorado. La confesión inesperada sobre su hermano. La manera en que sus ojos se quedaron mirándome unos segundos más de lo necesario antes de subirme al coche.

Siempre he sido de los que mantienen el control en cualquier situación, pero ese irlandés cabezota y escrupuloso tiene algo que logra desestabilizarme.

Este absurdo... lo que sea que es... tiene que acabar. O'Connell es mi guardaespaldas, nada más. Incluso si le atraen los hombres, y eso ya es mucho suponer si nos basamos en esa breve mirada

mientras llevaba el traje de neopreno, está claro que yo en particular no le caigo demasiado bien.

E intentar algo con un miembro del equipo de seguridad sería terriblemente estúpido hasta para mí, que soy de los que en ocasiones toman decisiones cuestionables.

Me pongo de pie. Voy a ducharme para dejar este día atrás y tratar de distraerme.

El tamaño gigantesco del baño de mármol se me hace innecesario. Tras poner el agua a una temperatura altísima, dejo que el chorro me masajee los hombros.

Intento concentrarme en la agenda de mañana, pero mi mente traicionera enseguida invoca la imagen de los antebrazos de O'Connell cuando se arremangó por el calor: sus músculos flexionándose bajo esa piel bronceada, la pequeña aglomeración de vello castaño rojizo, la forma en que la camisa ajustada le aprieta a la altura de los hombros...

—¡Dios! —gruño al tiempo que bajo la temperatura con agresividad. Frío. Necesito frío.

No sirve de nada.

Solo he logrado que me entren escalofríos mientras continúo evocando su voz, más profunda de lo normal, al contarme lo de su hermano. Por un instante, bajó la guardia y sus ojos grises me miraron con una emoción distinta a la reprobación.

¿Pero qué es esto? Me estoy comportando como el típico adolescente al que le gusta el capitán del equipo de *rugby*.

Y una parte de mi anatomía se muestra especialmente interesada.

Cierro el grifo y salgo de la ducha salpicando las baldosas. Ya no puedo fiarme ni siquiera de la ducha.

Ni de mí mismo, al parecer.

Tras secarme, me envuelvo la toalla alrededor de la cintura. En cuanto me pongo a limpiar el vaho del espejo, noto algo oscuro que se mueve por el mármol blanco.

Me quedo paralizado.

Es una araña.

Y no una de esas pequeñitas que se encuentran en las casas de campo inglesas de las que es fácil deshacerse con un pañuelito desechable.

No, esto es una pesadilla australiana. Una bestia negra y gorda con garfios en forma de arco como patas. El monstruo se mueve deprisa por el suelo con alarmante determinación.

Las arañas no suelen asustarme. Pero he estado en Australia lo bastante como para saber que en este país lo que no es venenoso tiene colmillos o es una creación de la naturaleza para proporcionar a la humanidad el mayor malestar posible.

Y este espécimen en concreto viene directo a mis pies descalzos.

—¡Joder! —Doy un gritito y salto hacia una nueva superficie, en este caso el borde de la bañera. No es el momento más distinguido de mi existencia.

La araña hace una pausa, como si mi reacción fuera una afrenta, y continúa aproximándose con energía.

La puerta del baño se abre con tanta fuerza que rebota contra la pared. O'Connell, arma en mano y ojos desorbitados, ocupa todo el marco. Escanea la habitación, cada sombra y cada rincón, antes de acercarse a mí.

—¿Señor? —dice con voz tensa—. ¿Cuál es la amenaza?

Imagino mi aspecto con una claridad bochornosa: el heredero sustituto aferrándose a su toalla mientras intenta mantener el equilibrio en el borde de la bañera.

No es la imagen pública del príncipe que aparece en los *souvenirs* para turistas.

—¡Araña! —logro balbucir al tiempo que señalo al animal—. ¡Enorme!

El rostro de O'Connell pasa de la alerta máxima a expresar algo muy distinto. Guarda el arma en la funda y sus labios se curvan.

—¿El grito era por una araña?

—No es cualquier araña —respondo—. Es australiana, o sea, debe de tener suficiente veneno como para matar a un pueblo pequeño.

O'Connell observa el bicho, luego a mí, con la ceja arqueada. El estómago me da un vuelco extraño.

—¿Una araña del tamaño de una moneda de cincuenta peniques tiene de rehén al segundo en la línea de sucesión al trono?

—Es más grande, te lo aseguro —contesto con toda la dignidad aristocrática de la que soy capaz en el borde de una bañera mientras aferro la toalla que llevo alrededor de la cintura.

Admitamos que no es mucha, vale.

—¿Debo recordarte que tu trabajo es neutralizar amenazas contra mi persona? Ese monstruo es sin duda una amenaza.

Sacude la cabeza, pero se mueve en dirección a la araña. De repente, noto cómo sus hombros amplios y su alta estatura dominan el espacio, y el baño se me antoja demasiado pequeño. En ese momento tomo conciencia de que estoy semidesnudo.

O'Connell coge un vaso de la pila y luego una de las elaboradas tarjetas de bienvenida del hotel.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Seguir el protocolo estándar de extracción de arañas, señor —responde, parco—. Aunque es la primera vez que realizo esta tarea ante un público tan distinguido.

Con un movimiento rápido, captura la araña dentro del vaso, desliza la tarjeta por debajo, y le da la vuelta al conjunto. Ahora la araña permanece atrapada dentro del cristal y la tarjeta funciona como tapa.

Eleva la cárcel improvisada a la altura de los ojos y observa a la prisionera con el ceño fruncido. Desciendo de la bañera con cuidado.

—¿Sabes? —digo, ajustándome la toalla—. Las personas que me ven con tan poca ropa suelen invitarme a cenar primero.

Las palabras se me escapan antes de poder detenerme. O'Connell levanta la vista con rapidez y la intensidad de sus ojos grises hace que me entre un subidón de calor.

Por un brevísimo momento su mirada baja hasta mi pecho desnudo antes de regresar a mi cara. Un ligero rubor asciende por su cuello.

Joder. La piel me cosquillea ante esta toma de conciencia repentina, y cada una de mis terminaciones nerviosas se despiertan a la vez. Me encuentro atrapado entre dos impulsos en conflicto, el

que me insta a taparme más y el que quiere que enderece los hombros ante su escrutinio.

—¡Jesús! —suelta O’Connell volviendo su atención a la araña prisionera. Luego, su expresión se tensa—. Creo que podría ser una araña embudo.

—¿Y eso es... algo malo? —pregunto, aunque por su expresión la respuesta está clara.

—Puede llegar a ser letal —explica, sombrío—. La picadura es capaz de ocasionar la pérdida de consciencia en minutos. Incluso la muerte en pocas horas si no se trata.

Todo indica que no estaba siendo tan melodramático como él creía.

—Hay que salir del baño. —Su tono vuelve a ser eficiente—. Ahora mismo.

Apoya el vaso en el mármol con cuidado manteniéndolo bien alejado de ambos.

Luego, lleva la mano a mi hombro desnudo. Su palma se siente cálida contra mi piel y, por desgracia, noto que me inclino buscando su contacto.

Mientras habla por el micrófono de su muñeca no quita la mano de mi hombro.

—Tenemos un posible código siete en la *suite* del príncipe. Se necesita contención inmediata y personal médico.

—Yo lo que necesito es vestirme —logro decir.

—Estaré al otro lado de la puerta —responde con voz más áspera que de costumbre.

—Bien —contesto al tiempo que trato de que no se note que estoy huyendo de él.

Me cambio a toda prisa, muy consciente de la persona que se halla tras la puerta. Aún me cosquillea la piel allí donde su mano hizo contacto con mi hombro.

Al abrir la puerta, Malcolm y Cavendish también se hallan en la sala de estar de la *suite*. O’Connell sigue sujetando la araña con una mano. Mientras tanto, Malcolm no deja de buscar fotos en su *tablet* para compararlas con el ejemplar real, con el empeño de quien ha de defender una tesis doctoral.

—¡Positivo, positivo! —suelta—. Mirad la forma del cefalotórax y del hilador. Araña embudo de manual.

Cavendish levanta la mirada en cuanto me ve entrar.

—Alteza, menudo contratiempo con el intruso de ocho patas.

—Eso parece. ¿De verdad es tan peligrosa?

—Una de las más letales de Australia —confirma Cavendish—. Y según las investigaciones del oficial Malcolm, no son nada comunes en esta zona.

Esa información me deja atónito.

—Perdón, ¿cómo es eso?

Malcolm me enseña un mapa con zonas pintadas de rojo en la *tablet* y comenta:

—He clasificado todas las especies venenosas a quinientos kilómetros a la redonda de cada una de las paradas de la gira.

El mapa es una prueba contundente de que Australia es una broma macabra de la naturaleza titulada *Coloquemos todo aquello que sea mortífero en una sola isla y comprobemos si los humanos son tan imbéciles como para vivir allí*.

Spoiler: ¡lo son!

—Las arañas embudo son originarias del este del país, señor. Se encuentran en New South Wales y en algunas zonas de Queensland. Pero no en Alice Springs ni en el Territorio Norte —continúa Malcolm.

—Entonces, ¿esta amiga está de vacaciones igual que yo? —intento bromear.

Nadie ríe.

—Creemos que la araña no llegó al baño por accidente —sugiere Cavendish con cautela.

La conclusión se asienta en mi estómago como una piedra.

—¿Creéis que alguien la colocó de forma deliberada?

—No podemos descartar la posibilidad. —Los ojos de O'Connell se encuentran con los míos y percibo la tensión en su mandíbula.

—Bueno —digo, tratando de fingir indiferencia, sin lograrlo—, supongo que debemos apreciar la creatividad. Menudos titulares más originales se escribirían si me asesinara una araña.

—Esto no es broma. —Su voz rezuma tensión.

—No, supongo que no. —Me desplomo sobre la silla más cercana—. ¿Quién se tomaría semejantes molestias?

—Es lo que intentaremos determinar —contesta Cavendish—. Estamos inspeccionando la *suite* y hablaremos con el personal del hotel que tiene acceso.

—Mientras tanto, lo trasladaremos a otra habitación. De inmediato —añade O'Connell.

Asiento, demasiado agotado para discutir o quitarle hierro al asunto. Tan solo de pensar que alguien colocó una araña letal adrede se me ponen los pelos de punta. Incluso más que si la propia criatura me caminara por el cuerpo.

Mientras el equipo se mueve con afán a mi alrededor preparándose para la mudanza, mis ojos dan con los de O'Connell, al otro lado de la *suite*.

¿Hay algo en su mirada que va más allá de una preocupación profesional? ¿O soy yo proyectando mis propios deseos?

A mi corazón parece no preocuparle cuál de las dos opciones es la correcta, porque decide empezar a galopar desbocado de todos modos.

Alguien quiere verme muerto, de eso no hay dudas. Y uno de los hombres encargados de velar por mi seguridad cada día me distrae más por razones que no quiero contemplar.

Esto es un puto desastre.

Capítulo Catorce

Eoin

Calor. Ojos aristocráticos desafiante. El aroma de perfume caro mezclado con sudor.

Nicholas me empuja contra la pared con una fuerza sorprendente. Sus labios se curvan formando esa mueca burlona que tanto me exaspera, pero, por una vez, no siento la necesidad de fruncir el ceño.

Siento la necesidad de degustarla.

—Oficial O’Connell —ronronea, y su voz destila sarcasmo—, ¿todavía se empeña en mantener la distancia profesional?

Lo agarro de la cintura. Hay una voz en mi cabeza lanzándome advertencias, pero me limito a escuchar los fuertes latidos de mi pulso.

—No veo que haya mucha distancia que digamos en este momento —gruño.

—¿Eso ha sido un chiste? —Arquea una ceja—. ¿El parco oficial de seguridad sabe hacer chistes? Alertad a la prensa. Esto es digno de un comunicado real.

—Cállate, Nicholas —le digo al tiempo que lo acerco más a mí.

—Oblígame. —Sus ojos centellean, desafiante—. Es una orden real.

Nunca he sido de los que trabaja siguiendo órdenes. Sin embargo, esta la obedezco. Cubro esa boca de listillo con la mía.

No es un beso tierno. Hay frustración acumulada y deseo reprimido. Seguro que la formación noble no lo ha preparado para esta ansia en estado puro, sin filtros.

—Lo sabía —murmura contra mis labios—. Bajo toda esa capa de miraditas criticonas en realidad era esto lo que estabas deseando.

Debería negarlo. Mantener al menos la apariencia de ser un profesional. Pero sus dedos ya han encontrado mis botones y no sé de qué serviría mentir.

—Me has estado volviendo loco —confieso al tiempo que lo voy llevando hacia la cama—. Adrede.

Ríe, ríe de verdad.

—Por supuesto que ha sido adrede. ¿Creías que todas esas provocaciones eran producto del hastío de un príncipe? Hace semanas que intento doblegarte.

Cuando sus piernas topan con la cama, no se deja caer como esperaba, sino que, de alguna manera, revierte nuestras posiciones y acabo sentado en el borde de esta, levantando la vista hacia él.

Lleva su elegante camisa a medio desabrochar, lo que me permite apreciar la masa muscular que hay debajo. Acaricio ambos costados y noto que se estremece a pesar de su postura indolente.

—Está perdiendo todo su autocontrol, Alteza —susurro contra su garganta.

—Igual que usted, oficial O'Connell. —Sus dedos se enredan en mi pelo aferrándolo con más fuerza de la necesaria—. Tengo una pregunta. ¿Sueñas con placarme haciendo a un lado todos los protocolos de seguridad?

No existe una respuesta adecuada para esa pregunta, por lo que decido demostrárselo. En un solo movimiento maniobro para aprisionarlo contra la cama, debajo de mí. Sus ojos se agrandan; luego, se oscurecen.

—Me lo tomaré como un sí —dice, con la respiración entrecortada, pero con una sonrisa.

Mi boca vuelve a cubrir la suya interrumpiendo cualquier réplica ingeniosa que estuviese a punto de soltar, y Nicholas me rodea la

cintura con las piernas para atraerme más a él.

—¿Los irlandeses son todos tan mandones —gime en cuanto cogemos aire— o solo tú?

—¿Los miembros de la realeza son todos tan bocazas —contraataco— o solo tú?

Sonríe.

—Te vas a quedar con la intriga.

El mundo se reduce a esto: su respiración agitada, el latido de su pulso bajo mis labios, el toma y daca verbal que, de alguna manera, hemos convertido en «preliminares». Cuando echa la cabeza hacia atrás deja expuesta la elegante línea de su cuello, y...

Me despierto sobresaltado y enredado en unas sábanas bañadas en sudor; me cuesta respirar.

—Joder —murmuro en la oscuridad de mi habitación de hotel—. Joder, joder, joder.

El reloj digital en la mesita de noche marca las tres y doce minutos de la madrugada en tono rojo acusador.

Deslizo la mano por mi cara en un intento por calmarme, por olvidar el sueño que aún siento muy dentro de mí.

Esto es todo lo que no necesito. Que me traicione el subconsciente recreando imágenes de Nicholas, del príncipe Nicholas, y en una situación en la que, si alguien se enterara, no solo me despedirían, sino que hasta me terminarían deportando.

Solo Dios sabe por qué mi subconsciente ha decidido recrear una novela romántica de amores prohibidos.

Me deshago de las sábanas y me dirijo hacia el baño a paso lento para echarme un poco de agua fría en la cara. El hombre que me mira desde el espejo parece alterado, y tiene ojeras alrededor de los ojos.

Es normal que sueñe con él. Es decir, paso cada minuto de mi vida centrado en él, intentando mantenerlo a salvo y descubrir las amenazas ocultas que se ciernen sobre él.

Es normal que mi subconsciente piense en el príncipe.

De eso se trata. La proximidad. La intensidad del trabajo. Nada más.

Me apoyo contra la pila mientras las gotas se deslizan por mi mentón.

¿A quién intento convencer?

No puedo dejar de reproducir en mi mente el incidente de la araña. El pánico en sus ojos al verme entrar. Lo absurdo de encontrármelo en el borde de la bañera aferrado a una toalla. La forma en que una gota solitaria descendió por su pecho sirviéndose de los huecos entre músculo y músculo.

El momento en que fui consciente de que el peligro era real. Una araña embudo a más de mil quinientos kilómetros de su hábitat natural. De pronto, uno de los arácnidos más letales del mundo aparece en el baño de un príncipe.

Alguien tuvo que colocarla allí. Alguien que tenía acceso. Alguien cercano.

Me seco la cara con una toalla y regreso a la habitación. Pero ya no puedo conciliar el sueño, así que me dedico a pasear arriba y abajo.

Lo que esto implica es evidente. El causante no puede ser un manifestante casual o alguien que opera en solitario y que se infiltró en el hotel. Los protocolos de seguridad son muy estrictos. Y el acceso a las habitaciones está restringido.

Tuvo que haber sido alguien de dentro: un trabajador del hotel a quien se le aprobó la entrada o, incluso peor, un miembro de nuestro equipo. Una de las personas con quien trabajo codo con codo, que conoce nuestros movimientos, que puede penetrar nuestras defensas porque ha ayudado a crearlas.

Se me hiela la sangre ante la posibilidad.

Si el traidor forma parte del equipo de seguridad, Nicholas corre peligro en todo momento.

La persona que debería recibir un balazo por él es la misma que planea asesinarlo.

Necesito identificar al enemigo antes de que dé el próximo golpe.

Me paso la mano por el pelo y me obligo a pensar con frialdad. Singh, con su facilidad para los idiomas y para adaptarse. Davis, con su actitud servicial y la forma en que mira al príncipe, encandilado. Malcolm y su meticuloso análisis estadístico. Blake y su inteligencia

callejera. MacLeod y su manera de afrontar todo con practicidad. Incluso Cavendish, con sus años de experiencia y su incuestionable autoridad.

Cualquiera de ellos podría estar trabajando a largo plazo. Como lo estuvo Paul Hargrove antes del secuestro de Matheson y Webley.

Joder. He lidiado con casos peores. Me he infiltrado en redes de tráfico de drogas y desmantelado otras tantas de contrabando. He pasado meses de incógnito con gente que, de haber averiguado mi identidad, me hubiera matado al instante.

Este es un trabajo más. Uno donde nos jugamos mucho, desde luego, pero donde se aplican los mismos principios.

Observar; analizar; descubrir la verdad.

Que mi cuerpo reaccione ante un Nicholas semidesnudo no tiene relevancia. Que sus pullas sarcásticas a veces me inciten a sonreír a pesar de mí mismo no es importante. Que en ocasiones me quede observándolo cuando debería estar buscando posibles amenazas, ese sí es un problema que debo solventar de inmediato.

Soy un profesional. Siempre he sido capaz de compartimentar, de mantener lo personal al margen de mi trabajo.

Esta misión debería ser igual.

Me recuesto en la cama y contemplo el techo. Mañana, o más bien hoy, asistiremos al evento de los villancicos navideños en la plaza principal. Habrá cientos de civiles, una multitud de puntos de acceso y poco control sobre el entorno. En las mejores circunstancias, una pesadilla para el equipo de seguridad.

En las peores, un parque de atracciones para asesinos.

Necesito dormir. Necesito estar centrado, mentalmente ágil. Cierro los ojos y me obligo a respirar con lentitud, a relajar cada uno de mis músculos.

Y ni una sola vez me vienen a la cabeza unos ojos azules o la sensación de un hombre desnudo bajo mi mano.

Soy todo un profesional.

Puedo gestionarlo.



Ocho horas después, escaneo la multitud del evento de Navidad por enésima vez en veinte minutos.

Blake, en la esquina noreste, casi no aparta la mano del arma que lleva oculta. Singh parece que se pasea tranquilamente por el extremo occidental, pero está atento a todo. Malcolm permanece pegado a su *tablet* al lado de la cabina de sonido. Puede que calculando la probabilidad de que algún canguro saltarín arruine el espectáculo.

Davis me mira desde el escenario y levanta el pulgar como si estuviésemos en un puto partido de fútbol. Este chico es demasiado inexperto para ser un corrupto o puede que esta sea la actuación de su vida.

La voz de Cavendish me llega desde el auricular:

—Entrada en el escenario en dos minutos. Todas las unidades confirmen posición.

Cada miembro del equipo se reporta siguiendo un orden. Todas sus voces suenan tal como se espera.

En cuanto Nicholas se asoma, la muchedumbre enloquece. Lleva una camisa celeste que hace que sus ojos, de un azul imposible, resalten aún más bajo las luces del escenario. Saluda a la multitud mientras esboza su sonrisa aristocrática.

Antes de que Nicholas tome la palabra, el alcalde local se vanagloria del honor que supone contar con la presencia de un miembro de la realeza.

—Muchas gracias, Alice Springs, por esta calurosa bienvenida —dice—. Sobre todo, calurosa, permitidme que os lo diga. Creo que nunca en mi vida he celebrado la Navidad a cuarenta grados.

La gente ríe a carcajadas.

—Según me han dicho, la tradición manda que los invitados participen en los villancicos —continúa—, y, aunque de costumbre me acogería a la inmunidad diplomática para evitar cantar en público, no tengo corazón para decepcionar a toda esta maravillosa

gente que ha venido aquí esta noche. Solo espero que vuestro espíritu navideño sepa perdonar mis problemas de entonación.

Como es habitual, ya se ha ganado a la gente. Lo noto en los rostros de quienes me rodean.

La orquesta toca los acordes de *Los tres reyes de Oriente* y Nicholas comienza a entonar la canción.

Me cago en la leche. ¡Pero si sabe cantar!

No solo acompañar, sino cantar de verdad. Tiene una voz de tenor clara y potente. La multitud se queda en silencio, observándolo con auténtica sorpresa, incluidos varios de los miembros del equipo de seguridad.

«Oh, estrella de sublime ardor,
de noble y divino resplandor.
Hacia Oriente tus destellos
nos guiarán con tu fulgor».

Me fuerzo a apartar la mirada del hombre en el escenario para escanear el perímetro, es decir, para hacer el trabajo por el que me pagan.

Pero el escenario me llama. Es como si estuviese siguiendo mi propia maldita estrella de Belén, excepto que, en vez de guiarme hacia la salvación, me guía hacia el suicidio profesional.

Tampoco formarán parte de ninguna escritura sagrada los pensamientos impuros que me rondan.

El villancico acaba y el público estalla en aplausos entusiastas. Nicholas les dedica una pequeña reverencia.

En cuanto se mueve hacia la escalera del escenario, me posiciono a los pies de esta, con los cinco sentidos en alerta. Al descender, sus ojos se encuentran con los míos y un ligero rubor tinte sus mejillas.

—No tenía ni idea de que sabía cantar —comento en voz baja, sintiendo un aleteo extraño en el pecho.

—Me enseñó mi padre.

—¿De verdad?

—Sí. Le encantaba la música. Decía que cantar era lo más cercano a la magia para los humanos.

Su confesión me pilla por sorpresa.

—El mío decía que cantar es lo que uno hace después de doce pintas y de haber ganado una apuesta en el hipódromo. Diferentes tipos de magia, supongo.

Sus labios se curvan.

—Imagino que el resultado era igual de encantador.

—Depende de cómo se entienda esa palabra. En el caso de mi padre, no quedó ni un gato en todo el vecindario.

—Y yo que creía que Irlanda era conocida por su tradición musical.

—Irlanda, sí. Pero mi padre tenía prohibido participar de esas tradiciones.

Ahora Nicholas exhibe una sonrisa de las de verdad.

—Ya sé con qué amenazarte cuanto te portes mal: con hacer dúos a la fuerza.

Su sonrisa me deja con una ligera sensación de mareo.

Antes de que se me ocurra una respuesta, la radio en mi cadera produce un chirrido que da paso a la voz apremiante de Singh.

—Movimiento sospechoso al noreste; chaqueta negra, gorra de béisbol, se aproxima a la zona del escenario con un paquete.

Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente haya procesado la advertencia. Agarro a Nicholas del brazo y lo llevo hacia la guarida más cercana, una fila de baños portátiles a un lado del escenario.

—¿Qué...? —comienza, pero lo interrumpo.

—Posible amenaza. Hay que ponerse a resguardo.

No opone resistencia mientras lo guío hacia la unidad más cercana, abro la puerta de un tirón y lo empujo para meterme detrás de él.

Una vez dentro, el pestillo de plástico de la puerta se cierra con un ruido extraño.

El espacio que nos rodea es minúsculo. Apenas si cabe una persona, mucho menos un príncipe y su guardaespaldas. El pecho de Nicholas se halla a milímetros del mío en la tenue luz azulina.

—El nivel de los alojamientos en esta gira va de mal en peor —susurra. Siento su cálido aliento contra mi oreja.

Ignoro su comentario y presiono el micrófono de mi muñeca para reportarme:

—El Cardo está a salvo en posición Juliet. Informe de la situación.

—Objetivo interceptado —responde Cavendish—. El paquete contenía una sustancia desconocida. La brigada de explosivos está en camino. Mantenga la posición hasta nuevo aviso.

—Recibido —contesto con el corazón aún a mil.

Nicholas se mueve ligeramente, lo que provoca que nuestros cuerpos se peguen aún más. Las paredes de plástico crujen de forma alarmante.

—Cuando dije que quería conocer la Australia profunda no me refería exactamente a esto.

Ay, Jesús y la Virgen.

Por algún motivo, lejos de estar asustado, se lo ve prácticamente... eufórico ante la situación. Sus ojos tienen ese brillo indómito que he visto con anterioridad en los adictos a la adrenalina y a las emociones fuertes. Esto me recuerda su comportamiento con la raya.

Este espacio tan reducido no me permite ignorar la perfección de su rostro. Esa boca, tan propensa al sarcasmo, a esta distancia se me hace más suave. Nunca me había fijado en esa pequita bajo el ojo derecho, casi invisible a no ser que se mire así de cerca.

Me toca permanecer aquí, sujetándolo entre mis brazos, mi cuerpo presionando contra el suyo, en un espacio minúsculo donde noto su respiración irregular.

De pronto, el sueño regresa a mi mente y evoco cada detalle: sus labios sobre mi cuello, el roce de sus dientes, el desafío en su voz al susurrar mi nombre. Su cuerpo arqueándose bajo el mío. Su sabor en mi boca, caro y adictivo.

Joder, joder, joder.

Mi polla traidora comienza a afirmarse. Su muslo roza contra el mío en cuanto se mueve y, ¡Jesús!, esto no puede estar pasando.

Nicholas no parece darse cuenta. Gracias al Señor por este pequeño favor. El muy tonto está intentando espiar por unas rendijas de la puerta. Y no tiene mejor idea que retorcerse como un contorsionista y apoyar una mano en la pared detrás de mi cabeza para acercarse un poco más a las rendijas.

—¿Crees que habrán atrapado al sospechoso? —murmura.

—No lo sé —alcanzo a decir con un gruñido.

Se mueve una vez más para conseguir un mejor ángulo de visión. Sus caderas se restriegan contra mi cuerpo. La fricción me está matando. Aunque las paredes de plástico continúan quejándose de nuestros movimientos, el ruido no es suficiente para disimular que me he quedado sin aliento.

Soy testigo del momento exacto en que nota mi polla dura.

Se queda paralizado y, luego, se gira de pronto y me mira a la cara con los ojos desorbitados y la boca entreabierta.

Por unos segundos nos quedamos observándonos el uno al otro.

Al poco, eleva el mentón lentamente. El príncipe *playboy* se esfuma para dar paso a alguien muy diferente, alguien con ojos de depredador, y a mí se me seca la boca.

Joder, hay pasión en su mirada.

No es repugnancia.

Ni diversión.

Es pasión.

Tan fuerte me martillea el corazón que cualquier transeúnte lo podría escuchar.

Seguimos con la mirada clavada el uno en el otro. Ya no hay frialdad ni burla en sus ojos azules. Ahora, esa inteligencia calculadora parece analizarme desde otra perspectiva.

—Eoin. —Susurra mi nombre como si fuese un secreto que oculta dentro de sí.

Hago acopio de todo el profesionalismo desapasionado del que soy capaz.

—Alteza Real...

No son las palabras adecuadas.

Porque noto el instante en que su expresión se transforma para volver a colocar en su lugar la máscara de sarcasmo.

—Pido disculpas... —continúo.

—Tampoco nos pongamos tan rígidos —interrumpe, y enseguida sonrío—. Quizás no he elegido las palabras adecuadas.

—¿Podemos centrarnos en la amenaza? —Mi voz es áspera.

—En estos momentos me está costando un mundo centrarme en otra cosa —responde al tiempo que baja la mirada—. Me halaga tu... entusiasmo por el deber. Nunca hubiera pensado que este sitio podría instigar pensamientos de índole amoroso, pero ¿quién soy yo para cuestionar las rarezas del equipo de seguridad? Puede que en el círculo de los guardaespaldas los baños portátiles sean afrodisíacos.

Me cago en la leche. Nada de lo que me ha tocado padecer en misiones anteriores puede compararse con esta agonía.

Cada pequeño movimiento crea otro punto de contacto entre ambos.

—No sabía que los agentes de seguridad eran tan dedicados. Pero ya veo que no esquivan el... bulto.

Mi auricular hace un ruidito, por lo que me salvo de tener que contestar.

—Vía libre —anuncia Cavendish—. Falsa alarma. El paquete contenía material de promoción. El sujeto es parte del personal, pero tenía la acreditación equivocada. Podemos continuar con el programa previsto.

Siento alivio y humillación a partes iguales.

—Ya tenemos el visto bueno para salir, señor —informo con rigidez.

Nicholas me mira durante varios segundos y una emoción que no logro descifrar atraviesa su rostro.

—Qué lástima —dice, bajito—. Justo cuando esto se ponía interesante.

Paso una mano por detrás de él para abrir el pestillo al tiempo que intento como un desesperado dejar espacio entre ambos. Fallo de manera estrepitosa cuando mi brazo roza contra su pecho y provoca una descarga en mi saturado sistema nervioso.

Al abrir la puerta, Nicholas se inclina y, con sus labios casi rozando mi oído, dice:

—No te preocupes, O'Connell. Tu secreto está a salvo conmigo.

Luego da un paso hacia el exterior y de inmediato su porte aristocrático vuelve a hacerse presente, como si nada excepcional hubiera sucedido. Como si no acabásemos de estar cuerpo con

cuerpo durante cinco minutos dentro de una caja de plástico. Como si no hubiera sentido lo que provoca en mí.

Espléndido. El segundo en la línea de sucesión al trono ha prometido no delatar mis inoportunas erecciones. Un gran aporte a mi evaluación de rendimiento: «El oficial O'Connell actúa con una rapidez encomiable ante las amenazas; si bien sufre ligeras dificultades para actuar de forma profesional en baños portátiles».

Lo sigo, no sin antes volver a colocarme la máscara profesional a pesar de mi caos interno.

Un pensamiento se hace fuerte en mi mente y destierra a todos los demás.

Estoy jodido, no, lo siguiente.

Capítulo Quince

Nicholas

El amanecer en Uluru me deja la sensación de ver al mundo despertar por primera vez. El silencio nos envuelve. Incluso desde esta plataforma a un kilómetro de distancia se vislumbra el monolito de arenisca que absorbe los primeros rayos de luz, con esos tonos carmesí y ocre que brillan cada vez con más intensidad a medida que pasan los minutos.

He visto incontables amaneceres alrededor del mundo. En un yate en Mónaco con una copa de champán, a través de ojos vidriosos en las discotecas de las playas de Ibiza, desde el balcón de un palacio. Pero esto es diferente.

Ancestral.

No puedo evitar mirar de reojo a O'Connell para ver su reacción.

Pero su rostro parece haberse tallado en la misma piedra antigua que estamos observando: mandíbula apretada, ojos que escanean el horizonte en vez de disfrutar de la experiencia. El sol naciente se refleja en su cabello caoba dándole un tono cobrizo, y siento la inexplicable necesidad de tocarlo.

Cuando nuestras miradas se cruzan, desvía la suya tan rápido que resulta cómico.

Así estamos desde ayer.

No me ha vuelto a mirar a los ojos desde el incidente del baño portátil. Al menos no como yo quisiera. Cada vez que nuestros ojos entran en contacto, los suyos me rehúyen como agua al papel vegetal.

Solo ha pasado medio día desde que sentí la inconfundible prueba de su atracción ejerciendo presión contra mi cuerpo en aquel espacio reducido. Medio día fingiendo que aquí no ha pasado nada mientras, por desgracia, yo me obsesiono más y más con el recuerdo. Medio día en el que mi mente repite lo sucedido como si fuese una especie de peli porno de la realeza titulada *Espacios apretados: el príncipe y el guardián*.

¿Por qué siento tanta euforia ante la idea de que me desee?

Hay muchos hombres y mujeres que me encuentran atractivo. Por lo general el entusiasmo es pasajero, una reacción previsible ante un título nobiliario y los encantos que haya decidido desplegar ese día. Que a la gente le atraiga lo que represento, la fantasía del «príncipe», es tan habitual como el champán en las recepciones de palacio.

Entonces, ¿por qué el hecho de que este hombre en concreto se sienta atraído por mí me importa tanto?

Nuestro pequeño grupo se halla en un semicírculo de cara a la piedra, siempre respetando el límite establecido por el tío Darren Minyintiri, un anciano perteneciente a los anangus que oficia la ceremonia del amanecer. Su rostro lleva la impronta de miles de historias. Al hablar sobre la conexión con la tierra, su voz resuena con una profundidad que hasta mi cinismo aristocrático no puede evitar conmoverse.

—Estas tierras recuerdan a todos los que han caminado sobre ella —dice señalando a Uluru.

Recuerdo este dato del vídeo que vi en el avión: en Australia ya había seres humanos desde hace al menos sesenta mil años. Eso deja a la monarquía al nivel de las típicas visitas de fin de semana que han decidido importunar al anfitrión prolongando su estancia.

Tras mi conversación con Callum y Oliver, he seguido investigando acerca de la historia del colonialismo. Aquello fue como

leer la antología de crímenes reales más espantosa del planeta donde tu familia es el villano en cada uno de los capítulos.

Teniendo en cuenta lo que mis antepasados le hicieron a la gente de los pueblos originarios de Australia, que me hayan invitado se me hace un acto de increíble generosidad.

Intento concentrarme en la ceremonia tradicional del humo en la que el tío Darren quema hojas de té de árboles del desierto y tronco de *mulga* para limpiar el alma. A continuación, cuenta una historia *tjukurpa* sobre la aurora en *pitjantjatjara* y en inglés. Pero no puedo evitar llevar la vista a Eoin, que escucha con atención, su cuerpo rígido y su perfil más marcado de lo habitual contra la alborada.

Me gustaría saltar esa barrera de profesionalidad que interpone entre nosotros. Quisiera agrietar su fachada hasta llegar al hombre que reaccionó de forma visceral ante mi cercanía.

Lo que he podido vislumbrar de su verdadero yo, la forma en que ha respondido con consideración cuando le he pedido su opinión, hace que quiera más. Soy como un niño que acaba de probar el chocolate por primera vez y que de repente cae en la cuenta de que existe un mundo de cosas dulces del que le habían privado.

En cuanto acaba la parte formal de la ceremonia y el grupo comienza a moverse, miro a O'Connell. El frío gris de sus ojos no transmite nada, pero lo veo contraer el músculo de la mandíbula, la señal que estaba buscando.

No le soy tan indiferente como quiere hacer creer.

—Alteza Real, espero que la ceremonia le haya parecido significativa —dice Nala, una de las representantes de la Agrupación por las Tierras, tras acercarse con una sonrisa en el rostro.

—Me ha parecido extraordinaria —contesto—. Aquí la conexión entre la gente y la tierra es tan... tangible, nunca había experimentado algo igual.

Nala da más detalles sobre la posesión de la tierra a nivel histórico. La escucho con interés mientras soy plenamente consciente de que O'Connell ha cambiado de posición para tener mejor vista panorámica.

El sol se va elevando en el horizonte y, junto con él, la temperatura. Para cuando nos dirigimos a los vehículos, mis sienes

se han perlado de sudor.

Desacelero el paso adrede hasta quedar rezagado del grupo principal, por lo que a O'Connell no le queda otra alternativa que acercarse.

—Una ceremonia fascinante, ¿verdad? —pregunto.

—Sí, señor. —Mantiene la vista fija hacia delante.

—Sesenta mil años de cultura ininterrumpida. A su lado, nuestra monarquía de apenas mil años está en pañales.

—Supongo, señor.

¡Joder! Parece que ha regresado el equivalente humano a la señal «No traspasar».

—Venga, O'Connell. Hasta tú debes de tener alguna opinión sobre ciertas perspectivas históricas. ¿O las opiniones no vienen dentro del paquete estándar de oficiales de seguridad?

Tensa la mandíbula.

—Mi trabajo es velar por su seguridad, no hacer comentarios sobre la longevidad de las instituciones culturales.

Mi irritación llega a su máximo nivel.

—Y desempeñas tu trabajo con una dedicación... admirable. —Rozo adrede su brazo con mi hombro mientras caminamos—. Dime, ¿en el manual de los oficiales de seguridad hay algún capítulo sobre cómo mantener la profesionalidad cuando el cuerpo pide otra cosa? Puede que necesites darle un repaso.

Se detiene en seco y se gira para quedar cara a cara. Sus ojos grises entran en contacto con los míos por primera vez en todo el día.

—No sé a qué viene esta fijación con una reacción física momentánea. —Su tono es parco—. Le recomiendo no darle tantas vueltas.

Su displicencia es un balde de agua fría.

Mantengo la sonrisa.

Por supuesto. ¿Qué esperaba? ¿Que el impasible oficial O'Connell reconociera que fue algo más que una respuesta biológica? ¿Que confesara que, en la cama por las noches, piensa en mí de la misma manera que yo pienso en él?

—Una reacción física momentánea —repito con una voz que derrocha condescendencia—. Me deja más tranquilo que haya sido un fallo del sistema biológico, y no que tu cuerpo te haya traicionado por algún motivo más significativo. Voy a dejar constancia en el informe de rendimiento: «El oficial O’Connell se desempeña a las mil maravillas a la hora de placar aristócratas, pero lo de controlar reacciones fisiológicas básicas lo lleva bastante peor».

Me fulmina con la mirada una última vez, y trago con dificultad ante la repentina opresión que siento en la garganta. Luego, acelera el ritmo para caminar por delante de mí.

Joder. No ha ido como yo esperaba.

Así que para el oficial O’Connell solo fue una reacción física.

Acepto el desafío. No pararé hasta que este irlandés exasperante deje de negar lo que su cuerpo clama a gritos.

Ya veremos cuánto resiste su querido autocontrol bajo mis constantes atenciones.

Esto requiere del coqueteo de toda la vida.

Por suerte, coquetear se me da de maravilla.



Por la tarde, durante el descanso del oficial O’Connell, asisto a un *bush tucker*, un taller culinario de comida aborigen que imparten mujeres *mutijula*. Hago alarde de mis talentos para moler *wattleseed*, las semillas que produce la acacia australiana, y para cocinar cola de canguro a las brasas. O’Connell vuelve a su puesto de trabajo por la noche, para la gala de la exhibición Campo de Luces.

El aire del desierto se vuelve frío en cuanto baja el sol, pero la temperatura en el pabellón de la gala es agradable, y en el ambiente flotan el runrún de las conversaciones y el ocasional sonido del choque de las copas. La estructura con los laterales abiertos me permite disfrutar del espectáculo de luces que se extiende como un océano resplandeciente. Es una exhibición maravillosa, con miles de

luces brillantes en forma de esfera que van cambiando de violeta profundo a carmesí, y luego a azul cerúleo con el cielo estrellado de telón de fondo.

Me he vestido con precisión estratégica para el evento de esta noche, con una chaqueta color azul de medianoche perfectamente entallada, y la seda de la pajarita del tono de mis ojos. Mi peinado descuidado sugiere que podría dejarme persuadir para abandonar los protocolos.

El ministro de Turismo de Australia suelta una perorata sobre los cambios demográficos del turismo pospandémico en el Territorio Norte. Mientras, me dedico a asentir cuando toca y a desviar la mirada hacia O'Connell, quien destaca del resto de guardaespaldas por tener aspecto de estar completamente en alerta y completamente aburrido al mismo tiempo.

—¿No le parece, Alteza? —La pregunta del ministro me devuelve a la conversación presente.

—Por supuesto —respondo sin que se note mi falta de atención—. No puedo estar más de acuerdo.

Cuando por fin el ministro decide conversar con otro dignatario, cojo una copa de champán de un camarero que pasa por mi lado. En cuanto me la llevo a los labios, pillo a O'Connell observándome.

Le sostengo la mirada adrede, y luego le doy un sorbo antes de pasarme la lengua por el labio inferior con parsimonia, como queriendo atrapar una gota solitaria. Sus ojos se agrandan un poco, pero enseguida endurece la expresión y se gira de forma abrupta para tocar su auricular y hacer como que ha recibido un mensaje urgente.

No puedo evitar sonreír para mis adentros.

El chef que preparó la comida nos presenta la gastronomía aborigen de Australia con fervor pero con diplomacia. Nos sirven un lomo de *wallaby* en su punto acompañado de piñones tostados de *bunya*, la araucaria australiana, que producen un sonido crocante al masticarlos. Mi atención se divide entre saborear la cena y vigilar de soslayo los movimientos de O'Connell.

El ministro se inclina hacia mí y dice:

—Espero que tenga la oportunidad de pasear por la exhibición de luces, Alteza. Vista de cerca es espectacular.

—Eso mismo estaba pensando —respondo al tiempo que apoyo el tenedor de postre—. De hecho, creo que aprovecharé a hacer la visita ahora antes de que se haga tarde.

Me levanto de la mesa tras disculparme con los invitados. Luego, me encamino hacia la salida del pabellón con la certeza de que O'Connell me seguirá.

Me detengo un momento en el umbral fingiendo interés en las vistas iluminadas mientras me preparo para lo inevitable.

No tengo que esperar mucho.

—Lo acompaño, Alteza Real. —Escucho su voz justo detrás de mí, con esa inflexión irlandesa más pronunciada que de costumbre.

El corazón me late fuerte.

Me giro para ofrecerle una sonrisa calculada, a medio camino entre la inocencia y la insinuación.

—Fabuloso. Estaba deseando que alguien me... protegiera.

Entrecierra los ojos ligeramente.

—Solo hago mi trabajo, señor.

—Y además con una determinación increíble. —Dejo que mis ojos bajen por su cuerpo con toda obviedad y vuelvo a subirlos—. La atención al detalle es... encomiable.

Un músculo de su mandíbula se mueve con violencia.

—El camino es por aquí —indica.

Lo sigo hacia la entrada de la exhibición. En cuanto llegamos al sendero, el mundo se transforma. Las luces crean la ilusión de estar dentro de un cuadro impresionista, con sus trazos difuminados y tonalidades vibrantes. El ruido de la gala se acalla para ser reemplazado por el suave soplo del viento del desierto.

—Es precioso, ¿verdad? —comento—. Parece que caminemos en un cuadro viviente.

Contesta con un sonido impreciso.

—Apreciar los alrededores es parte de tu trabajo. —Gesticulo señalando la extensión de terreno—. Dime qué ves.

O'Connell duda un momento, pero, para mí sorpresa, responde.

—Veo una visibilidad reducida, una multitud de vectores de acercamiento, vías de escape deficientes y al menos diecisiete sitios donde cualquiera podría esconderse y tener una línea de visión despejada.

Río, francamente divertido.

—Menuda visión paranoico-encantadora. Y yo que pensaba que solo eran luces bonitas.

La comisura de su boca registra un movimiento. No llega a ser una sonrisa, pero se aproxima lo suficiente como para cantar una pequeña victoria.

—Para eso están los oficiales de seguridad, señor.

—Así es. —Me acerco a él—. Y vaya trabajazo tan exhaustivo que realizan.

Las luces cambian de azul a violeta, y las sombras que se reflejan en su rostro hacen que sus ojos parezcan más oscuros. Se pone rígido en cuanto nota que me acerco.

—¿He mencionado lo mucho que aprecio tu entrega, O’Connell?

—Bajo la voz a un tono más íntimo—. La manera en que expones tu... físico para cumplir con tus tareas.

Su respiración cambia. La transformación es tan sutil que, de no estar siguiendo de cerca sus reacciones, no me hubiera percatado.

—Solo hago mi trabajo, señor.

—Tu trabajo conlleva un esfuerzo físico descomunal. —Me llevo la mano a la pajarita medio suelta para reajustarla y mis dedos se detienen en mi garganta—. Todos esos placajes y movimientos inmovilizadores... Deben de requerir una resistencia... considerable.

Baja la vista un instante a la zona de mi garganta que ha quedado expuesta antes de subirla con rapidez hasta mis ojos.

Su entrecejo se arruga un poco más.

—Nos entrenan para ello, señor.

Dios bendito, nunca en la vida la palabra «señor» ha sonado más desdeñosa que en este momento, pronunciada con acento irlandés.

El sendero se va estrechando a medida que avanzamos, lo que nos obliga a caminar más cerca el uno del otro. A cada paso, mi hombro roza su brazo. El contacto es ligero pero deliberado, y cada vez que sucede, noto que su tensión aumenta.

—Dime, ¿es difícil mantener ese control tan férreo en todo momento? ¿No te gustaría de vez en cuando... dejarte llevar?

No responde de inmediato. Cuando lo hace, su voz denota cierta tirantez, lo que me produce un cosquilleo electrizante.

—En mi profesión el control es necesario.

—Puede que sea necesario —concedo—, pero debe de ser agotador. Siempre vigilante, siempre conteniéndote, sin permitirte liberar... tensiones.

Hemos llegado a una zona donde las luces forman círculos concéntricos para crear la ilusión de estar caminando en un remolino de colores. Es un efecto que desorienta, casi hipnótico.

Aprovecho para acercarme aún más.

—¿Sabes qué sucede con el control? —Esta vez es apenas un susurro—. Que cuando por fin lo cedes no hay nada más gratificante.

Me mira fijamente a los ojos y de ellos emana un fuego que me deja sin aliento. Detrás de esos iris grisáceos acaba de desatarse una guerra.

—Señor —dice, dos sílabas cargadas de advertencia.

—¿Sí, oficial O'Connell? —pregunto, inocente, ladeando la cabeza—. ¿Te gustaría aportar algo?

Respira profundo.

—Deberíamos continuar. Si se detiene, se convierte en un objetivo fácil.

—Por supuesto. —Le hago un gesto para que guíe—. Aunque, todo sea dicho, ser tu objetivo tiene su encanto.

Da un traspié, lo que tomo como otra pequeña victoria.

Pero enseguida un chispazo de irritación le atraviesa el rostro.

—Esto es indecente —dice.

—No lo dudes —coincido, animado—. Como la mayoría de los placeres de esta vida.

El sendero se bifurca y, por supuesto, tomo el camino más angosto que se desvía de la ruta principal.

—Esa zona no forma parte del perímetro de seguridad —advierte O'Connell con tono severo.

Me doy la vuelta para mirarlo.

—Entonces, más te vale no perderme de vista.

Sin esperar a que me responda, doy unos cuantos pasos por el camino estrecho. En esta zona las luces están más pegadas las unas a las otras. El ruido de la gala se ha esfumado por completo dando paso al rumor de nuestras pisadas sobre el suelo arenoso.

O'Connell me persigue de inmediato, dando zancadas para llegar hasta mí. En cuanto me alcanza, me agarra del brazo para detenerme.

—No puede desviarse del perímetro de seguridad solo porque le da la gana. —Hay rabia contenida en su voz.

Una sensación placentera y sosegada se asienta en mi estómago. La calidez de sus dedos traspasa la tela de mi chaqueta, y la presión que ejercen está a nada de ser incómoda. En vez de apartarme, me muevo para quedar de frente.

—Y mira por dónde, aquí estamos. Solos y por un camino alternativo.

Cierra los dedos un poco más sobre mi brazo antes de soltarme y dar un paso hacia atrás.

—Tenemos que volver al sendero principal.

—¿Por qué? ¿Te preocupa lo que podría suceder si no regresamos? —Me aproximo para volver a cerrar la distancia que acaba de crear.

Las luces a nuestro alrededor nos van bañando alternativamente con tonos carmesí, violeta y azul. Cada tonalidad revela un nuevo matiz en su expresión. Veo frustración, deseo y algo más profundo que me hace subir las pulsaciones.

—¿Qué cojones estás haciendo? —dice con un rugido gutural, habiendo abandonado cualquier atisbo de profesionalidad.

—¿A qué te refieres? —Intento que el triunfo que siento no se aprecie en mi voz, pero estoy seguro de que fracaso estrepitosamente.

Su rostro se endurece y la rabia toma la delantera en la guerra de emociones que atraviesan sus ojos.

—¿Esto es un juego para ti? —protesta—. Porque para mí no lo es. Intento mantenerte con vida.

La intensidad en su voz me pilla por sorpresa. Algo incómodo, demasiado cercano a una emoción real para mi gusto, me recorre el pecho.

—Pues estás haciendo un trabajo espectacular —digo, reponiéndome con rapidez—. Nunca me he sentido más vivo que en este momento.

—¿Ves? A eso me refiero. A ese coqueteo descarado al que me has sometido durante toda la tarde. —Se pasa la mano por el pelo y deja escapar un suspiro de frustración antes de continuar—. ¿Qué quieres que te diga? Sí, mi cuerpo reaccionó porque soy un hombre al que le gustan los hombres, y no soy de piedra. Es normal que si alguien atractivo se restriega contra mi cuerpo por un determinado periodo de tiempo haya una reacción, pero eso no te da derecho a jugar conmigo. No todos podemos darnos el lujo de hacer de nuestras vidas un juego eterno sin consecuencias.

Siento los latidos de mi corazón repicar en mis sienes y una oleada de calor me recorre el cuerpo ante la aspereza de su voz.

Esto no está yendo como se suponía. Su frustración debía de hacer que me sintiera victorioso y, sin embargo, lo único que ha hecho es remover una emoción real e inesperada en mi pecho.

—¿Qué te hace pensar que el coqueteo es un juego para mí? —contraataco—. ¿Cómo sabes que no me lo tomo en serio?

Joder.

En cuanto suelto esas palabras, me doy cuenta de la verdad que se esconde tras ellas.

Lo deseo. Deseo a este irlandés hosco. Y no quiero que él sienta lo mismo por una cuestión de ego. Que me desee con la misma intensidad que yo lo deseo a él es una necesidad.

El oficial O'Connell hace una breve pausa. Por su rostro se pasean una miríada de emociones, hasta que gana el reproche.

—No creo que ni a ti, con lo privilegiado que eres, se te pudiera pasar por la cabeza que entre nosotros pudiese haber algo.

Sus palabras me sacuden.

—Intento ser profesional —continúa— y hacer mi trabajo. Te agradecería que pusieras de tu parte.

Es la forma en que lo suelta, con resignación bajo toda esa frustración. Como si gracias a mí acabase de confirmar cada una de sus cínicas sospechas sobre la gente con mis orígenes y mi posición.

Soy ese aristócrata que se cree con derechos, tal como él esperaba.

La vergüenza crece dentro de mí.

Me toma cada ápice de adiestramiento noble para no amedrentarme ante la intensidad de su mirada.

Tiene razón, por supuesto. He estado tratando este asunto como un juego. Una forma de paliar el aburrimiento, de satisfacer mi curiosidad por saber si era capaz de atravesar su fachada profesional. Si bien deseo conocerlo más, no me he detenido a considerar a la persona debajo del uniforme cuya carrera y reputación están en juego.

Doy un paso hacia atrás.

Me siento... reprendido.

No es algo a lo que esté acostumbrado.

Trago saliva, con la mirada aún clavada en sus ojos grises.

—Me disculpo si te he incomodado al intentar mantener una conversación —digo—. Creo que tienes razón, deberíamos volver al sendero principal que es más seguro.

Giro sobre mis talones y me alejo. Espalda recta, mentón elevado, emociones bien enterradas, tanto que bien podrían hallarse en otro huso horario.

La exhibición Campo de Luces se extiende a nuestro alrededor como una galaxia de estrellas artificiales, pero me centro en el camino que tengo delante, y me niego a mirar hacia atrás para comprobar si me sigue.

Por supuesto que me sigue.

Es su trabajo.

Agradezco la luz tenue, porque siento las mejillas ruborizadas.

En cuanto volvemos a la recepción, activo el modo «Príncipe Nicholas» con una facilidad pasmosa: sonrisa, apretón de manos, comentario sobre la belleza de Australia, repetir.

Nadie nota nada extraño. ¿Por qué habrían de notarlo? He pasado toda mi vida perfeccionando mis dotes interpretativas.

No vuelvo a mirar a O'Connell.

Pero en el coche, una vez ha acabado la velada, mientras nos alejamos de Uluu, cuyo rostro ancestral se va desvaneciendo bajo la noche estrellada, no puedo quitarme la sensación de que O'Connell traspasó mi fachada aristocrática, que vio algo descarnado e incómodo que yace debajo.

A pesar de tener privilegios y poder, fue él quien salió de ese encuentro con la dignidad intacta. Mientras que yo, el segundo en la línea de sucesión a un trono milenario, intento comprender por qué me duele tanto el rechazo de un plebeyo al que conozco desde hace unas pocas semanas.

Por qué tengo la sensación de haber perdido algo valioso que no sabía que quería hasta que se esfumó.

Capítulo Dieciséis

Eoin

El calor de Darwin es un monstruo diferente, uno que te envuelve como una manta de lana húmeda de la que es imposible zafarse.

Hace tres días que estamos en Darwin, la última parada del *tour* por Australia antes de seguir camino hacia Nueva Zelanda.

Esta etapa de la gira ha estado repleta de eventos.

Nicholas participó en la ceremonia de apertura de un nuevo refugio anticiclones. Durante la demostración del sistema de alerta de emergencias, acabaron activándose por accidente las alarmas de todos los coches del estacionamiento.

En la inauguración de un programa en pos de la reproducción del pez *barramundi*, se metió en unas piscinas de lodo con botas de pescador tres tallas más grandes que la suya. Cada vez que chapoteaba, el ruido era tal que los niños del colegio se partían de risa. Bautizó un pez con el nombre de Gerald y, mientras daba un solemne discurso sobre la contribución de Gerald al futuro de la acuicultura australiana, el pez salió escopetado para esconderse debajo de una roca.

También fue partícipe de una nueva iniciativa para limpiar las playas y hasta demostró la forma correcta de utilizar los palos esos con pinza para recoger basura.

Y en cada uno de esos eventos, no me ha mirado a los ojos ni una sola vez.

Después de lo sucedido en Uluṛu, es decir, después de decirle a un miembro de la realeza que me dejara en paz, esperaba tener que enfrentarme a las consecuencias: comentarios mordaces, más antagonismo, ojos azules inquietantes intentando analizar cada uno de mis defectos con precisión quirúrgica.

Sin embargo..., nada. Se ha mostrado educado, sin excepción. Profesional. Distante.

Joder, es perturbador.

Esperaba que contraatacara con más ahínco, que encontrara la forma de ponerme en mi sitio.

En vez de eso, lo único que ha hecho es evitarme con tanta cortesía que hasta da la sensación de que lo hubieran reemplazado con un doble.

Y si bien todo lo que le dije iba muy en serio, algo se remueve en mi interior más allá del alivio.

Algo que me corroe, un extraño vacío allí donde deberían ir a parar sus bromas.

Me he acostumbrado a ser el blanco de sus pullas. Sin ese rifirrafe tan familiar es como si de repente me pusiera a dar golpes al aire.

Por si fuera poco, en los últimos días he vislumbrado pequeños gestos significativos en Nicholas, lo que aumenta mi confusión.

Por ejemplo, esa vez que hizo de juez en una carrera de coches solares y a uno de los equipos se le murió el coche a mitad de carrera. En vez de ir hacia los ganadores, se recorrió toda la pista para darles un apretón de manos a los pobres adolescentes destrozados, y los ayudó a empujar el vehículo para que atravesara la meta.

Ayer, en el hospital de veteranos, cuando ya no había cámaras, entabló conversación con un excombatiente en silla de ruedas que había llegado demasiado tarde para los saludos oficiales. El señor divagó sobre Vietnam y contó las mismas historias una y otra vez, repitiendo los detalles de la lluvia, el barro y los melocotones en lata. Nicholas se quedó sentado junto a él bajo el calor sofocante, y

escuchó por tercera vez la historia de la batalla de Long Tan asintiendo como si fuese la primera.

Y no olvidemos lo del colegio. Después de que la prensa hiciera fotos y se fuera, Nicholas se dejó arrastrar durante media hora por un niño llamado Jarra que le presentó a cada puto pollo en el jardín: «Te presento a Bertha. Es una diva. Este es Kevin, un poco tontito, pero sin malas intenciones».

Lo vi agacharse en la tierra con su ropa elegante y debatir sobre los pollos con un niño de diez años con la seriedad que merece la cumbre de las Naciones Unidas.

Todos estos acontecimientos muestran un mismo patrón imposible de seguir ignorando, algo que ya sospechaba al verlo interactuar con el koala en Sídney y con Archie en Alice Springs.

En el fondo, Nicholas tiene buen corazón.

Y por algún motivo, oculta esa parte de sí mismo recubriéndola de arrogancia, encanto ensayado y comentarios mordaces, como si le avergonzara. Solo sale a la superficie cuando se permite bajar la guardia; en esos momentos, la luz se cuela por las grietas de su fachada.

Es otra de sus capas, otro lado de este hombre. Es como una figura geométrica con tantas aristas que es imposible contarlas.

Y sigo sin comprender por qué me importa tanto.

Hoy nos hallamos en un centro cultural abarrotado de gente que alza el cuello para ver al príncipe experimentar la cultura de los pueblos originarios.

William, un larrakia de cierta edad, se sube a una plataforma elevada y abraza un didyeridú como si fuera una pluma a pesar de su considerable longitud. Los dibujos pintados sobre el instrumento parecen cambiar bajo la luz de la tarde, con el ocre y el blanco contando un sinfín de historias.

Las cámaras no se encienden hasta que William acaba la Bienvenida al País, una ceremonia irrenunciable para los anfitriones larrakia a la que, por increíble que parezca, palacio dio el visto bueno.

Me posiciono lo bastante cerca de Nicholas como para intervenir de ser necesario. Todos mis instintos se centran en buscar

amenazas, identificar riesgos y mantener la seguridad.

Excepto cuando mis ojos vuelven a él, una y otra vez.

Lleva una camisa verde remangada hasta el codo, y sus antebrazos se ven más definidos de lo que cabría esperar para quien no ha hecho labores manuales en su vida.

Joder, ya estamos de nuevo.

Catalogar de forma obsesiva cada gesto, cada expresión, cada movimiento se está convirtiendo en un problema. Uno demasiado serio. Debería vigilar a la multitud, no percibir la forma en que los rayos de sol resaltan el azul de sus ojos o cómo se riza ligeramente su pelo oscuro en la nuca a causa de la humedad.

Me obligo a apartar la mirada y concentrarme en hacer un barrido del perímetro. Ayer recibimos el informe forense de la araña embudo. Hay pruebas irrefutables de que el vídeo de seguridad fue alterado. Se han insertado unos tres minutos que deben de coincidir con el momento en que aprovecharon para entrar en la *suite* a colocar la araña.

Lo que significa que está implicado alguien que tiene acceso a nuestro sistema de seguridad. Alguien de nuestro equipo.

La sospecha me sienta como veneno en el estómago. Son gente con la que llevo semanas trabajando. Les han confiado la vida de Nicholas.

¡Y otra vez! En mi cabeza debería ser «el príncipe» o «su alteza», no Nicholas.

Ese desliz mental es una señal de advertencia que no puedo darme el lujo de ignorar.

Los primeros acordes del didyeridú comienzan a llenar el espacio como si fuesen truenos creando una melodía: un sonido bajo que más bien parece salir de las profundidades de la tierra antes que del propio instrumento, y que me recorre los huesos.

Mis ojos traidores no pueden evitar regresar a Nicholas para ver su reacción.

En cuanto el sonido lo envuelve, sus labios se entreabren y sus ojos de un azul imposible aumentan de tamaño. La luz dorada de la tarde se refleja en su pelo y, por un momento, se asemeja menos a un príncipe y más a alguien que acaba de descubrir la magia.

Sus ojos se encuentran con los míos por accidente. Se apresura a apartar la mirada.

Joder. Me paso la mano por el pelo.

William da por finalizada la demostración con una última nota que se queda flotando en el aire como el humo.

El silencio se prolonga unos segundos antes de que estallen los aplausos. William los recibe con orgullo comedido y luego sus ojos buscan a Nicholas.

—Alteza Real, ¿nos honraría con unas notas? Le aseguro que los ancestros son muy benevolentes con los novatos.

—Es todo un placer —responde Nicholas con diplomacia—. Aunque permitidme una advertencia: la última vez que toqué un instrumento de viento fue la flauta en Primaria y en cuanto me escucharon me pidieron que me dedicara a hacer mímica. Recuerdo vagamente algo sobre perros aullando a cinco kilómetros a la redonda.

La gente ríe con su respuesta ingeniosa. Y a mí también me remueve algo por dentro.

Algo a lo que intento no ponerle nombre con todas mis fuerzas.

—Cuando abrimos este centro se apuntaron veinte niños. El trimestre que viene serán cincuenta, así que no desaprovecho ninguna oportunidad de que las visitas se ganen sus cinco segundos de fama —dice William con un deje pícaro en sus ojos.

—No dudo de que mi talento para la música se haga viral —contesta Nicholas tras acercarse a William y sentarse a su lado con elegancia.

—El aire que le infundimos es circular. —William hace una demostración y sus mejillas se hinchán ligeramente—. No se detiene, como el tiempo mismo. Así —acomoda el didyeridú—, labios flojos, dejamos que el aire vaya saliendo.

Nicholas escucha con atención e imita los movimientos con su boca.

Su primer intento no genera ningún sonido.

—Hay que sentir la vibración —lo anima William, ajustando el agarre—. Cuando aprendemos a escucharlo, el didyeridú nos enseña cómo tocarlo.

Su segundo intento produce un sonido corto, áspero, al menos es una nota musical. Nicholas arquea las cejas en un gesto de auténtica sorpresa. Por un segundo, su cara se ilumina de placer. Luego, como si recordarse quién lo observa, muda la expresión a una más acorde con los medios de comunicación.

—Una vez más —dice William—. No se lo piense tanto. Coja más aire.

El tercer intento casi suena a música, se escuchan unas notas temblorosas que parecen ir bien encaminadas. Cuando acaba, Nicholas se echa hacia atrás riendo. Pero es la risa que usa de cara al público, la que invita a todos a reír con él.

—Creo que las relaciones diplomáticas acaban de retroceder unas cuantas décadas por mi culpa —dice al tiempo que devuelve el instrumento con ambas manos, una muestra de respeto de la que le habrán informado con anterioridad.

La gente se queda maravillada. Es otro de esos momentos perfectos del príncipe Nicholas. Agradece a William con las palabras adecuadas que habrá memorizado del documento, y los fotógrafos toman instantáneas de este instante de conexión intercultural.

Ofrece a todos su sonrisa ensayada, la que no llega a sus ojos.

Estoy hasta los cojones de verlo actuar.

Esta revelación me golpea con una fuerza inesperada. Estoy harto de su máscara, de sus encantos calculados. Me había saber que detrás de todo ese adiestramiento aristocrático hay una persona auténtica que solo emerge en muy contadas ocasiones, cuando baja la guardia.

William se pone de pie, se dirige hacia una mesa con varios didyeridús y escoge uno con un dibujo de cocodrilos con intensos tonos de rojos y dorados.

—Para usted. —Se lo entrega a Nicholas—. Para que pueda practicar. Como dice mi tía, «la perseverancia todo lo alcanza».

—Es un gesto muy generoso. Para mí es todo un honor — responde Nicholas.

La multitud aplaude. Más fotos. Nicholas sujeta el instrumento como si dedicara su vida a manipular objetos de valor. Bueno, supongo que en parte así es.

Aunque no suelen ser regalos, sino más bien objetos que sus antepasados robaron de otros países.



Es el turno de noche y estoy apostado en la puerta de la *suite* de Nicholas. En el centro de operaciones de la primera planta, Malcolm supervisa los canales de seguridad. Lo imagino recitando estadísticas sobre posibles fallos nocturnos del sistema como si fuese una especie de mantra protectora.

Hay silencio en el pasillo excepto por el zumbido del aire acondicionado que batalla contra la humedad de Darwin.

Suele ser un turno tranquilo porque Nicholas duerme arropado en la seguridad de su cama. Aprovecho el tiempo para catalogar los posibles comportamientos sospechosos que he notado entre mis compañeros. Tras volver a rebuscar en las habitaciones de cada uno de ellos en este nuevo hotel, lo más perturbador que he encontrado ha sido que a la botella de aceite para masajes de Singh solo le queda un cuarto. He rastreado los datos de sus dispositivos digitales y he vigilado su lenguaje corporal cuando nos daban actualizaciones sobre el incidente de la araña, por si veía alguna pista.

Solo ha habido unas pocas conductas ligeramente sospechosas que tendré que investigar más a fondo.

Por ejemplo, Malcolm le hizo fotos a las puertas de entrada de cada uno de los eventos a los que asistimos esta semana, no solo a las principales, sino también a las de servicio que no hemos usado. Cuando se lo pregunté, me soltó una perorata de quince minutos sobre «documentación de protocolos» que sonaba un poco ensayada.

Y hace dos noches pillé a MacLeod en el centro de negocios del hotel a las tres de la mañana. Estaba en una videoconferencia con su sobrino por su cumpleaños y, al comprobarlo, era verdad, pero no me dejó del todo tranquilo.

Al dirigirme hacia la *suite* de Nicholas para cumplir con mi turno de trabajo, me crucé con Singh en el pasillo. Si bien me saludó como de costumbre, noté cierta rigidez en su postura. No fue hasta el momento en que relevé a Blake que caí en la cuenta de que la habitación de Singh se halla en una planta diferente. Sé que durante su tiempo libre puede hacer lo quiera, pero resulta un poco sospechoso.

Justo cuando estoy clasificando mentalmente la información que tengo del oficial Singh, lo escucho.

Es un sonido extraño, una mezcla entre ballena moribunda y el ruido de la sirena de un barco.

Llevo la mano al arma un segundo antes de que mi cerebro procese lo que sucede. No es una amenaza. Es...

Otro estrépito. ¡Jesús, María y José! El príncipe Nicholas intenta tocar el instrumento que le han regalado.

Debería permanecer en mi sitio. No es de mi incumbencia que el príncipe haya decidido contribuir a la contaminación acústica a las dos de la madrugada.

Pero tras el tercer intento, uno que suena a elefante estreñido, mis pies me llevan hasta su puerta. Llamo.

—¿Alteza Real?

El ruido se detiene. Tras una pausa, oigo su voz:

—Adelante.

Joder. ¿Estoy haciendo esto por los motivos correctos? ¿De verdad la seguridad del príncipe se ve amenazada por unos ruidos de alce moribundo o es que estoy buscando una excusa para verlo?

Demasiado tarde.

Abro la puerta y me lo encuentro sentado en el sofá con las piernas cruzadas y el didyeridú sobre su regazo. Viste un pantalón de pijama de seda azul marino con la cinturilla ajustada a la altura de las caderas, y una camiseta blanca que se le ha subido ligeramente, lo que deja al descubierto una franja de piel pálida. Su pelo, siempre perfecto, ahora apunta en todas direcciones, como si se lo hubiera despeinado con la mano varias veces, y hay rubor en sus mejillas.

¡Jesús!

Al verlo con ese aspecto vulnerable y desaliñado que pide caricias a gritos, se me seca la boca.

Nicholas levanta la vista y me mira con una expresión a caballo entre desafiante y cohibida.

—Buenas noches, oficial O’Connell. ¿Te preocupaba que sufriera un empalamiento?

He de tragar saliva con fuerza antes de poder responder.

—Bueno, sí. Aunque lo que más me preocupa es la cantidad de papeleo que algo así generaría.

Suelta una carcajada, una de esas auténticas que siempre me pillan por sorpresa. ¡Cómo me jode la forma en que mi cuerpo reacciona ante su risa!

—Imagínate morir por un instrumento primigenio. La prensa amarilla se lo pasaría en grande.

—«Un didyeridú asesina al príncipe» suena bastante peculiar —digo al adentrarme en la habitación a pesar de que todos mis instintos profesionales me gritan que retroceda—. Aunque preferiría evitar explicaciones sobre cómo dejé al príncipe morir por su propia incompetencia musical.

¿Qué cojones estoy haciendo?

—Qué cruel, O’Connell. —Pero sonrío y se recuesta contra los almohadones del sofá—. Ahora ya sabemos por qué el puesto de concertista de didyeridú real ha permanecido vacante durante todos estos siglos.

—No lo tengo tan claro. Esa interpretación de ballena en apuros que nos has ofrecido indica un gran talento artístico.

Se endereza y entorna los ojos fingiendo haberse ofendido.

—Pues que sepas que las ballenas son criaturas de una inteligencia excepcional y tienen patrones de comunicación muy complejos.

—En todo caso, Greenpeace ya debe de haber puesto en marcha una misión de rescate.

—¿Para rescatarme a mí o a las ballenas?

—A ambos. Sálvese quien pueda.

Nicholas parpadea.

—¿Perdón? ¿Qué quieres decir?

—El mal ya está hecho. No tiene solución. Como tampoco la tiene tu relación con los instrumentos musicales, por lo que veo.

Ríe por la nariz, pero luego sus dedos se posan de nuevo sobre el didyeridú y comienzan a trazar los dibujos sobre la madera con una inesperada devoción.

Su expresión pasa del humor a la reflexión.

—Ha sido un gesto noble, ¿verdad? Me dan regalos a pesar de lo que mis antepasados hicieron con los suyos: invadir su país, robar a sus niños, destrozar sitios sagrados. Y aquí están, pacientes, enseñándome a tocar su música.

Jesús. Cuando se quita la máscara y deja salir sus verdaderos pensamientos, siento algo en el pecho que prefiero no analizar.

Ver a Nicholas confundido, auténtico, en pijama de seda, sentado sobre el sofá, apesadumbrado ante el peso de la historia, es más de lo que puedo soportar.

—Quizás de eso se trata —digo sin pensar—. Ellos son los que eligen qué compartir. Eso de por sí ya tiene su propia fuerza.

Nicholas me observa con sus ojos azules bien abiertos. El ambiente entre nosotros se vuelve denso, se carga. Pero enseguida aparece la mueca burlona que usa como coraza.

—Míralo, le ha salido la vena filosófica. ¿Aprendes teoría poscolonial en la escuela de guardaespaldas o es sabiduría adquirida entre placajes a príncipes inocentes y críticas a su estilo de vida?

El cambio abrupto del Nicholas genuino al intérprete me deja aturdido. En un momento dado lo ves reflexionando y luchando contra el sentimiento de culpa colonial, y al siguiente vuelve a ser el príncipe gilipollas que empuña el sarcasmo como si fuese una puta espada.

Y aun así, prefiero esto, sus palabras cortantes y su mordacidad defensiva, a la cortesía sofocante a la que me ha estado sometiendo desde Uluṛu.

Por fin comprendo por qué me molestaba tanto que me hubiera ignorado estos últimos días. Al parecer, hay una parte de mí a la que le gusta ser su centro de atención, que se tome la molestia de dedicarme su agudo ingenio como si el esfuerzo por exasperarme valiera la pena.

Jesús. ¿Qué dice de mí que prefiera ser objeto de sus pullas verbales a que me trate como un miembro más de su equipo?

Mientras yo divago, él ha vuelto a dirigir su atención al instrumento.

—William dijo que había que soltar aire todo el tiempo —comenta tras llevárselo a los labios—. Por la nariz mientras la boca...

El sonido que genera es similar al de secar una armónica debajo del agua. De hecho, retrocedo, espantado.

—Me cago en la leche.

—Prueba tú —me desafía—, ya que eres un experto.

—Yo nunca he dicho...

—¿Eres un gallina, O'Connell?

Mierda. No debo morder el anzuelo. Lo que tengo que hacer esirme de aquí. Sin embargo, acabo de cuclillas al lado del sofá.

Una pésima idea.

Porque ahora estamos cerca. Hasta puedo ver cómo se dilatan sus pupilas. El corazón empieza a hacerme cosas raras en el pecho.

—Enséñame, a ver —dice bajando la voz.

Deberíairme. Debería recordar que estoy trabajando. Que es un príncipe y mi función es protegerlo, no percibir la manera en que se mueve su nuez cuando traga.

—Esto...

Su mano roza la mía cuando la mueve para sujetar con más firmeza el didyeridú. El contacto me quema como un rayo.

Me echo hacia atrás y me pongo de pie con brusquedad.

—Seguro que lo sacas. Intenta no pensarlo demasiado.

—Pensar demasiado. —Alza la vista, pero soy incapaz de descifrar su expresión—. Sí, ese es mi problema sin duda.

El momento entre él y yo se prolonga. Luego, su ensayada sonrisa aristocrática vuelve a hacer su aparición.

—No te entretengo más. Ya puedes regresar a la importantísima tarea de vigilar la puerta de entrada —dice exudando fingido entusiasmo—. A estas horas de la noche el pasillo debe de ser un sitio fascinante.

Y ahí está. El permiso para retirarme. El recordatorio de cuáles son nuestras posiciones.

—Bien —devuelvo con la mandíbula apretada—. Intenta no invocar a ningún espíritu maligno con esa cosa.

—Si eso sucede, ya te lo dejo a ti para que me protejas con tu personalidad dicharachera.

—No soy yo quien necesita trabajar en su personalidad.

—No, solo en tu deferencia.

Esa palabra es un balde de agua fría. Volvemos a un terreno familiar. Él es el príncipe arrogante y yo un subordinado.

Seguridad. Distancia.

—Estaré fuera —respondo, apático—. Trata de no provocar un incidente internacional desde tu sala de estar.

—¿Y en dónde estaría la gracia? —Vuelve a levantar el instrumento—. Quizás me dedique a perfeccionar la técnica para darte una serenata desde aquí.

—Como te atrevas, no cuentes conmigo para que te salve de la próxima araña.

Cierro la puerta con las manos algo temblorosas mientras él me observa, perplejo.

Joder.

¿Pero qué cojones estoy haciendo?

Capítulo Diecisiete

Eoin

Esta mañana me encuentro en el perímetro oeste de un recinto ceremonial, en la base naval Royal Darwin. Siento el sudor empapándome por debajo de la chaqueta mientras el príncipe Nicholas se pasea por el cuartel general naval del territorio norte de Australia. El calor hace que el ambiente se torne pesado y hasta cuesta respirar.

Pero a Nicholas, con su traje de lino ligero y su inquebrantable sonrisa permanente, parece no afectarle, lo que resulta irritante.

La noche anterior no deja de reproducirse en mi mente. Su aspecto delicado, con el pelo revuelto, sus dedos acariciando el dibujo de puntos como si ocultasen secretos que necesita saber y comprender. El sonido de su risa genuina; la forma en que se le dilataron las pupilas; el roce de nuestras manos.

—Un despliegue de poderío militar impresionante, ¿verdad, oficial O’Connell? —Su voz interrumpe mis pensamientos. El corazón me late un poco más fuerte—. Con tanta seguridad tu trabajo es un poco innecesario, ¿no?

—La seguridad nunca es suficiente, señor —respondo—. Sobre todo cuando el objetivo se empeña en meterse en problemas.

El comandante de la Armada, al lado de Nicholas, nos observa algo alarmado, pero los ojos de Nicholas se entrecierran y noto un

brillo en sus profundidades. Es ese azul de otro planeta que los fotógrafos nunca logran captar del todo.

—Soy afortunado de tenerte para que me salves de mí mismo. Aunque, todo hay que decirlo, tu definición de «problemas» me parece demasiado amplia. Anoche incluía instrumentos primigenios. ¿Hoy, qué? ¿Un apretón de manos demasiado entusiasta con algún almirante? —Su sonrisa se vuelve más mordaz.

Le sostengo la mirada; me niego a ser el primero en apartarla.

—Conozco de primera mano los tipos de «problemas» a los que me refiero.

Sus ojos se agrandan y su compostura comienza a flaquear.

Antes de que pueda responder, se nos acerca una oficial de la Armada, sujetapapeles en mano.

—Su discurso comienza en cinco minutos, Alteza —dice, ajena a la tensión entre nosotros o esforzándose por ignorarla.

—Gracias, teniente. —Nicholas me envía una última mirada cargada de intención antes de seguir a la teniente hacia el podio.

Me posiciono al lado del escenario mientras Nicholas sube los peldaños.

Blake, en el perímetro este, muestra un lenguaje corporal relajado, pero sus ojos están en continuo movimiento. Singh se ha colocado en la plataforma elevada cerca de la cabina de sonido. Contar con visibilidad despejada le permite ver por encima de las cabezas de los dignatarios sentados. Entre tanto, Davis merodea alrededor del equipo de prensa.

El discurso comienza con las habituales frases manidas: aprecio por la contribución militar de Australia y reconocimiento de la importancia estratégica del puerto de Darwin. Luego, una de sus típicas bromas autodespectivas, en este caso sobre las tradiciones de la marina real, que ocasiona risas de admiración entre la gente.

Ha activado el modo «príncipe que interpreta su papel a la perfección» y lo ejecuta de forma magistral. Realmente es muy bueno en su trabajo.

Si tan solo mis sospechas no fueran ciertas... Pero estoy casi seguro de que desempeñar este papel le cuesta la vida misma.

Escaneo la multitud de forma metódica, dividiéndola por sectores, catalogando caras y lenguaje corporal. Los oficiales de la Armada congregados el día de hoy esperan atentos y respetuosos. Los del Gobierno hacen piña mientras disfrutan de estar cerca de la realeza. Como era de esperar, los civiles observan embelesados.

No veo nada fuera de lugar hasta que mis ojos se posan sobre un hombre un poco más alejado del grupo de oficiales. Su uniforme naval en principio no tiene nada de especial, pero noto algo extraño en su postura. Demasiado rígida, demasiado alerta. Todos los presentes miran a Nicholas con mayor o menor curiosidad menos este tío, que desvía la vista a cada rato hacia las posiciones de seguridad.

Un sudor frío me recorre la espalda.

Hablo por el micrófono colocado debajo del traje.

—Sujeto sospechoso, cuadrante noroeste, oficial de la Armada con franjas de teniente. A unos cuarenta metros del escenario.

La respuesta de Blake no se hace esperar.

—Confirmación visual. Voy a interceptar.

Sigo los movimientos de Blake de reojo, quien realiza un circuito que la va acercando al sospechoso sin alertarlo. Es buena. No hay nada en su lenguaje corporal que sugiera algo más allá de un ligero interés por la ceremonia.

Un movimiento en el lado opuesto capta mi atención. Una mujer vestida de civil se separa del grupo principal. Lleva la mano a su bolso con deliberada parsimonia, de una forma que no es la habitual de quien rebusca para encontrar algo.

Se me acelera el pulso. Dos posibles amenazas en sitios diametralmente opuestos. Una maniobra de pinza de manual.

—Otro posible sujeto sospechoso, cuadrante noreste —murmuro en el intercomunicador—. Civil, vestido verde, mano en el bolso.

Nicholas continúa con su discurso, ajeno a la posible amenaza que se cierne sobre él a ambos lados del público. Ahora habla sobre la colaboración ininterrumpida entre la marina británica y la australiana, y su voz resuena por la explanada militar con total claridad.

—Atentas todas las unidades —dice Cavendish, tenso—. Presencia potencial de más de un enemigo. Preparaos para posible orden de extracción.

Cambio el peso del cuerpo, cada uno de mis músculos se tensan, preparándose. Cada una de mis terminaciones nerviosas se agudizan, veo el mundo con total claridad a la par que calculo la distancia hasta Nicholas y planeo la vía más rápida para ponerlo a salvo.

Dirijo la mirada hacia el primer sospechoso justo a tiempo para verlo sacar algo de su chaqueta. No es un arma, es más pequeño. Mi cerebro procesa la forma del objeto, la manera en que lo sujeta.

Una lata. Gas o humo para sembrar el caos.

El corazón se me acelera.

El hombre levanta la lata por encima de su cabeza con un movimiento fluido. Lo que sea que está a punto de suceder va a suceder en este momento.

Llevo una mano al arma mientras me lanzo hacia delante.

Demasiado tarde.

Ya ha accionado la lata y el humo comienza a salir en oleadas de nubes densas.

La multitud sale disparada, chillando, tras activarse el instinto de manada. Los cuerpos chocan, se empujan, trastabillan. En escasos segundos, el orden de los congregados se transforma en caos.

En ese instante, la mujer de verde extrae un objeto cilíndrico de su bolso. Incluso desde esta distancia, su forma es perfectamente identificable.

Una granada de aturdimiento.

—¡Corre! —digo con un rugido, desenfundando el arma mientras salgo disparado en dirección a Nicholas.

Lo veo ponerse en marcha. Abandona su discurso a mitad de la oración y baja del podio de un salto. Por un instante, pienso que va a seguir el protocolo, que va a correr hacia mí o hacia otro miembro del equipo de seguridad.

Pero no.

En lugar de eso, se encamina hacia un grupo de colegiales que esperaban en primera fila la oportunidad de hacerse una foto con él.

Se han quedado todos paralizados, demasiado pequeños para procesar la situación, mientras los adultos van de un lado a otro, aterrados. El humo se desplaza en esa dirección.

Se me constriñe el pecho de tal manera que no puedo respirar. Nicholas se acaba de interponer entre los niños y el peligro para guiarlos hasta la entrada del edificio más cercano.

Lo que lo deja completamente expuesto. Un blanco fácil.

—¡Agáchate! —bramo en cuanto un estruendo retumba por la explanada. La granada de aturdimiento acaba de explotar.

El estallido es casi un golpe físico. Enseguida, los oídos comienzan a pitarme y me ciega una luz blanca. Me abro paso como puedo, confiando en la memoria muscular y el entrenamiento recibido.

A través del humo, vislumbro a Nicholas dirigiendo a los niños. Los guía para que entren al edificio y se pongan a resguardo mientras él continúa expuesto.

¡El muy imbécil! Valiente, temerario, un puto imbécil.

—¡Varios atacantes, un punto de convergencia! —grito al intercomunicador sin quitarle la vista a Nicholas—. Entrada del edificio noreste. Se necesitan refuerzos de inmediato.

El humo se ha hecho más denso y la visibilidad es de unos diez metros. Otra granada de aturdimiento denota por algún sitio a mi izquierda, cerca de la ubicación de Nicholas. Las ondas de sonido y presión se superponen, lo que me desorienta. Su propósito es el de confundir e incapacitar.

Nicholas ha metido al último niño dentro y está a punto de seguirlo cuando emergen dos figuras de entre la humareda.

Ambos visten el uniforme de la Armada, se mueven con decisión, en sintonía, y le hacen una encerrona al príncipe desde diferentes ángulos.

Nicholas reacciona más rápido de lo que hubiera imaginado: esquivo al primer atacante dando un paso al lado.

Pero el segundo agresor se apresura a agarrarlo del brazo e intenta conducirlo hacia un sitio donde, ahora que me percato, espera un vehículo al final de la explanada.

Motor en marcha. Puertas abiertas.

Joder.

No me lo pienso. Disparo al aire, por encima de sus cabezas adrede. La advertencia es lo bastante clara como para que el primer atacante retroceda y se agache. Nicholas utiliza el momento de distracción para asestarle un codazo en plena boca del estómago a su raptor.

El hombre afloja el puño y Nicholas se libera de su agarre.

Pero aparecen más individuos entre el humo, como fantasmas. Tres, quizás cuatro, que convergen en la ubicación de Nicholas. Ya no puede dirigirse hacia la entrada del edificio, han bloqueado esa vía de escape.

—¡Corre en dirección opuesta! —grito al tiempo que yo también cambio de trayectoria con la intención de interceptarlos—. ¡A las tres en punto, muévete!

Gracias a Dios me hace caso. Da un giro y sale disparado hacia la derecha, a una especie de caseta de mantenimiento.

Detengo al agresor más cercano con un placaje que llenaría de orgullo a mi entrenador de fútbol gaélico. Caemos al suelo con violencia y el impacto me sacude hasta el último hueso.

Bajo su falso uniforme, el hombre es puro músculo, pero la ira y la desesperación juegan a mi favor. Tras un golpe certero en la sien, yace inerte debajo de mí.

Me pongo en pie de inmediato y hago un barrido de la escena. Blake tiene inmovilizada a la mujer de las granadas con una rodilla en su espalda. Singh, cerca del podio, se ha enfrascado en un combate cuerpo a cuerpo con otro de los agresores.

El humo comienza a despejarse, no obstante, el caos continúa: los civiles siguen corriendo, las fuerzas de seguridad se movilizan y las sirenas suenan en la distancia.

Lo único que me interesa es Nicholas.

Está a punto de llegar a la caseta de mantenimiento cuando el primer atacante, aquel al que esquivó, se recupera lo suficiente como para lanzarse tras él. Veinte metros. Demasiado lejos para que pueda bloquearlo.

Vuelvo a disparar, esta vez apuntando hacia abajo. La bala de nueve milímetros le da en el muslo y retorciéndose de dolor, cae de

bruces al suelo mientras se agarra la pierna. Si bien la herida no es mortal, me he asegurado de que no pueda perseguir a nadie.

Nicholas ni siquiera mira hacia atrás, sigue corriendo en dirección a la caseta. Menos mal.

Pero el alivio me dura un suspiro.

Porque en cuanto está a punto de coger el picaporte, aparece un quinto agresor por detrás de unas cajas de suministros. Debe de haber estado apostado allí, esperando órdenes.

Ve el brillo de un metal en su mano.

No es un arma. Es algo peor.

Una jeringa que sujeta a modo de navaja, lista para clavársela a Nicholas en el cuello.

El tiempo se ralentiza y cada segundo se estira hasta el infinito. Quince metros. Demasiado lejos. Tengo mi arma, pero Nicholas está justo en la línea de fuego. Como yerre el tiro por un milímetro...

—¡Agáchate! —Es un grito en carne viva, desesperado.

Nicholas se gira al escuchar mi voz. Ve la amenaza. Procesa la situación.

Y toma una decisión que me hiela la sangre.

En vez de tirarse al suelo o esquivar, da un paso hacia el atacante y se mete entre sus brazos, como si estuviera abrazando a un amante.

Me quedo sin respiración.

¡Nicholas no!

¡Él no!

Este pensamiento no deja de darme vueltas en la cabeza mientras observo todo con impotencia, a quince metros de distancia, con un arma inútil en la mano.

Nicholas arremete contra el hombre con un cabezazo.

El golpe produce un ruido que llega a mis oídos a pesar del caos que nos rodea.

El atacante se tambalea hacia atrás, la sangre brota a chorros de su nariz, y la jeringa cae al suelo sin haber cumplido con su cometido.

Llego hasta su ubicación en unas zancadas. Cojo por el cuello al agresor aturdido y le asesto un puñetazo en la sien con la suficiente

fuerza para que caiga al instante.

Se desploma, inconsciente, antes de dar contra el suelo.

—¡Métete! —digo entre dientes al tiempo que aferro a Nicholas del brazo.

Prácticamente acabo arrojándolo dentro del edificio, lo sigo y cierro la puerta de inmediato.

La cerradura me regala un clic que es música para mis oídos.

Hago una rápida evaluación táctica de nuestro refugio. Estancia pequeña, de unos cuatro metros por tres, material de limpieza colocado en estantes de metal, escobas y baldes en un rincón. Una sola ventana, alta, estrecha, podemos defenderla, pero no es una vía de escape. No hay más puertas.

Estamos atrapados, pero a salvo.

—Situación —exige Cavendish a través de mi auricular.

—El Cardo está a salvo en una caseta de mantenimiento al este de la explanada militar —informo con la voz agitada tras la adrenalina—. Varios enemigos neutralizados. Se necesita asegurar el perímetro y llevar a cabo extracción de inmediato.

—Entendido. Equipo de camino. Dos minutos. No os mováis.

Cuando me doy la vuelta y lo veo..., casi caigo al suelo de rodillas.

Está apoyado contra un estante, con el pecho agitado. Lleva una mancha de sangre en la frente por culpa del cabezazo, no tengo claro si es suya o del atacante. Sin embargo, sus ojos se mantienen alerta. Su pelo, siempre impecable, ahora es una maraña, y el traje de lino se ha desgarrado a la altura del hombro.

Está vivo. Maltrecho, ensangrentado, pero vivo.

El alivio que me recorre el cuerpo pronto se transforma en una ira que me consume por dentro.

—¿Pero qué cojones? —No puedo contener el exabrupto producto de la rabia y el miedo, tan unidos que no soy capaz de separarlos—. ¿Un cabezazo? ¿Intentas que te maten?

Nicholas se endereza, se limpia la sangre de la frente con el dorso de la mano, y la analiza con cierto interés antes de centrar su mirada en mí.

Aun desaliñado y ensangrentado, conserva esos aires aristocráticos que tanto me desquician.

—Funcionó, ¿sí o no? —Su voz es firme, si bien algo entrecortada.

—¡De puro milagro! —Me muevo hacia él, incapaz de contener las emociones que me atraviesan—. ¡Tenía una jeringa, por el amor de Dios! Si no hubieras atacado en el segundo exacto...

—Pero lo hice —interrumpe. Y su expresión vibra de intensidad, salvaje, llena de vida—. Sabía lo que hacía.

—¿En serio? —Ahora estoy casi gritando. La profesionalidad a tomar por culo—. ¿Sabes que tu equipo de seguridad tiene ciertos protocolos? ¿Que yo tenía un tiro limpio si te hubieras agachado como te pedí? ¿Que ir hacia un atacante armado es literalmente todo lo contrario de lo que te han enseñado?

Sus ojos tienen un brillo especial. El azul imposible centellea.

—Dejé que mi instinto...

—¡Por culpa de tus instintos vas a terminar bajo tierra! —El miedo que me atenazó al ver la jeringa, cuando pensé que no podría llegar a él a tiempo, regresa con toda su fuerza. Es un momento que llevaré por siempre guardado en mi memoria: Nicholas al girarse, la violencia de la amenaza y la decisión de enfrentarla. Pienso en lo que podría haber sucedido y me tiemblan las manos.

Ese momento en el que creí que fracasaría en la misión más importante de mi vida.

No porque sea un príncipe. No porque sea parte de mi trabajo.

Sino porque se trata de él.

El corazón me va a mil por hora, la adrenalina que aún corre por mis venas hace que sienta las emociones más vivas, con más intensidad.

Estoy tan cabreado que lo mataría con mis propias manos y les ahorraría el trabajo a los terroristas.

—¡No puedes hacer esas cosas! —Estoy fuera de control—. ¡No puedes ponerte en peligro de esa manera!

Mi campo de visión se reduce, todo se va desvaneciendo hasta que solo puedo verlo a él, de pie, sangrando, con una nota de triunfo en su mirada, un puto imprudente, y guapísimo, y... apenas

puedo respirar. Siento como si alguien me hubiese abierto el pecho con un cuchillo, dejado al descubierto las costillas, y ahora todo estuviese expuesto.

Hago lo único que puedo hacer en este momento. Lo único que podría calmar al monstruo embravecido que llevo dentro y silenciar la voz en mi cabeza que repite una y otra vez esos segundos en los que pensé que lo perdía.

Lo cojo de la camiseta, retuerzo la tela elegante con los puños y lo acerco hacia mí de forma tan abrupta que se tambalea y choca contra mi pecho.

Entonces lo beso.

Capítulo Dieciocho

Nicholas

—¡No puedes hacer esas cosas! —grita Eoin, temblando de ira—. ¡No puedes ponerte en peligro de esa manera!

Y luego me atrae hacia sí, y sus labios se posan sobre los míos, decididos e implacables.

No me está besando. Me está marcando. Es una emoción en carne viva, sin filtros, la que emana de él para adentrarse en mí.

Es el choque del enfado, del miedo y de un deseo tan potente que tengo la sensación de que me han arrojado al mar en plena tormenta después de años de navegar con cautela.

Son dedos que se clavan en mis brazos con la necesidad de poseerme, como si tuviese pánico de soltarme por un instante y que desaparezca.

Pasados unos segundos me recupero de la sorpresa lo suficiente como para devolverle el beso con la misma intensidad, con la misma pasión, con la misma crudeza.

Emite un gruñido bajo en cuanto rozo con los dientes su labio inferior, y me trago el sonido con avidez. Quiero más. Lo quiero todo. Al subir una mano hasta mi cuello para cogerme de la mandíbula, sus caricias se suavizan, pero el beso sigue siendo frenético.

Ese contraste desata algo en mí, y me arqueo en busca de fricción, de calor, necesito más de esto, del fuego que arde y se esparce entre nosotros.

Me ahogo en sensaciones. Su áspera barba incipiente que roza contra mi barbilla, la presión de su cuerpo al acorralarme contra el estante, ese aroma que me invade los sentidos.

Me han besado por mi título, por mi estatus, por la historia que se puede llegar a vender. Pero O'Connell me besa como si quisiera consumirme, como si fuera el agua al final del desierto, como si no existiese nada más que esta habitación. Mueve la mano para enredarla en mi pelo, y tira de él lo suficiente como para que todo mi cuerpo se electrifique, lo que hace que gima contra su boca.

Esto es. Esto es lo que estaba latente en cada toma y daga cargados de sarcasmo. Es como una nueva fuente de energía que acaba de ser descubierta.

El intercomunicador de O'Connell cobra vida, y se escucha la voz de Singh a kilómetros de distancia y terriblemente cerca a la vez.

—Perímetro seguro. Entrada del equipo de extracción en treinta segundos.

O'Connell aparta su boca de la mía con brusquedad y se tambalea hacia atrás, mientras el deseo y el horror desatan una guerra en su rostro.

Con el pecho aún agitado, nos quedamos mirándonos el uno al otro. Parecemos dos boxeadores que han luchado hasta la extenuación y que no acaban de creerse los golpes que han dado.

Aún siento su sabor en mi boca.

Fuera, se escucha el retumbar de unos pasos y órdenes a viva voz. O'Connell va hacia la puerta en dos largas zancadas, con la respiración aún entrecortada. Desliza los dedos por la sencilla cerradura y la puerta se abre por completo.

Blake irrumpe en la habitación con el arma desenfundada. Tras barrer la escena de un vistazo, su análisis profesional muta en una expresión de confusión al procesar el estado de desaliño en que nos hallamos.

—Señor. —Se dirige a mí mientras sus ojos se posan por un momento en O'Connell—. ¿Se ha hecho daño?

Definamos «daño». Si la pregunta es: «¿Has cambiado por completo la visión que tenías del mundo por culpa de los labios de un irlandés embravecido?», entonces, sí, he sufrido daños críticos.

Pero estoy seguro de que no es el tipo de lesión que aparecerá en los informes médicos.

—Nada grave. —Lo digo con una firmeza perturbadora teniendo en cuenta cómo me siento por dentro—. Un raspón por un cabezazo.

Detrás de Blake se asoman otros tres oficiales de seguridad. O'Connell vuelve a ser el profesional imperturbable de siempre.

Si no fuera por el ligero temblor en su mano al arreglarse la chaqueta, pondría en duda que los últimos minutos hubieran sido reales.

—La ruta de extracción ha sido despejada —anuncia Singh—. Tenemos que movernos, señor.

O'Connell asiente, serio.

—El Cardo de camino a una ubicación segura. A sus puestos —dice.

Blake se posiciona a mi izquierda en tanto que Singh va por delante. O'Connell se queda a mi derecha. Ahora mismo, su rostro es igual de inexpresivo que una pared.

—¿Preparado, señor? —pregunta.

Me encantaría soltarle un comentario cortante, altanero y desdenoso que estuviera a la par de su repentina frialdad.

Pero no puedo.

Por lo que me limito a asentir, y dejo que los oficiales me arrojen en su seno protector mientras nos movemos hacia la entrada.

El resplandor del sol australiano tras la penumbra de la caseta es cegador. Entorno los ojos al tiempo que asimilo el caos de la explanada, donde varios hombres con uniforme de la Marina se hallan bocabajo en el suelo, manos en la espalda atadas con bridas, y rodeados de oficiales de la Policía Federal de Australia.

Un todoterreno con cristales tintados y las puertas abiertas está aparcado a poca distancia. O'Connell me guía hacia el coche, pero su mano no llega a tocar la parte baja de mi espalda.

Esa falta de contacto se me hace deliberada, significativa.

—El equipo médico espera en el punto de extracción, señor —dice al tiempo que sus ojos lo escanean todo menos mi cara—. Puede que el cabezazo haya hecho más daño del que cree.

—Estoy bien —insisto, aunque las punzadas en la frente indican lo contrario.

—Con todo respeto, eso es algo que deben determinar los médicos. —Su voz es fría, profesional, como si no me hubiera metido la lengua hasta la garganta hace un momento.

El todoterreno nos engulle; Blake y Singh se sientan a mi lado mientras O'Connell discurre brevemente con Cavendish antes de subirse al asiento del copiloto. El vehículo arranca y escapamos del caos de la base naval.

Pero no hay forma de escapar del caos de mi mente.

—¿Qué pasó con los niños? —Acabo de recordar el motivo por el que no seguí el protocolo.

—Todos a salvo, señor —informa Singh—. Unos oficiales de la Armada los acompañaron hasta una zona segura.

Siento un enorme alivio. Al menos la decisión tan temeraria que tomé tuvo un resultado positivo.

¿Podríamos considerar el beso de O'Connell como otro resultado positivo?

Me acaricio los labios, y los noto hinchados. Joder. Creo que estoy en *shock*. No por el intento de asesinato, sino por lo que sucedió a continuación.

Me entra un escalofrío, y Blake me mira, preocupada.

No es miedo. En absoluto.

El punto de extracción es un perímetro de seguridad creado sobre la marcha en un recinto militar cercano. El todoterreno atraviesa con diligencia varios puntos de control antes de dejarnos en un edificio anodino donde, en efecto, espera el equipo médico.

—Debo dar parte de lo sucedido a Cavendish —anuncia O'Connell en cuanto nos apeamos del vehículo. Por fin sus ojos hacen contacto con los míos, solo por un instante, y al percibir la guerra que se libra en ellos, se me oprime el corazón—. La oficial Blake lo acompañará a la revisión médica.

Y sin más, se da media vuelta y se aleja.

La revisión es corta pero exhaustiva. Mi frente ostenta indicios de lo que será un morado de campeonato, y tengo pequeños raspones en las manos y unas marcas en el brazo que me dejó uno de los atacantes al agarrarme. Nada grave, nada permanente. Las evidencias físicas de lo sucedido habrán desaparecido en unos días.

No así el recuerdo de las manos de O'Connell en mi cara y en mi pelo, su cuerpo presionando contra el mío, y el gemido que emitió cuando le mordí el labio.

—Ha tenido mucha suerte, Alteza —dice el doctor al tiempo que me coloca en la frente una tirita en forma de mariposa—. Dar un cabezazo, si no se domina la técnica, puede llevar a una conmoción cerebral para ambas partes implicadas.

—Lo tendré en cuenta para la siguiente ocasión —respondo.

El doctor empieza a recoger, así que miro de reojo a Blake.

—¿Dónde me llevan ahora? —pregunto.

—A un hotel seguro, señor. En cuanto lleguemos habrá una reunión para hablar sobre la seguridad.

—¿Y los agresores?

—Se está encargando la Policía Federal de Australia. —Su expresión no me dice nada—. Cuatro bajo custodia, uno en el hospital.

Otro todoterreno, otra alineación de seguridad a mi alrededor, esta vez sin O'Connell. Miro cómo pasa por la ventanilla el paisaje difuminado de Darwin.

¿Qué estará pensando ahora mismo? Hace una semana, de saber que algo así sucedería, creo que me habría sentido triunfante al comprobar que el irlandés estoico me desea.

Pero ahora mismo no me siento así en absoluto.

Al contrario, ese beso no ha hecho más que acrecentar mi ansia. Es una necesidad acuciante. Ese beso que nunca debió suceder ha encendido un fuego en mi interior.

Blake me explica que hemos cambiado de hotel por precaución.

Al llegar, Cavendish nos recibe en el vestíbulo con el rostro tenso.

—Reunión de emergencia en la sala de conferencias. Nos congregaremos allí en cuanto todo el personal haya llegado —informa.

—¿Todo el personal? —Intento mantener un tono casual.

—Todo —confirma.

Asiento con fingida indiferencia mientras inspecciono el vestíbulo en busca de cierto irlandés alto y de hombros anchos.

A estas alturas en palacio han de estar redactando comunicados y mi familia ya habrá recibido la noticia. Sin duda, la prensa aprovechará y sacará titulares sobre el príncipe valiente que sobrevivió a un intento de asesinato.

Nadie se enterará de lo sucedido en esa caseta. Nadie sabrá que, durante unos minutos de gloria, no fui el príncipe sustituto ni un riesgo de seguridad.

Fui solo un hombre al que le dieron un beso de película, un beso soberbio.

Las puertas del ascensor se abren, y mi corazón indigno hace un triple mortal en cuanto ve a O'Connell apostado en el pasillo. Enfrascado en una conversación con Singh, levanta la vista en cuanto nos ve venir. Por su rostro pasan demasiadas emociones imposibles de procesar hasta que gana la neutralidad comedida.

—Alteza Real. —No le tiembla la voz, pero noto la tormenta en sus ojos.

—Oficial O'Connell. —Me pongo a su altura a nivel de formalidades—. Espero que haya podido dar el parte.

Un músculo de su mandíbula se tensa.

—Sí, señor.

Nos quedamos sin movernos por un momento. Su mirada baja a mi boca un instante, pero vuelve a toda prisa a mis ojos. El deseo abrasador que percibo antes de que pueda camuflarlo hace que el calor se concentre en la zona baja de mi estómago.

—¿Proseguimos? —Cavendish señala con un gesto la sala de conferencias.

O'Connell se hace a un lado para dejarme pasar, aunque acabamos acercándonos obligados por la estrechez del pasillo. Cuando nuestros brazos se rozan, el breve contacto envía una ráfaga de electricidad por toda mi piel.

Dios santo. ¿Cuándo me he convertido en una persona que pierde el control por un mero contacto de brazos?

Presiento que será la reunión de seguridad más larga de la historia. Sé que debería estar reflexionando sobre lo que sucedió. En concreto, sobre la jeringa que querían clavarme en la garganta. ¿Para matarme o para incapacitarme? ¿Quién está detrás del ataque y qué quieren de mí?

Pero, a pesar de todas las preguntas que dan vueltas en mi cabeza, cuando paso al lado de Eoin para entrar a la sala de conferencias, me permito echarle un último vistazo.

Me está observando, aunque su expresión es indescifrable.

Está claro que lo que ocurrió en el cuarto de mantenimiento cambió algo esencial entre él y yo.

La pregunta es: ¿y ahora qué?

Capítulo Diecinueve

Eoin

Nunca en mi vida la he cagado tanto como hoy.

El príncipe Nicholas está sentado a la mesa con una pierna cruzada sobre la otra y su habitual distinción. La tirita en forma de mariposa que lleva en la frente despierta algo primitivo en mi interior, siento la necesidad de arrastrarlo a un rincón y revisar cada centímetro de su cuerpo para asegurarme de que no tiene más heridas.

En el periodo posterior al brutal ataque contra un miembro de la familia real, en una sala llena de personal de seguridad y oficiales de palacio que analizan al detalle en qué fallamos, solo puedo pensar en el sabor de su boca cuando lo besé como si el mundo se fuese a acabar.

Mi carrera, la misión, mi integridad profesional..., todo al garete porque me descontrolé ante el miedo atroz de perderlo.

Un miedo que continúa dentro de mí, que me retuerce el corazón y me hace sudar a pesar del aire acondicionado de la sala. Mi cuerpo recuerda el momento en que se lanzó hacia el atacante, cómo se me heló hasta la última gota de sangre.

Cada vez que parpadeo lo veo sangrando, en el suelo, veo las infinitas maneras en que le podrían haber hecho daño.

¿Esto es normal? Es un pavor que parece brotar de lo más profundo de mi interior.

Es el pánico que sobreviene cuando te das cuenta de que algo te importa en el instante en que estás a punto de perderlo.

Malcolm nos enseña los vídeos de seguridad de la base naval. Las pantallas en la pared se iluminan con distintos ángulos del ataque. Me obligo a ver el caos que se desata en los monitores con distancia profesional. La granada de aturdimiento. El humo. Nicholas que corre hacia los niños en vez de ponerse a resguardo.

Se me corta la respiración al verlo desplazarse por la pantalla con esos movimientos elegantes que se han convertido en mi obsesión.

Casi puedo sentir sus labios sobre los míos, mientras la ira y el miedo desatan una guerra en mi interior.

—Ha sido un ataque coordinado —informa Cavendish, tenso—. Cinco agentes, precisión militar, conocimiento profundo de nuestros protocolos de seguridad.

Los rostros del equipo de Londres van apareciendo en la pantalla de la pared como una versión interactiva del tres en raya. El primero en conectarse es Pierce, con sus gafas de montura metálica algo torcidas, como si se hubiese frotado las sienes. Debe de estar preocupado por mi nulo progreso en este caso, lo que pudo haber traído aparejado los acontecimientos de hoy.

A continuación, es el turno de lord chambelán. De alguna manera, tiene aspecto de estar muy preocupado y un poco asqueado al mismo tiempo. Lady Powell, de Asuntos Exteriores, completa el jurado digital.

Sus rostros expresan una emoción similar, la decepción de un padre tras una reunión de mierda en el colegio de sus hijos.

—Su majestad ya está al tanto de la situación —anuncia lord chambelán, sir Fergus—. Como cabe esperar, está preocupada y desea que se la mantenga al tanto de cualquier novedad.

—La situación está bajo control —responde Cavendish—. Los sospechosos se hallan bajo custodia y el príncipe Nicholas solo ha sufrido heridas leves.

—Tendremos que decidir qué hacer con el resto de la gira. La cobertura mediática ya es amplia. —James enseña varios sitios web

en su *tablet* y los proyecta a un lado de la videoconferencia—. Pintan al príncipe Nicholas como un héroe más que como un temerario.

Aparecen una serie de titulares en pantalla:

Una reyerta “real”: el príncipe propina un osado cabezazo a su agresor y huye escopetado

El príncipe guerrero: Nicholas invoca el espíritu combatiente de sus antepasados medievales

La gira real bajo asedio

Sir Fergus, ceño fruncido y labios que forman una delgada línea, dice:

—Lo tomen como un acto heroico o no, la mayor preocupación de palacio es la viabilidad de esta visita. Si el príncipe corre peligro real en el tramo de Nueva Zelanda, quizás lo más prudente sea posponer la gira.

Nicholas se pone tenso al otro lado de la mesa. Está claro que lo de «posponer» no entra en sus planes.

—Los sospechosos se niegan a hablar, pero la evidencia sugiere que ha sido una operación vernácula —informa Cavendish—. Si bien tienen información detallada de la base naval Darwin y de los protocolos de seguridad australianos, no existe evidencia alguna que indique algún tipo de vinculación con Nueva Zelanda.

—Inteligencia tampoco ha encontrado un aumento sospechoso de actividad en ese país —añade Pierce.

—Es probable que la célula de Nueva Zelanda no se haya activado aún —señalo.

—A nivel diplomático, cancelar la visita a Nueva Zelanda tendría consecuencias significativas —opina lady Powell—. La Commonwealth depende de estos emblemas que representan continuidad, más aún con el espíritu de republicanismo en alza.

No puedo contenerme.

—Con todo el respeto, lady Powell, las consecuencias a nivel diplomático deberían pasar a segundo plano cuando se trata de mantener con vida al príncipe.

Nicholas me lanza una mirada que congelaría hasta el propio infierno. El contacto visual envía una descarga que recorre todo mi cuerpo.

Los miembros del equipo de seguridad también se giran para observarme. Singh me mira como si me hubieran crecido cuernos, y Malcolm ha dejado de deslizar los dedos sobre su *tablet*. Hasta Blake se muestra sorprendida.

Mierda. No he interpretado bien mi papel. No es así como reaccionaría O'Connell, oficial de seguridad. El que habla en este momento es el detective sargento, el hombre acostumbrado a opinar en las reuniones importantes.

—Es un punto a tener en cuenta, pero hemos de buscar el equilibrio entre velar por la seguridad y cumplir con los compromisos. La monarquía ya se ha enfrentado en el pasado a amenazas y no por ello se ha escondido —responde sir Fergus.

—Hay que tener en cuenta que, según parece, están al tanto de ciertos aspectos de nuestro sistema de seguridad —dice Cavendish con voz tensa—. Si a eso le sumamos el incidente de la araña, está claro que existe una brecha de seguridad importante. Alguien que conoce al detalle nuestros movimientos, protocolos...

Deja la frase a medias, y la temperatura de la estancia baja unos diez grados. Casi de forma inconsciente, Blake lleva la mano hacia el arma que lleva oculta. Singh muestra desconcierto. El rostro juvenil de Davis empalidece al darse cuenta de lo que implican las palabras que Cavendish no ha pronunciado.

—Entonces, modificamos los protocolos —dice Nicholas de repente.

Todos lo miran.

—Creamos nuevos, sobre la marcha si es necesario. Cambiamos rutas, tiempos, ajustamos la agenda sin avisar con antelación —continúa.

La sugerencia parece causarle a Cavendish un dolor casi físico.

—Señor, la planificación de la seguridad no debe improvisarse — responde.

—Pero tampoco debe ser predecible para nuestros adversarios — contraataca Nicholas—. Si alguien está filtrando información, vamos a ofrecerle la información incorrecta.

Aunque no me gusta admitirlo, su planteamiento táctico me deja impresionado.

Aun así, me gustaría estrangularlo por comportarse como un cabezota y no elegir regresar a Londres, la opción más segura.

—También debemos considerar la imagen de cara al público — comenta lady Powell—. Acortar la gira tras un ataque nos deja en una posición vulnerable. Si continuamos, estaremos dando un mensaje claro de fortaleza y resolución.

—Pero también exponremos al príncipe Nicholas a un peligro mayor —contesto con voz áspera. Joder, mi identidad falsa como guardaespaldas normal y corriente se va a pique más rápido que un barquito de papel. Pero cada vez que alguien sugiere poner en peligro a Nicholas, un instinto primitivo anula mis años de adiestramiento.

A este paso ya me podría tatuar en la frente «emocionalmente tocado».

Nicholas se gira hacia mí y, con una ceja levantada, pregunta:

—¿Cree que el equipo de seguridad no es capaz de llevar a cabo su trabajo, oficial O’Connell?

—Lo que creo es que los riesgos innecesarios siguen siendo innecesarios, señor. —Lo miro sin pestañear.

—La propia naturaleza de mi posición entraña riesgos —responde Nicholas—. Siempre ha sido así y siempre lo será. La cuestión es si permitiremos que el riesgo determine nuestras acciones.

—Tengo el beneplácito de la reina para tomar la decisión final basándome en lo que se habla en esta reunión —indica lord chambelán—. Necesito consenso por parte del equipo de seguridad. ¿Podemos garantizar de forma razonable la seguridad del príncipe Nicholas en Nueva Zelanda?

Cavendish nos observa a todos antes de contestar.

—Con modificaciones considerables en nuestros protocolos y la total cooperación de las autoridades neozelandesas..., sí. Es un riesgo calculado, pero gestionable.

Sir Fergus asiente con lentitud.

—¿Y el equipo médico le ha dado el visto bueno al príncipe para que viaje? —pregunta.

—Contusiones y rozaduras leves —confirma James.

Nicholas se recuesta contra la silla con una ligera sonrisa de triunfo asomándose en las comisuras de su boca.

La misma boca de la que me apropié por completo hace apenas unas horas. Su sabor perdura en mis labios como un demonio que no logro exorcizar.

Joder, joder, joder.

—Excelente —dice sir Fergus—. La gira continuará con una mejora en las medidas de seguridad. Se lo haremos saber a su majestad.

Tras esto último, la reunión deriva en cuestiones logísticas: preparativos para el viaje, detalles relacionados con la seguridad, comunicados de prensa.

Durante todo ese tiempo, soy plenamente consciente de cada cambio en la postura de Nicholas, de cada golpecito que da en la mesa con los dedos. Cuando aporta algo a la discusión, lo hace con voz clara y firme, no con el típico tono de príncipe *playboy* tras el que suele ocultarse.

Es como si viese a alguien jugar con toda la baraja después de fingir que solo tenía la mitad de cartas.

Y eso solo hace que lo desee aún más. Puedo admitirlo ante mí mismo, reconocerlo por la amenaza que representa. Este deseo tiene garras que se aferran a mis costillas desde dentro.

Esto ya no es atracción. Es una puta catástrofe.

¿Qué pasará en Nueva Zelanda? ¿Qué pasará la próxima vez que estemos solos?

Las preguntas me persiguen como lobo que va detrás de su presa.

En cuanto la reunión acaba, Nicholas es el primero en levantarse. Los demás oficiales se ponen en pie de un salto, como gatos

sorprendidos, pero Nicholas no espera a que le dediquen sus muestras de respeto. Asiente a sir Fergus en la pantalla y se dirige hacia la puerta.

A los pocos pasos, sus ojos se cruzan con los míos durante un segundo. Su mirada azul es pura electricidad, y mis dedos tiemblan ante el recuerdo de su piel.

Al instante siguiente, ha desaparecido.

Me espero unos muy respetables cinco minutos antes de emprender la retirada.

Mi habitación se me hace un santuario cuando por fin cierro la puerta detrás de mí. Me recuesto sobre ella, como si así pudiese mantener el mundo exterior bajo control.

Como si así pudiera hacer que se evaporen las decisiones que he tomado hoy y sus impredecibles consecuencias.

Me vibra el móvil y el rostro de Malachy aparece en pantalla.

Me aferro a la llamada. A la oportunidad de sentir un mínimo de normalidad, de recordarme quién soy.

—¿Ah, que estás vivo? —pregunta mi hermano en cuanto atiende, ahorrándose el saludo.

—Eso parece.

—Pues gracias por decírmelo. Me tuve que enterar del puto atentado terrorista a través de las noticias. Como si fuera un desconocido cualquiera y no tu único hermano. —Noto la preocupación bajo esa capa de malhumor.

—Ha sido todo muy rápido. —Me froto la sien ante la amenaza de un dolor de cabeza—. Estoy bien. Todos están bien.

—Eso no es lo que dice la BBC. Han hablado de un ataque coordinado por terroristas profesionales. ¿Y tu príncipe le dio un cabezazo a uno? ¿Qué tipo de operativo de seguridad tenéis ahí montado?

«Tu príncipe». Esa frase tan casual es una patada en el estómago. Trago saliva.

—Todo está bajo control —miento. Nada está bajo control, mucho menos la tormenta de emociones que estoy viviendo—. A ver, Mal, no puedo dar detalles. Ya lo sabes.

Gruñe, aceptando a regañadientes.

—Pero... llámame más seguido, ¿vale? Casi me da un puto infarto al ver que tu trabajo salía en las noticias con el titular de «ataque terrorista» debajo.

Siento un nudo en la garganta ante la preocupación en su voz.

—Vale. En fin, ¿tú cómo estás? ¿Qué novedades hay en la liga de baloncesto?

—No me cambies de tema —dice, pero enseguida se lanza a contarme los detalles sobre el último partido.

Lo escucho a medias, agradecido de poder fingir durante cinco minutos que soy el tonto de su hermano mayor y no lo que sea en que me he convertido.

Apenas he colgado, el móvil me vuelve a vibrar, esta vez la llamada es de Scotland Yard. Era de esperar.

La línea segura conecta tras ese sonido estático tan característico del cifrado. Antes de que pueda sentarme, escucho el acento tosco de Yorkshire del comisario detective Martin Thornton.

—Dígame que hay avances en relación al infiltrado, O'Connell.

Me aferro un poco más al teléfono.

—El ataque de hoy tuvo que haber involucrado al menos cinco operativos con conocimiento profundo de nuestros protocolos de seguridad. Sabían con certeza cuándo y cómo atacar. Pero nadie de nuestro equipo cooperó con los agresores.

—Lo que significa que siguen manteniendo la tapadera. —Su voz es pura frustración—. ¿Algún sospechoso?

Se me viene a la mente la energía nerviosa de Davis, la dedicación exhaustiva de Malcolm para con los protocolos de seguridad, la inexpresividad que demuestra Singh en ocasiones.

—Nada en firme. Todos actúan con normalidad.

—Eso no es suficiente —gruñe Thornton—. Acabo de leer el informe de la investigación que se le hizo a la jeringa. Contenía un sedante potente, pero no letal.

Se me va el alma a los pies.

—Lo querían vivo —razono.

—Exacto. Igual que con Matheson y Webley. No ha sido un intento de asesinato. El objetivo de la operación era secuestrarlo.

—¿Y cuál es la conexión? —pregunto—. El líder del Partido Conservador, un político laborista, ahora el príncipe Nicholas...

—Los sujetos aprehendidos son de Malasia, Canadá, Bangladesh y Sudáfrica —interviene Pierce, quien por lo visto también participa en la llamada—. Cuatro países diferentes, cuatro contextos distintos. Lo único que tienen en común es el entrenamiento militar y la formación en seguridad.

—Es decir, no está ligado a los manifestantes aborígenes de Australia.

—No, es una red internacional, profesional. Como el caso de Matheson y Webley —confirma Thornton—. No existe ninguna conexión con extremistas religiosos ni con el gobierno ruso. Tampoco hay una ideología política clara.

Me pongo de pie y camino arriba y abajo en la pequeña habitación de hotel.

—Alguien está reclutando a agentes altamente cualificados de diferentes partes del mundo. Ese tipo de esfuerzo coordinado requiere de recursos muy potentes.

—Y de un gran sistema de planificación —concierda Pierce.

—¿Cuál es su objetivo final? ¿Aprovecharse de las influencias políticas? ¿Pedir rescate? ¿Por qué lo quieren a él?

—Lo desconecemos. Pero el príncipe Nicholas sigue siendo un objetivo, y alguien de su entorno está pasando información —comenta Thornton con rostro sombrío—. Tiene que encontrar la manera de detenerlos antes de que cometan otro atentado. En este fracasaron, pero puede que en el siguiente tengan éxito.

La línea de seguridad se desconecta y me quedo mirando mi reflejo en la ventana.

Joder, joder, joder.

Cinco agentes especializados intentaron llevárselo. La próxima podrían ser diez. O veinte.

Y entre toda la gente que ha jurado protegerlo es posible que exista un traidor.

Me han enviado aquí para encontrar una solución. Pierce me eligió a dedo porque puedo oler a un mentiroso a distancia.

Sin embargo, el deseo que siento por Nicholas podría convertirme en la persona más peligrosa de su equipo de seguridad.

Capítulo Veinte

Nicholas

Nueva Zelanda me recibe con una danza guerrera maorí.

Por suerte he visto los suficientes partidos de *rugby* internacionales como para reconocer la *haka*, ese desafío que los aborígenes lanzan a los foráneos a modo de saludo y de advertencia.

En la televisión es impactante. En persona, aterrador.

Los guerreros nos encaran en formación, con movimientos perfectamente sincronizados. Es un lenguaje físico de palmadas sobre muslos fornidos, de fuertes pisadas, de voces que se elevan al ritmo de cánticos guturales que reverberan en mi pecho. Cada movimiento denota hostilidad y poder controlados.

Debo de ser un masoquista, porque miro de reojo a O'Connell para ver su reacción ante lo que estamos viendo.

Sus ojos se encuentran con los míos durante un segundo, y enseguida los desvía. El recuerdo del cuarto de mantenimiento me viene a la cabeza con tanta fuerza que me deja sin aliento. Sus manos aferrando mi camisa, su boca presionando contra la mía con desesperación.

Dios bendito, aún puedo sentir el cosquilleo de su barba incipiente contra mi piel.

El trayecto en avión de esta mañana fue insoportable. Pasé horas fingiendo que mi cuerpo no vibraba ante su presencia, a pocos metros de mí. Me entraron ganas de cogerlo por las solapas perfectamente almidonadas y recrear ese choque frenético de bocas y manos, pero esta vez sin la excusa de estar en una situación de vida o muerte.

Quisiera comprobar si el fuego arde con la misma intensidad cuando no se vale del miedo como acelerador.

En cambio, nos acechamos el uno al otro como depredadores cautelosos, y el aire a nuestro alrededor estaba tan cargado que de milagro no se produjo un cortocircuito en el avión.

Su proximidad es tortura y es oxígeno al mismo tiempo.

Comprendo sus motivos para decidir poner distancia profesional. Me encantaría poder hacer lo mismo, pero, a pesar de llevar una vida aprendiendo a reprimir las emociones, me está costando la vida misma.

El desfile oficial de bienvenida se me hace eterno. Apretones de manos con los dignatarios, sonrisas ensayadas para las cámaras que retransmitirán mi imagen para toda la Commonwealth. Durante este tiempo, O'Connell se mantiene lo bastante cerca como para intervenir de ser necesario.

Un puñado de manifestantes se ha congregado en la entrada, unas treinta personas con carteles hechos a mano. Hay uno de cartón reciclado que me llama la atención en primer lugar: «VUESTRA CORONA, NUESTRA TIERRA», con letras dibujadas con lo que debe de ser pintura para paredes. Dos mujeres, que podrían pasar por abogadas en su pausa para comer, sujetan otro donde se aprecia este mensaje: «DESCOLONICEMOS AOTEAROA», mientras que una joven maorí levanta una pancarta con un simple «TIKA» en negrita.

A estos manifestantes no se los ve enfadados.

En sus rostros se refleja una emoción más complicada de ignorar que la rabia: decepción, quizás. O aún peor, la esperanza de que los escuche de verdad. Como si yo, el príncipe sustituto, en esta gira que realizo con toda mi buena disposición, tuviera peso real para

cambiar siglos de opresión sistemática y pudiera hacer algo más que ofrecer frases hechas y unas cuantas fotos.

Para cuando llegamos al hotel, me duele la cara de sonreír, y mi paciencia está bajo mínimos.

Tal como esperaba, la *suite* presidencial es opulenta: mobiliario en madera local y vistas panorámicas del puerto de Auckland en las que apenas reparo.

—El itinerario de mañana, señor. —James me entrega una carpeta—. Hemos adelantado la visita al centro cultural maorí y añadido seguridad adicional para el recorrido por el puerto.

—Gracias, ve a descansar.

James duda al llegar a la puerta.

—Según el sistema de rotación, el primer turno le toca al oficial O'Connell.

El corazón me da un vuelco poco digno.

—Vale —respondo.

James se retira y, unos instantes más tarde, entra O'Connell y cierra la puerta con un suave clic que resuena en el silencio de la habitación.

Va moviéndose por la *suite* como un depredador que marca el territorio. Flexiona los músculos al comprobar las puertas que dan al balcón, y se apoya sobre una rodilla para mirar por debajo del mobiliario con una elegancia que desentona con su corpulencia.

Dios bendito, hasta su paranoia me parece atractiva.

—Todo bajo control.

Me dirijo hacia el bar para servirme un *whisky*. El líquido ambarino se vuelve tornasolado mientras giro el vaso en un intento por armarme de valor.

—¿Quieres uno? —Señalo la botella de cristal.

—Estoy de guardia, señor. —Su voz es controlada, pero noto que aprieta la mandíbula.

—Señor —repito al tiempo que apoyo el vaso con más fuerza de la necesaria—. ¿Después de lo de ayer hemos vuelto al tratamiento de «señor»?

No responde, se limita a mantener su actitud impasible. Aunque un músculo de su mandíbula lo traiciona.

—Ah, vamos a hacer como que no ha pasado nada. —Me es prácticamente imposible controlar la irritación en mi voz—. Es por asegurarme de que lo he entendido. Porque mi formación aristocrática no incluye qué protocolos seguir cuando, en medio de un intento de secuestro, un oficial de seguridad me planta un beso que me deja sin sentido.

Levanta la mirada con rapidez.

—Necesito centrarme en mi trabajo. Creo que mi postura es comprensible —dice con voz grave.

—Claro que sí, estoy totalmente a favor de que te centres en mantenerme con vida. Incluso se podría decir que tengo un enorme interés en esa parte de tu trabajo.

Y allí está. El atisbo de una sonrisa.

Por algún motivo, eso me deja más desarmado que su beso.

—Nicholas —dice, sacando a relucir todo su acento irlandés.

Ni Alteza Real ni príncipe Nicholas ni señor.

Tan solo Nicholas.

—Eoin. —Yo también utilizo su nombre de pila como arma que alude a cierta intimidad, y percibo cómo se asienta entre nosotros, igual que si hubiese lanzado un guante a modo de desafío.

En efecto, sus pupilas se dilatan.

Se mueve hacia mí, despacio y con intención. La distancia entre ambos se acorta, y ahora puedo ver la barba incipiente a lo largo de su mandíbula, y hasta soy capaz de vislumbrar las motas color plateadas de sus ojos.

Levanta la mano para acariciar la magulladura de mi frente. Me quedo paralizado ante el delicado contacto de sus dedos.

—Es un moretón de cuidado —dice.

Me cuesta respirar.

—Sí, bueno, hasta la piel de los príncipes tiene sus limitaciones cuando se trata de propinar cabezazos a terroristas. —Intento utilizar mi habitual tono sardónico, pero fracaso de forma estrepitosa—. Y ahora es cuando me das otro sermón sobre lo irresponsable que fui al utilizar la frente como ariete, que debí seguir el protocolo y esconderme detrás de ti como buen príncipe obediente, en vez de intentar hacer algo productivo —digo mientras deja caer la mano.

Su expresión se oscurece.

—Fuiste un imprudente.

Desvió la mirada para evitar la intensidad de la suya. No podría describir con palabras lo que sentí cuando por fin fui algo más que un mero espectador en la toma de decisiones que afecta a mi seguridad.

A pesar del miedo, el momento fue... emocionante. Me hizo sentir vivo.

Esperan que sea un príncipe de porcelana al que envuelven con cuidado para conservarlo sin rasguños, en perfecto estado. Siempre sonriente, saludando desde el interior de mi burbuja protectora mientras los demás corren riesgos.

Pero en el momento en que el atacante vino hacia mí, actué por instinto. No me acordé del protocolo ni de las formalidades ni de lo que dirían los medios al día siguiente. Durante esos segundos fui un hombre que luchaba por su vida. No un símbolo, un repuesto o un sustituto temporal, sino alguien que puede cambiar el resultado de los acontecimientos, no solo limitarse a esperar las consecuencias.

Me abstengo de mencionarlo; en cambio, mi cerebro decide confesar algo que nunca he expresado en voz alta.

—Bueno, durante toda mi vida me han repetido que soy igual a mi padre, así que supongo que es normal que su temeridad salga a la superficie en algún momento. Aunque sus rebeliones eran más del estilo de escarceos poco decorosos con modelos y ligues en discotecas.

Sus ojos no se apartan de los míos.

—Dudo mucho que tu padre le diera un cabezazo a un terrorista. Ese es un tipo de «rebelión aristocrática» que solo te pertenece a ti.

—Voy a añadirlo a mi currículum: «Destrezas especiales: sonreír, saludar con la mano y combatir a cabezazos».

Y ahí está una vez más. La comisura de su boca se curva hacia arriba, y el gris frío de su mirada se transforma en un plateado cálido.

Lo que lo convierte de protector criticón a... algo mucho más peligroso para mí.

Sigue clavándome la mirada cuando añade:

—Te has dejado unas cuantas características fuera en ese currículum: evitador profesional, usa el humor como escudo, es capaz de convencer a todos de que es superficial cuando es todo lo contrario.

Me sobresalto como si me hubiera resbalado subiendo una escalera.

Siento que estoy desnudo escuchando a alguien describir todas las imperfecciones que he intentado ocultar.

Con la salvedad de que, de algún modo, Eoin me hace sentir aceptado antes que expuesto.

Trago visiblemente y desvío la mirada.

—Por lo que veo, has estado analizándome.

—Mi trabajo consiste en quedarme con los detalles —dice, sin más.

—De las posibles amenazas, no de mi perfil psicológico.

—Entender al escoltado ayuda a protegerlo.

La irritación se adueña de mí. Vuelvo a convertirme en un trabajo que cumplir. Otra casilla que marcar en su lista de verificación: conocer las debilidades del protegido, sus miedos, sus tendencias autodestructivas.

Lo miro a los ojos.

—¿Es solo eso? ¿Curiosidad profesional?

Noto un destello de algo febril y peligroso en su mirada.

—Sabes que no.

El aire se vuelve denso.

—¿Qué es, entonces? —pregunto, bajando la voz.

—Un error —me devuelve, pero su cuerpo se aproxima al mío contradiciendo sus palabras—. Una complicación que jamás esperé.

—Se me dan bastante bien las dos cosas: ser un error y una complicación.

Arruga la frente.

—Esto no es broma, Nicholas.

—Lo sé. Créeme que lo sé mejor que nadie.

Estamos tan cerca que nuestros cuerpos se tocarían con tan solo dar un paso. Un pequeño movimiento, y podría averiguar si su sabor es como el del beso frenético que tanto recuerdo.

—No podemos hacer esto —dice con brusquedad, pero no se aparta.

—¿Por el trabajo? ¿O por ser quien soy?

Una emoción complicada le atraviesa el rostro.

—Por ambas cosas. —Da un paso hacia atrás y se pasa la mano por el pelo—. Eres el escoltado que debo proteger. Existen barreras profesionales, cuestiones morales...

—Reglas. —Soy incapaz de contener el tono rencoroso. Siempre reglas, siempre protocolos, siempre expectativas de lo que debo y no debo hacer. A quién puedo desear y a quién no.

—Sí, reglas. Están por algo.

—Nunca se me ha dado demasiado bien seguirlas. —Doy un pasito en su dirección que nos vuelve a acercar, y debo tirar la cabeza un poco hacia atrás para mantener el contacto visual—. Digo, por si no te habías dado cuenta.

Oigo cómo se le corta la respiración.

—Me he dado cuenta, no lo dudes.

Nos quedamos allí, inmóviles, con la mirada puesta el uno en el otro. La tensión se palpa en el ambiente como si estuviese viva, chispeante y peligrosa.

Un golpe seco interrumpe el momento.

—¿Alteza Real? —Es James—. Le pido disculpas, pero acabo de recibir información adicional sobre los cambios en la agenda de mañana.

Eoin se aparta tan rápido que por poco se estrella contra la mesa de centro. Enseguida la máscara de profesionalidad vuelve a su sitio.

Para cuando James entra, carpeta en mano, me hallo de pie al lado de la ventana, y Eoin cerca de la puerta.

James parece captar algo en el ambiente. Se detiene tras dar unos cuantos pasos hacia delante y dice:

—¿Vuelvo más tarde?

—No —responde Eoin antes de que yo lo haga—. Solo estaba llevando a cabo las comprobaciones de seguridad. Estaré fuera si necesita algo, señor.

La puerta se cierra tras su salida, y todo el oxígeno de la habitación desaparece.

James se lanza de inmediato a darme la información.

—El pronóstico para mañana indica posibilidad de tormenta, por lo que deberíamos considerar trasladar la ceremonia dentro en vez de al aire libre. El grupo de avanzada ya está barajando alternativas para...

Asiento cuando toca, pero mi mente está en otro sitio. Ya me podría estar contando que el Parlamento ha decidido abolir la monarquía, y aun así seguiría pensando en el tono de gris exacto de los ojos de Eoin.

Quiero que me toque, que me bese, que me folle. Quiero que toda su atención se centre en mí, verlo cuando por fin se deje llevar, cuando pierda el control.

Nunca he querido nada con tanto ahínco. Nunca he sentido este anhelo de absorber por completo a otra persona y que esa persona haga lo mismo conmigo.

Me da la sensación de que tiene el poder de destrozarme, y que no volvería a ser el mismo cuando él me reconstruyera, pedacito a pedacito.

Este anhelo es más aterrador que cualquier intento de asesinato o de secuestro. Abrirme de esta manera, casi pidiendo a gritos que me vuelvan a hacer pedazos... Porque eso es lo que sucede al permitir que vean tu lado más vulnerable: que acaban dándote donde más te duele.

Gracias a Daniel aprendí la lección con sangre. El adorable Daniel con su discurso poético y alma de contable.

Y ahora estoy frente a otro hombre que ve más allá de la superficie, y aun así quiero mostrarme ante él. Se ve que no aprendo de mis errores garrafales.

—¿Necesita algo más, señor? —pregunta James tras cerrar la carpeta.

—No, nada más.

Se retira, y me quedo a solas con el eco de todo lo que no puedo tener. Apostado al otro lado de la puerta, Eoin mantiene la vigilancia, lo bastante cerca para salvarme la vida, lo suficientemente lejos como para no tocarme.

Me sirvo otro *whisky* y alzo el vaso burlándome de mi propia estupidez: «Un brindis por desear aquello que acabará destruyéndote».

Soy digno hijo de mi padre.

Capítulo Veintiuno

Eoin

Debería existir un círculo del infierno de Dante dedicado a oficiales de seguridad que se han liado con su protegido. Entre el segundo círculo, el de la lujuria, y el séptimo, el de la violencia. Un sitio en el que pasar la eternidad vigilando a tu objetivo mientras ves tu profesionalidad arder y consumirse como un puto papel en una chimenea.

Puede que el salón de baile de la Casa de Gobierno no sea el infierno, pero se le parece.

Los miembros de la élite política y cultural de Nueva Zelanda socializan a la luz de las arañas en la fiesta de Nochebuena. Sus risas y sus conversaciones generan un apacible runrún que se fusiona con los acordes del cuarteto de cuerdas, en un rincón de la sala. Un árbol de Navidad inmenso destaca en una esquina. A alguien se le ha ido la mano con las guirnaldas, y da la sensación de que el árbol esté recubierto de intestinos plateados.

Analizo el recinto desde mi posición cerca de una de las puertas con decoraciones navideñas. Blake y Singh circulan entre la multitud mientras Malcolm vigila los canales de seguridad en la sala de control. Davis se halla cerca de la entrada principal con expresión de adolescente impresionado ante su primer baile de secundaria.

Y Nicholas, es decir, el príncipe Nicholas, se dedica a ser el centro de atención en medio del salón cautivando a sus admiradores sin esfuerzo.

Lleva el pelo negro perfectamente arreglado, si bien un rizo rebelde le resbala por la nuca, el único indicio de que sigue siendo humano y no un robot pijo andante.

¡Jesús! ¿Desde cuándo noto rizos rebeldes?

Nadie diría que hace dos días se dio de cabezazos con un terrorista.

Mucho menos, que luego su guardaespaldas lo besó como un poseso.

En el trabajo he besado a tres personas. En los dos primeros casos, lo hice por necesidad, para mantener la coartada: mujeres que se me insinuaron en situaciones en las que, de haberlas rechazado, se habría descubierto mi tapadera. La tercera vez fue con el príncipe Nicholas Alexander y no lo hice por necesidad, sino por un deseo intenso y catastrófico. Dejé que mi cuerpo le ganara la batalla a mi cerebro como un puto imbécil.

Lo que es peor, es un deseo del que no logro deshacerme.

Anoche, con nuestros cuerpos casi rozándose, me preguntó qué era lo nuestro. Le di una respuesta prudente: un error, una complicación, mientras cada célula de mi cuerpo clamaba por estamparlo contra la ventana con vistas al puerto de Auckland y demostrárselo con hechos.

La interrupción de James fue un respiro y una tortura.

Porque soy plenamente consciente de que, si vuelvo a besarlo, no seré capaz de detenerme. Ni por el protocolo ni por profesionalidad. Ni aunque me lo pidiese la mismísima reina.

Me obligo a apartar la mirada de Nicholas, a escanear el perímetro en busca de posibles amenazas en vez de obsesionarme con la forma en que mueve las manos al hablar o cómo el hueco en su garganta destaca por encima del cuello de su camisa.

Cuando mis ojos vuelven por inercia a él, ha cambiado de sitio. Lo veo conversar con una joven cuyo vestido verde brillante acentúa sus curvas. Las ondas oscuras y brillantes del cabello de la chica

caen sobre su hombro desnudo, y sus labios rojos se curvan en una sonrisa coqueta mientras se inclina hacia Nicholas.

Una sensación de quemazón desagradable me invade por dentro. La reconozco al instante, aunque no me enorgullece.

Celos.

Es absurdo. Nicholas es mi protegido, no mi amante. ¡Es miembro de la realeza, por Dios! ¡El segundo en la línea de sucesión al trono del Reino Unido! ¿Quién soy yo? Un detective que juega a ser guardaespaldas, alguien que busca traidores a la par que finge no estar pendiente de cada movimiento que realiza su protegido.

No soy un hombre celoso. Nunca me ha importado con quién hablaran mis parejas, quién coqueteara con ellos. Pero ahora mismo me llevaría a rastras a esa pobre mujer, como un maldito cavernícola.

Ríe tras un comentario de Nicholas y coloca la mano sobre su brazo. Él, lejos de apartarse, se inclina un poco más al tiempo que sus labios se curvan en esa sonrisa particular que es puro encanto ensayado y magnetismo aristocrático.

Nunca he deseado a nadie tanto como a él.

Esa idea se cuela dentro de mí con una claridad pasmosa, y el sabor de su beso me vuelve con tanta fuerza que aprieto los dientes para controlarme.

¿Qué cojones veo en él?

Siempre me han atraído los hombres directos, con los pies en la tierra. Los que son transparentes, los que no necesitas adivinar lo que piensan.

Nicholas es el polo opuesto. Su verdadero yo se esconde bajo capas y capas de actuación, palabras refinadas y sonrisas ensayadas.

Nunca antes había sentido esta necesidad de averiguarlo todo de alguien. De desentrañar, de descifrar, de desenredar la madeja hasta llegar al meollo para descubrir quién se oculta tras el envoltorio.

Por lo visto, a él le sucede lo mismo. Pero ¿en qué medida me desea porque represento lo prohibido? Tiene una vena temeraria, lo sé. Tengo claro que vive encerrado en una jaula de protocolos y expectativas. ¿Soy su acto de rebeldía más reciente?

—¿Ve algo interesante, O’Connell?

La voz de Singh me sobresalta. No percibí que se acercara, demasiado preocupado observando a Nicholas y a la mujer de verde.

—Analizo a la muchedumbre.

Singh sigue mi mirada.

—Parece que está disfrutando.

—Es su trabajo. —Las palabras me salen cortantes.

—Es verdad. —El oficial se ajusta el auricular—. Aunque da la sensación de que es un talento natural. No a todos los miembros de la realeza se les da igual de bien.

Ahora es Nicholas quien ríe ante un comentario de la mujer, y el sonido se esparce por el salón. Aprieto los puños a ambos lados del cuerpo.

Singh dirige su mirada hacia mí y de nuevo a Nicholas.

—Es la hija del comisario de la Policía de Auckland. Estudia Derecho en Oxford, según tengo entendido. Ha vuelto por Navidad.

Me mantengo en silencio. No entiendo por qué ha compartido el dato conmigo, y no pienso dejarle ver lo mucho que me importa quién capta la atención de Nicholas.

—Da la sensación de que tú y el príncipe ahora os lleváis mucho mejor —comenta Singh.

Se me seca la boca.

—No te creas. A no ser que por «mejor» te refieras a que vive para exasperarme. —Su expresión no me dice nada.

—Ya —contesta.

Antes de que pueda analizar su respuesta, me distrae un movimiento al otro lado del salón. Nicholas se ha liberado de la mujer y se acerca haciendo gala de su sonrisa ensayada.

—Oficiales —nos saluda—. Espero que estéis disfrutando de la velada. Todo lo que permita el hecho de estar buscando posibles asesinos, claro.

Singh inclina la cabeza como muestra de respeto y dice:

—La seguridad está bajo control, señor.

—Excelente. —Nicholas lleva sus ojos, que brillan desafiantes, hasta los míos—. ¿Y usted, oficial O’Connell? ¿Qué opina de la hospitalidad de los neozelandeses?

—Todo correcto —respondo, cauteloso.

Noto decepción en su rostro antes de que vuelva a colocarse la máscara.

—Bueno, no os entretengo más, que estáis de guardia. Me toca seguir socializando. La hija de un alto cargo siente fascinación por los protocolos reales, y no quisiera decepcionarla.

Se aleja antes de que pueda contestar.

Nicholas vuelve al lado de la mujer de verde y se inclina para susurrarle algo que la hace reír, mientras Singh me mira de reojo.

—Voy a comprobar la puerta trasera —informa.

Al quedarme solo, doy otro repaso al salón intentando que mis ojos no recaigan en Nicholas, aunque, cuando se trata de él, tienen su propio GPS.

Al parecer, hoy ha decidido entretenerse dándole cada vez más alas a la hija del comisario. Tras pasar su mano a milímetros del brazo de la mujer al contarle algo, ella toma el gesto como una invitación para acercarse.

Aprieto tanto la mandíbula que podría romper los dientes.

La parte racional de mi cerebro entiende que se trata de su trabajo.

La parte irracional, sin embargo, está deseando que atraviese el recinto y me interponga entre ambos. Incluso que derrame algo «sin querer» sobre su bonito vestido.

Nicholas mira en mi dirección, me pilla observándolo, y algo cambia en su expresión. Su sonrisa adquiere un aire más severo. Esta vez, cuando se inclina hacia ella, le dice algo que la hace sonrojar.

Por Dios y la Virgen.

Lo hace adrede. Está montando un espectáculo. Para mí.

No sé si tengo ganas de estrangularlo o de arrastrarlo hasta el armario más cercano.

Lo que sí sé es que yo también puedo jugar a este juego.

Desvío la mirada, y escaneo el resto de la sala fingiendo absoluto desinterés. Cuando me permito volver a él, me observa con los ojos ligeramente entornados.

¿Lo hace como represalia, porque anoche le dije que veía detrás de su fachada? ¿Intenta extinguir el fuego de lo que hay entre nosotros antes de acabar quemado?

¿O es su forma de poner a prueba los límites, de tirar de la cuerda para ver hasta dónde aguanta?

Porque eso se le da de lujo. Se topa con algún límite y da vueltas a su alrededor a ver quién parpadea primero.

El duelo entre nosotros se prolonga durante más de una hora. La tensión parece cobrar vida, crecer con cada minuto que pasa, con cada sonrisa que Nicholas le dedica a la mujer, con cada una de las veces que aparto la mirada adrede.

Singh me informa sobre un asunto de seguridad a través del auricular cuando, de repente, Nicholas se aleja de la hija del comisario y se encamina hacia una salida lateral, no la que tiene pautada. Escucho la voz de Blake por el intercomunicador.

—El Cardo se desplaza. Ruta no planificada.

Ya me he puesto en marcha y me abro paso entre la gente. La salida lleva a una pequeña terraza con jardín iluminada con lámparas de exterior.

Solo, de cara a la balastrada de piedra, parece un puñetero héroe de novela romántica, la figura del aristócrata taciturno bajo la luz de la luna. Solo le falta desabrocharse la camisa y que le dé la brisa.

—No puede abandonar el salón principal sin informar al equipo de seguridad, señor. —Mi voz suena desapegada, profesional, a pesar de que mi corazón late fuerte contra mis costillas.

Nicholas no se gira.

—¿Es esa tu mayor preocupación, oficial O'Connell? ¿Que no siga el protocolo?

El resentimiento de su tono me pilla desprevenido.

Echo un vistazo a la entrada para confirmar que estamos solos antes de acercarme.

—¿Qué estás haciendo, Nicholas?

Entonces se gira, y la mitad de su rostro permanece en la penumbra mientras la otra mitad se ilumina con el suave resplandor del interior.

—Tengo que cumplir con las expectativas de los que me tachan de «príncipe fiestero».

—¿De eso se trata? ¿De cumplir con las expectativas?

—Como siempre, ¿no? —Se ríe, y el sonido resulta hueco—. El príncipe perfecto. El sustituto encantador. La póliza de seguro de la realeza.

Su voz tiene un componente descarnado que atraviesa todas mis barreras profesionales.

—Parecía que te lo estabas pasando bien con la hija del comisario.

Joder. No he podido evitar que los celos se cuelen en mi voz.

Sus ojos centellean, y algo peligroso, vivo, se asoma en su expresión.

—¿Sí? Entonces, soy mejor actor de lo que pensaba.

—Sin duda, ella ha mostrado interés.

—En mi título, no en mí. —Su boca se transforma en una sonrisa amarga—. Aunque cuando se trata de un ligue pasajero, eso es lo de menos, ¿no?

La forma casual en que lo dice hace crecer un incendio primitivo dentro de mí. El calor se arremolina en la parte baja de mi estómago, una mezcla de ira y deseo, un cóctel que me hace temblar las manos del esfuerzo por mantenerlas pegadas al cuerpo.

—¿Es eso lo que buscas? ¿Un ligue pasajero?

La habilidad que tiene para convertir incluso esto en un juego de estrategia debería irritarme. Sin embargo, es como ver arder el fuego: peligroso, hipnotizante, imposible de apartar la mirada a pesar de saber que vas a quemarte.

Cada uno de sus gestos es calculado, cada mirada, un nuevo movimiento en el tablero de ajedrez de una partida que nunca pedí jugar.

Pero no pienso conceder la derrota.

Se acerca lo bastante como para oler su perfume y ver cómo le late el pulso en el nacimiento de la garganta.

—Es hermosa, inteligente, me tiene ganas. Es la distracción que necesito para... —Se frena y aprieta la mandíbula.

Luego, traga saliva, fuerte, y veo su nuez ascender y descender.

—¿Qué cojones me impide irme con ella y que nos lo pasemos en grande? —continúa, por fin.

Antes de parar a considerarlo, acorto la distancia entre ambos hasta quedar a milímetros.

—Que estarías pensando en mí todo el tiempo —gruño en su oído—. Y eso no es justo para nadie.

Todo el color desaparece de su cara. Se queda mirándome en silencio, perplejo, con los labios ligeramente abiertos.

Por un instante, permanecemos observándonos el uno al otro, paralizados.

Luego Nicholas da un cauteloso paso hacia atrás.

—Tengo que regresar al evento —dice con voz tirante— antes de que alguien note mi ausencia.

—Claro —respondo.

Me pasa por delante y enfila hacia la puerta, aunque se detiene antes de abrirla.

—El coche me recoge dentro de veinte minutos —informa sin girarse—. Creo que esta noche no estás de guardia, pero necesito que te pases por mi *suite* para que me expliques unas cuestiones de seguridad.

No es una pregunta real. La insinuación flota en el aire.

Tiene razón. No tengo programado el turno de la noche, pero a nadie le parecerá extraño que vaya a su habitación para contestar a los interrogantes que tenga, sobre todo después de lo sucedido en Darwin. Es más, Cavendish casi que me felicitaría por llevar a cabo mi trabajo a conciencia.

La coartada perfecta para hacer algo que poco tiene que ver con debatir sobre posibles amenazas y mucho con la amenaza que somos el uno para el otro.

Me duele la mandíbula de apretarla con tanto ahínco.

Hace demasiado tiempo que no pienso en mí. Toda mi triste existencia ha estado dominada por protocolos de intervención. ¿Papá bebe hasta reventar? Me vuelvo el hijo responsable. ¿El edificio se desmorona y hiere a Malachy? Me vuelvo el hermano responsable. Me hago policía para poder pagar las facturas de Malachy y pelear contra el sistema que permitió que algo así sucediera.

Mi vida se mide por los resultados que tiene para los demás. Casos cerrados, criminales atrapados, facturas médicas pagadas.

Me he vuelto un experto en tragarme mis propios deseos. Tanto que ya no recordaba ni lo que era eso.

Hasta que él apareció.

Quizás por eso Nicholas me aterra. Por su culpa quiero cosas que no tienen que ver con las necesidades de otras personas. Hace que quiera ser aventurero, y egoísta, y humano, cuando me he entrenado para olvidarme de todo eso.

Empiezo a darme cuenta de que el fuego que prendimos en el cuarto de mantenimiento no se va a extinguir con buenas intenciones y distancia profesional.

Me desangro en esta lucha continua entre lo que quiero y lo que debo hacer. Cada vez que se acerca, mi autocontrol se quiebra un poco más.

—Entendido —respondo.

Nicholas hace un ligero gesto de asentimiento antes de volver a la recepción.

Me quedo solo en el jardín con el corazón a mil y el cuerpo en tensión.

¿Qué cojones acabo de hacer?

Los siguientes veinte minutos pasan en una nebulosa. Mantengo mi posición y realizo mis tareas de vigilancia de forma mecánica mientras estoy hiperenfocado en cada uno de sus movimientos. Nicholas no vuelve a acercarse a la hija del comisario. Socializa con diferentes dignatarios dedicándoles esa perfecta cortesía aristocrática. De vez en cuando, sus ojos se cruzan con los míos al otro lado de la estancia.

Siento que cada mirada suya es una caricia física.

Para cuando nos metemos en el coche, la tensión de mi cuerpo es tal que siento que voy a explotar. Nicholas permanece en silencio en el asiento trasero, viendo pasar el manchurrón de las luces de Auckland por la ventanilla.

Ya en el hotel, se dirige a los empleados con su habitual carisma, pero noto la tirantez alrededor de sus ojos, y la rigidez en sus hombros bajo la chaqueta entallada.

En el ascensor solo estamos él y yo. El espacio se siente abrumadoramente reducido, su perfume llena mis pulmones cada vez que respiro. Ninguno de los dos pronuncia palabra.

Cuando las puertas se abren en su planta, Nicholas sale primero y se dirige hacia su habitación midiendo cada uno de sus pasos.

Lo sigo al tiempo que escaneo el pasillo en busca de posibles amenazas, si bien es el turno de MacLeod. La veo apostada fuera de la *suite* presidencial, en alerta a pesar de lo tarde que es.

—MacLeod —saludo, asintiendo.

—O’Connell. —Se endereza un poco—. Todo tranquilo. Nada que notificar.

Nicholas hace una pausa con la tarjeta magnética en la mano y tras girarse hacia mí, dice:

—O’Connell, siento una ligera intranquilidad por los manifestantes que vimos al retirarnos de la Casa de Gobierno. ¿Me podría dar algún consejo sobre cómo actuar mañana en caso de que se me acerquen demasiado?

Es una petición razonable. MacLeod no se cuestionará por qué Nicholas precisa más detalles de seguridad.

—Por supuesto, señor.

La oficial se hace a un lado para que Nicholas abra la puerta. Lo sigo y cierro con un suave clic.

Nos adentramos en la *suite* presidencial con vistas espectaculares al puerto de Auckland, donde las luces de la ciudad se reflejan en el agua. No soy capaz de registrar nada.

Me dedico a comprobar la sala de estar, un hábito del que no puedo desprenderme. Nicholas me observa, y apoya su móvil en la mesa de noche con una parsimonia intencionada.

Cuando finalizo el breve circuito, ya se ha quitado la chaqueta y se ubica frente a la ventana, de espaldas a mí. ¡Jesús!, ¿por qué es tan atractivo? Esos hombros que mis manos ya han palpado, la elegante curva de su columna vertebral, la forma en que los pantalones se le amoldan a ese culo perfecto...

—Entonces, ¿quieres saber cómo actuar con los manifestantes?
—digo con tono neutral, metiéndome en el papel.

Nicholas se da la vuelta poco a poco. Se ha aflojado la pajarita y la cinta de seda negra le cuelga por el cuello. Lleva el primer botón de la camisa desabrochado, lo que deja a la vista un pedacito de piel. Mis ojos se van allí como si fuese un imán.

Al alzar la vista, su mirada es fría y calculadora.

—Sé que existen barreras profesionales. Cuestiones morales. Reglas. —La última palabra la pronuncia con desdén—. Pero eso no cambia el hecho de que me miras como si fueras un muerto de hambre, y yo un banquete al que no puedes acceder.

El pulso me late desbocado.

—Prínci...

—Estoy harto de fingir que no te deseo.

Esa confesión tan sincera me golpea de pleno.

—Nicholas...

—Creo que es necesario hacerlo una vez, quitarnos esto de encima, porque lo de dar vueltas el uno alrededor del otro es insostenible. —Baja la voz—. Yo no aguanto más, Eoin. ¿Tú sí?

Escuchar mi nombre en sus labios me provoca un hormigueo en la piel, y el calor me sube en oleadas. Permanezco de pie, como si fuese una roca, pero por dentro soy pura dinamita.

El aliento se me queda atascado en la garganta. Con cada respiración, el aire me trae su perfume. Me trae más de él.

—No te pido nada —dice mientras avanza hacia mí—. Soy yo quien te lo ofrezco. Solo por esta noche. Solo esta vez. Sin expectativas.

Está tan cerca que siento su aliento sobrevolar mi piel. Sus ojos se han oscurecido, ahora son de un tono casi azul marino, y el deseo dilata sus pupilas.

Respira con dificultad, entrecortado, mientras retuerce los dedos a los lados en un intento por no perder el control.

La viva imagen de un hombre a punto de desmoronarse. Lo sé porque estoy igual que él. Vibro con un ansia ingobernable, un deseo desesperado que me quema la sangre, como la mezcla de *whisky* y pólvora.

Solo puedo hacer una cosa para salvarnos a ambos.

Poso mis labios sobre los suyos.

El beso es diferente al primero. También hay desesperación, pasión, pero es más bien intencionado antes que impulsivo, cargado de decisiones deliberadas antes que de simple adrenalina.

Un suave sonido escapa de su garganta en cuanto me coge de la camisa con fuerza para atraerme hacia él. Luego, enreda sus dedos en mi pelo y profundiza el beso.

Su boca se abre bajo la mía y el sabor de la otra vez, ahora acompañado de champán, invade mis sentidos hasta dejar mi mente en blanco.

No hay cabida para nada más. No hay cabida para ningún pensamiento que no sea este hombre.

Solo él.

Muevo las manos hacia su cintura y clavo los dedos en los músculos bajo su camisa mientras lo empujo hacia la pared más cercana.

En cuanto sus hombros tocan la superficie, gime en mi boca, y el sonido reverbera por todo mi cuerpo. Interrumpo el beso para dejarle otros a lo largo de la mandíbula, por su garganta, y siento en mis labios cómo se le acelera el pulso.

Por fin puedo tocarlo como deseo desde hace tanto tiempo.

Mejor aún, él me devuelve las caricias.

Sus manos se deslizan bajo mi chaqueta hasta llegar a mis hombros, y me la quita. Tras deshacerme de la pistolera, sus dedos tiran de mi camisa hasta que me libera de ella.

Esos ojos de color azul glacial me observan, desafiantes.

—Me dijiste que estaría todo el rato pensando en ti, así que, ahora que estamos aquí, más te vale asegurarte de que la mente no se me disperse.

Joder. No tenía ni idea de lo mucho que me ponen los comentarios afilados. Pero la imagen de Nicholas desaliñado, con la respiración entrecortada, aunque lo bastante alerta como para desafiarme con su lengua viperina, despierta aún más el deseo en mi interior.

Vuelvo a capturar su boca, esta vez con más firmeza, mientras subo una mano hacia su pelo y ladeo su cabeza a mi gusto. Se

abandona a mí con un escalofrío, y su cuerpo se arquea contra el mío.

Nos besamos como si hubiésemos venido al mundo solo con ese propósito, como si lo necesitáramos para sobrevivir. Es caótico, desesperado, un beso al que le importan tres cominos los remordimientos del mañana.

Al hacer una pausa para respirar, me mira desorientado, con los labios hinchados.

—¿Te has dispersado? —pregunto con voz ronca.

Sus ojos azules refulgen de pasión.

—De momento, no. Pero la persistencia es importante, te animo a que me sigas convenciendo.

Presiono mis caderas contra las suyas para que perciba lo que provoca en mí. Se queda sin aliento y las pupilas se le dilatan por el deseo una vez más.

—A mí me da que estás muy acostumbrado a camelarte a la gente con esa lengua tan bonita que tienes —gruño al tiempo que le doy un mordisco a su labio inferior—. Pero esta noche la vas a usar para otros fines mejores.

Un escalofrío recorre su cuerpo ante mis palabras.

Me peleo con los botones de su camisa. Necesito acariciarlo, continuar saboreándolo.

Cuando por fin la tela cede y deja al descubierto piel tersa sobre músculos, bajo la boca hasta su clavícula, que me sabe a sal y perfume caro.

Nicholas emite un sonido entrecortado mientras apoya la cabeza contra la pared. Se aferra de mis hombros lo suficiente como para dejar marcas, y sus caderas se rozan contra las mías a un ritmo que amenaza con desquiciarme por completo.

—A la habitación —dice, con un grito ahogado que suena a orden más que a sugerencia.

Lo alzo a modo de respuesta, y mis manos agarran sus muslos con firmeza. Me envuelve con las piernas y suelta una risita, sobresaltado, en cuanto lo traslado por la *suite*.

—Estoy impresionado. —La altanería de su tono se apaga cuando le mordisqueo la garganta y se le quiebra la voz.

Lo dejo sobre la cama y lo cubro sin romper el contacto. La sensación de tenerlo debajo de mí, el calor de su pecho contra el mío, cómo se queda sin aliento en cuanto me muevo sobre su cuerpo, es... embriagadora.

Adictiva.

Al frotar la entrepierna contra la suya, nuestras pollas se rozan.

—Eoin —dice, sin aliento. Sus dedos se enredan en mi pelo para acercarme de nuevo a su boca y darme otro beso desesperado.

Solo tenemos una noche.

Quiero perderme en él, en su sabor, en las sensaciones que me produce, en los sonidos que emite cuando lo acaricio.

Todos los motivos por los que esto es una pésima idea se esfuman, los acalla el martilleo de mi pulso y la urgencia por hacerlo mío por completo.

Mañana habrá consecuencias. Mañana recordaremos quiénes somos: el príncipe y su guardaespaldas, separados por el deber y la posición. Mañana volveré a ser un matón a sueldo y él volverá a ser el intocable.

Pero esta noche, en esta habitación, con el centelleo de las luces de Auckland tras las ventanas, solo somos Eoin y Nicholas.

Dos tontos que han estado acechándose durante demasiado tiempo y que, por fin, se han rendido ante el deseo.

Por ahora, es suficiente.

Y aunque me vaya al infierno por esto, al menos los buenos recuerdos me acompañarán en el descenso.

Capítulo Veintidós

Nicholas

El peso del cuerpo de Eoin sobre el mío hace que la gravedad por fin cobre sentido.

Su boca es exigente, fogosa; sus manos se enredan en mi pelo y tiran de él lo justo como para que una corriente eléctrica descienda por mi columna vertebral. Me pego aún más, buscando el contacto como un desesperado.

—Dios, Nicholas —gruñe contra mi garganta. Su acento es más pronunciado de lo habitual, estira cada sílaba como si la estuviera saboreando.

—No llego a tanto, pero se agradece la comparación —respondo, y noto la vibración de su risa contra mi piel.

—Solo tú puedes ser pretencioso incluso en una situación como esta —se queja. Levanto la mano para tirar de su cabeza y besarlo una vez más.

El beso es puro fuego. Una caída libre sin paracaídas. Ahogarse y respirar, todo al mismo tiempo.

Nunca he deseado a alguien como deseo a Eoin. Es casi aterrador, un ansia descarnada que me devora por dentro. He tenido mi buena dosis de encuentros sexuales, pero la mayor parte de las veces eran intercambios de placer calculados, sin riesgos.

Esto es completamente diferente.

Aquí el riesgo es altísimo. No se trata solo de que nos descubran y las repercusiones que eso tendría para ambos.

Es más profundo.

Mi cuerpo arde en deseo, como si cada terminación nerviosa se hubiera reprogramado para responder a sus caricias. Su boca contra la mía; sus manos contra mi piel como si me estuvieran marcando, dejando una impronta que persistirá mucho después de que desaparezcan las evidencias físicas.

De alguna manera, Eoin va quitando las capas del príncipe, las de su imagen pública, hasta que solo quedo yo, temblando y desbordado de un deseo peligroso.

El beso se convierte en una lucha salvaje por conseguir el control; dientes que chocan y mezcla de salivas, en un intento por consumirnos el uno al otro.

Aquí y ahora nada es diplomático ni refinado.

Se aparta; su amplio pecho sube y baja tan agitado como el mío. O'Connell, el guardaespaldas más profesional de todos, perdiendo el control por mí.

Es la primera vez que sus ojos grises adquieren un tinte de tormenta, como el mar del Norte en plena tempestad.

Y aunque he pasado semanas intentando provocar una reacción en él, ahora que lo he logrado, no me veo capaz de sobrevivir a semejante intensidad.

Decido bajar la vista y recrearme con el hueco de su garganta, allí donde su pulso late con fuerza.

Tiro de su cinturón con una mano mientras que intento con torpeza desabotonarle la camisa con la que me queda libre.

Su pecho es una superficie sólida y un montoncito de vello desciende hasta el vientre. Allí donde no llega el sol su piel es pálida, lo que contrasta con sus antebrazos bronceados, esos que he estado admirando durante semanas.

Un inesperado tatuaje se curva sobre su hombro izquierdo, nudos celtas que se entrelazan formando una franja protectora. Sobre sus costillas asoma una cicatriz grisácea semicircular que se asemeja a un interrogante. Debajo, una especie de estrella con varias

protuberancias de piel, como si la cicatriz se hubiese producido con violencia y no hubiera sanado como corresponde.

Quiero conocer lo que se esconde detrás de sus lesiones; saber quién lo ha acariciado antes, quién ha logrado ver esta versión vulnerable y sin barreras de Eoin. Me gustaría saber si alguien más lo ha hecho temblar de esta manera. Si también su autocontrol se esfumó bajo sus caricias como ahora, cuando al trazar la línea en la que su suave vello desaparece bajo la cinturilla, los músculos de su vientre se contraen bajo mis dedos.

¡Dios bendito!

Mis manos continúan el descenso por su cuerpo.

Analizo cuándo se le corta la respiración, qué provoca la tensión casi imperceptible en su mandíbula.

Tanteo, poniéndolo contra las cuerdas con toda la intención, porque necesito saber hasta dónde puedo tensarlo antes de que su famoso autocontrol se rompa. Deslizo mi entrepierna entre sus piernas y presiono contra su cuerpo en un movimiento deliberado mientras mordisqueo su clavícula.

El sonido ronco que deja escapar suena a victoria. Me da el coraje para colocar la mano entre ambos y masajearle la polla por encima de los pantalones y, así, sentir bajo mi mano la firme evidencia de su deseo.

Saber lo que provoco en el oficial O'Connell es embriagador, excitante.

Lo incito con mis caricias, arrastrando la palma de mi mano lentamente, y sus caderas se mueven hacia adelante en un acto casi reflejo.

—Siempre poniendo a prueba los límites, ¿eh? —Sus labios se curvan en algo que no acaba de ser una sonrisa.

—Es mi superpoder.

—Uno entre muchos, por lo visto.

Maniobro para quitarle el cinturón con dedos temblorosos, y el cuero se desliza entre las presillas con un suave susurro. Sus manos se unen a las mías para ayudarme en la misión de bajarle los pantalones. La prenda forma un montículo en el suelo, seguida por

su ropa interior. De pronto, siento el calor de su pecho desnudo, de su piel, y su respiración irregular imita la mía.

Me toma de las muñecas con una mano y las coloca por encima de mi cabeza. Verme restringido envía una descarga de electricidad directa a mi entrepierna.

Con la mano libre, recorre mi costado; el roce es tan ligero que me estremece y me contoneo en busca de más contacto. Aunque se lo ve decidido a tomarse su tiempo, a volverme loco de deseo.

—Eoin —digo, sin importarme que suene a plegaria—. Tócame. Por lo que más quieras.

—Te estoy tocando —responde con un tono exasperantemente medurado al tiempo que traza círculos sobre mis costillas, mi estómago, en todos los sitios menos donde más lo necesito.

Me remuevo para liberarme, y su respuesta es aumentar la presión en mis muñecas sujetándome con firmeza. Su agarre es delicado pero decidido, un contraste que me nubla los sentidos.

—Paciencia, Alteza Real. —Emite las palabras con suficiente rechino como para dejar claro que no se dirige al príncipe sino al hombre que se retuerce debajo de él.

—La paciencia nunca ha sido mi fuerte —digo con voz entrecortada en cuanto su boca hace contacto con mi cuello y sus dientes encuentran el punto exacto que me hace ver las estrellas.

—Me he dado cuenta —responde, hosco, contra mi piel—. No te vendrá mal una lección para desarrollarla.

Su boca viaja por mi clavícula, donde succiona la piel que encuentra a su paso, y ahora me contorsiono a un ritmo frenético. Me revuelvo contra su agarre, no para liberarme, sino para dejarle claro que aún no he claudicado por completo. Lo comprende, y reajusta el nivel de firmeza lo suficiente para recordarme quién está al mando ahora mismo.

Entregarme por completo a otra persona es embriagador. De mí siempre se espera que me maneje con aplomo y elegancia. Pero en este momento, con el peso de Eoin hundiéndome en el colchón, no hay expectativas. Solo soy el hombre que pierde la razón ante su contacto.

Cuando su boca se traslada a mi pecho para centrarse en mi pezón, me es imposible evitar el gemido que reverbera en lo más profundo de mi garganta. Ríe por lo bajo, y las vibraciones me producen nuevas oleadas de placer que me sacuden de arriba abajo.

—Esto te gusta, ¿eh? —murmura.

—Implorar cumplidos no es digno de ti, Eoin —logro decir, aunque el impacto de mis palabras disminuye considerablemente en el momento en que repite la acción en el otro lado y se me quiebra la voz.

Levanta la cabeza para mirarme a los ojos.

—Dilo de nuevo —pide.

Parpadeo por la sorpresa.

—¿El qué? —pregunto.

—Mi nombre. —Su voz se vuelve más baja, más ronca—. Dilo de nuevo.

Algo cambia en el ambiente, la lucha de poder juguetona se convierte en algo más intenso.

Trago saliva.

—Eoin —repito con suavidad.

Sus ojos se oscurecen aún más, y libera mis muñecas para tomarme de la cara con ambas manos. Me da un beso que difiere de los anteriores, más lento, más profundo, como si estuviera memorizando mi sabor.

Su lengua se entrelaza con la mía con indolencia, mientras su barba incipiente provoca un agradable cosquilleo en mi mandíbula.

Prolonga el beso un poco más antes de apartarse lentamente.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta en voz baja.

—Te quiero a ti dentro de mí. —Mi voz suena áspera, a punto de quebrarse.

Las palabras flotan en el aire por un segundo. Y otro más. Todo su cuerpo se pone rígido, y un músculo de su mandíbula se tensa al tiempo que sus pupilas se dilatan, tanto que sus ojos grises se vuelven casi negros.

No es algo que haya hecho demasiado, pero la idea de tenerlo dentro, de que me haga suyo por completo, consume mis

pensamientos desde hace mucho tiempo, más del que estoy dispuesto a admitir.

Si solo tengo una noche con él, quiero la experiencia completa. Sentirlo en todas partes, que esto sea algo real, algo que solo le pertenece a Nicholas, no al príncipe Nicholas Alexander, el segundo en la línea de sucesión al trono.

La necesidad que veo en sus ojos despierta mi lado salvaje. Lo veo perder el control poco a poco, su fachada a punto de resquebrajarse.

Por mí. ¡Por mí!

El regocijo que me produce es inexplicable. Esto es tener poder, no lo que acompaña a un título, a la pompa, sino esto, algo real y feroz.

—Nicholas —susurra, y mi nombre en sus labios suena a rendición y a desafío.

Escuchar la forma en que lo pronuncia es casi una tortura.

Cuestiones prácticas. Tengo que enfocarme en las cuestiones prácticas.

Me deshago de los pantalones y me desplazo para buscar lo que necesito mientras procuro que no se me noten los nervios. Hago como que la búsqueda de condones y lubricante en un mueble de hotel para un encuentro ilícito con mis guardaespaldas es otra de mis tareas diplomáticas. La que viene en el manual a continuación de «Las doce formas aceptables de rechazar una propuesta de matrimonio de la nobleza extranjera».

Lo arrojo todo encima de la cama. Eoin me observa respirando en intervalos cortos, y el músculo de su mandíbula trabaja a marchas forzadas.

Cuando recoge la caja de condones me quedo hipnotizado viéndolo sacar uno, abrirlo, y colocárselo. La imagen de Eoin tocándose la polla, preparándose para mí, reaviva la corriente de calor en mi interior.

A continuación, se agacha para ponerse entre mis piernas.

Con los párpados entrecerrados, me dedico a observar la forma en que se moja los labios, con deliberada parsimonia.

La anticipación me atenaza el estómago a cada segundo que pasa, hasta que la tensión es tanta que amenaza con hacerme volar por los aires.

Por fin su boca me engulle, y en cuanto siento su calor húmedo envolviéndome, mi mundo se reduce a este punto de conexión.

Dios bendito. No puedo describir con palabras la sensación de su cálida boca en mi polla. Mi vocabulario, ese que he cultivado a través de años de educación, me abandona del todo; cada succión arranca de mi garganta sonidos incoherentes que horrorizarían a mis profesores de oratoria.

En cuanto humedece un dedo y comienza a prepararme, el cuerpo me vibra de necesidad.

Y cuando curva el dedo y roza ese sitio placentero de mi interior, poco me falta para levitar sobre la cama. Me aferro a las sábanas con desesperación, arrugando el algodón egipcio, al tiempo que el placer se esparce desde ese punto de contacto hacia el resto del cuerpo.

Al parecer, el decoro aristocrático ha quedado a un lado dando paso al deseo desvergonzado.

Eoin me prepara con el mismo nivel de atención al detalle que aplica en los protocolos de seguridad. Ninguna terminación nerviosa se libra de sus cuidados. Sus dedos, ásperos pero increíblemente delicados, me dilatan con precisión milimétrica mientras que su boca continúa reverenciando mi polla. La doble sensación amenaza con fundirme las neuronas. Cada vez que sus dedos se adentran un poco más, su boca me consume, lo que crea un ritmo que me tiene flexionando la columna como un poseso.

Cuento cada una de mis respiraciones, tal como me enseñaron que debo hacer para contrarrestar la ansiedad de hablar en público, solo que esta vez lo hago para evitar suplicar de forma bochornosa.

El ansia que siento le gana la batalla a cualquier pensamiento racional.

De un movimiento fluido, lo pongo de espaldas contra las almohadas.

La confusión en su mirada se despeja en cuanto me coloco sobre él con las rodillas a cada lado de sus caderas.

—Me toca —murmuro, deslizando mis dedos por los surcos de su pecho.

Sus ojos se oscurecen con deseo renovado, sus manos se aferran a mis muslos, y sus dedos presionan mi piel con la suficiente fuerza como para dejar marcas. Deliro solo de pensar en que me deje su impronta; en que mañana, debajo de mi ropa almidonada, llevaré oculta la evidencia de esta noche.

Me adueño de lo que quiero sin importar el deber o el protocolo.

En cuanto me hundo en él, la sensación es abrumadora. Siento una plenitud abrasadora que me hace ver estrellas con los ojos cerrados. Mis dedos se aferran a sus hombros y me quedo paralizado por un momento mientras mi cuerpo se amolda al suyo. El aliento se escapa de mi boca en forma de gemido y suspiro a la vez.

El Eoin debajo de mí poco tiene que ver con el oficial de seguridad circunspecto que vigila cada uno de mis pasos. Su pelo caoba se arremolina contra la almohada, y esos ojos, siempre en alerta, ahora están entornados, oscurecidos por el deseo.

Sus músculos se flexionan y contraen en un intento por refrenarse de tomar el control. El esfuerzo se hace visible en los tendones de su cuello y en los nudillos, pálidos por agarrarse a mi cadera.

Impongo un ritmo insuficiente, una cadencia lenta, provocativa, que logra arrancarle un gruñido desde lo más profundo de su garganta. Sus dedos me aprietan con más fuerza animándome a que acelere, y le regalo una sonrisa sardónica.

—Paciencia, oficial O’Connell.

Un rubor le sube por el cuello y se expande por sus mejillas.

—Eres un peligro —refunfuña.

Mi risa se transforma en un gemido en cuanto Eoin da un inesperado empujón y cambia el ángulo de nuestros cuerpos. Siento que corre lava por mis venas. De pronto, las reglas del juego han cambiado, y el control se me escapa de las manos. Ahora son las sensaciones las que mandan sobre cualquier tipo de estrategia.

Eoin aprovecha la ventaja para guiar mis movimientos con sus manos y establecer un ritmo que enseguida me tiene jadeando. Las

luces de la ciudad se cuelan por la ventana y tiñen su figura de sombras y plata, resaltando las firmes líneas de su cuerpo. Las gotas de sudor brillan en su piel, y en la mía.

Mis muslos comienzan a temblar. Creo que Eoin se percata de ello, porque revierte nuestras posiciones de un solo movimiento, y me empuja contra la cama sin que nuestra conexión se vea interrumpida.

El mundo gira, y enseguida lo tengo encima de mí, dentro de mí, apoyando sus antebrazos a ambos lados de mi cabeza.

Su rostro a milímetros del mío, su aliento cálido contra mis labios, sus ojos perforándome con la mirada.

Entonces tomo conciencia de algo.

Esto que sucede entre nosotros... No es una cuestión de que Eoin caiga, de que haga a un lado su profesionalidad y admita que me desea. No se trata de ganar una partida.

Ni siquiera es un intento por rebajar la tensión sexual que ha ido creciendo entre nosotros para que podamos concentrarnos en nuestro trabajo.

Aquí lo importante es que por fin alguien me «ve».

Por algún motivo, él ve más allá. Incluso esas partes de mí que intento mantener ocultas por todos los medios, valiéndome de elegancia aristocrática y encanto ensayado.

Él me «ve».

Mientras se mueve en mi interior sin dejar de clavarme la mirada, algo en mí se quiebra, lo que me deja vulnerable y aterrado.

Cada envite envía oleadas de placer por todo mi cuerpo. Siento la calidez de su aliento en mi garganta, y cada palabra susurrada con acento irlandés transforma una obscenidad en poesía.

Las sensaciones físicas se me hacen casi insoportables: mi cuerpo abriéndose, la sensación de plenitud, el roce que despierta cada una de mis terminaciones nerviosas, su peso empujándome contra el colchón.

Lo insto a que se hunda más en mí, a que lo dé todo.

Esparzo besos en su hombro, y su piel sabe a sal y a algo muy de Eoin. Continúo por el cuello y sigo por cualquier pedacito de piel

expuesta. Mis dedos se aferran a los músculos de su espalda, que se flexionan y agitan con cada movimiento.

—Nicholas —gime, y suena a plegaria y a blasfemia a la vez.

Joder. He escuchado mi nombre en una infinidad de idiomas, con diversos grados de deferencia y formalidad, pero nunca así, en crudo, sin artificios, despojado de cualquier título o protocolo.

Estoy demasiado cerca, me tambaleo en una cornisa peligrosa, en cualquier momento puedo caer al vacío. Eoin parece darse cuenta, por lo que desliza una mano entre nuestros cuerpos para masturbarme al ritmo de sus embestidas.

Las sensaciones se magnifican. Arqueo mi cuerpo al tiempo que dejo escapar un sonido poco digno pero muy auténtico.

Sus movimientos se vuelven más urgentes, más intensos, y por fin abandona por completo cualquier atisbo de control.

El orgasmo me llega con la fuerza de un tsunami, un placer tan intenso que raya el dolor, y que recorre cada célula de mi cuerpo. Tengo un vago recuerdo de su nombre en mis labios, de mis dedos clavándose en su espalda con fuerza suficiente para dejar marcas.

En la nebulosa de mi propio placer, lo observo caer al precipicio, su rostro desprovisto de cualquier atisbo de medida. Ahora mismo, nada nos separa: ni títulos, ni obligaciones, ni barreras.

Somos simplemente Eoin y Nicholas.

Nada más, nada menos.

Eoin se desploma sobre el colchón, y somos un enredo de extremidades. Mientras nuestros corazones desaceleran el ritmo de sus latidos, pasa su brazo alrededor de mi cintura.

El calor de ambos cuerpos comienza a enfriarse a medida que nuestra respiración se acompasa. Cada exhalación es como un secreto susurrado sobre piel húmeda.

Siendo alguien tan resolutivo, es casi enternecedor verlo trazar figuras sobre mi piel con incertidumbre. Tras seguir la curva de mis costillas, hace una pausa en el hueco de mi cadera antes de continuar explorando con delicadeza.

Me giro para contemplar el paisaje que forman sus rasgos bajo el resplandor de las luces de la ciudad. Su pelo es un caos por culpa de mis dedos, y tiene los labios hinchados.

La idea de hacerlo una vez para poder concentrarnos en otras cosas ahora mismo me parece un disparate.

Me esperaba intensidad y una pasión arrolladora, y lo hubo. Pero más allá de estas emociones esperadas, hay algo más.

Ternura.

Algo que no entraba en mis planes. Algo que, definitivamente, no necesito.

Un pánico frío e intenso me oprime el pecho.

Daniel.

Su recuerdo me sobreviene con violencia y me hiela la sangre. Siento el dolor acuciante de la traición, y obligo a mi cuerpo a no mostrar una reacción física, a no recular por instinto. Casi puedo escuchar su voz, culta y agradable, haciendo promesas vanas.

Los paralelismos son demasiado evidentes como para ignorarlos: otro hombre que me hizo sentir visto, deseado, especial.

Y aquí estamos una vez más. Me he vuelto a desnudar en más de un sentido ante alguien cuya sola presencia es una amenaza para cada una de las defensas que he construido.

Eoin parece darse cuenta de mi rigidez.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

La preocupación en su voz de alguna manera lo empeora todo. Daniel perfeccionó el arte de fingir que yo le importaba, justo hasta el momento en que me hizo añicos el corazón y desapareció de mi vida sin mirar atrás.

Me aparto un poco para dejar algo de distancia entre ambos. Siento el frío del aire acondicionado en la zona que cubría con su calor.

—Nada..., volviendo a la realidad.

Me observa con detenimiento, la preocupación domina su expresión.

—¿Era tu primera vez con un hombre?

Aunque se me hace un nudo en la garganta, me obligo a responder.

—No. —Lo miro brevemente. La forma en que me observa me hace sentir expuesto pero también seguro, una contradicción que no

sabría ni cómo empezar a descifrar—. Estuve con otro hombre antes. Prefiero no hablar de él.

Esas últimas palabras salen más bruscas de lo que pretendía.

Una emoción atraviesa su rostro, puede que comprensión o quizás decepción, antes de asentir y responder con un «vale».

Hasta hace un momento, el hecho de que me «viera» me producía placer. Pero ahora esa mirada a la que no se le escapa nada me provoca claustrofobia.

La sensación tan natural de intimidad se ha esfumado. Solo queda una tensión incómoda. Me siento recto en el borde de la cama y me hago con mi ropa interior; antes que nada, necesito esa capa básica de protección. La tela se siente rara sobre mi piel hipersensible.

—Es tarde —digo sin mirarlo a los ojos mientras busco mi camisa—. Mañana es Navidad y tenemos la agenda cargada.

—Nicholas. —Su voz interrumpe el acto de abrocharme los botones de la camisa con dedos algo temblorosos—. No sé qué te habrá pasado..., pero no soy él.

Me quedo paralizado, con el corazón galopando desbocado contra mis costillas.

Es una afirmación simple que, sin embargo, me desestabiliza por completo. Porque tiene razón. Si bien Daniel tenía encanto y labia, en el fondo era superficial.

Eoin es de todo menos superficial.

—No —digo en voz baja, por fin mirándolo a los ojos—. No eres él.

Pero no creo que eso cambie nada.

Capítulo Veintitrés

Eoin

La Navidad en Auckland me ofrece la imagen del príncipe Nicholas colocando puré de patatas en el plato de un hombre sin hogar.

El banco de alimentos de la fundación benéfica Auckland City Mission está atestado de gente, y el ambiente se ha imbuido de una energía festiva particular que parece más desesperante que alegre. Se escuchan villancicos a través de altavoces metálicos y hay decoraciones de papel ondeando desde el techo. Con sus gorros de Papá Noel, los voluntarios se esfuerzan por levantar los ánimos, más decaídos que el precio del papel de regalo al finalizar la Navidad.

Y ahí tenemos a Nicholas, el segundo en la línea de sucesión al trono, sirviendo comida junto al resto de voluntarios como si fuese lo más natural del mundo.

—¿Le pongo un poco de salsa? —Sonríe a una anciana cuyos ojos han visto demasiado sufrimiento.

—Sí, gracias, cariño —responde, y parece más interesada en la comida que en el hecho de que se la sirva un miembro de la realeza.

Hago un barrido del sitio por enésima vez para registrar posibles amenazas, vías de escape, movimientos sospechosos. Y aunque mis ojos llevan a cabo su trabajo, mi cabeza sigue transportándome a la noche anterior.

A la sensación de tener a Nicholas debajo de mí; al sabor de su piel; a los sonidos que hizo cuando...

¡Jesús! Estoy jodido.

Lo de ser poco profesional lo estoy elevando a niveles épicos.

Me vienen a la mente las palabras de Pierce: «Lo hemos elegido porque confiamos en su criterio, O'Connell. No nos decepcione».

¿Y qué he hecho para no traicionar la confianza puesta en mí? Follarme al escoltado. Al miembro de la realeza que debo proteger de las amenazas que se ciernen sobre él.

He pasado toda mi carrera intentando forjarme una reputación, que se me conozca por mi integridad, por seguir las reglas a rajatabla incluso cuando lo fácil es no hacerlo. Todos esos años en que perseveraré para que me tomaran en serio, para demostrar que un chico de viviendas protegidas en Limestone Road, Belfast, podía ascender por mérito propio.

Todo el esfuerzo a la mierda en una noche.

Pero vaya noche más espectacular. Es la vara con la que han de medirse todas las demás. Es como esa pinta que te bebes tras años de tragar la mierda aguada que le dan a los turistas.

Ese es mi gran problema. No está en mí arrepentirme.

Me fuerzo a centrar la atención en el presente. Nicholas conversa con una joven madre. Se ha acuclillado para ponerse a la altura de sus hijos mientras les ofrece una ración extra de pudin de Yorkshire.

—Guardad hueco para el postre —recomienda a los niños, boquiabiertos—. Me ha contado un pajarito que más tarde habrá pudin de Navidad. Y según fuentes fiables, es posible que Papá Noel haya dejado algún que otro regalo en una de las salas.

En cuanto alza la vista, me pilla observándolo. La comisura de sus labios se curva, y me sostiene la mirada unos segundos más de lo necesario. Siento reptar un calor por el cuello en cuanto los recuerdos de anoche se cuelan en mi mente: sus dedos aferrando mis hombros, la forma en que echó la cabeza hacia atrás de placer, cómo pronunció mi nombre en un susurro al...

Me obligo a apartar la vista y a centrarme en un copo de nieve de papel que cuelga del ventilador de techo.

¡Jesús! ¡Un poquito de autocontrol!

Nicholas se dirige hacia la mesa de los postres tras elegir adrede un trayecto que lo lleva a pasearse frente a mí.

—Te sienta bien el *look* festivo, oficial O’Connell —murmura al pasar—. Aunque te prefiero con menos ropa, todo sea dicho.

Aprieto tanto la mandíbula que no sé cómo no me he roto un diente.

—Cuidado, señor. —Mantengo mi tono bajo—. Casi seguro que el manual del buen aristócrata no recomienda llevarle la contraria al guardaespaldas.

—Ese manual tampoco ve con buenos ojos que los oficiales de seguridad dejen marcas en sus escoltados. —Se acaricia la clavícula en un gesto que parece casual, pero que es del todo deliberado. Me obliga a llevar la vista al sitio exacto donde le dejé una marca—. Parece que ambos hemos infringido las reglas del manual, oficial O’Connell.

Y desaparece sin más, mientras yo lucho por recobrar la compostura.

¡Será sinvergüenza!

El oficial Singh se pone a mi lado.

—Perímetro despejado —dice—. Aunque tengo mis dudas con el grupito que merodea la entrada este.

Sigo su mirada y veo a tres hombres con chaquetas desgastadas cerca de la puerta. Mi instinto se despierta. Sin embargo, tras observarlos por un rato, llego a la conclusión de que simplemente son hombres cansados, hambrientos, como cualquier ser humano.

—No me dicen nada. Pero vigílalos por si acaso.

Singh asiente y continúa su camino. Lo sigo con la mirada.

¿Será Singh el espía? ¿Le estará pasando información a los que quieren hacerle daño a Nicholas? De solo imaginarlo me recorre un escalofrío.

Haber estado con él, haberlo tenido entre mis brazos, me ha recordado lo vulnerable que es. Su belleza física junto con su carisma y humor lo convierten en alguien casi suprahumano, en un personaje de ficción antes que un hombre real.

Pero sé de primera mano que es de carne y hueso. Que tiene músculos y nervios. Que cualquiera que se lo proponga podría

hacerlo añicos con facilidad.

También ahora comprendo que sus rebeliones no son un berrinche de príncipe mimado. Denotan algo más profundo. Lo conozco lo suficiente para saber que la pasividad va en contra de su naturaleza. Las obligaciones reales lo asfixian, lo ahogan.

A Nicholas le gustan los desafíos. ¿En qué medida me verá como un desafío? ¿Como otra forma de rebelarse ante las ataduras de su vida? ¿Como un fruto prohibido excitante?

Quizás eso es lo que más me aterra. No que vaya a encontrar la muerte por perseguir nuevos desafíos, sino haberme vuelto cómplice de su proceso de autodestrucción. Soy como un fósforo que intenta prender en una habitación a rebosar de gasolina.

Lo veo reír ante el comentario de una voluntaria más mayor y tirar la cabeza hacia atrás, lo que deja expuesta su garganta. Me empujo a apartar la mirada.

De algún modo, dentro de mí parecen convivir dos necesidades: la de protegerlo y la de poseerlo.

No tengo claro qué puesto ocupo en la lista de amenazas contra él.



Esa misma tarde, llego a la habitación de Nicholas para asistir a una reunión de seguridad, pero me encuentro con algo inesperado.

No sé bien cómo, pero ha logrado que le traigan a su *penthouse* un árbol de Navidad de los de verdad. El aroma a pino fresco que desprende no parece encajar con el ambiente playero que se vive a pocos kilómetros de aquí.

Al parecer, haremos como que fuera no hace treinta grados mientras *Let it Snow* suena por los altavoces.

Nicholas se pasea por la habitación con pantalones chinos oscuros y una camisa de lino color crema que lleva arremangada. Va sin corbata, con el primer botón desabrochado.

—Sé lo duro que es pasar la Navidad lejos de la familia, por eso James me ayudó con este modesto intento de celebración. Es mi forma de agradecer vuestros esfuerzos —dice.

La manera en que se balancea sobre sus talones lo hace parecer más juvenil, y la comisura de su boca forma una media sonrisa. En cuanto mira a su alrededor y se percata de que la gente parece interesada y no lo escuchan solo por cortesía, sus hombros comienzan a relajarse.

—Pero antes de comenzar con este festejo obligado —continúa—, voy a daros un detalle que os he comprado. Tomadlo como una indemnización por tener que soportar mis repentinos ataques de libre albedrío.

Davis emite un sonido ahogado que podría pasar por risa. La boca de Blake se curva. Hasta Cavendish parece casi humano.

Sobre la mesa yacen varios paquetes envueltos con etiqueta escritas a mano por el propio Nicholas.

Se pasea por el grupo repartiendo los regalos que, si bien son considerados, no llegan a ser demasiado personales. Cuando le entrega a James una agenda de cuero, lo acompaña con las siguientes palabras: «Por tener que lidiar con mis “desaconsejables desviaciones del protocolo”», y hasta logra arrancarle una sonrisa. A Cavendish le regala un libro con criptogramas mientras que Blake en cuanto abre su regalo se encuentra con unos parches policiales de todas las ciudades que hemos visitado. Nicholas se ha percatado de que Blake suele recolectar *souvenirs* de las fuerzas policiales. Davis sujeta contra su pecho la camiseta de críquet australiano que ha recibido al tiempo que promete guardarla como un tesoro.

Cuando llega mi turno, noto el instante en que su postura relajada flaquea.

—O’Connell. —El paquete es más pequeño que el de los otros, y está envuelto en papel azul oscuro.

Lo abro. Dentro, se halla una primera edición de Walt Whitman. Se me pone un nudo en la garganta.

—Como mencionó lo de «contener multitudes», me pareció adecuado comprar el original para que pueda seguir regalándome citas literarias.

Ah, joder. Por Dios. No se trata del libro en sí, si bien una primera edición de Whitman no se consigue en las librerías de los aeropuertos. Es el gesto, es haber recordado lo que le dije.

—Walt comprende lo que se siente al desear aquello que no puedes tener —comento bajito—. Supongo que por eso su poesía ha perdurado.

Las palabras, en principio inocentes, se quedan flotando en el aire. Sin embargo, la mueca que me ofrece es mucho más peligrosa.

Luego se recompone, pero no antes de que lo vea quedarse sin respiración por un instante y pasarse la lengua por los labios.

—Excelente. ¿Damos comienzo a la cena navideña? —pregunta James.

La mesa de comidas parece el resultado de un tratado de paz entre la tradición británica y la lógica del hemisferio sur. La cena de Navidad tradicional británica intenta ganarle espacio a las alternativas razonables de verano: unas patatas asadas junto a una ensalada de patatas, los pudines de Yorkshire custodiando una *pavlova*.

Ahora entiendo por qué los encargados del *catering* han optado por ofrecer champán a raudales. Tenían la esperanza de que los invitados olvidaran que servir *gravy* a treinta grados es prácticamente un crimen contra la humanidad.

MacLeod contempla su plato con una expresión de verdadera angustia antes de decir:

—La Navidad no es así.

—Nadie debería llevar pantalones cortos en Navidad. Es antinatural —añade Singh mientras mira de soslayo las bermudas de Davis.

—Dejad de exagerar. Es comida. Y es verano. Adaptaos —dice Blake al tiempo que se llena el plato.

Nicholas aparece de pronto a mi lado.

—Ya veo que el proceso de aculturación navideña va viento en popa —comenta.

—Va todo lo bien que cabe esperar cuando te dan carne asada en pleno verano —respondo.

—¿Preferías una barbacoa en el puerto?

—Hubiera sido menos cruel para los pudines. —Señalo las piezas con aspecto desinflado—. Tienen pinta de querer bajarse de esta vida.

—Como Cavendish. —Apunta a nuestro jefe de equipo, quien mira su plato como si lo estuviese insultando—. Aunque creo que esa es su expresión habitual.

—Se guarda las emociones para el papeleo y los incumplimientos del protocolo.

—Entonces conmigo debe de sentir una alegría inconmensurable. —Nicholas selecciona un langostino y lo coloca en su plato—. Si le pongo salsa de arándanos a los mariscos, ¿podría provocar un incidente diplomático?

—Solo si te pillan los del ministerio de Relaciones Exteriores.

Sonríe. No es su típica sonrisa pública, sino la real, la que provoca emociones inapropiadas en mi pecho.

—Me preocupa ese talento que tienes para encontrar vacíos legales, O'Connell.

¡Será...! Mantengo una expresión neutral antes de responder.

—Me manejo siempre de forma profesional, señor.

—Profesional. —Saborea la palabra como si se tratase de un vino—. Interesante que hayas elegido ese adjetivo. Yo hubiera optado por algo como «metodoso».

—Noto cierta propensión a analizar demasiado mi rendimiento. —Me giro para quedarme de frente—. ¿Debería preocuparme que me llegue una valoración negativa?

Sus ojos brillan, peligrosos.

—Todo lo contrario. Tu dedicación... no ha pasado desapercibida. En absoluto.

Por suerte, Blake se ríe fuerte de un comentario de James, lo que rompe el momento de intensidad.

Pero el daño ya está hecho.

Estamos jugando con fuego, enfrente de todos, y lo sabe. Peor aún, lo está disfrutando. Y todavía peor, yo también.

Joder.

No puedo trabajar así. No puedo protegerlo si cuando estoy a su lado soy incapaz de pensar con claridad. Ni encontrar al traidor si

estoy batallando contra mis propios deseos.

Mi posición es vulnerable en todos los sentidos.

Y lo último que quiero, lo último!, es poner a Nicholas en peligro.

No puedo seguir aquí. Necesito pedir el traslado, que otra persona se haga cargo, alguien capaz de realizar su trabajo como corresponde.

Mientras lo veo charlar con los demás y, de alguna manera, hacer que se sientan importantes al tiempo que mantiene la suficiente distancia como para permanecer intocable, me enfrento a mi verdad.

No quiero abandonarlo. Ni por un instante.

Y es por eso que debo marcharme.

Capítulo Veinticuatro

Nicholas

Para ser una fiesta de Navidad forzada, diría que se ubica en la categoría de «parece mentira, pero no es un horror».

Mi equipo de seguridad ha logrado llegar a ese estado en el que, aunque siguen buscando amenazas, se los ve más relajados que de costumbre. Blake ha reído dos veces; Cavendish se ha desabrochado el primer botón de la camisa, lo que según sus estándares de decoro equivale a quedarse desnudo; y nadie ha mencionado la palabra «protocolo» en los últimos veinte minutos.

Es un milagro de la Navidad.

La fiesta va llegando a su fin y los invitados intentan ejecutar los pasos de ese baile social llamado «despedida». Por un lado, no quieren mostrarse ansiosos por irse y quedar como unos desagradecidos y, por el otro, tampoco quieren prolongar su estancia e importunar al anfitrión. Blake es la primera en despedirse, luego Davis sale por la puerta algo atropellado mientras murmura que volverá en breve para cubrir su turno. Singh y Malcolm se retiran conversando sobre las rotaciones del equipo de seguridad, y unos minutos después, Cavendish, móvil pegado a la oreja, los imita.

Ahora que solo quedan unas pocas personas, la habitación parece demasiado grande. MacLeod sigue apostada en la ventana saboreando las últimas gotas de su *whisky*. Eoin decide recoger los

platos que quedan, y no puedo evitar seguir sus movimientos, tal como él hace conmigo a diario.

Mi cuerpo aún conserva las huellas de lo vivido: una ligera molestia, leves marcas en la clavícula y en la cadera, y la sensación de haberlo tenido dentro de mí que hace que no pueda dejar de moverme.

Intento canalizar la ansiedad centrándome en recoger los vasos.

—Se me hace muy extraño ver a la realeza ordenando —afirma MacLeod sin enfocarse en nadie en particular—. Es como ver a un unicornio pasar la aspiradora.

—Soy lo bastante competente como para realizar tareas de limpieza básicas —respondo.

—«Competente» es una palabra demasiado fuerte —interviene Eoin—. Si acaso «consciente en un plano teórico de que existe el concepto de limpieza».

Me dedica una media sonrisa nada inocua.

MacLeod apura el *whisky* y se pone en pie.

—Mañana hay que levantarse temprano. —Nos saluda a ambos con un gesto de cabeza—. Feliz Navidad, señor. —Y luego—: O'Connell.

En cuanto desaparece nos deja en un silencio que se alarga como si contuviésemos el aliento. Un silencio que se asemeja a un entramado donde se entrelazan el eco de nombres susurrados y el frufrú de sábanas.

Me vibra el móvil, lo que rompe la tensión. La pantalla se ilumina con el nombre de Callum. Acaba de enviarme una foto de él y de Oliver con un suéter de Navidad a juego. Deben de haberlo elegido adrede por lo espantoso que es. Al menos espero que haya sido adrede. Por la expresión de Oliver, creo que no le ha costado dejarse convencer de pasar por semejante humillación.

Le enseño la pantalla a Eoin.

—Mi hermano tiene un don para obligar a Oliver a tragar con cosas que harían que sus antiguos electores se replantearan el voto.

Eoin analiza la foto y comenta:

—El ex primer ministro con un suéter de reno. Nunca imaginé ver algo así.

—El poder de Callum no conoce límites. —Aparto el teléfono.

Siento cierta reticencia a romper el momento. Nunca he visto a Eoin tan relajado, incluso una pequeña sonrisa se asoma en su rostro. Siento una enorme necesidad de retenerlo, de que hablemos sobre nuestros hermanos, sobre suéteres horripilantes o sobre lo que quiera contarme.

—¿Tu hermano y tú tenéis alguna tradición navideña? —pregunto.

Sus dedos se detienen en el vaso que acaba de coger.

—Bebemos. Recordamos a quienes deberían estar con nosotros. —Cuando me mira, reconozco los fantasmas que muestran sus ojos—. Mi madre murió cuando yo tenía doce años. Mi padre la siguió unos años después.

—Lo siento —digo, aunque sé que este tipo de frases hechas no aportan nada.

—Fue hace mucho. —Pero noto en su voz el peso de un sufrimiento que perdura.

La pena no sigue los patrones temporales normales. Sé muy bien que un «hace mucho» puede ser un «parece que fue ayer» al activarse un recuerdo.

Me muevo hacia la ventana y contemplo la ciudad y el puerto que se extienden ante mí. En la distancia, la isla volcánica de Rangitoto.

—Mi padre murió en un accidente de esquí; yo tenía cinco años —digo.

—Lo sé —responde Eoin con voz apagada.

Por supuesto que lo sabe. El mundo entero lo sabe. La muerte de mi padre se ha analizado al detalle en biografías no autorizadas, y la gente no pierde oportunidad de sacarla a colación en cualquier evento, como si la tragedia fuese un buen tema de conversación. El príncipe fiestero que presumía de esquiar más rápido que nadie.

Él era así. Empujaba los límites constantemente, hasta que un día no pudo empujarlos más.

—Le encantaba la Navidad. —No sé por qué le cuento esto, pero ahora que me he lanzado, no logro detenerme—. Él siempre convertía todo en una aventura. Un día se descolgó desde el techo

de Sandringham vestido de Papá Noel. Los de seguridad estuvieron a punto de dispararle.

Eoin deja escapar un sonido que no sé si indica diversión o compasión.

—Todo el mundo tiene historias de este estilo sobre él. Pero yo apenas lo recuerdo. —La confesión parece salir de una caja fuerte blindada que no recordaba que existía.

Es verdad. De él solo conservo vagos recuerdos. Como el aroma de su perfume, que su risa llenaba cualquier estancia, lo enormes que me parecían sus manos sobre las mías.

—La gente me dice que soy idéntico a él —continúo—. No sé si tienen razón o no. He escuchado tantas versiones diferentes sobre él que no tengo manera de verificar cuáles son verdaderas.

La versión de mi abuela, cuidadosamente suavizada, los recuerdos amargos de mi madre, la colección de titulares de la prensa amarilla. ¿Quién era mi padre? ¿Si soy igual a él, estoy condenado a cometer los mismos errores?

Escucho los suaves pasos de Eoin trasladándose por la alfombra. Por el reflejo de la ventana, lo veo recostarse contra la parte trasera del sofá. Me está dando mi espacio mientras me deja saber que sigue presente.

—La gente se pierde a sí misma intentando estar a la altura de otra persona. —Sigo notando su mirada clavada en mí a través del reflejo—. Sobre todo de alguien que ya no está, y lo único que tenemos es la versión subjetiva de los demás.

Se me escapa todo el aire de los pulmones. Me doy la vuelta para quedarnos frente a frente.

De alguna forma, Eoin ha hecho el resumen perfecto.

Nunca sabré qué pensaría mi padre del hombre en que me he convertido. Ni los consejos que me hubiera dado, si me hubiera dicho que obedeciera las reglas o que las rompiera a lo grande.

Intentar deducir lo que diría o haría basándome en los recuerdos fragmentados de otras personas me saca de quicio. Y es desgastante gestionar este legado tan particular que me dejó.

—Creo que no tienes más opción que ser tú mismo —continúa, y su voz nunca ha mostrado tanta dulzura—. No la versión de ti que le

gustaría a tu abuela o a tu madre, ni la que le viene bien a la prensa amarilla. Nicholas a secas.

Nicholas a secas. Como si fuera tan simple. Como si uno pudiera deshacerse de siglos de nobleza y expectativas igual que de una chaqueta que se ha quedado pequeña.

—¿Y si no tengo ni idea de quién es ese? —La pregunta se me escapa antes de poder detenerme.

Eoin ladea la cabeza y me observa con seriedad. Sus dedos tamborilean sobre el respaldo del sofá una vez, y luego los deja quietos.

—Pues lo vas descubriendo con cada decisión que tomas — responde, al fin.

Me quedo anonadado ante la simpleza de sus palabras. Porque tiene razón. A fin de cuentas, somos el resultado de nuestras elecciones.

Me dirijo hacia él, movido por una fuerza invisible.

—¿Eso hiciste tú? —pregunto—. ¿Lidiar con todo lo que sucedió después del accidente de tu hermano decisión a decisión?

Levanta las cejas, como si le sorprendiera que lo recordase.

¿De verdad cree que no etiqueto cada una de sus frases como si fuera un archivista que adora coleccionar manuscritos inusuales? ¿Que no analizo cada una de nuestras conversaciones para encontrar pistas del hombre que se esconde detrás de la máscara de la imperturbabilidad?

Aprieta la mandíbula, veo un músculo tensarse bajo la barba incipiente.

—No tenía alternativa. Cuando el mundo se me vino encima, hice... lo que tenía que hacer.

—Cuidar de tu hermano.

Eoin asiente, se encamina hacia la repisa de la chimenea, coge un objeto decorativo y comienza a darle vueltas sin prestarle atención.

—La vida de Malachy se vio truncada por su lesión. De pequeño era un deslenguado al que solo le interesaban el fútbol y hacer travesuras con sus amigos. Y, de repente, a ese chico tan inquieto le

tocó acostumbrarse a una silla de ruedas... —Deja la frase sin acabar.

Me quedo en silencio. Intuyo que necesita contar la historia a su manera.

—Ese día tenía que quedarme con él. —Sus dedos aprietan con fuerza el adorno—. Pero salí con mis amigos. Si hubiera estado en casa...

—Puede que ambos acabaseis con una lesión grave —digo en voz baja—. O algo peor.

Su mandíbula se tensa.

—O puede que lo hubiera rescatado más rápido.

El peso de la culpa flota en el ambiente.

—Entonces te volviste su protector.

—Alguien tenía que hacerlo. —Eoin se encoge de hombros. Apoya el adorno con un cuidado exagerado y se da la vuelta para mirarme—. Aunque mi padre ya tenía problemas con la bebida, después del accidente empeoró y le dio insuficiencia renal. Mis tíos vivían cerca, pero tenían sus propios problemas.

—Tenías una responsabilidad enorme.

—Haces lo que tienes que hacer —repite como si fuese un mantra por el que rige su vida—. Mal necesitaba fisioterapia, adaptar el piso, y alguien que lidiara con la compañía de seguro y con el casero. Y yo... —Hace una pausa, quizás para encontrar las palabras adecuadas—. Necesitaba no sentirme como un inútil.

Comprendo esa emoción a un nivel profundo. No estar a merced de circunstancias que se escapan a tu control. Encontrar un propósito en tu nueva realidad. Es lo que he estado buscando desde que mi vida cambió de forma radical cuando me convertí en el segundo en la línea de sucesión al trono.

Me invade un agotamiento repentino, por lo que me dejo caer en el sofá.

—¿Aún te sientes culpable? —pregunto—. ¿Por no estar allí en ese momento?

Su mirada es directa de una forma sobrecogedora.

—Todos los días —responde.

Su franqueza me deja a cuadros. No se ha molestado en hacer cálculos de cuánto debería revelar. Ha soltado la verdad sin tapujos ni adornos.

¿Es eso lo que me atrae de Eoin desde que lo conozco? Que es directo, sincero, que va de frente. No adereza las cosas, solo dice la verdad tal cual la siente, con su áspero acento irlandés.

—Me siento culpable de estar aquí, al otro lado del mundo, mientras que él está en Belfast —prosigue. Vuelve a moverse como para sentarse en la silla que hay enfrente de mí, pero parece pensárselo mejor en el último segundo y elige el sofá. Aunque no nos tocamos, la distancia entre nosotros dista de ser la adecuada en términos profesionales—. Me siento culpable de tener una carrera que me aleja de él, a pesar de que insista en que no necesita que lo cuiden.

—¿Es verdad? ¿No lo necesita?

Sus labios se tuercen en una sonrisa complicada.

—En muchos sentidos, no. Es más capaz que cualquier persona.

Ver el orgullo que desprende al hablar de su hermano me hace sentir una punzada de celos.

¿Cómo se sentirá que un hombre tan competente como él esté orgulloso de ti?

—Aun así, me preocupo —continúa. Su mano descansa en el sofá, entre medio de ambos, lo bastante cerca como para tocarla si me lo propusiera—. Es difícil cambiar el hábito de sentirme responsable de alguien.

—Me lo imagino —respondo.

Eoin vuelve a mirarme a los ojos.

—¿Viviste algo similar con tu hermana?

La pregunta me golpea como si hubiese recibido un placaje violento. Amelia. La hermana que se confabuló con los nacionalistas galeses para intentar asesinar a nuestro hermano Callum.

No sé qué verá Eoin en mi expresión, pero arruga el entrecejo.

—Olvidalo. Es algo que no me incumbe.

—No, es que... —Llevo la mano hasta mi anillo y comienzo a darle vueltas—. Intento no recordarlo demasiado. Porque lo pasé fatal cuando sucedió, no podía quitarme de la cabeza que quizás...

podría haber hecho algo antes de que las cosas llegaran tan lejos. Y me hace cuestionar si de verdad llegamos a conocer a las personas.

La traición de Amelia me destrozó de una manera visceral, aunque nunca se lo he contado a nadie. Callum es la única persona que lo comprende, pero para él no fue del todo igual. Mi hermano se crio lejos de Amelia, al otro lado del océano Atlántico. Él no estaba ahí cuando ella y yo nos compinchábamos para coger pudines a hurtadillas de la cocina en Balmoral. Ni las veces que ella me cubría si no volvía a la hora indicada.

Cuando murió nuestro padre, Amelia tenía casi tres años, y yo cinco. Aún recuerdo cómo me apretaba la mano en la escalinata de la capilla de St George. Permanecemos al lado de nuestra madre recibiendo flores y el pésame mientras los fotógrafos nos rodeaban como buitres.

Esa imagen de dos personitas vestidas de negro cogidas de la mano con un edificio de piedra inmenso de fondo se convirtió en la foto modelo que representó el dolor colectivo de toda una nación.

Sin embargo, las cámaras no captaron que, de tanto apretar, Amelia me hizo sangre con sus uñas.

—Era imposible predecir algo semejante —dice.

—¿Tú crees? Crecimos juntos. ¿Cómo no fui capaz de ver lo rastrera que era mi propia hermana? ¿Que estaba tan cegada por la ambición que decidió participar en una conspiración de asesinato contra nuestro hermano?

Eoin mueve la mano y amaga con tocarme, pero se detiene. Luego, se acerca más a mí y nuestras rodillas se quedan a milímetros de distancia.

—Las personas son capaces de esconder sus pensamientos, incluso de sus seres queridos.

—¿Y eso se supone que me debe reconfortar? —Se me escapa una risa amarga—. Más bien reafirma mi teoría de que nunca acabas de conocer a alguien.

—No —responde en voz baja—. Significa que las personas son complicadas. La hermana con la que creciste sigue siendo real. Lo que vino después no borra lo anterior. La gente puede ser muchas cosas a la vez. La mayoría de nosotros lo somos.

—Por lo que veo, hemos vuelto a eso de que las personas «contienen multitudes». Fabuloso. Aunque las «multitudes» de algunos son un poco más homicidas que las de otros. Creo que Whitman no tuvo en cuenta ese pequeño detalle.

Eoin se esfuerza por no sonreír, pero sus ojos lo traicionan al arrugarse por ambos lados. Me inclino hacia él de forma casi inconsciente.

Al parecer, he encontrado mi mayor debilidad: ver a Eoin O'Connell contento.

Y lo deseo.

Sobre todo ahora que sé cómo se siente tenerlo.

Algo en mi expresión ha puesto al descubierto mis pensamientos porque sus ojos se oscurecen. Baja la mirada hasta mis labios un segundo, luego vuelve a mis ojos. Ya no quedan rastros de humor en su rostro, ha sido reemplazado por una emoción más intensa.

El ambiente se transforma, se hace más cargado.

El espacio entre ambos se ha reducido por completo. Debería moverme, volver a poner distancia. Sin embargo, me enfoco en los pequeños detalles: el hilito que cuelga del cuello de su camisa y que sospecho que tironea cuando está frustrado; la forma en que respira por la boca, con aplomo y control.

Permanecemos quietos mientras las palabras que no nos decimos se inflan y expanden como un *soufflé* gigantesco de deseos reprimidos.

Miro hacia abajo. Nuestras manos están a pocos milímetros.

Yo fui quien afirmó que lo de anoche sería cosa de una vez. Solo para que podamos concentrarnos en otras cuestiones.

Así debería ser.

Si alguien se enterara de lo nuestro, a Eoin le abrirían un expediente, como mínimo. Aunque conservara su trabajo, lo trasladarían a otro equipo. No volvería a verlo.

Y aun así, todo ese razonamiento lógico se esfuma en cuanto mis ojos se cruzan con los suyos. Sus iris color gris tormenta parecen atravesar cada una de mis capas de pulida aristocracia y llegar al yo que se esconde debajo.

—Nicholas. —Mi nombre en su boca suena a algo sagrado. El deje irlandés lo hace único, lo hace mío.

¿Qué quiere de mí? ¿Qué es lo que ve este hombre en el heredero sustituto, en alguien a quien precede la reputación de desayunos con champán y de incidentes diplomáticos?

Se está arriesgando muchísimo. ¿Le excita la idea de ligarse a un príncipe? ¿O es que siente el mismo magnetismo incontrolable hacia mí que siento yo hacia él?

Es como estar atrapado en medio de una contracorriente. Si bien la superficie del agua parece tranquila, mansa, por debajo existe una fuerza ineludible que me empuja hacia algo que acabará por hundirnos a ambos.

Debería levantarme del sofá. Hacer alguna broma. Reestablecer los límites.

¿Y qué hago? Cierro el espacio entre nuestras manos y mis dedos rozan los suyos.

El contacto me produce una descarga eléctrica en el brazo.

Gira la mano con la palma hacia arriba y coge mis dedos entre los suyos. Ese simple gesto de intimidad me roba el aliento.

—Es una idea pésima —digo al tiempo que me quedo mirando nuestras manos entrelazadas sin ninguna intención de quitar la mía.

—La peor de todas —concuerta, pero su pulgar ya ha empezado a acariciar mis nudillos.

Levanta nuestras manos entrelazadas y lleva mi palma a sus labios.

—Nicholas —susurra contra mi piel, y más que oír mi nombre, lo siento.

Cuando se inclina para besarme, el beso es diferente a los anteriores. Más pausado, más profundo, como si quisiera memorizar mi sabor. Con la mano que le queda libre, me coge del mentón mientras me acaricia la mejilla con el pulgar.

Dios bendito, esto va a ser mi perdición. Porque no solo me besa con ansia o con deseo, sino como si yo fuese un tesoro.

Aunque el beso es tierno, mi cuerpo no piensa lo mismo.

Para mi vergüenza, se me pone dura en segundos. Cuando Eoin me recuesta en el sofá, y una pierna ejerce presión entre las mías,

me froto contra él sin ningún pudor. Necesito esa fricción, necesito comprobar que a él le sucede lo mismo que a mí. En efecto, su polla también se ha endurecido, y en cuanto vuelvo a restregarme contra él, emite un jadeo dentro de mi boca.

El beso pasa de dulce a apasionado, el fuego entre nosotros ha prendido, y ahora mismo somos un frenesí de manos y respiración entrecortada. Se hace imposible fingir que aún tenemos algo de autocontrol.

—Al baño —logro decir entre beso y beso. Al parecer, a una pequeña parte de mi cerebro aún le queda un mínimo de prudencia, y recuerda que es por la tarde y que uno de los guardaespaldas está apostado en la puerta.

Eoin no hace preguntas. Se levanta, me coge de la mano, y nos desplazamos hasta el baño. Cierra de un portazo y, acto seguido, me alza y me deposita sobre el lavabo de mármol antes de separar mis piernas con sus manos para colocarse entre ellas.

Su boca está en todos lados: en mis labios, en mi mandíbula, en el punto sensible justo debajo de mi oreja, ese que me tiene arqueándome. Pero lo que me derrite por completo es la forma en que murmura mi nombre, la forma en que sus manos tiemblan ligeramente al tocarme.

Tiro de su camisa con desesperación porque necesito deslizar mis manos por debajo, sentir su piel.

—Dios, Nicholas —gruñe en cuanto mis manos encuentran su cinturón y comienzo a desabrocharlo—. Me he pasado todo el día intentando que no se note lo mucho que quería repetirlo.

—Pues aquí me tienes, haz algo —lo desafío.

Sus ojos se oscurecen y el gris se vuelve casi azabache. Con movimientos rápidos y eficientes, me baja con brusquedad y me gira. Nuestros ojos se encuentran en el espejo. Siento el fuego de su mirada mientras trata de desabrocharme los pantalones con manos poco firmes.

—¿Así, bien? —Su voz es áspera.

—Sí —digo casi sin respirar, empujando hacia atrás al mismo tiempo—. Pero, por lo que más quieras, date prisa.

Rebusca en el bolsillo hasta dar con un paquetito de lubricante y un preservativo. Ver que ha venido preparado hace que me invada una nueva oleada de calor. Lo deseaba tanto como yo.

Se humedece los dedos y comienza a ejercer presión. Aunque sigo sensible por lo de anoche, esa pequeña molestia lo intensifica todo aún más. Me dilata con paciencia, adaptándose a las respuestas de mi cuerpo con una precisión infalible.

No esperaba menos de él. A pesar de mi desesperación, a pesar de que empujo hacia atrás e insisto, mordiéndome los labios, en que puede darme más, mantiene un ritmo torturante. Sus dedos apenas se curvan, y mis muslos empiezan a temblar.

Cuando por fin considera que estoy preparado y me penetra, ambos gruñimos. Cierro los ojos. La sensación de tenerlo dentro, el placer y un leve atisbo de dolor se combinan de forma que me es imposible pensar con coherencia.

Es más que algo físico. Es el estar conectado por completo a otra persona, que esa persona me «vea» y me desee tal cual soy.

—Mírame —me ordena al oído con voz ronca.

Abro los ojos de inmediato y los llevo hacia el espejo. La imagen se me graba a fuego en el cerebro: él, detrás de mí, totalmente vestido excepto por sus pantalones, abiertos; yo, a medio vestir, inclinado sobre la pila, con el rostro encendido de deseo.

Pero lo que me roba el aliento es la expresión en su rostro: franca, sin filtros, sin simulaciones.

Sus embestidas son profundas y certeras, como si quisiera adentrarse lo máximo posible.

También son implacables, y cada una de ellas toca ese punto perfecto. Con una mano me coge de la cadera tan fuerte como para dejar marcas, mientras que desliza la otra bajo mi camisa y la coloca sobre mi pecho, extendida, para sujetarme contra sí.

—Eoin —gimo. Me da vergüenza admitirlo, pero estoy a punto...
—. Necesito...

—Lo sé —responde, y así es. Sabe exactamente lo que necesito porque, aunque parezca imposible, me conoce.

Lleva la mano a mi polla para acariciarme al ritmo de sus acometidas, sin embargo, lo que me arroja al precipicio no es el

contacto de su áspera mano. Es la manera en que su frente se apoya y presiona sobre mis omóplatos, la forma estrangulada en que pronuncia mi nombre. El orgasmo me sobreviene con una violencia igual de sutil que una carga de caballería. Eoin me sigue unos instantes después; su ritmo flaquea y se adentra más en mí mientras pronuncia mi nombre como una plegaria.

Por unos segundos, permanecemos quietos, respirando con dificultad. Su corazón late desbocado contra mi espalda, al mismo ritmo que el mío.

Luego, con lentitud, con cuidado, sale de mi interior y me da la vuelta. Sus manos acunan mi rostro mientras me deja un beso dulce en los labios, y esa delicadeza no se corresponde en nada con el tempo frenético de hace un momento.

—¿Estás bien? —Me acaricia las mejillas con los pulgares. Percibo preocupación en su mirada, pero también algo más profundo, una ternura que me constriñe la garganta.

—Más que bien —logro decir, y la sonrisa que me da por respuesta es como ver asomar el sol detrás de los nubarrones.

—Feliz Navidad, Nicholas.

Lo miro a los ojos y no puedo evitar pensar que, a pesar de todo, a pesar de estar lejos de casa, del cambio de estación que hace de la Navidad veraniega una experiencia surrealista, de las complejidades políticas de ser un miembro de la realeza en una antigua colonia, creo que es la Navidad más auténtica que he vivido jamás.

Porque con Eoin no tengo que actuar. No hay máscaras ni personajes. Solo yo. De alguna manera, por imposible que parezca, creo que para él eso es suficiente.

Y es el mejor regalo que podría recibir.

Capítulo Veinticinco

Eoin

Cuando todos ya se habían marchado, yo me quedé en la habitación de Nicholas adrede. Iba a contarle que voy a pedir el traslado, que esta misión está destruyendo todos los principios sobre los que he basado mi carrera. Me está convirtiendo en el típico imbécil que antepone sus deseos personales a sus obligaciones profesionales.

Comprometo su seguridad con cada mirada, cada caricia, cada momento que fantaseo con su cuerpo en vez de buscar posibles amenazas.

Sin embargo, acabamos conversando en un clima íntimo, como nunca antes lo habíamos hecho. Para rematar, lo empujé contra la pila del baño y lo hice mío como un poseso.

Y ahora mismo no puedo dejar de besarle. Besos suaves, dulces, con los que me apodero de esa boca preciosa y mordaz. El leve suspiro que emite al besarle el pulso de la garganta me sabe casi a confesión.

Nicholas. Este hombre valiente, temerario, altivo, compasivo, exasperante, inteligente, roto, frágil, intenso.

Todas sus contradicciones, sus «multitudes». Lo deseo entero, tal como es.

No entiendo mi fascinación por alguien cuyo mundo está a años luz del mío. Su vida se rige por siglos de tradición, esa a la que tanto

rencor le he guardado siempre.

Es una situación imposible en la que cada momento de alegría viene acompañado de la certeza de que habrá dolor en el futuro.

Y aun así, soy incapaz de alejarme.

Pero sé que debo hacerlo.

Un ruido en la puerta de la *suite* me hiela la sangre. Es el clic de una tarjeta electrónica seguido de pasos lo bastante sosegados como para pertenecer a algún empleado. Mierda.

Me quedo paralizado, con las manos aún en el rostro de Nicholas, hasta que mi instinto se activa.

Me aparto de él y, mientras maldigo entre dientes, me subo los pantalones como puedo y salgo del baño con el arma a medio sacar. En cuanto me ve, Singh se detiene y, tras observar mi apariencia desaliñada de arriba abajo, entrecierra los ojos.

—¿Qué hace aquí? —pregunta.

—Estaba ayudando al príncipe a recoger lo que quedaba de la fiesta.

—Ya veo. —Su rostro es una máscara de cortesía que no logra disimular del todo el escepticismo que le subyace.

La puerta del baño se abre en el peor momento. Nicholas aparece con media camisa fuera del pantalón y labios aún hinchados por los besos. Aunque se queda de piedra, su adiestramiento aristocrático acude en su rescate, y enseguida asoma en su rostro esa sonrisa ensayada que utiliza como escudo.

—Ah, oficial Singh. Qué bien que haya decidido acompañarnos. El oficial O'Connell me estaba explicando los protocolos de seguridad para recoger residuos al acabar una celebración. Interesantísimo.

Los ojos de Singh absorben el desaliño de Nicholas y mi rostro encendido, y nos dedica una mirada de resignación.

—Debió de ser una charla muy educativa, señor.

—¿Por qué está aquí? —La voz me sale más sosegada de lo esperado—. Pensaba que le tocaba el turno a Davis.

Su expresión se mantiene neutral.

—Davis sufre de una intoxicación alimentaria —informa—. Creo que por culpa de unos mariscos de dudosa procedencia.

Nicholas se adelanta mientras se pasa la mano por su pelo despeinado.

—Dios bendito, no me digas que fueron los langostinos. Advertí a los trabajadores del hotel de que no era una buena idea servirlos en Navidad. El calor y los mariscos son unos amantes traicioneros. — Hace una pausa, y un atisbo de su sonrisa sardónica asoma en la comisura de sus labios—. Hablando de peligros, ¿le podrías hacer saber a Cavendish que me gustaría revisar los nuevos procedimientos de seguridad?

—Por supuesto, señor. Su seguridad es nuestra mayor preocupación —dice Singh, sin ningún tipo de emoción.

Joder.

—Me tengo que ir. Hay que reorganizar el turno de la noche por el asunto de Davis —dice Singh.

Nicholas me lanza una mirada que no sé cómo interpretar.

—Me voy a la cama —dice—. Las fiestas navideñas y tener que mostrar alegría por obligación me dejan extenuado. —Nos regala esa sonrisa que no le llega a los ojos—. ¿Si os parece bien, caballeros...?

—Por supuesto —contestamos Singh y yo al mismo tiempo, y nuestras voces se superponen de una forma extraña.

Sigo a Singh hasta la puerta muy consciente de que Nicholas nos observa.

—O'Connell —comienza Singh en cuanto salimos al pasillo.

Me preparo para sus acusaciones.

—Ten cuidado —se limita a decir.

Las palabras flotan en el aire. No ha dicho «tienes que acabar con esta locura», «voy a notificarlo», ni ninguna reprimenda para la que estaba preparándome mentalmente. Solo «ten cuidado».

Lo miro con suspicacia.

—¿Qué quiere decir con eso?

Singh me sostiene la mirada, pero su expresión es inescrutable.

—Que todos somos responsables de mantenerlo a salvo. De cualquier amenaza. —Presiona el botón del ascensor—. Incluso de nosotros mismos si es necesario.

El ascensor se abre con un sonido suave y me salva de tener que responder.

Cuando me subo y la puerta se cierra, me quedo en soledad, reflexionando amargamente sobre un secreto que ya no es tal.

Llego a mi habitación en un estado de aturdimiento. Cierro la puerta y me apoyo sobre ella. Como si de esa manera pudiera alejar las consecuencias que se me vienen encima a la velocidad de un rayo. Me tiemblan las manos —sufren verdaderos espasmos—, como si tuviera resaca tras emborracharme durante tres días. Es como si mi cuerpo rechazara físicamente la magnitud de lo que he hecho.

Necesito irme. No en cuanto acabe la gira. Ahora mismo.

He puesto en peligro a Nicholas, a mí, a toda la operación. El juicio se me ha nublado por completo. No puedo fiarme de mí mismo cuando lo tengo cerca, ha quedado más que claro después de lo sucedido esta noche.

Si no puedo fiarme de mí mismo, ¿cómo puedo protegerlo?

Se me oprime el pecho al pensar en la cara que pondrá Nicholas cuando le diga que voy a pedir el traslado inmediato. Su expresión pasará de la confusión a esa máscara tras la que esconde cualquier cosa que sea demasiado real. Si para él esto es algo más que una distracción, si siente una milésima parte del caos de emociones complejas que él me produce, que yo me vaya, le dolerá.

Pero Singh lo sabe. O al menos tiene fuertes sospechas. Y si él lo sabe, quizás otras personas también. ¿Cuánto tardará en llegarle los rumores a Cavendish? ¿Y cuánto hasta que se entere Scotland Yard? ¿Hasta que Thornton me llame y me pregunte a bocajarro a qué cojones estoy jugando?

Tengo que enviarle un mensaje a Thornton. Algo profesional, desapegado, con la suficiente información como para justificar un traslado inmediato sin revelar el verdadero motivo. Alegaré que no estoy seguro de poder realizar la investigación de forma eficiente al mismo tiempo que cumplo con mis obligaciones de guardaespaldas. Técnicamente, no sería una mentira, sino una verdad a medias.

Mañana a esta misma hora estaré viajando a Londres. Una persona distinta se encargará de la misión, alguien que no se desgarran por dentro cada vez que esos ojos azules se cruzan con los suyos.

Pensar que no volveré a verlo, no volveré a tocarlo, no volveré a escuchar la risa auténtica que asoma cuando baja las barreras, me duele más de lo esperado.

Pero estoy haciendo lo correcto. Para él. Para la misión.

Para lo que sea que quede de mi integridad profesional.

Me hago con el teléfono seguro para hablar con Thornton, pero antes de que pueda hacerlo, la pantalla cobra vida con una llamada de Pierce.

Me quedo paralizado y un escalofrío me recorre el cuerpo.

¡Por Dios y la Virgen! Que Pierce me llame en la línea segura sin que esté planificado no augura nada bueno. En absoluto.

La mente me va a mil. ¿Singh se ha puesto en contacto con Londres? ¿Se ha chivado de lo que ha visto? Me imagino la cara de Thornton, su entrecejo aún más fruncido que de costumbre, mientras le cuentan sobre el oficial en el que confió, sobre la forma en que ha comprometido la misión por un ligue con la realeza. Y el rostro de Pierce cuando se entere de que han pillado al oficial que recomendó haciéndole arrumacos al príncipe que debe proteger. Que la operación antiterrorista se ha convertido en el servicio de parejas más caro del planeta.

La vergüenza me escuece más que cualquier herida física que haya tenido.

Pero Pierce no utilizaría la línea de emergencia para un asunto disciplinario, incluso uno de esta magnitud. Tiene que ser otra cosa.

Algo peor.

Contesto de inmediato.

—O'Connell.

—Tenemos confirmación. —Baja la voz y, con apremio, añade—: No caben dudas de que hay un agente infiltrado en el equipo de seguridad. Y esperamos otro ataque inminente.

Se me hiela la sangre.

—¿Con cuánta certeza se sabe?

—Tanta que Thornton ha avisado a palacio. Tenemos información de fuentes confiables. Y hemos estado monitorizando las comunicaciones desde lo sucedido en Darwin. Hubo un incremento en el tráfico cifrado en cuanto llegasteis a Auckland, y no hace más

que seguir aumentando. Son patrones similares a los que vimos antes del ataque a la base naval.

—No entiendo. Si tenemos un infiltrado en el equipo de seguridad, ¿por qué no intervino durante el intento de secuestro en Darwin?

—No lo sabemos —contesta Pierce—. Nada de este caso tiene sentido.

Reflexiono sobre la vorágine de Darwin. He visto los vídeos de seguridad ininidad de veces, comprobado cada uno de los movimientos de los miembros del equipo, pero nadie actuó de manera sospechosa.

El único oficial de seguridad que hizo cosas cuestionables ese día fui yo.

—¿No tenemos pistas de quién puede ser? —pregunto. La verdad me sabe a ácido. He estado demasiado distraído con Nicholas y no he hecho bien mi puto trabajo. Mientras yo clasificaba el tono exacto de sus ojos, alguien le ha estado pasando información a los terroristas.

—No, de momento no. Pero estamos cerrando el cerco. No tenemos dudas de que alguien ha estado informando sobre los movimientos del equipo y los planes de emergencia, O'Connell.

Alguien como Singh, que siempre aparece de la nada cuando menos te lo esperas. O como Davis, que, oh, casualidad, se ha enfermado y no ha podido acudir al turno de la noche. Dios, podría ser cualquiera de los oficiales que han jurado proteger a Nicholas.

Me paso los dedos por el pelo.

—Según el Servicio de Inteligencia, es una célula muy organizada —continúa Pierce—. Varios agentes con diferentes habilidades. No se trata de un grupo creado sobre la marcha. Ya lo tenían todo planeado, solo estaban esperando el momento oportuno.

—Y se cree que el momento está por llegar —comento.

—Eso parece. Se está hablando de acortar la gira, de que el príncipe vuelva al Reino Unido donde podemos controlar mejor su seguridad. Viajo a Nueva Zelanda en el siguiente vuelo disponible. Por si se necesita mi presencia sobre el terreno. La RaSP no se

puede permitir otra traición de alto calibre por parte de un oficial de seguridad.

De solo pensar en que un terrorista le ponga las manos encima a Nicholas me invade la angustia y debo apoyarme contra la pared. Mi mente evoca imágenes que encuentro abominables, el miedo en sus ojos azules, ese ingenio mordaz silenciado, sus perfectas manos inmovilizadas.

He sido testigo de operaciones de secuestro fallidas, de cuerpos que regresan en pedazos. Entro en pánico y se me nubla la vista al pensar en que Nicholas pueda acabar roto, sangrando, que lo usen como un peón en un juego macabro.

—En cuanto haya novedades, necesito que se me informe de inmediato —logro decir con la voz estrangulada.

—Lo mantendré al tanto de cualquier cambio. Me encargaré de que lo asignen como guardaespaldas personal del príncipe, como PPO 1, por unos días.

—Bien —respondo.

—Y, ¿Eoin?, tiene que ser muy cuidadoso. Hasta que descubramos quién es el topo en el equipo de seguridad, no confíe en nadie.

—Entendido —digo antes de terminar la llamada.

Joder, joder, joder.

Camino como león enjaulado; mis pasos van dejando una huella invisible en la alfombra de la habitación. Cada giro me vuelve a enfrentar a la misma opción imposible.

No puedo irme ahora.

Los motivos por los que debería marcharme siguen siendo los mismos. No tengo la suficiente cabeza fría como para protegerlo. Sintiendo lo que siento, no.

Pero no puedo abandonarlo cuando puede que alguien cercano intente atacarlo.

Vuelvo a comprobar mi arma. Continúo con todos los rituales que me han mantenido con vida durante años de trabajo encubierto con la lacra de Belfast y Londres. Pienso dirigirme a la habitación de Nicholas poniendo el insomnio como excusa por mi presencia, y vigilar a Singh. También les diré a Pierce y Thornton que me envíen

los vídeos de seguridad directamente a mi teléfono. Por la mañana, veré la forma de investigar a mis colegas mientras sigo manteniendo mi coartada a la par que trabajo como guardaespaldas personal de Nicholas.

Y todo mientras intento resistir esta atracción constante y enloquecedora que me arrastra hacia el hombre que he jurado proteger.

Debo recordar que Nicholas no es Nicholas: es el escoltado, el protegido, la misión asignada.

Y haré lo que sea necesario para mantenerlo a salvo.

Capítulo Veintiséis

Nicholas

Tiene sentido que, si viajas a Nueva Zelanda, visites un estadio de *rugby*. Eden Park se extiende ante mí. Un campo sagrado donde Nueva Zelanda ha matado las ilusiones de tantos equipos internacionales, incluidas las de varios ingleses.

El almuerzo en beneficio de la iniciativa Un Nuevo Comienzo parece ser el superevento de la temporada en Auckland, a juzgar por lo abarrotada que se halla la sala de recepción. Jugadores en activo y antiguas leyendas se han congregado para recaudar dinero y ayudar a jugadores cuyas carreras se han truncado por una lesión.

Me ajusto los puños, y busco a Eoin con la mirada de forma automática. Se ha posicionado cerca de la entrada con una postura demasiado rígida, incluso para él.

Algo le pasa. Lo noto en la tensión de su mandíbula, en la manera de escanear la estancia una y otra vez, sin detenerse demasiado en ningún punto en concreto. Cada pocos segundos lleva la mano derecha hasta su auricular, un gesto nervioso que no le había notado antes.

Me he vuelto un experto en el lenguaje de Eoin O'Connell sin siquiera percatarme de haberme apuntado al cursillo. Sé cuál es el ángulo exacto en el que ladea la cabeza cuando escucha algo por el auricular, y la forma en que los rayos del sol impactan sobre el vello

de su barba volviéndola de un tono cobrizo brillante. Su acento irlandés se vuelve más pronunciado cuando está excitado, y...

—Alteza Real —interrumpe mis pensamientos una voz en el momento justo. Las erecciones inapropiadas no van de la mano con las sesiones de fotos de un evento benéfico.

Al girar, me topo con el rostro resplandeciente de la señora Henare, la organizadora del evento.

—No sabe la ilusión que me hace que esté aquí. ¿Le gustaría que le presente a algunos de los jugadores?

—Será un placer. —Jugué al *rugby* en Eton, así que le guardo un cariño especial a este deporte, si bien como jugador era bastante mediocre.

La señora Henare se hace paso entre la muchedumbre y me lleva hasta dos jugadores que reconozco de inmediato.

Aiden Jones, la exestrella de la selección neozelandesa, un estratega excepcional y una pesadilla para la línea de defensa inglesa durante casi una década. A su lado, Tyler Bannings, el joven jugador que relevó a Aiden como apertura titular, y que va camino de convertirse en otra leyenda del deporte.

—Le presento a...

—Aiden Jones y Tyler Bannings —acabo por ella al tiempo que extendiendo la mano, primero a Tyler—. Ese ensayo contra Inglaterra en la semifinal del Mundial aún atormenta el inconsciente colectivo de mis compatriotas, señor Bannings.

—Bannings-Jones, en realidad —informa Tyler mientras me estrecha la mano—. Juntamos los apellidos cuando nos casamos. Queríamos que los comentaristas de *rugby* se ganaran el sueldo con el sudor de su frente.

—Felicidades por el matrimonio.

—Gracias —responde Aiden al darme un firme apretón de manos. En la tele siempre se lo ve taciturno y distante, pero cuando observa a su marido noto dulzura en su mirada.

Mientras tanto, su marido me dedica una sonrisa traviesa antes de decir:

—Los ingleses tenéis una relación muy peculiar con los deportes. Inventáis el *rugby*, *netball*, críquet, tenis..., y luego os dedicáis a ver

cómo otras naciones os ganan.

—Nos gusta pensar que ponemos nuestro granito de arena en el mundo. Aunque creo que nuestros jugadores no se sienten tan caritativos cuando les toca observar la *haka*.

Aiden y Tyler ríen, y luego la conversación deriva en otras cuestiones, como su rol en la organización benéfica que ayuda a jugadores que han sufrido una lesión.

Intento escuchar con atención y comentar cuando corresponde, pero una parte de mi cerebro no puede evitar vigilar a Eoin. Se ha posicionado para poder custodiar ambas salidas, pero sin mirarme directamente. Desde que llegamos hemos hecho contacto visual solo dos veces, y en ambas ocasiones él desvió primero la mirada.

Después de lo de anoche, esta distancia intencional es como una bofetada.

¿Se debe a que Singh estuvo a punto de descubrirnos? ¿Ese desliz lo ha llevado a replantearse... lo que sea que tenemos?

Se me revuelve el estómago de pensarlo, y las burbujas del champán no ayudan.

El resto del almuerzo transcurre en una nebulosa de discursos, subastas y actividades sociales. Me dedico a hacer lo que mejor me sale: camelarme a los benefactores, posar para las fotos, soltar frases ingeniosas que me harán quedar bien en cuanto se mencionen en los periódicos y en las redes sociales.

Al rato, nos estamos preparando para ir al siguiente evento, una visita al set de filmación de Hobbiton. En cualquier otro momento, hubiera gastado bromas del estilo «¿me puedo quedar el anillo que los gobierna a todos?», pero ahora mismo tengo los nervios crispados.

—El coche está esperándolo, señor. —Eoin se materializa a mi lado mientras me despido de Tyler y Aiden. Su voz es profesional, distante. Muy lejos de aquellos susurros compartidos en la intimidad.

—Gracias, oficial O'Connell. —Le inyecto frialdad a mi voz para imitar su formalidad.

El interior del coche es una bendición tras el abarrotamiento de la recepción. Me acomodo en el asiento de cuero y observo el paisaje urbano de Auckland desvanecerse en la distancia mientras nos

dirigimos al campo, en dirección sur. Eoin se halla enfrente de mí con la postura rígida y la mirada fija en las vistas exteriores.

La oficial Blake se ha colocado al lado del conductor, por lo que estamos solos en la parte trasera, dividida por una mampara de privacidad. Es lo más cerca que hemos estado el uno del otro en todo el día.

—¿Me haces el favor de explicarme por qué te comportas como si estuviéramos en una novela de John le Carré? —pregunto en voz baja.

Eoin levanta la cabeza rápido, y me mira a los ojos.

—No es nada de lo que deba preocuparse —contesta, al fin.

El silencio se prolonga entre ambos, más tenso que un alambre de púas.

Mis dedos van hacia mi anillo, y lo hago girar en espiral, igual que mis pensamientos.

Ayer estuvimos piel contra piel, sin barreras de por medio. Incluso susurró mi nombre como si fuese una plegaria.

Ahora mismo, parece de piedra; me es imposible leer su rostro.

De repente, pienso en Daniel.

Él era capaz de pasar de la pasión a la distancia en un santiamén. Y también guardaba secretos.

Me giro hacia la ventanilla en un intento por sofocar una incómoda oleada de pánico. No es lo mismo. Eoin no es Daniel. Ambas situaciones son muy diferentes.

¿Verdad?

Por más que intento autoconvencerme, los paralelismos son llamativos. La repentina distancia emocional después de la intimidad. La sensación de que sucede algo en la sombra que no se me permite ver. Daniel era un experto a la hora de hacerme sentir que mis instintos fallaban, que la distancia que yo percibía era producto de mi imaginación.

¿Qué puedo hacer?

Mi instinto me pide a gritos que me aleje.

Si ha decidido ponerse en este plan, lo trataré con la misma frialdad y distancia. Volveré a meterme en el papel del príncipe intocable. Para eso me sobra práctica.

Pero mi corazón traidor no deja de recordar que anoche, en la intimidad, no tuve que actuar. Que bastó con ser Nicholas. Solo de pensar en encasillarme de nuevo en el sofocante rol del príncipe me entran ganas de darle un puñetazo a algo.

A tomar por culo.

—No insultes mi inteligencia, te lo pido por favor. —Me inclino hacia delante con la vista fija en él—. Tú y todo el equipo de seguridad habéis estado en alerta todo el día. Así que vuelvo a preguntar: ¿qué está pasando?

Eoin duda, y noto la guerra que se desata en su mirada.

—Medidas preventivas. Nada de lo que deba preocuparse.

—¿Nada de lo que deba preocuparme? —repito con incredulidad—. ¿Acaso no soy el puto blanco en esta diana? Me parece que tengo todo el derecho a saber si hay amenazas contra mi persona.

—Lo estamos solucionando.

Que desestime mi comentario me produce un escalofrío en el cuerpo que poco tiene que ver con el aire acondicionado del coche.

No me paro a reflexionar, las palabras comienzan a brotar solas.

—No sabes lo que detesto que me ocultes cosas. Me hace recordar... —Dejo la frase sin acabar al darme cuenta de lo que estaba a punto de revelar. Trago saliva antes de continuar—: Me hace recordar a alguien. Y lo último que quiero es que me recuerdes a esa persona.

—¿No quieres que te recuerde a quién? —Me clava la mirada, afilada como una navaja, pero, de algún modo, con un deje de ternura.

Lo que veo en sus ojos traspasa mis defensas, que se desmoronan como torreón que se rinde ante el paso del tiempo tras siglos de existencia.

Nunca nadie me ha mirado así. Como si lo que voy a confesar fuera importante, y no por mi título o por cómo pueda afectar a las relaciones diplomáticas, sino porque es algo significativo para mí.

—A alguien que conocí en la universidad. Fui lo bastante imbécil como para confiar en él y compartir algo más que mis apuntes —digo, por fin—. Tenía muchos secretos. La cosa no acabó bien. —Menuda obviedad he soltado.

Miro hacia la ventanilla y veo las colinas pasar.

—¿Qué sucedió? —Su voz es tensa.

En cuanto vuelvo a mirarlo, su expresión es intensa, como si quisiera ir en su búsqueda y arrancarle la piel a cachos si no le gusta lo que está a punto de escuchar.

Eoin no me traicionaría. Al ver su rostro, en mi fuero interno sé que esto es así. También hace que me dé cuenta de hasta dónde llega mi atracción por él.

Él es una presencia firme que no sabía que necesitaba, alguien que me ancla al presente, que no tiene reparos en decirme las verdades a la cara cuando los demás se sienten intimidados y ni siquiera lo intentan.

—Ah, la clásica historia de amor juvenil. Y le añadimos ocho meses de entregarle el corazón a un tío para que luego lo destruyera por completo.

Me vienen a la mente recuerdos del hermoso rostro de Daniel.

Cuando nos conocimos, él cursaba su último año en Oxford mientras que yo estaba en segundo. Estudiante de Relaciones Internacionales, inteligentísimo, encantador, con ambición. Un alumno perfecto para Oxford.

Fue mi tutor en un trabajo sobre seguridad internacional en el siglo xx, y me tenía embelesado.

Al principio creía que se trataba de una especie de fascinación a nivel académico, porque admiraba su inteligencia y la seguridad con la que se manejaba en las tutorías. Pero luego me di cuenta de que al corregir mi redacción me quedaba contemplando sus manos. Pensando en cómo se sentirían contra mi piel. El día que nuestras rodillas se tocaron por debajo de la mesa durante una sesión de tutoría, la descarga que sentí en todo el cuerpo no fue nada académica.

Todo era aterrador y excitante al mismo tiempo.

No era la primera vez que me sentía atraído por un hombre, pero sí fue la primera vez que no pude achacarlo a una simple admiración por un exterior bonito, y tuve que reconocer la verdad.

—¿Cómo te rompió el corazón? —pregunta Eoin.

—Cuando mi madre se enteró de nuestra relación, no estuvo de acuerdo. Por supuesto, esto fue antes de lo de Callum, antes de que el público aceptara a un miembro gay en la familia real. Le pareció que lo más apropiado era sobornar a Daniel para que rompiera conmigo. —Las palabras me saben amargas a medida que las pronuncio—. Cincuenta mil libras. Eso es lo que vale el corazón de un príncipe, por lo visto. Me parece casi un insulto. Uno esperaría al menos seis cifras.

La expresión de Eoin se oscurece.

—¿Y aceptó?

—Aceptó. Con ese dinero se financió el máster que hizo en LSE. Lo último que sé de él es que trabaja en un centro de investigación en Washington.

En su rostro percibo rabia, empatía y algo más que no sabría descifrar.

—No se comportaron bien —dice, por fin, con voz baja y áspera—. Ninguno de los dos.

—Sí, bueno, la vida de la realeza viene acompañada de ciertos riesgos laborales. En este caso, madres traicioneras y novios mercenarios. —Trago visiblemente antes de enarcar una ceja—. Así que, como puedes imaginar, que alguien me oculte información me afecta mucho.

—No es lo mismo —dice Eoin.

—¿Te parece? Prefieres que viva en la ignorancia, tomar tú decisiones que afectan a mi vida sin tener en cuenta mi opinión. ¿Qué es tan diferente?

—Que yo... —Se detiene abruptamente, y aprieta la mandíbula.

—¿Que tú qué? —lo apremio.

Sus ojos color gris tormenta se encuentran con los míos.

—Que yo intento mantenerte con vida, no controlarte. Hay una diferencia.

—Desde mi punto de vista, la diferencia no está tan clara —respondo, aunque mi voz ha perdido un poco de fuelle.

Eoin se pasa una mano por la cara, y de repente tiene aspecto de cansado.

—Hay información de Inteligencia que sugiere que habrá un nuevo atentado —dice, al fin—. Por eso estamos en alerta máxima.

Se me corta la respiración.

—¿Para cuándo, exactamente?

—No lo sabemos. Pero por la cantidad de mensajes podría ser pronto.

El coche pilla un bache, y nos sacudimos. Eoin lleva su mano de forma inconsciente a la funda de su hombro como para comprobar que su arma sigue allí.

—Cualquiera pensaría que informar al objetivo es esencial para su seguridad. Tengo derecho a saberlo.

Levanta la vista para mirarme.

—Sí, lo sé. Lo siento.

Esa simple disculpa me toma por sorpresa.

Daniel nunca se disculpó, ni siquiera cuando lo enfrenté tras lo sucedido. Después de mirarme con ojos calculadores, dijo: «Seamos realistas, Nicholas. ¿Qué creías que iba a pasar? ¿Que tu madre y tu abuela me recibirían en la familia real con los brazos abiertos? Esto tenía fecha de caducidad».

Pero la disculpa de Eoin me parece genuina. Continúa sosteniéndome la mirada.

—Yo no soy él —dice, en voz baja, repitiendo lo que ya dijo una vez—. No guardo secretos con la intención de hacerte daño o de controlarte. Pero entiendo por qué lo ves de esa manera.

Mi pecho se relaja un poco.

—Entonces, ¿qué hay que hacer?

—Seguir los protocolos de seguridad. Y mantenerte a salvo hasta que identifiquemos la amenaza. —Sus manos descansan sobre sus rodillas, y la tensión en sus hombros es palpable—. Prometo mantenerte más informado de ahora en adelante.

Asiento, aunque no estoy del todo satisfecho. De momento, elijo aceptar este arreglo.

—Por si sirve de algo —la voz de Eoin es aún más baja—, tu ex fue un imbécil por aceptar cincuenta mil libras a cambio de dejarte.

A pesar de todo, noto cómo se me curva la comisura de la boca.

—¿Ah, sí? ¿Tú qué precio pondrías, oficial O'Connell?

Cruzamos las miradas.
—Ninguno —dice, simplemente.
Y, ¡Dios me libre!, le creo.

Capítulo Veintisiete

Eoin

Detesto las atracciones turísticas.

Puestos a elegir, me quedo con los callejones de los peores barrios de Belfast o de Londres. Al menos ahí sabes de dónde te vienen las amenazas. Pero los sitios con paisajes perfectos como este set de filmación de Hobbiton son una puñetera pesadilla para la seguridad. Envuelta en fantasía technicolor.

—¿Los *hobbits* tienen alguna política particular para las visitas reales? No me gustaría quebrantar algún antiguo protocolo de los segundos desayunos en la Tierra Media. O causar un incidente diplomático con los elfos —dice Nicholas mientras seguimos a la guía turística por caminos sinuosos y agujeros *hobbits*.

Nuestra guía es una «kiwi» vivaracha con un conocimiento enciclopédico sobre Tolkien. Lo acompaña de un talento envidiable para caminar hacia atrás sin tropezarse a pesar de las irregularidades del terreno.

La guía ríe.

—Mientras no se le ocurra rechazar el tentempié de media mañana, no hay problema. Al último noble que lo intentó se lo llevaron detrás de El Dragón Verde para arrojarle setas.

Escaneo al pequeño grupo que tiene el visto bueno para participar de este *tour* privado. Empleados en su mayoría, y unos

pocos vips preautorizados que donaron una cantidad infame de dinero a la caridad. Solo por tener el privilegio de ver a un príncipe fingiendo interés en un set de filmación.

—¿Hay una comunidad de propietarios en Hobbiton? Imagino que el reglamento sobre el color de las puertas y la disposición de los gnomos de jardín debe de ser muy estricto —dice Nicholas arrastrando las palabras.

Nunca deja de sorprenderme. Acabo de confesarle que existe una amenaza terrorista contra él. Aun así, desborda entusiasmo ensayado, y se las apaña para fingir que le encantan las decoraciones del huerto. Y siempre manteniendo una postura perfecta.

Ahora me doy cuenta de que, para él, vivir una vida simulando es aún más problemático de lo que creía.

Tengo atragantado en la garganta lo que me confesó en el coche. Daniel. El novio que cogió el dinero y se las piró, el que le dio a entender que su confianza y su corazón tenían un precio de compraventa, igual que cualquier otra mercancía. Y su propia madre fue la que orquestó semejante traición.

Reflexiono sobre aquel momento en Rosemere Hall. Lo fácil que me dejé conmover por sus lágrimas, como un novato inocente. Con sus artes manipulativas me convenció para que creyera que Nicholas era un desalmado, un desconsiderado. A saber con cuántas personas más lo habrá hecho.

Me invade la vergüenza al recordar esa noche. Lo rápido que juzgué basándome en una actuación sin saber que lo era. El Eoin que presencié esa escena fue el que perdió a su madre. El que no pudo tolerar ver a un hombre tratar a la suya con crueldad. Mi objetividad brilló por su ausencia.

Tan predispuesto estaba a pensar lo peor de él, tan deseoso de confirmar mis prejuicios sobre la monarquía, que caí en las artimañas de su madre sin siquiera cuestionármelo.

Mi madre decía que se puede juzgar a un hombre por cómo trata a su madre. Pero nunca me advirtió de las madres que utilizan el amor de sus hijos como arma contra ellos.

Si añadimos la traición de su hermana, es normal que Nicholas se escude tras el sarcasmo, que sospeche de las intenciones de todo el mundo.

¡Jesús! Lo que siento es tan profundo que ya no puedo salir del pozo.

Tenía claro que ya no podía actuar de forma profesional, y que por eso debía marcharme. Pero mi decisión se vio truncada cuando la evaluación de las amenazas cambió. No puedo abandonarlo ante un enemigo desconocido.

Y ahora, cada hora que paso con él, cada barrera que deja caer, cada secreto que comparte conmigo, me arrastra más y más a las profundidades de algo que me destruirá en cuanto acabe.

Porque acabará.

Los príncipes como Nicholas no se quedan con tíos de barrios marginales, ni siquiera en los cuentos de hadas. Y aunque este parque temático sea la Tierra Media, ni Tolkien hubiera casado a un *hobbit* con la realeza.

Respiro hondo. Debo centrarme en mi tarea: identificar al espía y neutralizar cualquier amenaza para Nicholas.

Ya me preocuparé de recoger los trozos que queden de Eoin O'Connell cuando la misión acabe. Cuando me toque presentarme en una oficina gris de Londres fingiendo no saber cómo suena su voz al pronunciar mi nombre.

—Y por aquí tenemos —anuncia la guía con aire teatral. Sus palabras me devuelven a la realidad— la residencia de Bilbo y Frodo: Bolsón Cerrado. El agujero *hobbit* más famoso de toda la Tierra Media.

La puerta verde es fácilmente reconocible, incluso hasta para mí que solo he visto las películas una vez.

—¿Le gustaría echar un vistazo, Alteza? —pregunta la guía.

Nicholas da un paso hacia delante y dice:

—Por supuesto. Pero temo por mi cabeza.

Con mi instinto de protección en alerta máxima, me acerco un poco en cuanto se aproxima a la puerta redonda. Al abrirla, el sitio resulta ser un decorado con el suficiente espacio como para sacar fotos, no un interior como tal.

—No es tan grande como el palacio de Kensington —dice Nicholas tras ojear el sitio—, pero hay que apreciar lo acogedor que es.

—¿Quiere sacarse una foto, señor? —ofrece la guía.

—¿Por qué no? —responde Nicholas de inmediato—. Aunque tengo la sospecha de que nadie me tomaría por un *hobbit*. Estamos en un rango de estatura muy distinto.

En cuanto se posiciona delante de la icónica puerta verde, vuelvo a analizar mis alrededores. Singh se ubica en la curva del sendero y sus ojos vigilan el terreno de forma constante. Blake, más retrasada, cerca el perímetro. Si bien todo parece en orden, no logro erradicar el hormigueo que me recorre el cuerpo.

—Intentaré no caerme en el agujero. Lo último que necesito es darle munición a la prensa amarilla británica. Ya imagino los titulares: «Nicholas: historia de una ida y una vuelta... en ambulancia», «Padecimiento “real” en la Comarca», «La caída de Mordor, versión príncipe Nicholas». Si es que prácticamente se escriben solos —comenta, lo que provoca una oleada de risitas.

La excursión por el paisaje de ensueño de Hobbiton continúa, con colinas ondulantes y jardines muy pintorescos. Nicholas despliega sus encantos con todos, suelta bromas irónicas comparando su altura con la de los *hobbits*, y hace preguntas inteligentes sobre el proceso de filmación.

Nadie podría sospechar que hace tan solo una hora me habló de una de sus heridas más profundas.

Mientras que yo..., sigo ocultándole información.

La culpa me corroe por dentro. Aunque le he dicho que existe una amenaza real, no sabe que hay alguien de su equipo de seguridad involucrado en toda esta conspiración. Tampoco sabe que no soy un oficial de seguridad, sino un detective encubierto.

No sabe cuál es mi verdadera identidad.

Después de lo que me contó sobre Daniel, de cómo un ser querido traicionó su confianza de la forma más espantosa, apenas puedo soportar el peso de mi engaño.

—Próxima parada, la taberna El Dragón Verde —anuncia la guía al tiempo que señala una construcción con techo de paja—. El sitio

está operativo. Incluso hacemos nuestras propias cervezas artesanales inspiradas en las películas.

Nicholas se pone a mi lado en cuanto nos movemos en dirección a la posada.

—Ya estás de nuevo con ese gesto en la cara.

—¿Qué gesto? —pregunto sin apartar la mirada de lo que nos rodea.

—El que parece que estás calculando mentalmente la trayectoria exacta de cada posible bala, cada cuchillo y cada dardo envenenado a una distancia de cinco kilómetros a la redonda. —Su tono es ligero, pero sus ojos me observan, afilados, cuando llevo la vista hacia él—. Es bastante perturbador.

—Solo hago mi trabajo —respondo.

—Se te da fatal reconfortar a la gente. Lo sabes, ¿no?

A pesar de todo, un lado de mi boca se curva hacia arriba.

—No está contemplado entre mis tareas.

—Qué pena. Cualquiera pensaría que en algún apartado del manual del buen guardaespaldas figura cómo evitar que el escoltado sufra ansiedad por posibles amenazas a su persona.

Al llegar a El Dragón Verde, los del grupo del *tour* van entrando uno a uno, pero yo me aparto para conversar con Singh, quien ha estado vigilando el perímetro.

—¿Novedades? —pregunto bajito.

Niega con la cabeza.

—Todo correcto. Aunque ha llegado un equipo de mantenimiento, y la visita no estaba programada. Están cerca del estacionamiento. Cavendish lo está investigando.

Algo en su postura hace que se disparen las alarmas. Lo veo demasiado rígido, demasiado formal, y no me mira del todo a los ojos. ¿O me he vuelto un paranoico que ve amenazas en cualquier sitio?

—Mantente alerta —digo, y luego sigo a Nicholas a la posada.

El interior presenta vigas de madera sin pulir y rincones acogedores, una recreación perfecta de la película. A Nicholas se lo llevan detrás de la barra para que aprenda a servir cerveza de *hobbit*, y el pequeño grupo que lo rodea lo observa encantado.

Cuando levanta la pinta para brindar al aire, nuestras miradas entran en contacto, y esa calidez inconveniente se expande por mi pecho.

Da igual las veces que me repita que esto, lo que sea que tenemos, va a terminar fatal. Mi cuerpo se niega a escuchar.

Escucho un ruido estático en el auricular seguido de la voz de Cavendish.

—Posible complicación en la entrada principal. Tres individuos sin autorización quieren acceder al recinto. Voy a interceptarlos.

Toco el intercomunicador en señal de reconocimiento, y cambio de posición para monitorear desde un mejor ángulo las entradas a la posada. Blake está apostada en la principal, lenguaje corporal casual, ojos en alerta. Singh ha desaparecido, imagino que para darle apoyo a Cavendish.

Algo no cuadra. Ese instinto que me ha mantenido con vida durante años de trabajo como agente encubierto se empeña en enviarme señales de alarma.

Cuando Blake me mira, le hago una señal sutil con la mano. Asiente, y se encamina hacia la salida trasera para cubrir la posición.

—Señor —lo llamo tras acercarme a la barra—, creo que es hora de continuar con el *tour*.

Lee mi expresión al instante, y apoya la pinta sin cuestionamientos.

—Claro. Aunque ya le estaba pillando el truco al trabajo de cantinero. En mi próxima vida, quizás.

Lo guío hacia Blake protegiéndolo de las ventanas con mi cuerpo. La guía turística nos acompaña, confundida por el cambio de planes repentino.

—¿Pasa al...? —comienza.

La explosión la interrumpe a mitad de palabra.

El sonido reverbera en la estructura de madera, y enseguida se oyen gritos exteriores.

—¡Agáchate! —grito mientras empujo a Nicholas detrás de la barra de madera. Blake se agacha en posición defensiva en la puerta con el arma desenfundada.

—¿Qué cojones...? —pregunta Nicholas.

Mi auricular se activa.

—Se confirma explosión, vehículos comprometidos...

Las palabras me aturden más que la explosión. Por mi cabeza pasan mil escenarios, cada uno peor que el anterior. Si nos han dejado sin medios de transporte, estamos atrapados. Está claro que sabían dónde golpear...

Alguien abrió la boca. Alguien del equipo desveló nuestra ubicación, los protocolos, las vías de escape.

Lo que significa que todo mi entrenamiento ahora mismo no sirve de nada.

—¿Salida alternativa? —pregunto a Blake.

—Por la cocina, luego por detrás —responde sin levantar la vista de la puerta—. Pero a partir de la cuesta es todo terreno abierto.

Se me viene a la mente la sesión informativa: El Dragón Verde da a orillas de un lago. Por detrás, se eleva una cuesta cubierta de hierba. Arriba del todo, la línea de los árboles. Al descender, el estacionamiento del personal. Tendremos que subir la pendiente y exponernos por completo antes de poder bajar hacia los vehículos.

—Es mejor que estar atrapados aquí. —Tomo la decisión al instante—. Blake, coordina con Cavendish. Voy a llevarme al escoltado por la cocina.

Blake duda un microsegundo.

—Según el protocolo estándar, el escoltado debe estar rodeado...

—El protocolo se va a tomar por culo. Alguien acaba de hacer explotar los vehículos de emergencia. —Agarro a Nicholas del brazo—. Nos ponemos en marcha ya.

Todo hay que decirlo: no pierde el tiempo haciendo preguntas o protestando. Me sigue mientras nos desplazamos raudos por la cocina y dejamos atrás a los empleados que, agachados tras oír la explosión, nos miran con los ojos desorbitados.

En la puerta trasera me coloco delante de Nicholas para servir de escudo humano entre él y lo que sea que nos espera fuera. Veo a través de la ventana la cuesta cubierta de hierba que se extiende hacia arriba. El sol de verano calienta la superficie amarronada. No hay donde cubrirnos hasta que alcancemos los árboles de la cima.

—En cuanto salgamos, te quiero siempre detrás de mí —le digo sin girarme—. Hay que llegar a esos árboles de ahí. El estacionamiento está del otro lado.

—Entendido.

Abro la puerta. En cuanto salgo, busco de inmediato las posibles amenazas. El calor de la tarde pega con fuerza tras el fresco del interior.

Comenzamos a subir la cuesta, y coloco mi cuerpo de modo que proteja a Nicholas lo máximo posible. La hierba seca cruje bajo nuestros pies, y la cuesta es más escarpada de lo que parecía desde abajo. A cada paso nos exponemos; bajo los rayos del sol, somos el blanco perfecto en contraste con la ladera.

A mitad de camino, se oyen unos gritos.

Joder.

Alguien ha descubierto nuestra retirada.

—Sigue moviéndote —apremio.

Los primeros disparos se oyen en el aire en cuanto nos acercamos a la línea de árboles. Empujo a Nicholas al suelo y cubro mi cuerpo con el suyo mientras las balas se alzan por encima de nuestra cabeza.

—*¡Hakī!* —El grito, lleno de rabia, viene desde abajo—. *¡Hakī!*

No tengo ni idea de lo que significa, pero no hay tiempo para reflexiones. Los árboles están a diez metros de distancia.

—*¡A gatas!* —ordeno—. *¡Rápido!*

Nos desplazamos con manos y rodillas mientras la hierba seca nos raspa la piel expuesta. Más disparos. Pero son tiros a ciegas, estamos demasiado cerca de la cima, por lo que no tienen un buen ángulo de visión.

Con el corazón en la boca, logramos llegar a la hilera de árboles. Por entre medio de los troncos se vislumbra el descenso hacia el estacionamiento. El camino está salpicado de varias plantas locales.

—Hacia abajo, por el otro lado —ordeno—. Siempre agachado, y usa las plantas para ocultarte.

Nos colamos por entre los árboles y comenzamos el descenso en parte dejándonos resbalar sobre la tierra suelta. Detrás, los perseguidores llegan a la cima, y sus gritos se oyen más de cerca.

Una docena de coches en el aparcamiento se tuestan bajo el sol abrasador de la tarde. Veo un Toyota Hilux oscuro cerca de la salida. Robusto, anodino. Es de conocimiento popular que este tipo de *pick-ups* son fáciles de arrancar.

—Esa —señalo.

En cuanto acabamos el descenso, corremos por el asfalto, totalmente expuestos.

Uso mi cuerpo para proteger a Nicholas a la par que compruebo las puertas del Hilux. Cerrado, por supuesto. Nunca me lo ponen fácil.

—Quédate agachado —dirijo; luego, le doy un violento codazo a la ventanilla del conductor. El vidrio de seguridad se agrieta y se derrumba. Acto seguido, la alarma comienza a sonar.

Paso la mano por la ventanilla para abrir la puerta y tiro de Nicholas para que entre al coche.

Se desliza hasta el asiento del copiloto, y en cuanto yo entro, examino el arranque.

—¡Eoin! —La advertencia de Nicholas interrumpe mi concentración.

Me giro para ver a uno de los atacantes a mitad de la bajada, arma en mano. Joven, pinta de militar, su rostro acusa determinación. Me contoneo y disparo dos veces, por lo que lo obligo a buscar refugio. Enseguida vuelvo a concentrarme en la tarea contrarreloj de puentear el vehículo.

Los cables están en el sitio que toca. Pelar, retorcer, encender. Cuando el motor cobra vida, se oyen más disparos a un lado de la *pick-up*. El sonido de las balas que atraviesan el metal es inconfundible, imborrable.

—¡Agáchate! —grito al tiempo que una bala hace añicos el cristal trasero y el vidrio de seguridad se desparrama por todo el asiento.

Pongo el coche en marcha atrás y retrocedo a toda prisa con los neumáticos chirriando contra el asfalto, para luego volver a cambiar la marcha hacia delante.

—Sujétate —adviento antes de acelerar hacia la entrada de mantenimiento.

La puerta revienta por el impacto, y el sonido del metal y la madera al ceder es gratificante. Luego, viro hacia una vía secundaria apretando el acelerador lo máximo que puedo. A pesar de las protestas, el motor aguanta.

Por el retrovisor veo unas figuras que corren hacia los vehículos del aparcamiento. Nos perseguirán, pero llevamos ventaja. Puede que sea suficiente.

O eso espero.

—¿Te han dado? —pregunto, dividiendo mi atención entre Nicholas y la carretera.

—No. —Se pasa la mano por el torso para comprobar—. ¿Y a ti?

—Estoy bien. —Todavía tengo la adrenalina bombeándose por todo el cuerpo, por lo que me tiemblan las manos al intentar aferrarme al volante.

Lo de «bien» es relativo. Pero estamos vivos. Eso es lo que importa.

—¿Cómo sabes puentear un coche?

—Tuve una juventud rebelde. —Giro el volante con brusquedad en la primera esquina. Debo concentrarme en conducir, en las vías de escape, en mantenernos con vida—. Mira en la guantera. ¿Algo útil?

Nicholas rebusca con manos más firmes que las mías.

—Permiso de circulación, linterna, pañuelos desechables. A no ser que sonarnos la nariz nos ayude a escapar, no veo nada que nos dé una ventaja táctica.

A pesar de todo, del miedo, de la adrenalina, de la posibilidad muy real de que estemos en peligro, noto mi semisonrisa. En medio de un intento de secuestro, el ingenio de Nicholas sigue intacto. Es tan «él» que mi pecho se afloja un poquito.

Con un giro brusco, me meto por una carretera más amplia, lo que nos pone a mayor distancia de los perseguidores. El velocímetro indica que he pasado el límite legal, pero es lo último que me preocupa.

El paisaje campestre de Nueva Zelanda es un borrón tras los cristales. Todas esas colinas ondulantes y pintorescas que

admiramos de camino aquí ahora son obstáculos que nos impiden ponernos a salvo.

Si es que eso de ponernos a salvo aún es viable.

Hago un inventario mental: un vehículo robado, ningún refuerzo en el que pueda confiar y la Glock en mi cadera con dieciocho cartuchos. Adquirir el permiso diplomático fue una pesadilla, y aun así, con las restricciones de Nueva Zelanda, solo puedo llevar un tercio de la munición.

Dieciocho balas entre nosotros y lo que sea que se nos viene.

He estado en situaciones peores, pero no muchas.

—¿Y los otros? —pregunta Nicholas, y al notar la preocupación en su voz me centro en él—. ¿Blake? ¿Cavendish?

—Si escaparon, se pondrán en contacto con la central. —Me aferro al volante con más ahínco—. Pero ahora mismo no podemos confiar en los protocolos estándar.

Capítulo Veintiocho

Nicholas

—¿Adónde vamos? —pregunto. Los nudillos de Eoin están blancos de tanto apretar el volante, y parece que masticara vidrio.

—No lo tengo claro —responde.

Esto me da mala espina. Algo no va bien. Y no me refiero al hecho de que un grupo terrorista me haya atacado por segunda vez en una semana.

Aquí se cuece algo más.

Analizo a Eoin, que lleva los ojos de la carretera al retrovisor constantemente.

—Entonces, ¿cómo nos vamos a reunir con los demás?

—No está contemplado —responde, sin más.

Un sudor frío me recorre el cuerpo. Mis dedos se curvan de forma involuntaria y se aferran al asiento de cuero.

—¿Por qué no vamos a reunirnos con los demás? —exijo saber.

—No me fío de los otros miembros del equipo de seguridad.

Mi mente se queda analizando sus palabras durante unos segundos.

—Crees que uno de ellos está implicado. —No es una pregunta, sino una afirmación.

—Sí.

La idea de que uno de mis propios oficiales de seguridad sea un traidor me atenaza el estómago. Siempre estoy rodeado por ellos; saben cada paso que doy. Y si bien su presencia es irritante, y suelo quejarme de los protocolos, jamás he cuestionado su lealtad.

Qué inocente soy. En serio, soy muy muy ingenuo.

Se me vienen a la cabeza los rostros de cada uno de ellos.

—¿De quién sospechas? —pregunto.

—No lo tengo claro. Pero debemos poner la máxima distancia posible para mantenerte a salvo. Pronto cambiaremos de vehículo. Y tendré que establecer una línea segura para llamar a Pierce y que nos envíe un equipo de extracción.

Creo que Eoin habla más para sí mismo que para mí.

—¿Un equipo de extracción? —repito. Las palabras me parecen extranjeras, como si de repente fuese el protagonista de una película de espías—. Lo dices como si estuviésemos detrás de las líneas del enemigo en zona de guerra.

—No es tan descabellado. —Coge una curva cerrada hacia una carretera más angosta en tierra de pastoreo—. Necesitamos gente en la que poder confiar a ciegas, y la lista ahora mismo es más bien corta.

—Entonces, ¿tu plan cuál es, exactamente? ¿Conducir por la Nueva Zelanda rural en un coche robado hasta que aparezca el rescate como si fuese la puta caballería?

Sus ojos se cruzan con los míos por un momento antes de volver a la carretera.

—Sí, eso mismo —contesta.

—Fabuloso. ¿Y si hacemos una pausa para merendar con los *hobbits* ya que estamos? Por si Gandalf nos ofrece alguna solución mágica.

—Que tu humor siga intacto es una buena señal —dice Eoin.

Echo dardos por los ojos.

—Alguien intenta secuestrarme, dispararme y hacerme explotar por los aires. Por si fuera poco, descubro que uno de los agentes que deben velar por mi vida en realidad intenta deshacerse de mí. Creo que me puedo permitir un poco de sarcasmo.

—Está claro. Pero centra tu energía en estar alerta. Quien sea que está detrás de esto cuenta con recursos e información privilegiada. No se darán por vencidos solo porque hoy hayan fallado.

Me giro para mirar hacia atrás, y casi espero encontrarme con una caravana de coches negros persiguiéndonos.

—¿Quién más estará involucrado? Si alguien del equipo lo está, ¿qué hay de Cavendish? ¿Y la seguridad de palacio?

Su silencio me lo dice todo.

—¡Dios bendito! —suelto, pasándome una mano por el pelo—. ¿En quién puedo confiar?

Despega los ojos de la carretera por un instante para mirarme.

—En mí.

La convicción de su voz es como salir de una estancia fría y toparme de forma inesperada con los rayos del sol. Me aterra lo mucho que necesito creerle.

—¿Cómo sabes que un miembro del equipo de seguridad está implicado? —pregunto.

Tensa un músculo de la mandíbula antes de responder.

—Me colocaron como guardaespaldas con el objetivo de encontrarlo. —Sus palabras son medidas, precisas—. Según la Inteligencia de Scotland Yard, era posible que alguien cercano a ti le estuviera pasando información al mismo grupo que orquestó el secuestro de Matheson y Webley. Mi misión es identificar al traidor.

Si bien el aire se cuela por las ventanillas de la *pick-up*, de pronto no hay suficiente.

¿Eoin me está diciendo que sabía desde el principio que alguien del equipo podía estar infiltrado?

—A ver si te he entendido bien. No eres un oficial de seguridad. Eres..., ¿qué? ¿Un detective? ¿Un agente encubierto? —Mi voz registra una calma peligrosa.

—Sí, soy agente encubierto en la MO3, la Unidad de Policía Encubierta de Scotland Yard.

La traición me corroe por dentro.

—Entonces, hoy, cuando se suponía que me estabas diciendo la verdad, te dejaste en el tintero algún que otro detalle relevante. —

Mi tono es un témpano de hielo.

Eoin hace una mueca, como si le doliera.

—Lo siento. Quería contártelo, pero no podía poner en peligro la investigación. Cuanta más gente conociera mi verdadera identidad, más grande era el riesgo. Tenía órdenes directas de mantener mi tapadera, a cualquier precio.

Se me oprime el pecho, igual que si alguien me comprimiera las costillas con un tornillo de banco.

Es la misma sensación que tuve hace tres años en la sala de estar de mi madre cuando me enseñó un extracto bancario para demostrar que todo aquello en lo que yo creía era mentira. El acento es distinto, también las circunstancias, pero el engaño sigue siendo el mismo: alguien en quien confío ha estado interpretando un papel, guardando secretos, tomando decisiones sobre mi vida sin decírmelo y sin mi consentimiento.

Si añadimos la traición de Amelia, empiezo a sospechar que tengo una maldición, que hay algo en mi ADN que atrae a los traidores.

Llevo la mano directa a mi anillo grabado y, mientras lo giro una y mil veces, intento reconciliar todo lo que sabía sobre Eoin con esta nueva imagen, más desagradable.

Por supuesto que es un infiltrado. Estaba claro que la única persona con la que me siento capaz de dejar caer mi máscara tenía que ser la que lleva puesta la más grande de todas.

—O sea, eres lo bastante profesional como para ocultar que en realidad eres un agente encubierto, pero no para abstenerte de follarme. Un dato muy esclarecedor sobre cuáles son tus prioridades.

—Nicholas...

—¿O lo de acostarte conmigo era parte de la coartada? Tus compañeros de equipo jamás sospecharían de tu tapadera si estabas ocupado tirándote al escoltado. ¿Lo de cómo seducir a la realeza para ganarte su confianza te lo enseñaron en Scotland Yard o fue por iniciativa propia?

—Por supuesto que no... —empieza Eoin, pero lo interrumpo.

—Una técnica fascinante. Hacer que el príncipe confíe en ti, que se abra sobre los traumas de su pasado, ¿para qué?, ¿para incluirlo

en el informe oficial? «El escoltado muestra vulnerabilidad en relación con su progenitora. Se recomienda explotar esta faceta para recabar más información».

—¡Nicholas! —ruge Eoin. Desvía el vehículo hacia un lado de la carretera y se queda mirándome fijamente, con el pecho agitado. La vena de su sien late con fuerza mientras que sus ojos grises se han oscurecido imitando una tormenta invernal. Cuando por fin habla, su acento es más pronunciado que nunca.

—¿Eso piensas? ¿Que jugué contigo? ¿Que...? Por Dios, Nicholas. —Se pasa la mano por el pelo con vehemencia—. He arriesgado mi carrera, mi reputación, todo aquello por lo que he trabajado desde que salí de los barrios marginales de Belfast, por ser incapaz de alejarme de ti. He quebrantado el protocolo cada vez que hemos estado juntos. Es una falta tan grave que podría perder mi trabajo. Después de lo que sucedió anoche, a punto estuve de pedir que me reasignaran a otra misión. Sabía que estaba tan implicado emocionalmente que no había otra solución. ¿De verdad crees que es parte de una puta estrategia?

Tengo los labios entumecidos.

—¿Y por qué no pediste que te reasignaran? —logro preguntar.

—Porque me enteré de que definitivamente hay un infiltrado en el equipo de seguridad, y tenía que mantenerte a salvo. —Respira hondo al tiempo que se pasa la mano por la cara—. Tienes todo el derecho a estar enfadado porque te oculté mi verdadera identidad. Y no te hablé de la misión. Pero no te permito que etiquetes lo que pasó entre nosotros como una mera maniobra táctica.

Quiero creerle. Necesito con desesperación creer que los momentos que pasamos juntos no se debieron a que estaba haciendo su trabajo. Que cuando mira ve al verdadero Nicholas, no una investigación o al príncipe sustituto.

Pero también le creí a Daniel cada una de sus palabras, y ya sabemos cómo me fue.

Noto que me vuelvo a poner la coraza; empieza a invadirme una sensación de adormecimiento familiar. Es el mecanismo de defensa que me ayudó a sobrellevar el abandono de Daniel esas primeras semanas, después de que me enteré de lo que hizo mi madre. Es

más fácil así: dejar que mi corazón vuelva a rodearse de hielo, levantar paredes que, como un tonto, había comenzado a derribar.

Al menos cuando ya te esperas una traición no te deja boqueando como pez fuera del agua.

Aparto la mirada.

—Ponte en marcha. Me persiguen unos terroristas, ¿recuerdas?

Capítulo Veintinueve

Eoin

Mierda.

Le he hecho daño a Nicholas. Era lo último que quería hacer.

El silencio entre ambos se hace asfixiante en este espacio reducido de la camioneta robada.

—Tengo que comunicarme con Scotland Yard —murmuro.

Vuelvo a arrancar el vehículo, pero por poco tiempo. Enseguida giro por una vía agrícola estrecha y apago el motor detrás de una hilera de pinos que nos protegen de la carretera principal.

—Espera aquí —digo. No me responde, ni siquiera me mira cuando me apeo.

Saco el teléfono seguro de la chaqueta, y me alejo lo suficiente como para que no escuche mientras mantengo el contacto visual a través del cristal delantero. Thornton responde al segundo tono.

—¿O'Connell? ¡Santo Dios! ¿Dónde está? Nos ha llegado información de que hubo un ataque...

—La misión está comprometida —lo interrumpo—. Ataque en Hobbiton, coordinado. Varios enemigos. Sabían con exactitud dónde estaríamos.

—¿Víctimas?

—Desconocido. Blake y Cavendish estaban allí, pero nos separamos. Singh... —Hago una pausa al darme cuenta de que no sé

dónde se fue antes de la explosión—. No sé en quién confiar.

—¿Situación?

—Tengo al príncipe. Estamos a unos treinta kilómetros del atentado en una camioneta robada. Necesito un equipo de extracción fiable. No pueden ser locales ni nadie de nuestro equipo de seguridad.

—Es complicado con tan poca antelación —dice con voz tensa—. Nuestros recursos en Nueva Zelanda son limitados. Pierce está de camino. Llegará a Singapur en breve. Lo llamaré cuando esté en el avión para ponerlo al tanto.

—Necesitamos una ubicación y un medio de transporte seguros. Yo solo no puedo garantizar su seguridad por mucho más tiempo.

—En cuanto Pierce aterrice planificaremos la estrategia. Por ahora, deben seguir en movimiento.

—Es lo que haremos.

—Manténgase en contacto.

—Sí, señor.

Al acomodarme en el asiento del conductor percibo su mirada de hielo sobre mí. Sin mediar palabra, arranco la camioneta y vuelvo a la carretera. Esta opresión que me atenaza el pecho nada tiene que ver con la persecución de los terroristas.

Las facciones de Nicholas se han transformado. Ha vuelto a ponerse esa máscara aristocrática de las ceremonias y las recepciones: cordial, distante; imposible de descifrar. Mientras, su vista permanece fija en la ventanilla.

Pero sé qué esconde debajo. Lo he visto abrirse, vulnerable, riendo. He probado la sal sobre su piel. Y ahora, que levante de nuevo las barreras, saber que se está replegando en sí mismo por mi culpa, me produce un vacío en el estómago.

Si tanto daño le he hecho, ¿significa eso que le importo? ¿Que lo nuestro no fue solo por lo estimulante de un romance prohibido? ¿O para demostrar que puede tener aquello que no debe? Quizás me he convertido en algo más que un tipo de clase baja excitante, que una rebelión contra toda una vida de cumplir con la etiqueta.

La sola posibilidad me constriñe aún más el pecho. ¡Jesús! ¿Y si he jodido algo bonito antes de que pudiera comenzar?

Me gustaría extender la mano hacia el asiento de al lado y tocarlo, obligarlo a que me mire. Pero la mantengo en el volante.

Estamos llegando a las afueras de una ciudad. Leo su nombre en un cartel.

Rotorua.

Creo que es mejor, por el bien de los presentes, no intentar pronunciar ese nombre en voz alta con mi acento irlandés cerrado.

—Tenemos que cambiar de coche —digo.

—Si algo he de reconocer es tu conocimiento excelso de los vehículos de escape. ¿El robo de coches es parte del plan de estudios de Scotland Yard o es una optativa?

Aunque el desdén en su voz es una puñalada en el corazón, también «escucho» lo que subyace tras sus palabras.

Dolor.

En estas últimas semanas me he vuelto un experto en Nicholas Alexander, en percibir los microcambios en su expresión, las sutiles variaciones de su voz. Ahora mismo, debajo de ese sarcasmo hay un dolor lacerante.

Por mi culpa.

Por culpa de mis mentiras necesarias.

No le contesto. Si empiezo un combate verbal con Nicholas en este momento, será como meterme en el cuadrilátero con los ojos vendados para enfrentarme a un campeón. Viene armado con todo su ingenio principesco y una ira justificada.

En cambio, yo no tengo más que principios morales dudosos y remordimientos.

Un destello verde llama mi atención. Es un cartel a un lado de la carretera: «Wai-O-Tapu. Área termal». Bien. En las atracciones turísticas hay coches de alquiler, es decir, vehículos genéricos con sistemas de seguridad básicos. Enciendo el intermitente, me salgo de la carretera principal y sigo las indicaciones hasta un estacionamiento amplio enclavado en un paisaje humeante, casi místico. Unas columnas de vapor se elevan desde la tierra, lo que le da al sitio un aire apocalíptico, igual que mi estado de ánimo en este momento.

Es el lugar perfecto para salir de cacería.

Me dirijo hacia el final del todo, donde las cámaras de seguridad no podrán vigilarnos tan de cerca, justo detrás de una hilera de coches de alquiler. En cuanto me bajo del coche, el tufo me da de pleno: huevos podridos y minerales, el olor de las entrañas de la tierra.

Nicholas sale del coche y arruga la nariz.

—Qué aroma tan... poco agradable —comenta.

—Debe de ser el azufre, por la actividad geotérmica.

—Es casi tan nauseabundo como tus mentiras —responde, como si nada.

Lo ignoro y me concentro en evaluar el aparcamiento para dar con un vehículo de «sustitución». Necesitamos algo que pase desapercibido y con la suficiente gasolina para alejarnos lo máximo posible de la zona.

Un Toyota Corolla de gama media se halla a tres coches de distancia, ubicado justo en el punto muerto de la cámara. No es ni demasiado nuevo ni demasiado viejo, y, a juzgar por el marco de la matrícula, sin personalizar, es posible que sea de alquiler. Poco memorable. Perfecto.

—Espera aquí —musito mientras tiro de la manga de la chaqueta y me cubro la mano.

—¡Maravilloso! —Nicholas me sigue a pesar de mis instrucciones—. He adquirido un asiento en primera fila para observar un espectáculo criminal. ¿Tomo nota para futuros escándalos de la realeza? ¿Voy preparando un comunicado para cuando nos arresten? «El príncipe evade a los terroristas y decide embarcarse en una vida de delincuencia».

Le echo una mirada de advertencia antes de revisar los sensores de la alarma. En cuanto me topo con uno, deslizo el codo tapado con la manga por la ventanilla del conductor y aplico presión hasta que cede con un sonido sordo.

—Qué técnica más pulida —comenta Nicholas apoyado sobre un coche cercano—. Quizás cuando estemos a salvo de secuestros y posibles ejecuciones, me podrías enseñar otros talentos ocultos. ¿Forzar cerraduras? ¿Falsificaciones? Siempre he pensado que el

currículo de la realeza debería incluir actividades extra más emocionantes.

La alarma no pita. «¡Gracias por este pequeño milagro, señor!». Me deshago del cristal de la ventanilla, paso la mano para abrir la puerta y entro.

—La rapidez con la que has hecho eso es alarmante. ¿Debería preocuparme la seguridad de las joyas de la Corona?

—Para eso se necesitan otras habilidades —contesto al tiempo que me agacho para maniobrar por detrás de la columna de dirección. La familiar maraña de cables me da la bienvenida como si fuésemos viejos amigos.

—Intenta no electrocutarte, por favor —advierte Nicholas una vez se sube al asiento del copiloto—. No me gustaría tener que explicarles a las autoridades locales qué hago en un vehículo robado junto a un irlandés chamuscado.

El motor enciende con un ruido que me suena a gloria, y lo pongo marcha atrás.

—Tu capacidad para el crimen a pequeña escala es impresionante y, al mismo tiempo, algo perturbadora —continúa mientras conduzco hacia la salida del estacionamiento—. ¿Por eso te eligieron para esta misión? «Enviad a O’Connell, es moralmente flexible y se le dan bien las labores manuales».

Siento un calor que me sube por el cuello a la par que me incorporo en la autopista. He tenido más que suficiente, no puedo tolerarlo más.

—¿Te sientes mejor machacándome? —pregunto—. Si es así, adelante. Puedo soportarlo. Pero que sepas que me doy cuenta de lo que estás haciendo. —Le echo un breve vistazo—. Lo de siempre, utilizar el humor para ocultar tus verdaderos sentimientos.

Sus ojos azules refulgen de furia.

—¡Que te follen! —contesta con vehemencia.

—Eso ya lo hicimos. Y, si la memoria no me falla, fue increíble.

Se queda completamente pálido, excepto por un rubor furioso en la parte superior de sus mejillas. Es igual a uno de esos retratos de nobles que cuelgan de las paredes del palacio.

Precioso. Frío. Intocable.

—No tienes ningún derecho. —Baja la voz a niveles peligrosos—. No tienes derecho a hacer como que me conoces, como que entiendes lo que siento. Menos después de... —Se interrumpe para mirar por la ventanilla con la mandíbula tan apretada que puedo ver un músculo moviéndose bajo la piel.

—No tienes derecho a follarme y psicoanalizarme en la misma semana —acaba, por fin—. Decídetе, «detective».

El silencio se extiende entre ambos.

Mantengo los ojos en la carretera; mis nudillos están blancos de aferrarme con fuerza al volante.

Porque tiene razón. Necesito tomar una decisión.

Que no fuera capaz de hacerlo nos ha costado caro.

Capítulo Treinta

Eoin

El Toyota robado huele a ambientador de pino y a café para llevar.

Aprieto el acelerador. Los terroristas nos persiguen. Debo mantener a salvo a Nicholas.

Decido no mirarlo. Quiero darle espacio para que lo procese todo sin necesidad de hacerse el fuerte solo porque yo estoy aquí. Dios sabe que ya tiene bastante gente que lo obliga a ponerse máscaras.

Cuando por fin rompe el silencio, su voz es controlada, intencionada, es el príncipe en pleno dominio de sí mismo.

—En fin, dime, ¿las mentes brillantes de Scotland Yard tienen idea de quiénes son los terroristas que me persiguen? ¿Se sabe qué los ha enfadado tanto como para tomarse la molestia de convertirme en su objetivo?

Dudo, y Nicholas me clava su fría mirada.

—¡Joder, Eoin! No seguirás ocultándome cosas, ¿verdad? Supongo que te das cuenta de que en esta situación es mejor ser francos. ¿O es que necesito una autorización de seguridad de nivel superior? ¿Ofrecer algún favor como miembro de la realeza?

De nuevo tiene razón.

¿Por qué mi instinto natural es el de resguardarlo de todo lo malo, incluso ahora? No es por el protocolo, es algo más profundo, algo instintivo.

Quiero protegerlo de las miserias de este mundo.

Siempre he asumido el rol de cuidador en mi familia. Incluso antes de la lesión, Malachy era el hermanito al que debía proteger porque se metía en problemas por bocazas.

Pero Nicholas quiere que formemos un equipo.

Trabajo mejor en solitario. En parte por eso elegí ser un agente encubierto. Primero en las fuerzas policiales de Irlanda del Norte, luego en Scotland Yard, me gané la reputación de lobo solitario que consigue buenos resultados. Los compañeros suponen variables que no puedo controlar. Me fío de mi instinto, de mi adiestramiento, de mi habilidad para adaptarme sobre la marcha. Sin nadie con quien coordinar, con quien llegar a acuerdos, a quien proteger, solo debo centrarme en el objetivo de la misión. Me ha funcionado bien, me ha mantenido con vida en operaciones que supusieron la muerte de hombres más capaces. Pero ahora, con Nicholas, con este hombre exasperante e imposible..., me encuentro en aprietos.

Por primera vez, tanto la misión como el objetivo se han entrelazado de forma catastrófica e irremediable.

—Aún no se sabe quién está detrás de esto —reconozco—. Este grupo no sigue los patrones habituales de los grupos terroristas.

—¿Cuál es la diferencia?

—No existe una conexión evidente entre los sospechosos que hemos capturado como para que tengan un motivo en común.

—¿Estás seguro de que no se trata de activistas anticoloniales de la zona que intentan desbaratar la gira?

—No. Las nacionalidades son demasiado diversas como para tratarse de terroristas locales. Creemos que tiene relación con el secuestro de Matheson y Webley. Alguien intenta hacer daño a las instituciones del Reino Unido. No comprendemos por qué la han emprendido contigo y no con el príncipe de Gales.

—Qué reflexión tan encantadora. Casi que les tengo que dar las gracias porque en esta ocasión no se han olvidado del príncipe sustituto.

—Dios sabe que, si lograsen secuestrarte, tras una semana de soportar tus gracias nos pagarían ellos a nosotros para que te rescatemos—suelto.

—Me liberarían junto con una disculpa formal, y exigirían el importe del psicólogo por el estrés postraumático que sufren sus hombres —dice Nicholas con una ligera expresión burlona.

Ese atisbo de humor autocrítico solo hace que quiera tocarlo. Logro contenerme porque sé que no es lo que necesita en este momento.

—Entonces, ¿el objetivo es pedir un rescate? Es decir, si no quieren matarme, ¿qué es lo que buscan? —pregunta.

—No tenemos ni idea.

Me mira de soslayo.

—¿No se supone que en Scotland Yard están las mentes más brillantes? ¿O es que han estado muy ocupados enseñando a sus agentes el arte de seducir a nobles?

—Otra pulla más que pienso ignorar —contesto.

—Pues si no vas a participar en mis conversaciones ingeniosas, supongo que tendré que enfocar mi inteligencia en descubrir lo que se le escapa a Scotland Yard.

—Espléndido. Hazme el favor de encontrar al oficial de tu equipo que quiere verte muerto, así me ahorras las molestias.

Hay cierto resentimiento tras mis palabras. No me enorgullece haber fallado en mi misión.

—Intentaré dar lo mejor de mí —responde.

Luego, permanece callado con la mirada fija en algún punto invisible tras el cristal delantero mientras da golpecitos contra su muslo a un ritmo irregular.

Aunque mantengo la vista en la carretera, no puedo evitar mirarlo de reojo cada cierto tiempo y percibir los cambios sutiles en su expresión. Arruga el entrecejo, lo relaja, y vuelta a empezar. Sus dedos elegantes no paran quietos. Al rato, el movimiento se detiene de forma abrupta y se endereza.

—Has dicho que las nacionalidades son diversas. ¿A qué te referías exactamente?

—Del intento de secuestro de Matheson y Webley capturamos a un ruso, un egipcio, un chipriota y un australiano, aunque creemos que el ruso era un mercenario contratado. En el atentado de Darwin había gente de Malasia, Canadá, Bangladesh y Sudáfrica. Todos

exmilitares o de fuerzas especiales. Sin antecedentes previos. No logramos encontrar una ideología o una causa en común.

Como respuesta a mis palabras, saca el móvil del bolsillo. Enseguida llevo mi mano a la suya para detenerlo.

—No te metas en Internet. Si aún no se sabe quién es el traidor, puede que tengan acceso a los datos de las autoridades y que determinen nuestra ubicación por triangulación.

Nicholas aparta mi mano de un tirón, como si quemara.

Se queda flotando en el aire tontamente por un segundo antes de que la vuelva a colocar en el volante.

Tras tragar saliva, endereza los hombros.

—Tengo que investigar algo. ¿Podemos comprar un móvil desechable en la siguiente ciudad?

Dudo.

—Es arriesgado. Nos podrían captar las cámaras de seguridad.

—Creo que es un riesgo necesario. Y en caso de que nos tengamos que separar nos vendrá bien otra línea para comunicarnos.

Me da un vuelco el estómago ante la idea de separarme de Nicholas, de tener que dejarlo solo, expuesto.

—¿Me vas a contar qué quieres investigar?

—Menos averigua Dios, y perdona.

—Nicholas —digo en tono de advertencia.

—Ya, ya. Que alguien te oculte información es de lo más frustrante, ¿no?

Nuestras miradas se cruzan por un instante, y la intensidad de sus ojos me recuerda la forma en que me miró anoche.

Me fuerzo a devolver la vista a la carretera.

Analizo las posibles consecuencias de comprar un móvil desechable. Estamos a hora y media de distancia de los secuestradores potenciales y hemos cambiado de vehículo, por lo que me siento un poco más tranquilo.

Debo volver a comunicarme con Scotland Yard; ojalá Thornton tenga novedades sobre el plan de extracción.

A fin de cuentas, tiene razón, los móviles desechables son prácticos. Sobre todo si nos separamos.

Por suerte, creo que estamos llegando a otra ciudad.

Taupō.

El sitio tiene un lago enorme que se extiende en la distancia; al otro lado, tres volcanes acechantes se asoman como unos gigantes durmientes.

Aparcamos en el estacionamiento de la oficina de turismo.

—Tenemos que camuflarnos —digo, a la par que abro el maletero para ver qué nos han dejado nuestros benefactores anónimos.

Me encuentro con un surtido de indumentaria casual típica de turistas que clama al cielo «norteamericano cincuentón de vacaciones». Le lanzo a Nicholas una gorra sin estrenar que lleva estampada la palabra «Rotorua», una camiseta de un amarillo cegador con un dibujo de un pájaro kiwi, y unas bermudas que distan de estar en su plenitud.

—Tu vestimenta principesca —indico mientras me hago con una camisa hawaiana con dibujos de piñas. Cuando la abotono con la funda de la pistola debajo, noto que me queda demasiado ajustada.

Nicholas sujeta su camiseta con dos dedos, como si le fuese a morder.

—La monarquía ha sobrevivido a plagas, guerras, crisis constitucionales, y vengo yo a enfrentarme a la peor amenaza de todas: ropa de poliéster de turistas.

—Tenemos que pasar desapercibidos.

Se mete en el coche con reticencia y sale unos minutos después. El príncipe aristocrático ha desaparecido. Ante mí se encuentra un turista desgredado con una camiseta demasiado amplia, y bermudas que ha ajustado con una especie de cinturón trenzado con abalorios de madera.

—Parezco uno de esos que colecciona imanes para la nevera y se pone a debatir con los guías turísticos sobre cuestiones de rigor histórico —comenta al tiempo que se acomoda la gorra de béisbol en su cabello oscuro.

—Estás bien —respondo.

Nicholas me escudriña de arriba abajo y, tras curvar el labio con desagrado, dice:

—De todos los delitos que estamos cometiendo hoy, creo que el delito contra la alta costura es el más terrible de todos.

No puedo evitar un resoplido. Al escucharme, se queda paralizado y abre mucho los ojos, como si mi risa fuese una criatura poco común, en peligro de extinción, que no esperaba encontrarse de repente.

Por un momento nos limitamos a observarnos. Lleva el cuello de la camisa algo torcido, pero resisto la tentación de acomodárselo, de dejar que mis dedos permanezcan sobre su piel como lo hicieron en Auckland. ¡Jesús! ¿Solo ha pasado un día?

—Tenemos que encontrar una tienda donde vendan teléfonos. — Nicholas aparta la mirada.

Trago saliva con fuerza.

—Parece que el centro de la ciudad está por allí. Déjate la visera hacia abajo para que te tape la cara.

El escaparate de la tienda de electrónica está abarrotado de publicidad con ofertas de banda ancha y tarjetas SIM para turistas. Dudo antes de entrar, porque he notado tres cámaras de seguridad en el local: una encima de la puerta, otra detrás del mostrador, y la última vigilando la pared trasera llena de teléfonos. No queda más remedio.

—Camina normal, pero ponte en un ángulo donde las cámaras no puedan captar tu cara —ordeno en voz baja—. Tócate la nariz con cierta frecuencia. Eso fastidia el reconocimiento facial. Y no hables.

Al entrar, el aire acondicionado es como un viento del ártico después del calor de afuera. Elijo dos teléfonos básicos mientras Nicholas se pasea a mi alrededor y estudia unas fundas para móviles con demasiado interés. Se lleva los dedos a la cara cada cierto tiempo en un gesto que nadie encontraría raro.

Cuando se mueve para permitirle la entrada a un cliente, su hombro roza contra el mío en el estrecho pasillo. Joder, saltan chispas a pesar de las capas de poliéster que llevamos. Aunque se hace a un lado con aparente despreocupación, he captado ese pequeño cambio en su respiración.

La operación dura menos de tres minutos. Por fin le he dado utilidad a ese fajo de billetes en moneda local que siempre llevo en

la bota cuando estoy de agente encubierto.

Una vez fuera, nos dirigimos hacia el lago, una especie de parque acuático para piragüistas y practicantes de *paddleboard* que realizan su actividad cerca de la costa. En la distancia, unas motos acuáticas dejan estelas de espuma que parecen entretejidas por arañas enfadadas, y unas lanchas remolcan a los que practican esquí acuático.

Hay turistas hasta debajo de las piedras, todos con los móviles en alto como si estuviesen en un maldito concierto.

Excelente. Nada mejor para ocultar a un príncipe a la fuga que una muchedumbre con caras rojas como el tomate con gorras espantosas. Nicholas parece haberse dado cuenta de esto porque relaja la postura en cuanto nos unimos a la masa de gente a orillas del lago.

La ironía es de lo más interesante. Nicholas, que habitualmente no puede dar un paso sin causar un frenesí mediático, ahora se esconde a plena vista. Y todo gracias a que nadie espera ver a un miembro de la realeza con ropa que ni una tienda de segunda mano miraría con buenos ojos.

En cuanto se sienta en un banco y se concentra en su nuevo móvil, yo me paseo por alrededor intentando no llamar la atención y escaneando el sitio por si veo algo sospechoso. Por lo demás, me obligo a mantener una distancia profesional y me limito a observar cómo desliza los dedos por la pantalla con suma rapidez. Su rostro se ilumina con el sol de las primeras horas de la tarde, y en él veo inteligencia, concentración y..., joder, una belleza sin igual. Se dedica a mirar unas fotos con una expresión que no consigo descifrar, quizás resarcimiento, quizás miedo, como alguien que acaba de descubrir que tiene razón, pero que le hubiese encantado equivocarse.

—¿Qué pasa?

—Recuerdo a uno de los terroristas de Hobbiton gritando algo así como *haki*. El año pasado inauguré un centro de asistencia jurídica para jóvenes en Nairobi y estoy casi seguro de que se llamaba Proyecto Haki.

—¿Y eso por qué es relevante?

—Porque *haki* significa «justicia» en suajili —responde en voz baja.

Levanta sus ojos de azul intenso, igual al color del lago, antes de continuar buscando información en el móvil.

—¿Te acuerdas de los carteles de los manifestantes en Australia? Hay una palabra que salía en varios. —Hace *zoom* en una foto donde sale una pancarta con la leyenda «¡*Makarrata* ya!»—. Al parecer, *makarrata* significa la unión después de la lucha, un proceso de revelación de la verdad, de resolución de conflictos, y de justicia —dice en voz baja—. Y en Auckland, había otra palabra que se repetía: *tika*. Y seguro que...

Tras unos segundos de búsqueda que se me hacen eternos, Nicholas comprueba los resultados con la respiración entrecortada. Luego se queda completamente inmóvil, y su expresión se endurece transformándose en algo a medio camino entre el triunfo y el horror.

—*Tika* significa «justicia».

Cuando me mira noto un rubor en sus mejillas.

—Scotland Yard creía que eran dos amenazas distintas, ¿no?

Es verdad.

Nos hemos enfocado en investigar la amenaza en la sombra que perseguía a Nicholas desde Gran Bretaña, esa que parece querer atacar a las instituciones británicas por un lado, y el activismo contra la Corona de los aborígenes australianos y neozelandeses por el otro.

Pero ¿y si fueran una sola?

—Las nacionalidades de los involucrados que mencionaste son todas de antiguas colonias. Y como bien sabes, la historia del colonialismo no es precisamente agradable. Se cometieron muchas atrocidades contra la gente de los pueblos originarios.

—Vengo de Irlanda del Norte y soy católico, Nicholas. No tienes que explicármelo. Los irlandeses tenemos muy presente la opresión de los ingleses.

—Sí, imagino que sí. —Sigue manteniendo un tono suave.

—No tiene lógica. Puede que tú seas un blanco para ellos, pero no explica la conexión con el secuestro de Harry Matheson y Toby Webley.

Algo no encaja. Voy de arriba abajo sobre la hierba intentando poner en orden mis pensamientos.

Colonialismo. Justicia.

Harry Matheson y Toby Webley. Dos políticos.

El príncipe Nicholas, miembro de la familia real.

Que él está ligado a las atrocidades del colonialismo, no hay dudas. Sus antepasados firmaron todos los tratados habidos y por haber para despojar a la gente de los pueblos originarios. ¿Pero cuál es el vínculo con Matheson y Webley? Más allá de que ambos son políticos y, por tanto, miembros del Gobierno británico. En todo caso, los políticos de este siglo no tienen responsabilidad directa en el asunto ni se están beneficiando de las injusticias cometidas. A no ser que se los quiera castigar solo por representar al Gobierno británico.

—¿En algún momento piensas contarme lo que estás pensando o prefieres jugar a las adivinanzas? —pregunta Nicholas.

—Intento establecer el vínculo entre el secuestro de Matheson y Webley y que tú seas un objetivo. Más allá de que tú y ellos representáis a dos instituciones británicas que estuvieron involucradas en el colonialismo.

Nicholas ladea un poco la cabeza y me estudia con esos ojos azules afilados, como si fuera un alumno un poco lerdo.

—Estás pasando por alto la conexión más evidente.

—¿Cuál?

—A ver, el guardaespaldas de Matheson resultó ser un espía, ¿no? Entonces, lo que tienes que pensar es qué nos une a él y a mí.

Frunzo el entrecejo. Sigo sin tenerlo claro.

—Harry Matheson es un miembro de la aristocracia. Renunció al título de conde para poder trabajar en el Parlamento.

Me quedo de piedra.

La aristocracia.

El príncipe Callum es hijo del príncipe Michael y una actriz norteamericana. En cambio, su medio hermano, el príncipe Nicholas, es hijo del príncipe Michael y una duquesa. La madre de Nicholas pertenece a los Preston-Alexander, una de las familias aristocráticas más antiguas de Gran Bretaña.

Tiene sangre azul por ambos lados de su familia.

Nicholas continúa mirándome fijamente.

—¿Quién obtuvo más beneficios de la explotación de las colonias? La aristocracia británica, ¿no? Oliver me contó hace unas semanas que en el Caribe se formó un movimiento que exige una indemnización para los descendientes de los esclavos. Al parecer, cuando el Gobierno británico abolió la esclavitud, compensó a los esclavistas, y terminó de pagar esa deuda en 2015. Pero los esclavos y sus descendientes nunca han recibido nada.

Sus palabras son un balde de agua fría.

¿Acaso no conozco de primera mano la forma en que la aristocracia británica ha explotado a la población de las tierras bajo su control?

Los nobles que se enriquecieron gracias a la sangre de las colonias siguen gozando de la fortuna que amasaron. Casas de campo que se construyeron con los beneficios de las plantaciones de azúcar, colecciones de arte adquiridas gracias al opio, patrimonios familiares que se remontan a los barcos de esclavos y al robo de diamantes. Cada libra de sus fideicomisos se basa en el sufrimiento ajeno.

Sus hijos asisten a Eton gracias a un fondo producto de las atrocidades cometidas a nivel histórico, mientras que la mayoría de los descendientes de explotados viven en la pobreza.

Nicholas también se ha puesto de pie, como si necesitara moverse para procesar el peso de lo que acaba de descubrir. No deja de dar vueltas, por lo que su ridícula camiseta se infla y desinfla a su alrededor.

—Un pequeño círculo de ingleses se benefició explotando a millones de personas alrededor del mundo —razona, a lo que respondo con un «sí».

»Y los descendientes de los explotados por el colonialismo —continúa— se han puesto en plan: «Un momento, ¿cómo es que tú, la prole de los que cometieron atrocidades, vives rodeado de lujo mientras que nosotros seguimos pagando las consecuencias por los actos de tus antepasados, vivimos en la pobreza y cargamos con un trauma generacional?».

—Creo que es un buen resumen, sí —respondo.

—Yo soy la personificación de la aristocracia. Por un lado, desciendo de la familia real y, por el otro, pertenezco a una de las familias nobles más antiguas de Inglaterra.

No le quito la vista de encima.

—Así es —contesto.

Las palabras me salen un poco más ásperas de lo deseado, y es que me siento atrapado entre la evaluación profesional y algo mucho más peligroso. El hecho de tener que admitir ante mí mismo que, aun sabiendo perfectamente quién es este hombre, todo lo que su linaje representa, lo deseo con cada célula de mi cuerpo.

Sus ojos se oscurecen ante mi tono de voz antes de apartar la mirada.

—Quieren secuestrarme para que el mundo entero atienda al reclamo de justicia. Primero lo intentaron con Harry Matheson, y ahora conmigo. Nada llama más la atención que pedir un rescate por un miembro de la realeza.

—Creo que tienes razón —respondo.

—¡Vaya por Dios! A ver si resulto ser algo más que una cara bonita.

—Tengo que comunicarme con Scotland Yard —digo de forma abrupta.

Si lo que intuye Nicholas es cierto, explicaría muchas cosas.

El origen tan diverso de las nacionalidades. Que se recluyera a agentes de países históricamente explotados por el Imperio británico. Los descendientes de las antiguas colonias que reclaman justicia, no por la vía política, sino a través de la acción directa para atacar a quienes aún se benefician de siglos de robos y opresión.

No se trata de terrorismo aleatorio.

Sino de represalia organizada.

Me saco el teléfono satelital del bolsillo de las bermudas con dedos temblorosos mientras mi mente va a mil al pensar en las posibles repercusiones.

Si Nicholas tiene razón, necesitaremos de todos los recursos que pueda reunir Scotland Yard.

La conexión tarda más tiempo de lo normal, y cada sonido robótico me pone los nervios más de punta. Cuando por fin conecta,

me sorprendo de no escuchar a Thornton, sino la voz familiar de Colin Pierce.

—Pierce —digo, y me recorre el mismo alivio que ofrece un Jameson doble—. ¡Gracias al Señor! ¿Por dónde está?

—O'Connell. —Su voz llega a mis oídos con esa mezcla de raíces barbadenses y la perfecta dicción de Cambridge—. Ahora mismo estoy en Singapur a punto de abordar mi próximo vuelo. ¿Cuál es el estado?

Miro a Nicholas, que me observa de cerca.

—Hemos identificado una posible motivación, señor. El príncipe recuerda una palabra que le oyó a un terrorista en Hobbiton y que coincide con otras que se usaron en las pancartas de protesta. Todas significan «justicia» en diferentes idiomas de las antiguas colonias.

—Una observación interesante. ¿Pero cuál sería la vinculación con el caso de Matheson y Webley?

—La aristocracia. Se han puesto como objetivo atacar a los representantes de instituciones que se beneficiaron del colonialismo. La primera es la monarquía, evidentemente, y Matheson también viene de una familia adinerada, tiene lazos con la aristocracia a pesar de que renunció al título de...

—¿Y entonces el espía es...?

Aprieto los dientes.

—Aún no lo sé, pero si la teoría es correcta, lo más probable es que sea Singh, señor. Viene de familia que tiene relación con varios territorios de las antiguas colonias. Además, en Hobbiton desapareció justo antes de la explosión.

—¿Ubicación, O'Connell? —De repente, su voz se vuelve más aguda.

—Taupō, a orillas del lago. Hemos cambiado de vehículo dos veces.

—Bien. ¿Y el resto del equipo de seguridad?

—Nos hemos separado. No tenemos contacto desde Hobbiton. No confiaba en nadie después de lo sucedido.

—¿Y el príncipe está a salvo? ¿Está a su cargo?

—Sí, está conmigo.

Se hace una pausa, lo suficiente para que se me pongan los pelos de punta. El patrón de respiración de Pierce sufre un ligero cambio, casi imperceptible a través de la conexión satelital, pero yo lo noto de inmediato.

—Lo felicito, oficial O’Connell. Ha hecho más de lo que esperábamos, y nos ha facilitado la tarea enormemente.

Arrugo el entrecejo.

—¿Facilitado...?

—La gente como usted, con principios, tiene comportamientos fáciles de adivinar. Su código moral lo obliga a recorrer caminos predecibles.

La cabeza me da vueltas. Tengo la sensación de que estamos teniendo dos conversaciones paralelas.

—¿Señor? —suelto.

—Su hermano podrá explicárselo mejor. Me pidió que le recordara el dicho favorito de su padre, algo sobre la importancia de la unión familiar. Aunque no lo recuerdo bien, me pareció conmovedor.

El suelo se tambalea y la realidad se fragmenta, tal como se resquebraja el hielo de un lago helado. La mención a mi hermano es una puñalada que me atraviesa las costillas.

—¿Has secuestrado a Malachy? —atino a decir.

Nicholas debe de haber deducido por mi lenguaje corporal que algo no va bien. De repente lo veo observándome, en alerta, sin rastros de su humor sardónico. Da un paso en dirección hacia mí.

Pero ahora no puedo pensar en él.

¿Pierce tiene secuestrado a Malachy? En mi mente, todo se va al garete. Lo veo con una claridad espeluznante: la puerta del apartamento se abre de golpe, la silla de ruedas se atasca en la entrada en cuanto intenta escapar, él la empuja con frenesí, valiéndose de sus brazos fuertes. Los trofeos de baloncesto de la repisa caen al suelo mientras lo rodean. Su rostro, tan parecido al mío, pero con facciones más marcadas, se retuerce de rabia, la misma que instigó tantas contiendas en el patio del colegio antes del accidente. Por último, la lucha hasta que logran vencerlo...

Aprieto la mano tan fuerte que el ruido de mis nudillos se escucha bien alto. La boca me sabe a sangre. Sin darme cuenta, me he mordido el interior de la mejilla.

El mundo se reduce a una punzada de ira tan intensa que tengo la sensación de que se me puede partir el cráneo por la presión.

—No, Eoin, te equivocas. Has pensado que somos los malos. Malachy es uno de los nuestros. Fue él quien sugirió que te asignáramos esta misión.

Todo gira a mi alrededor.

—Eso no es posible —digo con voz ronca, pero en cuanto la negación sale de mi boca, hilos sueltos que nunca había conectado se entrelazan para formar un tapiz escalofriante.

Que me eligieran a mí para este trabajo cuando había gente con más experiencia en lidiar con los círculos aristocráticos. La forma en que me introdujeron para que me posicionara como alguien ajeno al equipo, aislado y sospechando de todos.

Incluso antes. Que Pierce me reclutara desde Belfast, que fuera mi mentor para ir ascendiendo rangos, que supiera en detalle todos mis antecedentes, mis motivaciones, mis puntos débiles.

Y Malachy, mi hermano con vena revolucionaria. Siempre ha dejado mostrar más que yo su ira ante el derrumbe del edificio, ante el casero, ese noble inglés que no recibió ningún castigo mientras él perdió la movilidad.

El mismo hermano que prácticamente me obligó a irme de Irlanda para unirme a Scotland Yard.

Llevo la vista hacia Nicholas, quien me mira con creciente alarma, y la última pieza encaja a la perfección, como una bala en la recámara.

Mi trabajo nunca fue el de encontrar a un traidor. Me manipularon, paso a paso, de forma calculada, para que me convirtiera en uno.

El teléfono satelital se me cae de la mano en el instante en que la verdad me golpea como un mazo.

Yo era el espía dentro del equipo de seguridad de Nicholas, a la espera de actuar cuando fuera necesario.

He cumplido mi trabajo.

Porque acabo de secuestrar al príncipe Nicholas.

Capítulo Treinta Y Uno

Nicholas

Eoin se ha quedado paralizado. Su rostro ha perdido todo el color, como si alguien le hubiera abierto una vena y drenado de todo elemento vital. El teléfono satelital se escurre entre sus dedos para caer sobre la hierba con un golpe seco.

Mi primer impulso es reconfortarlo. Me adelanto y levanto el brazo antes de recordar que estoy furioso con él. El sentido de supervivencia entra en guerra con algo más urgente, más primitivo, mientras lo observo quebrarse ante mis ojos.

—¿Qué sucede? Dime qué sucede.

Alza la vista para mirarme con ojos vacuos, como si le hubiesen arrancado todo menos el dolor, y solo quedaran las terminaciones nerviosas expuestas, en carne viva.

Me recuerda a mi reflejo en el espejo al enterarme de la traición de Daniel. Al descubrir que, lejos de lo que pensaba, el suelo no era una superficie sólida bajos mis pies, sino apenas una fina capa que ocultaba una caída libre infinita.

Hombros caídos, manos sin fuerza que cuelgan a los lados, dedos apenas curvados en un intento de cerrar el puño, como si hubiese olvidado cómo hacerlo correctamente. Veo al hombre que vive reprimiéndose derrumbarse ante mis ojos.

Un escalofriante nudo de pánico me oprime el pecho.

Se escucha una voz a través del teléfono satelital, pero no presto atención, me centro en Eoin.

Me arrimo a él más de lo prudente en un intento por descifrar la expresión de devastación en su rostro.

Tiene los ojos desorbitados como nunca los he visto, ni siquiera al volar las balas en Hobbiton.

—Era yo —susurra—. Siempre he sido yo.

—¿El qué?

—El traidor.

Sus palabras carecen de sentido. ¿Eoin se autoproclama traidor? ¿Qué significa eso?

Pero lo que ha dicho sumado a la expresión espeluznante de su rostro me envían señales de que el nudo de mi pecho está lejos de desaparecer.

—Eoin. —La voz del teléfono es, al tiempo, impaciente y divertida—. No compliques las cosas. No hagas que me cuestione la lealtad de los O'Connell.

Me agacho para cogerlo, pero Eoin me agarra del brazo.

—No. No le hables. Tenemos que ponernos en marcha. —Se pasa la mano por el pelo, con los ojos aún desorbitados—. Dios, itengo que llevarte a un sitio seguro!

Escucho la voz del aparato con claridad desde su ubicación en el suelo.

—Eoin, Scotland Yard ya está al tanto de que te he dado autorización para llevarte al príncipe saltándote el protocolo. Si cometes una estupidez, informaré a todas las autoridades desde Londres hasta la Antártida de que un guardaespaldas corrupto ha secuestrado al príncipe Nicholas. Os perseguirán los cuerpos policiales y nuestro grupo.

Eoin cierra los ojos mientras su pecho sube y baja, agitado. Como si se ahogara a pesar de no estar en el agua.

No puedo evitar tocarlo. Porque ahora mismo me necesita más de lo que yo necesito aferrarme a mi rabia.

Apoyo la mano en su espalda, y el calor de su cuerpo traspasa la ridícula camisa hawaiana. Siento la rigidez en sus músculos, como cables de acero a punto de soltarse. Su cuerpo tiembla bajo mi

palma, por lo que ejerzo más presión. Extiendo los dedos para abarcar más de él, para intentar ser su cable a tierra, su pilar.

Cuando abre esos ojos color gris tormenta para mirarme, su cara muda de la consternación a un instinto protector feroz que me deja sin aliento.

Es como ver a alguien recalibrando toda su existencia en pocos segundos.

Se agacha a recoger el teléfono. Termina la llamada, y lo apaga. Aún le tiemblan los dedos cuando se lo guarda en el bolsillo.

—Tenemos que irnos. Necesitamos otro vehículo. Sabrán nuestras coordenadas exactas por el teléfono satelital, así que hay que poner la mayor distancia posible.

Parece como si se hablara a él mismo. Sus ojos escanean los alrededores con rapidez.

—Hay que buscar un sitio sin cámaras, medios de transporte que no se esperen, hay que...

Lo sujeto y clavo mis dedos en sus antebrazos obligándolo a que me mire.

—Eoin, tienes que decirme qué está pasando.

Lleva su mirada a mi cara.

—Te lo explicaré, pero no aquí. Necesitamos ponernos en marcha. Nos persiguen.

—¿Quién nos persigue?

—Los terroristas. Y en breve también la policía de Nueva Zelanda, tu equipo de seguridad y todos los agentes de los que disponga Scotland Yard en este país.

Me cuesta comprender lo que dice. ¿Por qué de repente además de los terroristas también nos persiguen las autoridades locales?

Definitivamente, algo no va bien, me queda claro por lo poco que escuché de su conversación telefónica.

—Te lo contaré todo, pero primero tenemos que largarnos de aquí. —Sus ojos me observan con una intensidad que parece una caricia—. ¿Confías en mí?

¿Confías en mí?

Confías en mí.

Confías en mí...

Las palabras se repiten en mi cabeza.

Son las mismas que utilizó Daniel justo antes de descubrir que había aceptado el soborno de mi madre.

«Confía en mí, Nicky», susurró contra mis labios en mi habitación de Oxford mientras sus manos acunaban mi cara con una ternura del todo convincente. «Lo que siento por ti es real».

A los tres días, con voz clínica y distante, mi propia madre me dio la cifra exacta de lo que valía para él mi corazón. Cincuenta mil libras, la cantidad que uno podría pagar por un coche medianamente bueno. Yo hubiera creído que el corazón de un príncipe al menos merecería estar al nivel de un vehículo de lujo, pero, al parecer, estaba entre un BMW y un Ford un pelín ambicioso. Un golpe tremendo para el ego, la verdad.

Daniel; mi madre; mi hermana Amelia.

Creía conocerlos, y traicionaron la fe que tenía en ellos. Mi vida ha sido una lección magistral sobre el engaño.

Mientras lo observo, Eoin permanece inmóvil en una pose casi antinatural, cada músculo en su sitio, como si cualquier movimiento pudiese influenciar mi respuesta.

¿Confío en él para que me mantenga con vida?

Sí.

Sé que el oficial O'Connell me protegerá con cada célula de su cuerpo. Lo vi en sus ojos, en Darwin, en Hobbiton. Puede haber mentido en otras cosas, pero su instinto protector es real.

¿Confío en él para entregarme mi corazón?

Esa es otra cuestión.

Ahora mismo lo importante es que tiene que mantenerme con vida.

Necesito tenerlo lo bastante cerca como para que me proteja, pero no tanto como para que me destruya.

—Sí, confío en ti para que me mantengas a salvo —respondo.

Se le corta la respiración con un sonido agudo. Esos ojos que me han mirado con distancia profesional, con irritación, con deseo, ahora lo hacen con una emoción que no sé bien cómo describir, quizás esperanza con una dosis de dolor.

No le ha pasado desapercibido lo que no he dicho en voz alta.

Cuando por fin abre la boca, su tono tiene tintes ásperos, parecido al papel de lija sobre madera sin pulir.

—Si es así, nos tenemos que ir. Ahora mismo —dice.

Asiento.

Su mano va a parar a la zona baja de mi espalda, y me guía mientras nos movemos por la muchedumbre. Es un contacto profesional, protector, pero mi cuerpo responde como si tuviera fuegos artificiales bajo la piel.

Me adelanto un paso para interponer distancia sin que sea evidente. Lo suficiente para que su mano se aparte. Su rostro se ensombrece.

—Entonces, ¿qué? ¿Me vas a decir qué está pasando? —pregunto en voz baja una vez hemos dejado atrás a la masa de turistas.

—Pierce forma parte del grupo terrorista —explica Eoin con voz lúgubre—. Él me reclutó en Belfast. Fue mi mentor en Scotland Yard. Yo creía que tenía que encontrar a un traidor, pero era una trampa. Y Pierce contaba con que yo te entregara.

Parpadeo.

—¿Por qué creía que harías algo así?

—Porque supuestamente mi hermano también es parte de la organización. —Hay un ligero quiebre en su voz—. Al parecer fue él quien sugirió que me asignaran la misión.

Siento un peso muy frío asentándose entre mis costillas.

Recuerdo la voz de Eoin cada vez que me ha hablado de Malachy, la culpa que arrastra por no haber estado presente cuando el edificio se derrumbó. La piedra angular de su existencia acaba de hacerse añicos, y conozco de primera mano cómo se siente.

—Joder —digo, exhalando, mientras me paso una mano por el pelo—. Tu hermano... Es... —Me interrumpo porque, por desgracia, todo lo que diga será insuficiente.

Comprendo cómo se debe sentir.

Pero, con solo un vistazo al dolor lacerante que atraviesa su rostro, sé que ahora mismo no precisa de mi compasión. Necesita que sea su sostén para que no se derrumbe.

Así que me limito a hacer lo que mejor se me da: evitar una emoción que me desborda valiéndome del sarcasmo. Le ofrezco la

dignidad que brinda una cierta normalidad cuando su mundo se está yendo a pique.

—Primero, guardaespaldas. Luego, agente encubierto de Scotland Yard. Ahora resulta que eres un espía terrorista. Todos estos cambios de identidad me dejan estupefacto. Lo próximo será enterarme de que en tu tiempo libre eres mimo o que te dedicas a tejer fundas para teteras. A estas alturas ya nada me sorprende.

Se le escapa una risa ahogada, aunque enseguida se recompone. Aun así, me observa con una mezcla de exasperación y cariño.

Lo que me hace desear desesperadamente que las cosas entre nosotros vuelvan a estar como hace apenas unas horas.

Pero no puedo darle eso. Ya no.

—No te preocupes —continúo—. Mi historial familiar incluye reinas decapitadas, monarcas exiliados y, de paso, una hermana que ha intentado matar a su hermano, así que no me voy a asustar por un improvisado agente terrorista. Es fascinante lo rápido que uno reevalúa las expectativas cuando el punto de partida es «mi hermana intentó matar a mi hermano por un sombrero con brillantitos». No veas cómo lo pone todo en perspectiva.

La cadencia familiar de mi vena evitativa y de mi humor negro se extiende entre nosotros como un lenguaje compartido. Parte de la tensión de sus hombros se relaja.

Es lo que se me da bien, al parecer. Enfrentar situaciones imposibles con una ligereza de lo más inapropiada.

Incluso cuando todo lo demás entre nosotros es ahora territorio desconocido.

La respiración de Eoin se vuelve más regular, y lo veo ir recomponiéndose. Ya no parece que se esté dejando arrastrar a ese sitio oscuro al que estaba a punto de caer.

Es como ver a alguien que acaba de recordar cómo sentirse cómodo consigo mismo.

—Pierce tiene conexiones en la RaSP —dice, por fin—. Como jefe de la Royalty and Specialist Protection controla todo el aparato de seguridad. No tengo idea de quién más podría estar metido en esto.

Una familia joven cuyos pequeños dan lengüetazos a sus helados pasa por nuestro lado. No dejo de pensar en diferentes posibilidades

mientras caminamos hacia la zona más alejada del lago.

—Tenemos que ir directo a los de arriba. Hay que llamar a mi hermano. Callum y Oliver pueden poner en marcha recursos sin pasar por la RaSP.

Eoin duda y flaquea un poco.

—Es mi palabra contra la de Pierce. Ya le comunicó a la RaSP que tenía autorización para llevarte conmigo saltándome el protocolo. Ahora me dejará como el villano que te ha secuestrado.

—Entonces hay que reunir pruebas para determinar su objetivo final —digo.

—Yo lo que necesito es que estés a salvo —dice Eoin—. Te dejaré en algún sitio seguro, y luego...

—Estamos en esto juntos.

Sus ojos se entornan, y aparece esa expresión obstinada de su mandíbula.

—Nicholas, esta gente es peligrosa. Pierce tiene conexiones en todos los sitios. Necesito...

—No, oficial O'Connell. —La formalidad de la frase desciende entre nosotros como una piedra lanzada en aguas mansas. Noto su mueca de dolor, pero continúo—. Tú solito no vas a hacer nada. Estamos en esto juntos. Igual que tú me pides que te confíe mi vida, tú también debes confiar en mí.

Por fin llegamos al estacionamiento, que, por suerte, en esta zona delantera del lago está desierto.

Eoin se detiene para mirarme a los ojos.

—Confío en ti, sí —dice.

Trago saliva.

—Hay que encontrar otro coche —dice de repente, haciendo un barrido del aparcamiento.

Enseguida descubro un vehículo tipo familiar algo antiguo al final del estacionamiento. Lleva equipamiento de acampada atado al techo y en el maletero. Práctico. Anónimo. Perfecto.

—Ese. —Lo señalo con la cabeza—. Ya es oficial: mi gran gira aristocrática ha mutado a *Grand Theft Auto: Edición Nueva Zelanda*. Mi madre estará muy orgullosa de mí.

Eoin mira en la dirección indicada, y evalúa el vehículo con ojos profesionales.

—Nos vale.

—De comitivas reales a vehículos familiares robados. Si esto sigue así, la semana que viene ya me veo huyendo en una bicicleta oxidada, sin timbre —suelto.

—Primero centrémonos en mantenerte con vida hasta la semana que viene.

Y con este feliz pensamiento atravesamos el estacionamiento para robar un nuevo vehículo.

Capítulo Treinta Y Dos

Eoin

Este hombre es increíble.

Se ha tomado la noticia de que soy el espía infiltrado en su equipo de seguridad para ayudar a los secuestradores con toda la calma del mundo. Como si fuese un escollo más en la vida de la realeza con el que debe lidiar, igual que una gala de caridad o una ceremonia de inauguración.

Me aseguró que confiaba en mí para mantenerlo con vida.

No que confía en mí a secas. Sino para mantenerlo con vida.

«Confiar». Una palabra que llevo atravesada en el pecho como una granada a punto de explotar. Fui muy consciente tanto de lo que dijo como de lo que calló.

Sus barreras vuelven a alzarse, y tengo la sensación de que está calculando la distancia entre nosotros, la cantidad de espacio que necesita para sentirse a salvo.

No de las balas.

Sino de mí.

A pesar de todo, que sea exasperantemente él me ayuda a seguir adelante, tanto que por momentos hasta logro olvidar que hicieron de mí el arma que debía apuntarle.

Mis sentimientos imposibles por él no dejan de acrecentarse y de hacerse más fuertes y aún más imposible a cada minuto que pasa.

Debo dejar a un lado lo que siento, y centrarme en mantenerlo a salvo y alejado de los que intentan secuestrarlo.

Quizás, si lo hago relativamente bien, Nicholas... ¿Qué? ¿Me perdonará? ¿Confiará en mí de nuevo? ¿Me permitirá acercarme lo suficiente como para romperle el corazón, igual que todos los demás?

Supongo que ahora eso es lo de menos.

Lo único que importa es que esté fuera de peligro. Da igual que no me vuelva a permitir ser algo más que su protector.

Primero, lo primero: robar un coche.

Me coloco en la puerta del copiloto y bloqueo con mi cuerpo mis actividades poco legales. La cerradura cede sin rechistar, lo que reafirma que estos coches familiares antiguos son igual de seguros que una caseta de jardín.

—Tú vigila —le pido tras deslizarme hacia el asiento del conductor.

Nicholas sigue mis instrucciones. Para ser alguien que se ha pasado la vida bajo vigilancia, lo de hacer de vigilante se le da bastante bien.

Se está adaptando a la vida de prófugo con una rapidez asombrosa. Y un poco perturbadora.

La columna de dirección, que se mantenía en pie gracias a la cinta adhesiva y a buenas intenciones, claudica sin aspavientos. Mis músculos conservan la memoria de los pasos a seguir: quitar el aislamiento, hacer contacto entre cobre y cobre.

Agacha su esbelta figura para meterse en el asiento del copiloto, y me observa con las cejas levantadas.

—Oye, ¿me vas a explicar de dónde sale esta inquietante habilidad de puentear coches? —pregunta.

—Me infiltré en una red de robo de vehículos que operaba entre Belfast y Dublín. Durante dieciocho meses trabajé con el equipo de Flannery. Se especializaban en exportar vehículos de lujo a Europa del Este, pero, si se daba la oportunidad, recogían cualquier cosa con cuatro ruedas.

Es extraño compartir esta información con él. Pero también siento que necesito contarle más cosas. Como la forma en que

Jimmy Flannery evaluaba a los nuevos reclutas cuando les hacía arrancar un coche mientras él los observaba. O que ese año pasé la Navidad en una nave llena de BMW robados jugando a las cartas con ladrones que me consideraban su amigo. Lo duro que fue testificar en contra de algunos sabiendo que los enviaría a prisión por intentar alimentar a sus familias de la única manera que conocían.

¡Jesús! ¿Desde cuándo me he vuelto de esos a los que les gusta hablar de su vida?

Lo que pasa es que necesito que Nicholas me comprenda, que conozca mi verdadero yo, incluyendo las partes más desagradables. Aunque sea demasiado tarde. Aunque nunca vuelva a confiar en mí.

Me detengo a la salida del aparcamiento.

—¿Qué dirección cogemos?

Le echa un vistazo a la aplicación de su móvil. Cuando me enseña la pantalla, pone especial cuidado en que nuestras manos no se toquen. Es un pequeño gesto, pero siento como si levantase otra barrera.

—Hacia el este hay una sola autopista, no hay donde ocultarse. Un billete sin retorno hacia los secuestradores. En el sur, donde acaba el lago, hay más opciones. Varias carreteras, más difícil que nos sigan la pista.

—Pues hacia el sur, entonces —digo antes de hacer virar el coche para salir del estacionamiento e incorporarnos al flujo de tráfico que bordea el lago.

Por mi mente se suceden planes y rutas de escape. Pero tengo la desventaja de estar en territorio extranjero, y de que Pierce se conoce todos mis trucos. Si la mitad me los enseñó él, joder.

El maldito debe de haber dibujado en una pizarra todo mi proceso de toma de decisiones.

—Estarán vigilando las salidas —murmuro, más para mí que para Nicholas—. Aeropuertos, hoteles, empresas de alquiler de vehículos. Y a estas alturas habrán alertado a las autoridades.

—Espléndido. No solo nos persiguen los terroristas, sino las fuerzas policiales. Nos falta salir en el cartelito de «se busca». Nada

mal para un martes cualquiera, ¿no? —Tal parece que hablara de los planes para cenar y no de una captura casi inminente.

—Es lo que hay, sí. Y es mejor no subestimar al grupo terrorista. Son gente con recursos, conexiones y una creencia ciega en su causa. —Me masajeo los hombros en un intento por relajar los músculos que, al parecer, han decidido fundirse con mi espina dorsal—. Tengo que averiguar si Malachy de verdad forma parte... —Las palabras se me atascan como si masticase metal.

Nicholas me mira con esos ojos que ven demasiado.

—¿Y por qué no lo llamas?

Mi antiguo yo se cerraría en banda. Pero no me apetece. Si quiero volver a ganarme su confianza, tengo que ser del todo franco con él, me cueste lo que me cueste.

—Tengo miedo. —Esto es peor que una extracción de muelas—. Tengo miedo de que sea verdad. Es la única familia que me queda.

—Yo tengo un pelín de experiencia en seres queridos traicioneros —dice Nicholas en voz baja—. Debería escribir la guía definitiva. Puede que hasta sea un éxito de ventas: *Puñalada trapera para principiantes desde el punto de vista de la realeza*. —Hace una pausa y, luego, añade en un susurro—: Y, al parecer, me toca añadir un nuevo capítulo.

Sus palabras son un golpe en el estómago. Me aferro con más fuerza al volante mientras lo miro de reojo. Este hombre imposible, el que esconde sus heridas pasadas bajo prendas de Savile Row, y su dolor bajo sarcasmo refinado...

El que confió en mí desoyendo su instinto. Un instinto que, como bien me encargué de probar, estaba en lo correcto.

Sin embargo, aquí está, en un coche robado, con las prendas más «elegantes» del mercado, y confiando en que el hombre que enviaron para secuestrarlo lo mantenga con vida. Esto sí que es tener «cojones de acero».

Ya está decidido, pues. Tengo que ser igual de valiente que él.

—Hay que encontrar un lugar seguro para detenernos y que pueda llamar por teléfono —informo.

—¿Qué te parece esta idea innovadora? Te haces a un lado, cambiamos asientos, y yo conduzco mientras tú hablas con tu

hermano —ofrece Nicholas.

La sugerencia me toma por sorpresa. Ni siquiera había barajado la posibilidad de que Nicholas condujera. En mi fuero interno sigue estando en la categoría de «objetivo a proteger», no en la de «participante activo en el plan de escape».

Acaba de leerme la mente porque alza una de sus cejas muy alto y dice:

—Estamos en esto juntos, ¿recuerdas? ¿Crees que me voy a quedar aquí como una planta decorativa mientras tú haces todo el trabajo?

Tiene razón, obviamente.

Es hora de reprogramar mi mente antes de que nos maten por mi culpa. Está claro que mi instinto de protección no se debe solo a mi trabajo. Ahora es algo más caótico, más personal. Tengo la necesidad de abrazarlo y no soltarlo jamás, aunque él se esté alejando de mí.

Pero tratarlo como si fuera de cristal y no de acero es justo lo que espera Pierce. Solo sobreviviremos si nos desviamos del manual.

Y debo empezar por aceptar que este príncipe privilegiado puede que sirva para algo más que recitar los títulos de la realeza europea.

—En cuanto me comunique con él, el teléfono se verá comprometido. Solo nos quedará uno para compartir entre los dos —señalo.

—Entonces, nos pegaremos como lapas. No creo que sea tan complicado. —Su voz se quiebra un poco en la última palabra.

Aun así, dudo. Esto va en contra de todos los protocolos que me han enseñado.

—Necesitas averiguar la verdad sobre Malachy —continúa. De pronto, se pone a comprobar el teléfono como todo un profesional—. Más adelante hay una rotonda que se divide en tres direcciones. Es un buen sitio para deshacernos del aparato, y que jueguen a adivinar qué ruta hemos tomado.

¿Por qué me sigue tomando por sorpresa su cerebro estratégico? Se me debe de haber quedado cara de tonto porque pone los ojos en blanco.

—Ya debatiremos en otra ocasión lo mucho que me subestimas. Ahora mismo tienes que concentrarte en tu hermano.

Es verdad. Si nos atenemos al razonamiento táctico, lo que vamos a hacer no tiene sentido: cargarnos una línea segura, propiciar que descubran nuestra ubicación, detenernos cuando deberíamos seguir en movimiento. Pero mis manos ya están virando hacia el arcén, y los neumáticos contra la gravilla producen un sonido parecido al de pequeños petardos.

Me bajo del coche para proceder al cambio.

Al sentarme del lado del copiloto me giro para mirarlo. Creo que me lee la expresión como si viniese con subtítulos porque me frena antes de que empiece a hablar.

—No vas a poder seguir adelante hasta que sepas la verdad. — Su voz se suaviza antes de regresar a ese tono diplomático que duele más que su ira—. Es imposible procesar ese nivel de traición hasta que no reúnas todos los datos.

Sus palabras dan en el blanco, lo que me demuestra que me conoce mejor que nadie.

Como si hubiera encontrado la llave para entrar a mi cerebro y hubiera leído el manual de instrucciones que viene dentro.

Me trago el deseo desesperado por alargar el brazo, por demostrar a través del tacto lo que mis palabras no logran transmitir. Básicamente, que aunque todo lo demás fuera mentira, lo que siento por él nunca lo fue.

Pero tiene razón. Ahora mismo, lo que necesito es hablar con mi hermano.

—No puedo alargarlo mucho —digo—. Cada segundo incrementa las posibilidades de que triangulen. Rastreo básico. Avísame cuando pasen dos minutos.

—Te aviso —promete mientras se incorpora al tráfico. Sus manos sobre el volante transmiten tranquilidad, pero hay tensión en sus hombros. No sé si por conducir en carreteras extranjeras o por mí.

Es probable que sea lo segundo.

Aparto la vista de él para llamar a Malachy.

Este número de teléfono ha sido un salvavidas en cada misión, cada ascenso que me alejó más de Belfast, cada noche en la que

sentía a Londres como una prenda de vestir que no era mía. En las llamadas de borracho contento, en las de borracho triste, en las que hacía a las tres de la madrugada completamente sobrio cuando alguna misión salía mal. Era el ancla que me devolvía a la realidad.

Es curioso que un ancla también pueda arrastrarte al fondo del mar.

—¿Hola?

—Mal. —Apenas logro sacar su nombre por la garganta.

—Hola, Eoin. —Me hacen falta solo dos palabras para saber que todo es verdad. No hay sorpresa en su voz. No hay confusión. Es el tono de alguien que esperaba la llamada.

Cada órgano de mi cuerpo se remueve.

—¿Cómo has podido? —Es una pregunta ahogada, como si las palabras la emprendieran contra mí.

—¿Cómo he podido unirme a los que buscan desquitarse de las sanguijuelas que se enriquecieron a costa de destruir medio mundo? ¿A personas alrededor del mundo que por fin exigen que alguien se haga cargo de siglos de explotación? ¿A la gente a la que los aristócratas británicos le han robado recursos, arrasado sus culturas, explotado, para hincharse de dinero a base de sangre colonial? —Su voz va cobrando ímpetu con cada palabra—. ¿Debo estar del lado de los de clase alta, como nuestro casero? ¿Ese que contabilizaba el dinero de la indemnización del seguro mientras yo aprendía a mear en una bolsa? Lo que tendrías que pensar es cómo es posible no unirse al pedido de justicia.

—¿Y esperabas que... os secundara sin más? —La pregunta me escuece en la garganta.

—Creía que estabas de acuerdo con el reclamo de justicia, sí. Justicia. Esa palabra de nuevo.

—Nicholas no ha hecho nada. No merece que lo secuestren.

—Los tres millones de bengalíes que murieron de inanición en la Segunda Guerra Mundial mientras Gran Bretaña exportaba sus cereales tampoco se lo merecían. Ni los millones de esclavos o los miles de víctimas de la masacre de Amritsar. O los mineros africanos que murieron para que los señores principitos pudieran tener otro castillo. —Se toma un respiro, como para recargar pilas—. El príncipe

Nicholas vive en palacios contruidos con sangre, Eoin, y sus parientes continúan sin reconocer su culpa. Ahórrame la cantinela sobre lo que merece.

Joder.

—Lo que no entiendo es por qué te pones en plan caballero andante —continúa—. Aunque estuvieras ardiendo, el príncipe ni se molestaría en mearte encima.

Las palabras son un puñetazo en el estómago. No puedo evitar mirar de soslayo a Nicholas, y por la expresión en su rostro sé que lo ha escuchado. Por supuesto que lo ha escuchado.

Esta es la cuestión: si no hubiera empezado a sentir algo por él como un maldito héroe trágico de novela romántica, ¿estaría del lado de Malachy ahora mismo?

El interrogante arde más que el *whisky* asqueroso que solíamos mangle a papá.

La rabia de Malachy también forma parte de mi ADN. La heredé junto con la vena cabezota de los O'Connell y la tendencia a guardar rencor hasta la muerte.

Cada recuerdo se repite en mi mente igual que un álbum de grandes éxitos de la desidia aristocrática: el techo con filtraciones tan bestiales que nos tocó colocar palanganas en el salón; las manos de papá, agrietadas y ensangrentadas por el trabajo en la construcción mientras lord Fulanito tomaba el sol en Mónaco; mis propias manos escarbando entre los escombros mientras el polvo del hormigón me machacaba los pulmones; el doctor pijo explicándole a mi hermano que se le habían jodido las piernas para siempre al tiempo que los abogados del casero se aseguraban de que no hubiera consecuencias para él.

Yo reencaucé toda esa rabia y me convertí en policía. Era un imbécil inocente que creía que podría cambiar las cosas desde dentro, como si fuese una serie policial o algo.

Y si bien Nicholas no le ha hecho daño a nadie, se beneficia del sistema. Duerme en palacios contruidos con riqueza colonial. Asiste a ceremonias donde lleva medallas que conmemoran conquistas imperiales. Representa a una institución que a nivel histórico ha aplastado como cucarachas a gente como Malachy y como yo.

Si no viera más allá de la Corona, si no conociera al hombre complicado y contradictorio que se oculta debajo..., ¿hubiera ayudado a secuestrarlo? ¿Lo vería como un símbolo de lo que representa y, por ende, canjeable a cambio de justicia?

El estómago se me revuelve como si hubiera chupado ácido.

Nicholas me ha enseñado que los símbolos también son seres humanos. Que el sistema puede asfixiar incluso a los que se benefician de él. Que la culpa colectiva no está por encima de la inocencia individual.

La ironía es tan sofocante que me falta el aire. Tener sentimientos por un príncipe no ha paliado mi resentimiento por el mundo que representa. Solo me ha enseñado que la justicia no puede basarse en prender fuego a un palacio con él dentro.

Eso equivale a una nueva tragedia.

Nicholas llama mi atención con unos golpecitos en la muñeca. Se me acaba el tiempo. Como estamos a poca distancia de la rotonda, se desvía para detenerse a un lado de la carretera.

Cuando nuestras miradas entran en contacto, veo una emoción indescifrable en su rostro. ¿Comprensión? ¿Resignación?

—Aún estás a tiempo de hacer lo correcto, Eoin —dice Malachy cambiando de estrategia—. Entrégalo y podrás empezar de cero donde sea. Una nueva vida con otra identidad. No le haremos daño, te lo prometo. Lo necesitamos para el trueque.

—¿Trueque? —gruño—. Es una persona, no una moneda de cambio.

—¡Jesús y la Virgen! —dice Malachy entre dientes, y lo imagino pasándose la mano por el pelo, un gesto que ambos compartimos—. Nunca pensé que vería a un O'Connell ponerse del lado de la puta Corona británica.

Me niego a reaccionar ante sus palabras, a que me abran en canal como pretende.

—Y yo nunca pensé que mi hermano planeara secuestrar a un inocente —contraataco.

—¿Inocente? Me cago en la puta. No me digas que has caído en las redes del principito azul. —Su voz rezuma displicencia a raudales.

Me estremezco. No puedo evitarlo. A mi lado, Nicholas se queda paralizado.

Malachy ríe, pero su risa no contiene ni una pizca de humor.

—Ah, ahora lo entiendo todo. Dejas que tu polla tome las decisiones en vez de honrar a tu propia gente. Joder, papá se avergonzaría muchísimo de ti.

No puedo responder. Las palabras se me atascan en la garganta, espesas, caóticas.

—Sabes que se deshará de ti en cuanto dejes de serle útil, ¿no? —susurra destilando veneno—. ¿Crees que te ve como algo más que un juguete momentáneo? Eres una novedad. Un obrero exótico con quien pasar el rato mientras prueba la vida de los pobres. En cuanto esto acabe volverá a su palacio y a su preciada vida aristocrática, y a ti solo te quedará el recuerdo de haber traicionado a los de tu propia sangre. Para él serás una historia bochornosa que contar en las cenas con amigos: «Ay, no te imaginas con quién me acosté para salvar mi noble culo...».

Corto la llamada con manos temblorosas.

—Ya habían pasado los dos minutos —suelto, brusco, al tiempo que bajo la ventanilla para arrojar el teléfono al arcén.

Nicholas permanece sentado, observándome con los ojos muy abiertos. Le sostengo la mirada a esos ojos azules que en algún momento pensé que eran fríos como el hielo. Ahora mismo, mientras analizan mi rostro, no transmiten nada.

No sé bien qué busca en mi expresión. Tampoco sé qué es lo que ve. Mi cabeza es un caos de emociones contradictorias. Historia de Irlanda versus lealtad personal, el deber profesional contra los lazos familiares que siento como cadenas que me arrastran a una oscuridad que me niego a aceptar.

Y ese susurro emponzoñado que invita a cuestionar lo que significo para Nicholas.

¿Habré sido un entretenimiento temporal, una novedad de clase obrera a la que desechar cuando ya no le sea útil? ¿Habré sentido algo más que el entusiasmo por romper las reglas? ¿Solo he sido una forma más de rebelarse ante la vida que le han trazado de antemano?

¿La rabia que siente es porque odia las mentiras? ¿O es algo más profundo?

Con la distancia que intenta poner entre nosotros, ¿se protege a sí mismo o es la excusa que ha encontrado para acabar con lo que sea que tengamos antes de que se vuelva demasiado complicado?

Tampoco es que hubiera pensado en un futuro juntos, ¿verdad?

Al final, da igual. No protejo a Nicholas porque me deba algo.

Lo protejo porque es lo correcto.

De repente, aparta la mirada y traga saliva antes de girar el volante para volver a la carretera.

—Entonces, tu hermano y sus amigos quieren secuestrarme para pedir rescate, intentar que mi familia pague y, de paso, sacar a la luz las atrocidades históricas que cometió la aristocracia británica, esas de las que aún nos beneficiamos.

—Es la idea en resumidas cuentas, sí. —Intento mantener un tono regular.

—Vaya, me da a mí que podría resultar un pelín... incómodo —dice con ese acento remolón y arrogante. Pero noto un leve temblor. Una vez más, se vale de su escudo aristocrático. Tal como lo he visto hacer con todo el mundo.

Vuelvo a ser «uno más» para él.

—No iba a ser una experiencia de cinco estrellas, está claro —logro responder.

Mueve sus gráciles dedos en una cadencia involuntaria dando golpecitos al volante. Incluso vestido como turista es incapaz de ocultar la elegancia en la que lo han instruido desde su nacimiento. No puedo evitar recordar cómo se sienten esos dedos sobre mi pelo, sobre mi piel.

El ruido se detiene; vuelve a dejarme en jaque con su intensa mirada.

—¿Y si les damos lo que quieren?

Capítulo Treinta Y Tres

Nicholas

Mis palabras reverberan en el coche por unos instantes; luego, la expresión de Eoin se vuelve feroz.

—¡No pienso entregarte! —Su tono es puro acero.

Se me corta la respiración ante la vehemencia de sus palabras, ante su absoluta certeza. Daniel me vendió por cincuenta mil libras. Lo lógico sería que su hermano, su mentor y ochocientos años de historia irlandesa lo arrastraran a la traición.

Sin embargo, me elige a mí.

Me doy cuenta de la ironía que subyace a todo esto: mientras que él me ha elegido por encima de todo, yo soy incapaz de dejar que se acerque por miedo a que me vuelvan a herir.

Menudo cobarde estoy hecho.

Eoin demuestra quién es con cada acción, con cada decisión, y yo sigo calculando la distancia entre nosotros como general que planifica su estrategia defensiva.

Por primera vez en esta vida sé lo que se siente al tener a alguien de mi lado. No la lealtad que se finge ante las cámaras o la de alguien que busca el beneficio de codearse con la realeza. Este cabezota me ha escogido a mí por encima de todo lo que más le importa.

Me aterra y me entusiasma a partes iguales vislumbrar un posible futuro donde alguien que conoce todos mis defectos, mis rincones más oscuros, elige quedarse conmigo.

Detesto no ser lo bastante valiente como para contemplar esa posibilidad.

Es igual. Ahora no es momento de centrarme en esto. Debo enfocarme en lo importante o acabaré cometiendo la estupidez de estirar la mano para tocarlo.

—¿No te parece que es la mejor solución? Quiero decir, no creo que me hagan daño. Me necesitan con vida. Y podrías reunirte con tu hermano. Empezar una nueva vida con una identidad diferente. Lo entendería.

Estoy poniéndolo a prueba, lo sé.

Una emoción le atraviesa el rostro. ¿Dolor? ¿Rabia?

—¿Eso piensas de mí? ¿Que te vendería así, sin más?

—Todo el mundo tiene un precio —digo en voz baja.

—Y una mierda —responde, y la certeza en su voz hace que algo se rompa dentro de mí. Es una pequeña grieta en el muro que he erigido.

No puedo darme el lujo de que se haga más grande.

Finjo comprobar los espejos en un intento por tranquilizarme antes de que note lo que sus palabras provocan en mí.

Cuando me he recompuesto lo suficiente, vuelvo a hablar.

—Vale, si no me vas a entregar, ¿por qué no les damos a los terroristas lo que quieren, pero evitando lo de la captura y el rescate?

Entorna los ojos.

—¿Cómo haríamos eso?

—Todo apunta a que la situación ha dado un giro inesperado. Porque ¿quién iba a pensar que estaríamos de acuerdo con lo que reclaman estos aprendices de secuestradores? Increíble, ¿verdad? —Desacelero al acercarnos a una curva.

—¿A qué te refieres con que estamos de acuerdo?

—Obviamente, sus métodos dejan mucho que desear, digo, lo de utilizarme como un vale para canjear por un desagravio. De hecho, me tocaría montar el espectáculo más absurdo del planeta, y el

vídeo se haría viral: «Hola, abuela, no me tengas en cuenta el comunicado antiimperialista que te voy a leer mientras me apuntan con un arma a la cabeza, eso sí, perfectamente repeinada».

Eoin suelta una carcajada, y al responder, lo hace con incredulidad.

—¿Cómo cojones es posible que me hagas reír?

—Talento natural. Emplear el humor en situaciones de crisis viene en el manual para nobles: «En casos de terrorismo preocupantes, uno ha de hacer de tripas corazón, y recurrir al ingenio sardónico». Creo que lo pone en la sección cuarta, párrafo siete, justo después del capítulo sobre qué tenedores usar en las cenas con dictadores.

La expresión de diversión y afecto en su rostro... Dios, me hace desear cosas que no puedo tener. Quisiera detenerme en el arcén, estirarme hacia su asiento en este coche robado y besarlo hasta olvidar por qué he decidido mantener las distancias.

Me obligo a centrarme en el asunto que nos atañe.

—Volviendo a las verdades incómodas, estos terroristas, en parte, llevan razón. A nadie le cabe duda de que mis antepasados, a ambos lados de mi familia, escribieron la guía de cómo robar recursos, esclavizar a la población y enviar la riqueza de las colonias a sus cuentas bancarias. Y a pesar de los documentos que prueban que estas prácticas dejaron en la pobreza a una infinidad de naciones alrededor del mundo, no han intentado compensarlos. Y esas familias siguen conservando una fortuna incalculable.

—Por más que un grupo terrorista tenga motivos genuinos que se basan en injusticias históricas, eso no justifica un secuestro. La violencia perpetúa el ciclo de opresión, solo que con distintos protagonistas —dice Eoin.

—¿Y qué alternativa tienen? ¿Enviar una carta en términos muy contundentes al palacio de Buckingham? Te apuesto mi fideicomiso que ya lo han intentado por la vía diplomática. Habrán recibido una respuesta agradeciéndoles su interés.

Eoin aprieta la mandíbula.

—Quizás deberíamos dejar para otro momento esta discusión filosófica de si es mejor hacer justicia cambiando las instituciones desde dentro o haciendo que salten por los aires. Para cuando no

estemos huyendo de terroristas y de las fuerzas de seguridad, ¿vale? Ahora mismo, ¿qué te parece si me cuentas qué tienes en mente?

Pongo los ojos en blanco con toda intención, aunque mi expresión no lleva el acostumbrado veneno.

Sobre todo porque me estoy conteniendo para no acariciar su mandíbula y aliviar su tensión. Dios, cómo me exaspera desearlo tanto.

Problema de mi yo futuro. En este momento me centro en contarle mi idea.

—Vamos a ver. Tú y yo sabemos que no me has secuestrado. Pero las autoridades deben de estar pensando que me tienes maniatado en algún sótano oscuro, a pan y agua, y torturándome con baladas irlandesas tradicionales.

Frunce el entrecejo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que mi familia, los Preston-Alexander, no saben que no estoy a merced de un irlandés encolerizado. Por supuesto, tendré que poner al tanto de nuestro plan a Callum y Oliver. Sin su ayuda no podremos llevar a cabo este pequeño engaño. A lo que vamos: una vez me ponga en contacto con ellos, les explicamos todo, y pueden hacer como que están «negociando» con mi «secuestrador» para que me libere. El objetivo es que ambos lados de mi familia suelten una buena cantidad de dinero. De ser así, el grupo terrorista dejará de insistir en secuestrarme porque habrá logrado lo que se proponía, ¿no crees?

La frente de Eoin se ha arrugado de tal manera que sus líneas de expresión podrían competir con las del metro de Londres.

—¿De verdad crees que es posible convencerlos para que entreguen una parte significativa de riqueza? ¿Y que tu hermano y su marido nos van a ayudar sin más?

—Sabes quién es Oliver, ¿verdad? Fue el primer ministro más antimonárquico desde Cromwell. ¿Cuánto nos apostamos a que tenía un cuaderno con el título «Operación comerse a los ricos» cuando llegó al número 10? De hecho, yo creo que fue una broma macabra del destino hacer que se enamorara hasta las trancas del príncipe de

Gales. Sé que la fortuna de nuestra familia le parece insultante, y él y Callum han hablado de cómo redistribuirla cuando la hereden.

—¿Pero no es la reina la que tiene el control?

—Ahí es donde han de obrar su magia. En cuanto la abuela se entere de que piensan vaciar los cofres de la familia real de todos modos, puede que prefiera hacerlo ella misma. No querrá que los libros de historia la pongan como la reina que dejó en manos de su nieto solucionar siglos de saqueo colonial, ¿no crees? Si lo hace en vida, su imagen se verá enaltecida.

—O sea, ¿tu abuela estaría dispuesta a deshacerse alegremente de millones de libras solo para controlar lo que se diga sobre su legado? —La voz de Eoin rebosa escepticismo.

Doy golpecitos en el volante.

—Mi abuela puede ser muchas cosas, pero en relación con su fortuna no es nada sentimental. Gran parte de la riqueza real es intocable porque pertenece al Crown Estate, y además tampoco es que puedas ir a un cajero y retirar un par de castillos. Pero ¿el estipendio real? ¿Su dinero personal? Eso es otra cosa. Creo que Callum y Oliver podrían convencerla para que ocupe un sitio preponderante en los libros de historia como la monarca que reconoció las injusticias coloniales, y no la que las ignoró hasta el día de su muerte.

Como no asoman curvas en la carretera me permito echarle una mirada furtiva.

Craso error. Noto las motas doradas en sus ojos grises, y las zonas exactas en su mandíbula donde se asoma la barba. Me cosquillean los dedos ante el recuerdo de haberlo acariciado allí.

Trago saliva y me obligo a volver a fijar la mirada en la ruta y a continuar con la tarea de persuadirlo.

—Tiene noventa años, Eoin. En este momento le preocupan más las entradas en la Wikipedia que la cartera de inversión. Además, no se trata solo de dinero. Creo que esta gente, más que la compensación económica, busca que se reconozca la injusticia histórica. Quieren que alguien con corona salga a decir: «Sí, os robamos sin miramientos, y construimos nuestros palacios con vuestros recursos».

—A ver si lo estoy entendiendo... —Su voz sigue cargada de incredulidad—. Quieres negociar tu propio rescate, y convencer a tus parientes aristocráticos de que se deshagan de una parte de la fortuna que han amasado durante siglos. Que la envíen a un fondo de reparaciones por las injusticias coloniales. Ah, y todo esto mientras huimos de los terroristas y de las fuerzas de seguridad.

—Cuando lo dices así, supongo que suena demasiado ambicioso.

—Suena a puta locura —farfulla, pero estoy casi seguro de que hay una nota de admiración en su voz.

—Como todos los mejores planes —respondo—. Y que me haya «secuestrado» un irlandés taciturno le añade a la situación un cierto aire dramático.

—No soy taciturno —refunfuña.

—Mírate ahora mismo: mandíbula apretada, entrecejo fruncido, ese deje de melancolía. Un irlandés taciturno de manual.

Curva la comisura de su boca mientras lucha por mantener a raya la sonrisa.

Por un momento, volvemos a ser nosotros. No el príncipe y el mentiroso; no el protegido y el protector. Tan solo Nicholas y Eoin, y, ¡por Dios!, ¡cómo me gustaría anclarme a este instante! Olvidarme de todo lo demás, y ser este Nicholas.

Pero no puedo.

Finjo interés por la ruta que tengo por delante y resisto la tentación de volver a mirarlo.

—¿Cómo vamos a contactar con tu hermano sin que Pierce intercepte la llamada? —pregunta Eoin.

—Con el móvil desechable que nos queda. Callum tiene un teléfono que se supone que es imposible de hackear, y solo yo tengo el número. Es un sistema de emergencia que establecimos hace unos años cuando la prensa amarilla se dedicó a hackear mensajes de audio de medio mundo.

—Vale. Entonces tendremos que encontrar un lugar seguro para llamarlo.

—¿Por qué no buscas en el mapa algún sitio que sea bonito? Si voy a orquestar el desmantelamiento de siglos de riqueza colonial, al menos que sea con buenas vistas —declaro.

Por desgracia, ni la mejor de las vistas hará que olvide nuestra triste realidad.

Que somos dos personas que se encontraron la una a la otra en el peor momento, y de la peor manera.

Capítulo Treinta Y Cuatro

Eoin

Cuando conocí a Nicholas no fui más allá de su fachada refinada, del estereotipo de príncipe *playboy*, y lo desprecié por la manera en que trató a su madre. Me apresuré a clasificarlo como otro de esos ricachones parasitarios que viven entre algodones gracias a la riqueza y los privilegios heredados, y cuya única contribución es la de darle de comer a la prensa amarilla.

Dios, jamás me había equivocado tanto con una persona.

Tiene una mente brillante: cuando todos los demás apenas están aprendiendo a jugar a las damas, él juega al ajedrez a nivel profesional. Hay compasión genuina en su interior que cubre con capas de esnobismo y protocolo. Y, de alguna manera, ha encontrado una posible solución al dilema imposible al que nos enfrentamos.

Hace que me cuestione todo lo que creía saber sobre la forma en que el poder corrompe y el privilegio enceguece.

Estas últimas semanas, no solo ha cambiado la opinión que tenía sobre él. También ha hecho que me replantee lo que creía saber sobre mí mismo.

Solía pensar que, cuando me enamorara, ocurriría de forma progresiva, que iría conociendo poco a poco a la otra persona, que la

confianza el uno en el otro se construiría cuidadosamente, ladrillo a ladrillo, hasta formar algo sólido entre ambos.

No que sería esta caída libre alocada, este infierno abrasador que destruye cada una de mis defensas casi sin darme cuenta. Esta ansia constante que me hace olvidar años de adiestramiento más rápido de lo que desaparece una pinta el día de la paga.

Me estoy enamorando a tanta velocidad que me da vueltas la cabeza. Desearía poder parar el tiempo, seguir pasando tiempo juntos, quedarnos en este coche robado para siempre suspendidos entre lo que fuimos y lo que sea que vendrá.

Pero no puedo decirle nada de esto.

No cuando cada vez que me acerco demasiado se repliega. No cuando me llama «oficial O'Connell» como si fuésemos dos desconocidos.

No cuando siento que a cada instante pierdo un pedacito más de lo que casi fuimos.

Las palabras de Malachy dan vueltas en mi mente junto con las historias de gente que quiso subir en la escala social y los bajaron de un guantazo. Detesto esta opresión en el pecho producto de las dudas cuando tengo a Nicholas a mi lado, confiándome su vida.

Pero lo que más me atemoriza no es que mi hermano tenga razón.

Es que, aun si la tiene, ya estoy perdido, lo mío no tiene solución. Porque ¿cómo podría volver a la normalidad, a mi vida cotidiana, sabiendo que Nicholas existe en este mundo?

En todo caso, ya no se fía de mí en cuestiones del corazón. Y no sé qué hacer para que eso cambie.

Mientras paso por esta crisis existencial él sigue conduciendo. La carretera se ha estrechado y nos rodean acantilados que descienden directamente a un lago. Más adelante, el paisaje se abre para dar lugar a amplias bahías rebosantes de complejos vacacionales.

¡Jesús! Hay gente por todos lados. Kiwis que disfrutan del verano sin preocupaciones, unos transportan botes y lanchas acuáticas, otros están tumbados sobre la arena con sus neveras portátiles llenas de cerveza, y los rostros hacia el sol.

Logro centrarme lo suficiente como para mirar el mapa en el móvil desechable y buscar un lugar seguro para hacer la llamada.

Encuentro un aparcamiento en la entrada a una ruta de senderismo detrás de un río que abastece al lago. Habrá suficientes coches como para camuflarnos, y consta de varias salidas por si las necesitamos.

—Sal por esta —indico.

Aunque son más de las cinco, el sol del verano pega como si quisiera vengarse de esta pobre piel irlandesa. En cuanto nos bajamos, Nicholas se ajusta la gorra. Parece un padre que lleva a sus hijos de acampada y, joder, me recuerda todavía más lo vulnerable que se encuentra en este momento. Solo cuenta conmigo y con su absurdo disfraz para interponernos entre él y la gente que quiere utilizarlo como peón político.

Mis ojos rastrean el área, pero no veo nada extraño en el estacionamiento.

Nos dirigimos hacia el sendero, y luego vamos en dirección al río. Para cualquier observador, somos una pareja de turistas llamando a nuestros familiares por videoconferencia para mostrarles la belleza del paisaje. Nadie podría imaginar que el segundo en la línea de sucesión al trono está a punto de comunicarse con el príncipe de Gales y el príncipe consorte mientras huye de terroristas y de la Policía.

Nicholas coge el móvil, y yo me coloco a su lado. Nos quedamos muy cerca el uno del otro, con los hombros casi rozándose. Noto que se tensa, y acomoda su cuerpo para que mantengamos ese milímetro indispensable de distancia entre ambos.

El rechazo me duele más de lo que debería; el calor del verano de repente me parece frío.

Lo observo marcar. Tras unos segundos, el príncipe Callum aparece en pantalla.

—¿Nicholas? —Callum tiene el ceño arrugado—. ¡Dios! ¿Estás bien? El contacto que tiene Oliver en el MI6 nos contó que tu guardaespaldas te había secuestrado. Las autoridades neozelandesas han pedido un embargo de noticias para mantener en secreto el incidente de Hobbiton, pero estábamos a punto de tener

una reunión de emergencia con el ministro del Interior y el comisionado.

Se me acelera el pulso al escuchar a Callum confirmar lo que ya sospechaba: me he convertido en el hombre más buscado de la Commonwealth.

Espectacular. Sin palabras.

Cada agencia de Inteligencia, las fuerzas policiales, los oficiales de control de fronteras, todos habrán memorizado mi cara en pocas horas.

—Yo creo que lo describiría como unas vacaciones no planificadas con un acompañante armado. Conlleva infinitamente menos papeleo que las giras oficiales —dice Nicholas.

Callum parpadea.

—¿Cómo?

—Si nos ponemos técnicos, vale, podríamos decir que me ha secuestrado un irlandés taciturno con un temperamento de mil demonios. Saluda a Eoin. Eoin, mi hermano. —Mueve la pantalla hacia mí.

—¿Qué leches está pasando, Nicholas? —ladra Oliver. Su rostro aparece al lado del de su marido. Me encojo al ver el rostro del ex primer ministro. Acabo de recordar que hasta hace poco controlaba los servicios de Inteligencia del Reino Unido y las operaciones militares.

—Pues... que nos hemos metido en un pequeño embrollo —contesta y, a pesar de mí mismo, a pesar de todo, no puedo evitar reír por la nariz.

Este hombre siempre logrará entretenerme, divertirme, sorprenderme.

A Nicholas no le pasa desapercibida mi reacción y, por un segundo, su expresión se suaviza. Pero enseguida parece recordar que quiere mantener las distancias porque vuelve a ponerse serio.

Cuando habla, lo hace con tono enérgico.

—Aquí os va la versión resumida. El mentor de Eoin en Scotland Yard lo colocó en mi equipo de seguridad para que buscara a un traidor entre los agentes. Pero aquí viene el giro del siglo: su mentor resultó ser el cerebro de la organización que intenta secuestrarme.

Al parecer, han estado reclutando a gente de las antiguas colonias. A personas que tienen alguna que otra queja, legítima, todo hay que decirlo, por cómo la aristocracia británica saqueó sus países durante siglos. Ah, y el hermano de Eoin está implicado, y tanto él como su mentor creyeron que Eoin me entregaría. Pero se equivocaron, así que ahora nos persiguen los terroristas y las autoridades. Solo falta que se me aparezca un hermano gemelo cuya existencia desconocía para que sea una telenovela en condiciones.

Callum se ha quedado paralizado del impacto, mientras que Oliver me mira fijamente con los ojos entornados.

—¿Qué necesitas de nosotros?

Nicholas sonríe.

—Bueno, dado que ya estoy secuestrado, por decirlo de alguna manera, he pensado que podríamos utilizarlo a nuestro favor. Estaría bien convencer a la abuela y a la familia de mi madre de que entreguen una cantidad significativa de dinero manchado de sangre a modo de reconocimiento de las injusticias históricas cometidas. Llamémoslo indemnización, rescate, lo que les venga mejor a los abogados. Si transferimos unos cuantos millones de libras a los descendientes de los explotados estaríamos enviando un fuerte mensaje de disculpa, ¿verdad?

Se hace un momento de silencio perfecto antes de que Oliver suelte una carcajada de sorpresa.

—Quieres fingir tu propio secuestro... para forzar el desagravio colonial —Oliver clarifica.

—Algo de verdad hay —añade Nicholas—. Solo que el secuestrador de turno no está por la labor de seguirles la corriente a los terroristas tal como ellos pensaban. Esperamos que, al crear ese fondo, los grupos terroristas den un paso atrás. Y, bueno, que dejen de perseguirme como si fuera uno de esos zorros que a mis parientes tanto les gustaba cazar.

—¿Crees que tu familia materna va a aceptar algo así? —pregunta Oliver.

—Pues... ahí es donde voy a confiar en tus técnicas de persuasión. Es mejor que a la abuela se la recuerde como la monarca que reconoció nuestro poco admirable pasado imperial en

vez de aquella que se aferró a las joyas de la Corona hasta el día de su muerte. En cuanto la familia real acepte, imagino que las demás familias aristocráticas, incluida la mía, sentirán la presión de hacer lo mismo.

Oliver se muestra contemplativo.

—Solo necesitamos que la rueda empiece a girar —dice Oliver—. Como se trata de un fideicomiso para la nación, los monarcas no pueden tocar la mayor parte del Crown Estate. Pero si la familia real y otras familias de la aristocracia reconocen la necesidad de desagravio, los diputados se enfrentarán a una presión enorme para elaborar una ley especial en el Parlamento que permita hacerse con parte de los activos del Crown Estate para ese propósito.

—Por tanto —contesta Nicholas—, primero tenemos que lograr el respaldo de la abuela, y luego de los Preston-Alexander y otras familias aristocráticas para llamar la atención del público.

—Creo que es viable, pero necesitaremos tiempo. ¿Corres peligro? —pregunta Oliver.

—Nos las estamos apañando —suelto, sin dejar de estudiar los alrededores, incluso mientras hablo. Si bien la orilla del río continúa desierta, cada segundo que seguimos exponiéndonos me parece tentar al destino.

—Debemos evitar que se filtre lo de tu supuesto secuestro. Tenemos todo un mantra de no negociar con terroristas que yo mismo he utilizado en varias ocasiones en el número 10 —comenta Oliver.

—Mejor aún, no permitas que nadie se entere de que intentas darles a los terroristas lo que quieren para que dejen de perseguirme —responde Nicholas.

—El jefe de la RaSP, Colin Pierce, está involucrado. Está de camino hacia aquí, y hay que neutralizarlo lo antes posible —informo.

Oliver asiente, resuelto, y dice:

—Eso déjame a mí.

Callum tiene el entrecejo fruncido.

—Pero ¿cómo le explicamos a la gente tu ausencia repentina en la gira real?

—Seguro que se te ocurre alguna excusa plausible —contesta Nicholas.

Callum frunce el ceño aún más.

—¿Puedes mantenerte a salvo durante veinticuatro horas mientras tratamos de organizar el comunicado sobre el fondo de desagravio?

—Lo mantendré a salvo —prometo.

Capítulo Treinta Y Cinco

Nicholas

—Entonces, ¿hacia dónde nos convendría ir? —pregunto.

Acabamos de terminar de hablar con Callum y Oliver, y me tiemblan un poco las manos al guardarme el móvil desechable. Pero no de miedo.

De expectación.

Ver la expresión de Callum durante la llamada, la forma en que Oliver casi vibraba de fervor revolucionario al comprender nuestro plan de utilizar la fortuna de la esclavitud, de la pobreza sistemática y de la explotación, para invertirlo en algo positivo...

Es una locura. Una maldita locura.

Debería sentir un miedo paralizante.

Mi vida siempre se ha centrado en minimizar los riesgos. Movimientos calculados porque un paso en falso es sinónimo de titulares amarillistas e incidentes diplomáticos.

Sin embargo, aquí estoy, con la adrenalina que me recorre las venas cual champán del caro, sintiéndome más vivo que nunca. Creo que por fin he dado con la manera de canalizar esa energía que siempre bulle en mi interior.

Y Eoin... Dios. Representa un peligro de una índole muy diferente.

Se me hace imposible no querer tocarlo en cada momento. Yo lo intento. Trato de valirme de mi humor sardónico para elevar un muro entre nosotros, lo que tantas veces me ha protegido en el pasado.

Por desgracia, Eoin ha demostrado una y otra vez que me tiene calado.

Ahora, tras mirar su reloj con el ceño fruncido, responde:

—Quedan pocas horas para que anochezca. Creo que es preferible no seguir conduciendo por si el MI5 y las fuerzas policiales de Nueva Zelanda han decidido establecer controles en las carreteras. Tampoco podemos arriesgarnos a ir a algún motel.

Miro el mapa en la aplicación de mi móvil.

—Tongariro, el parque nacional de los volcanes, está a unos treinta minutos. En esta época del año imagino que estará a rebosar de turistas.

Eoin lleva los ojos al retrovisor, y yo sigo su mirada hasta dar con el equipamiento de acampada.

—Montar una tienda de campaña junto a otros turistas, cocinar en un hornillo para *camping* como el resto de los que van en modo ahorro...

—Mezclarnos con los ciudadanos de a pie —digo, arrastrando las palabras, pero mi mente ya va por delante—. Tendrán acentos deplorables y una higiene personal más que cuestionable, así que encajaremos a la perfección.

Su mirada se detiene en mí durante unos instantes.

—Si vamos a escondernos a la vista de todos, tendremos que camuflarte un poco mejor.



Puede que en la farmacia aceptara el plan de Eoin sin más, pero fue porque no reparé en lo que eso implicaba. En cuanto nos atrincheramos en un baño público cuasi sórdido, lo veo claro: resulta complicadísimo tintar tu propio pelo.

Intento aplicarme el peróxido como puedo, porque como Eoin me ponga las manos en el pelo, no sé si seré capaz de contenerme.

Para sorpresa de nadie, la estoy liando. Como no atino a pasarme el tinte en ciertas zonas, parezco una cebra a medio teñir.

Un aspecto que, desde luego, no invita a pasar desapercibido.

—Déjame que te ayude —dice Eoin, bajito, a lo que respondo con un «vale».

No me queda más remedio que someterme a la tortura de que entrelace sus dedos en mi pelo, de que me masajee la nuca con los pulgares. El pulso se me acelera.

Su contacto es reverente, y me obligo a cerrar los ojos para mantener las emociones a raya.

Me imagino a mí mismo como un caballero que decapita sentimientos con la espada, que mata emociones como si fueran dragones: «¡Toma, deseo! ¡Muere, ternura!».

Sin duda, la mejor manera de vencer es utilizando el humor como arma.

—Voy a parecer el retoño de un amorío entre un error de verano y un miembro fallido de una *boy band* —suelto.

Me retracto. Hacer reír a Eoin puede que no sea la mejor manera de lograr distancia emocional. Las vibraciones de su risa le recorren el cuerpo y se traspasan al mío.

Nos toca esperar diez minutos hasta que actúe el peróxido, por lo que experimento la tortura contraria: ahora soy yo quien toca a Eoin.

Masajeo el producto amarronado en sus raíces mientras finjo que mis manos enguantadas no están memorizando la forma de su nuca y esa zona sensible detrás de las orejas donde el pelo le crece más fino.

Intento eludir su mirada en el espejo.

Por desgracia, ser aprendiz de peluquero es ideal para que tengas que acercarte a la persona que quieres evitar.

Lo embadurno con el pringue, y volvemos a cambiar de rol para que me ayude a lavarme el pelo.

Cuando acaba, mis bucles oscuros, siempre impecables, lucen un intenso color de mantequilla en mal estado. Si añadimos las gafas

con montura gruesa que Eoin adquirió en la farmacia, tengo pinta de alguien que está a punto de dar una charla sobre la elaboración sostenible de *kombucha*.

A Eoin también le llega el turno del enjuague. Su pelo de color castaño adorable ahora parece tierra húmeda.

—Deberías considerar hacerte peluquero —digo mientras abandonamos el baño público—. Aunque aclaro que utilizo el término «peluquero» en su versión más amplia. Si queremos ser estrictos, llamémoslo «asesino de folículos».

Su expresión es benevolente.

—Quién sabe dónde acabaré después de esto. No descarto abrir una peluquería.

De golpe, comprendo la magnitud de todo lo que Eoin está sacrificando por mí.

Scotland Yard lo ha clasificado como agente rebelde. Los terroristas quieren mandarlo a la hoguera.

Por mí. Todo lo hace por mí. Y aun así, me niego a darle cabida a los sentimientos que bullen entre nosotros.

Mejor no darle vueltas, porque ese terreno es zona de arenas movedizas. Tenemos actividades ilícitas más urgentes, como volver a cambiar de vehículo.

Es casi cómico que robar coches se haya convertido en una actividad más en mi agenda junto con «evitar ser capturados» e «intentar no morir».

Aunque he de decir que, para alguien a quien le enseñaron a no coger ni una galleta extra durante la merienda, es aterradora la forma en que me estoy volviendo un profesional para identificar coches con sistemas de seguridad deficientes.

El universo provee. En este caso, con una camioneta polvorienta en un mirador. Los dueños se han dejado las llaves en el motor para ir a visitar la naturaleza, lo que nos resulta de lo más conveniente. La vaciamos y apretujamos los suministros de acampada en la parte trasera, como si fuese una partida de Tetris que ha salido mal.

El camino nos lleva por una colina ventosa hasta la meseta de Tongariro y, de pronto, nos vemos rodeados de volcanes. La aplicación identifica la montaña Ngauruhoe, que sobresale como si

fuese una foto en un manual de geografía. A un lado, Tongariro, vetusta y con cara de criticona. Por detrás, Ruapehu se alza en la distancia.

Debería estar apreciando el esplendor de este paisaje volcánico. O centrarme en nuestra apremiante situación y en cómo sobrevivir. Sin embargo, no dejo de repetir las palabras de Eoin en mi cabeza.

Lo miro de soslayo. Incluso con un pelo que parece haber perdido la guerra contra una lata de betún, logra irradiar ese aire de masculinidad competente que hace que las funciones superiores de mi cerebro se rindan sin dar pelea.

Me obligo a apartar la mirada antes de que empiece a recitar poemas malos sobre hombres peligrosos con colores de pelo cuestionables.

—¿Crees que después de esto te despedirán? —pregunto en un susurro.

Eoin duda antes de contestar.

—No lo sé. Supongo que podría demostrar que no estaba al tanto de los planes de Pierce y Malachy. Pero es verdad que te extraje del equipo de protección sin esperar órdenes de arriba. Además, contigo he traspasado todos los límites a nivel profesional. Buena suerte para el equipo ético de Scotland Yard cuando revise mi caso. —Me dedica una sonrisa forzada—. Todo esto dando por sentado que nuestro plan funcione, claro.

—Lo siento —digo.

—¿Por qué?

Me cuesta encontrar las palabras.

—Si no hubiera coqueteado contigo...

Me mira con intención.

—Tranquilo, no fue tu coqueteo lo que me llevó a traspasar los límites profesionales.

Se me corta el aliento tan de repente que casi me ahogo.

—Entonces, ¿qué fue? —Comprendo que es una pregunta peligrosa, pero no soy capaz de contenerme.

Sus ojos grises se quedan atrapados en los míos.

—Tus «multitudes» —responde con ternura.

Aunque sus ojos alternan entre mirarme a mí y a la carretera, yo no puedo apartar los míos de él.

Luego, estira el brazo y me toma la mano antes de entrelazar nuestros dedos.

De pronto, cada terminación nerviosa de mi mano cobra vida. Por unos instantes, me permito este momento. Me permito sentir la calidez de su palma contra la mía, disfrutar de la forma en que nuestras manos encajan como si hubieran nacido para estar juntas.

Tomarse de la mano es un gesto simple, dulce.

La pasión entre ambos es del tipo que deja marcas en las paredes. Pero es esta ternura silenciosa la que me destruye por completo.

Al instante siguiente, se me viene a la mente un recuerdo: los dedos de Daniel entrelazados con los míos mientras prometía que lo nuestro era para siempre.

—No —digo con tono severo al tiempo que aparto la mano—. No puedo pensar cuando tú... —Respiro hondo, y dejo escapar el aire antes de continuar—: No lo hagas.

Percibo el dolor atravesar su rostro, aunque enseguida se recompone. Su mano regresa al volante, y los nudillos empalidecen al aferrarse a él.

Detesto provocarle dolor. Lo detesto con toda mi alma.

No volvemos a hablar en lo que queda de trayecto. Me limito a contemplar el inhóspito paisaje volcánico a través de la ventanilla. No veo árboles, tan solo matas de hierba sin fin y volcanes que se erigen como monumentos a la violencia prehistórica.

El *camping* es justo lo que necesitamos. Con vistas a la montaña Ruapehu, se halla arropado entre arbustos autóctonos y tiene capacidad como para una docena de tiendas de campaña. Los pocos campistas del sitio ya lo tienen todo organizado.

Por desgracia, antes de pensar en dormir en una tienda, primero tenemos que montarla.

El kit de montaje, ya de paso, podría añadir la siguiente descripción: «Requiere cierto ensamblado por parte de personas que no sean del todo inútiles».

Está claro que eso excluye a príncipes criados con sirvientes que le atan los cordones, y a un agente encubierto cuya idea de acampada consiste en vigilar desde una furgoneta con un baño funcional.

—Lo pone ahí mismo en la bolsa: «Fácil montaje entre dos personas» —murmura Eoin mientras sujeta un palo en una curva que desafía varias leyes físicas.

—Sí, bueno, eso de «fácil» es subjetivo —respondo tras haber logrado pasar un palo por lo que espero sea la ranura correcta—. Puede que lo sea para dos personas que alguna vez en su vida han visto tiendas de campaña en un contexto diferente al de las fiestas de jardín.

Nuestros fútiles intentos de montaje han atraído público.

Una pareja de alemanes en sus sillas de acampada nos observa a dos tiendas de distancia mientras su tienda perfectamente montada nos mira con jactancia desde su solidez estructural.

Hablo alemán como para mantener una conversación, por lo que entiendo casi todo lo que dicen.

—¿Deberíamos ir a echarles una mano? —susurra la mujer a su pareja.

—*Nein* —responde su acompañante sin molestarse en bajar la voz—. Esto es más entretenido que la televisión.

¡Mierda! La idea era pasar desapercibidos entre los campistas, pero, de seguir así, nos haremos virales en las redes sociales por ser los idiotas que no saben montar una tienda.

Veo a Eoin arrugar la frente de forma adorable mientras intenta descifrar la diferencia entre el palo A y el B, con los débiles rayos del atardecer que se reflejan en su pelo, y tengo la repentina y humillante urgencia de allanar esa arruguita de preocupación con el dedo.

Pensamientos como estos han de ser asesinados de inmediato y enterrados en una tumba sin nombre. Protocolo de evasión activado.

Me inclino y le quito las instrucciones de la mano.

—A ver, según el diagrama B —digo—, hay que trabajar en conjunto para que se quede en posición erecta. —Hago una pausa

en un intento por suprimir una sonrisa burlona—. Al parecer, esto requiere de cooperación mutua y de movimientos sincronizados.

Eoin se tensa y me echa una mirada entre exasperada y... algo más que prefiero no examinar de cerca.

—¿Eso pone en las instrucciones o te lo estás inventando?

—No pensarás que voy a crear mi propia terminología de campamento solo para entretenerme, ¿verdad? Me duele que no confíes en mi dedicación absoluta al montaje de la tienda.

—Esa habilidad de convertir el lenguaje de acampada en una constante insinuación es perturbador —dice Eoin, aunque la ligera curva de su boca me envía un mensaje distinto.

—Te lo he dicho, talento natural —respondo, solemne—. Ahora, respecto al problema de tu palo...

Un músculo de su mandíbula se tensa.

—Mi palo no tiene ningún problema —gruñe.

—Claro que no —digo, tranquilizándolo—. Tiene el tamaño correcto. Y es robusto. Todo es cuestión de encontrar la posición correcta.

Ambos nos agachamos para coger el dichoso palo, y Eoin se coloca detrás de mí mientras intentamos insertarlo en un tubo diagonal.

—Agárralo con fuerza —ordena.

—Eso hago, el que está temblando eres tú.

—No estoy temblando, solo ajusto la posición. —Sus manos, cálidas y fuertes, cubren las mías mientras sujeto el palo—. Tiene que meterse más adentro.

—La profundidad es primordial, sí —murmuro. Al notar que aprieta con más energía, me muerdo el labio.

Ay, Dios. Esto ya no es «mantener las distancias a través del humor».

Es un coqueteo en toda regla.

—No puedes soltar esas cosas sin más —dice. Al inclinarnos para guiar el palo y colocarlo en la posición adecuada, siento su cálido aliento contra mi oreja.

Me obligo a centrarme en la lona que tengo delante, pero cada una de mis terminaciones nerviosas se ha despertado ante el

contacto de su pecho contra mi espalda.

—¿Cosas como cuáles? Me he limitado a darte la razón en cuanto al nivel de profundidad requerido. Por cierto, creo que se necesita más presión. Lo ponía muy claro en las instrucciones: «Mantener la presión en todo momento».

—El manual no dice nada de eso —masculla.

—Puede que haya leído entre líneas —concedo—. Pero tienes que admitir que nuestra técnica ha mejorado. Mira lo bien que entra ahora que hemos dado con el ritmo adecuado.

—Nicholas. —La forma en que lo dice, a caballo entre una plegaria y una advertencia, es suficiente para que me invada una ola de calor a pesar de nuestras circunstancias.

Me recuesto sobre él; quiero sentir la cálida firmeza de su pecho contra mi espalda.

Y, ¡Dios!, su aliento entrecortado en mi oído hace que mi polla decida saludar.

Justo lo que no necesitamos.

Doy un cauteloso paso hacia atrás, y mi talón impacta contra una piqueta de las muchas que hemos desparramado cual campo de minas.

Intento esconder cómo me afecta su cercanía agachándome para comprobar si la piqueta de la esquina está bien anclada al suelo.

—La próxima vez que huyamos de terroristas voto por ir a un hotel. Con servicio a la habitación. Y camas que no precisen de un título de ingeniería.

—Estoy de acuerdo —responde.

Veinte minutos después, hemos logrado montar algo que, con mucha imaginación, podría describirse como «similar a una tienda». Aunque se inclina peligrosamente a un lado, y es posible que la puerta esté en el techo, al menos se mantiene en pie. Más o menos.

—Hogar, dulce hogar —digo y, luego, más bajito—: Deberíamos hacer turnos de vigilia por si colapsa y morimos ahogados.

—No tenía intención de dormir mucho esta noche —responde Eoin; en ese instante se da la vuelta, y se topa con uno de los vecinos alemanes que lo observa con los ojos como platos—.

Estamos de luna de miel —se apresura a aclarar—. A mi esposo le parecía romántico que acampáramos.

El vecino frunce el ceño antes de decir:

—Lo preocupante es que un matrimonio empieza con un fallo de base de esta magnitud.

Luego, saca una herramienta multifunción de uno de los mil bolsillos que lleva en las bermudas, y se lanza hacia la tienda como un cirujano que se enfrenta a un paciente en estado crítico. A los treinta segundos balbucea en alemán mientras sus manos se mueven a toda prisa recolocando palos y lona.

—Esto va aquí, no aquí —dice, tras cambiar unos ganchos de sitio que ni siquiera nos habíamos percatado de que existían—. Y este palo, *iach!*, ¿qué habéis hecho aquí?, este se coloca en diagonal para fortalecer la estructura.

En menos de tres minutos el adefesio de arte abstracto ha mutado en tienda de campaña.

Ambos le damos las gracias por su ayuda. En cuanto se aleja, me giro para mirar a Eoin con una ceja levantada.

—¿Luna de miel?

—¿Y qué otra excusa tenía para no querer dormir? Además, nadie esperaría que el príncipe Nicholas estuviese con un hombre, ¿no? Es una tapadera perfecta.

—Una tapadera —repito—. Ya...

Eoin se limita a clavarme la mirada.

Me aclaro la garganta al tiempo que doy un prudente paso hacia atrás; no quiero cometer alguna estupidez.

—Comida. —Que la voz solo se me quiebre un poco es motivo de orgullo—. Lo siguiente en la lista es la comida.

La zona de cocina comunitaria se compone de dos barbacoas con manchas de óxido y una mesa de pícnic astillada. Nos dedicamos a colocar el carbón y los iniciadores de fuego debajo de la parrilla. Es una pena que los anteriores dueños del vehículo no nos dejaran muchas opciones de cena: apenas un paquete abierto de salchichas de origen más que cuestionable, tres manzanas magulladas y una lata de alubias.

—Cocina de autor versión acampada —comento.

—En cualquier momento cae la estrella Michelín —responde Eoin, sardónico, mientras manipulo con torpeza el iniciador de fuego.

Pasados unos instantes, decide intervenir.

—Yo lo hago. No quiero que te quemes en nuestra luna de miel, cariño.

Trato de que no me afecte, pero una sensación cálida me recorre el cuerpo.

No puedo evitarlo. Me dejo llevar por este «teatro» y, tras colocar mi mano en la zona baja de su espalda, digo:

—Eres mi héroe. ¿Cómo he logrado cazar a un esposo tan competente?

Una joven pareja en la barbacoa de al lado nos sonríe con indulgencia. Las orejas de Eoin enrojecen un poco, pero me sigue la corriente. Pasa una mano por mi cintura antes de responder.

—Has tenido suerte, supongo.

Cocinar los dos de pie, cadera con cadera, se siente natural.

Pero no es real. Es solo un interludio en el que juego a que no soy un príncipe, sino un hombre enamorado en su luna de miel. En el que simulo que no se trata de otro engaño elaborado.

Aun así, no puedo evitar inclinarme hacia él y acurrucarme bajo su barbilla. La otra pareja ha regresado a su tienda, y nos hemos quedado a merced de una barbacoa que se extingue y de esta peligrosa farsa a la que hemos accedido.

—Se te da bien —murmuro contra su cuello, y noto un ligero cambio en su respiración—. Lo de jugar al maridito.

Sus dedos aprietan mi cadera casi de forma imperceptible.

—Solo sigo tu ejemplo, Al... —Se interrumpe, y el título muere en sus labios—. Nicholas.

Su boca me acaricia la frente; es apenas un suspiro de sus labios. Subo la cabeza para mirarlo a los ojos.

No puedo evitar responder al interrogante en su mirada de la forma más contundente posible.

Me estiro y acorto la distancia entre él y yo.

Es un beso tierno, de labios delicados que exploran. Desde que descubrí su verdadera identidad no habíamos vuelto a besarnos.

También es un beso lleno de anhelo, de futuros imposibles. Uno que retrata lo mucho que aún lo deseo.

No podemos esconder nada en un beso. Al menos yo no puedo.

Su mano me acaricia la nuca, y sus dedos se entrelazan con delicadeza en mi lamentable pelo químico.

Me besa como si quisiera mantenerme a salvo, como si erigiera una fortaleza a nuestro alrededor a base de labios cautelosos y manos firmes.

Por desgracia, las salchichas deciden recordarnos su existencia.

Ante el olor a carne chamuscada y a humo, nos separamos como dos adolescentes culpables, con la respiración agitada.

—Mierda. —Eoin se lanza por las pinzas mientras yo sujeto un plato; nos mantenemos ocupados intentando evitar un incendio en la zona de acampada.

Lo que me viene de maravilla para darle la oportunidad a mi pulso de que vuelva a sus cauces.

—Creo que acabamos de inventar una nueva *delicatessen*. —Levanto una salchicha cuya textura ha adquirido el nivel de roca volcánica—. La llamaremos «Misterio carbonizado con notas de líquido inflamable».

—¡Cuánta tontería tienes! —suelta Eoin, aunque se nota que lo dice con cariño—. Es lo que nos decía mi padre cuando nos quejábamos de la cena para que nos dejáramos de lloriqueos.

—Vale, calladito estoy más guapo. —A pesar de su dudoso aspecto, le doy un bocado a la salchicha. Desde que huimos de terroristas, el listón está cada vez más bajo.

Me centro en comer para evitar pensar en ese beso y en lo que significa.

Después de engullir, nos encaminamos hacia la tienda de campaña, esa que goza de estructuras sólidas gracias a la ingeniería alemana.

El interior se me hace minúsculo, sobre todo a la luz de la linterna que ilumina los ángulos del rostro de Eoin. Las sombras resaltan la línea de su mandíbula y la curva de sus labios. A pesar de haberla memorizado, no puedo dejar de observarla.

Eoin comprueba su arma una vez más y se la deja a mano.

Lo deseo.

Lo deseo como a nada.

Tanto que mi cerebro olvida todo lo demás.

Lo más sensato sería meterme dentro del saco de dormir y fingir que no percibo la tensión entre nosotros.

Pero ¿desde cuándo he tomado decisiones razonables cuando se trata de Eoin O'Connell?

—Oye, tu interpretación de un recién casado en su luna de miel es magistral —suelto mientras me deshago de la camiseta y de las bermudas—. Me interesaría saber hasta dónde llega tu compromiso con el papel...

Sus ojos se oscurecen.

—Nicholas. —Si bien lo dice con cierta ternura, su tono lleva una nota de advertencia.

Enarco una ceja y estiro los brazos; la mirada de Eoin se posa sobre mis abdominales.

—Dime, cariño mío. —Me recuesto en el saco de dormir y me apoyo sobre el codo.

—Para ya —gruñe.

—¿Parar el qué? Yo estoy aquí, tranquilo, inocente, preparándome para dormir en la tienda matrimonial.

Gira la cabeza para mirarme; incluso en la penumbra, noto en sus ojos una mezcla de exasperación y de algo más oscuro.

—Sabes muy bien lo que estás haciendo. Y también sabes por qué esta noche no puede suceder nada.

—Tu dedicación es admirable —respondo—. Pero ¿no te parece que para mantener la tapadera es necesario cierto... compromiso con la autenticidad?

—Estás jugando con fuego. —Otra vez ese tono de advertencia que provoca oleadas de calor en mi interior.

—Diría que aprovechándome de los beneficios del engaño. Las desventajas ya me las conozco de memoria, ¿no te parece?

Mis palabras flotan en el aire como un desafío, pero algo en su expresión se transforma y, de pronto, este juego ya no es tan divertido.

—¿Puedes perdonarme? —pregunta.

Para variar, Eoin va directo al grano.

Me muerdo el labio.

—No lo sé —respondo con franqueza.

Su intento de sonrisa es demasiado débil.

—Supongo que es preferible la incertidumbre a un «no» rotundo.

Nos miramos el uno al otro hasta que su sonrisa se desvanece para dar paso a un rostro serio.

—He trabajado como agente encubierto muchas veces, pero...

—¿Pero qué? —azuzo.

—Nunca ha habido tanto en juego —responde en apenas un susurro.

El corazón se me acelera. Sus ojos de color gris tormenta me escanean bajo la tenue luz como si quisieran memorizar cada detalle de mi rostro.

¿Es esto el amor? ¿Que alguien llegue a ver cada parte de ti, incluso tu egoísmo, tus asperezas, cada fracaso estrepitoso, y, aun así, se encoja de hombros y diga: «Sí, te elijo a ti»?

Pienso en cómo me sentí al verlo tan alterado a orillas del lago; prioricé reconfortarlo dejando mi enfado en segundo plano.

Eso que saca lo mejor de las personas, que hace que los cobardes se vuelvan valientes, que los mentirosos digan la verdad y que los príncipes se olviden de que son intocables.

Que te anima a reescribir tu existencia por completo para ser merecedor de esa otra persona.

Seguro, segurísimo, que debe de ser amor, ¿verdad?

La sola idea debería aterrarme; lo mucho que deseo que sea verdad, lo mucho que lo deseo a él.

En cambio, lo que más me aterra es regresar a una vida en la que tendré que fingir que este sentimiento no es real.

Pero ¿cómo puedo superar su engaño?

No se trata solo de confiar en él. Si lo hago, eso significa que tengo que confiar en mí, en mi propio criterio. Es como estar al borde de un acantilado y decidir dar un paso hacia delante en el aire.

Puede que eso sea lo que más miedo me da.

Desvío la atención hacia mi bolso y rebusco hasta dar con una camiseta para dormir; soy consciente en todo momento de que me abrasa con su mirada.

Sé que tiene razón. Añadir sexo a la ecuación, por más sexi que sea, no es la decisión correcta, para ninguno de los dos.

Me pongo la camiseta, me acuesto en el saco, y llevo la vista a Eoin.

—Necesitas dormir —susurra.

—Tú también. En un rato podemos cambiar de rol, y yo haré de vigía.

Frunce el ceño, pero le sostengo la mirada con toda la seriedad que me permite esta camiseta con el lema «Se folla guay en Hawái».

—Somos un equipo, ¿recuerdas?

Analiza mi rostro unos instantes antes de asentir.

—Te despierto en unas horas, así puedo dormir un rato.

—Hazlo, ¿eh? —Cierro el saco de dormir.

La noche nos envuelve conteniendo la respiración. Fuera se oyen los acordes poco armónicos de una guitarra y, en la lejanía, las risas de la pareja alemana. Dentro de nuestro santuario robado, Eoin permanece sentado, alerta, con el arma en la mano, y yo contemplo el juego de sombras en su rostro.

Eoin. El hombre que me besó en la caseta de mantenimiento como si fuese el fin del mundo, y entre salchichas chamuscadas como si yo representara el comienzo de uno nuevo. El hombre al que amo con desesperación, pero en quien no puedo confiar. El que me eligió a mí por encima de todo, pero me mintió desde el principio.

La imposibilidad de un «nosotros» duele, aunque me mantengo firme. Mientras observo a Eoin de cerca me doy a la fantasía de que el mundo aceptará a un detective irlandés y a un príncipe inglés. De que, de alguna manera, aprenderé a confiar de nuevo. De que el amor será suficiente.

Esta esperanza es una vana presunción por mi parte.

En realidad, todo mi linaje se basa en la osada creencia de que somos quienes somos por mandato divino, por lo que puede que el

delirio sea genético.

No obstante, me gusta creer que la persona que enviaron para que me traicione, de alguna manera, es la única capaz de salvarme.

Si se lo permito.

Capítulo Treinta Y Seis

Eoin

Algo no va bien.

Me despierto sobresaltado, con esa sacudida que el subconsciente reserva para los momentos en que sabe que algo malo ha pasado antes que el cerebro.

La tienda está vacía.

Aún no me he despertado por completo, pero llevo la mano al arma con la adrenalina fluyendo a tope por mi cuerpo. Veo la camiseta con la que ha dormido Nicholas perfectamente doblada sobre el saco de dormir, no así a su dueño.

Fue una noche tranquila. Observé a Nicholas dormir durante gran parte de ella, preguntándome cómo cojones pasamos de una gira de la realeza a una acampada de fugitivos en menos de cuarenta y ocho horas. También, qué tendría que hacer para transformar ese «no lo sé» en un «sí, te perdono».

Jugar a los esposos al lado de la parrilla resultó una bendición y una tortura al mismo tiempo. La forma en que se recostó sobre mí, las caricias casuales, ese beso que me supo a posibilidades hasta que acabó igual de chamuscado que las salchichas.

¿En qué estoy pensando? Incluso si me perdonara, ¿luego qué?

Vivimos en galaxias diferentes. Él, con sus palacios y sus protocolos, y una vida trazada en oro. Yo, con un estudio en Londres

y una carrera profesional a punto de terminar.

¿Qué futuro podríamos tener?

Jesús, no puedo ser más patético. Me estoy enamorando de alguien tan inalcanzable que me sería más fácil tocar las estrellas.

Aunque al pasar tiempo con él también me he dado cuenta de que, si le quitas las capas externas de tontería, las coronas y los títulos, tiene sentido que estemos juntos. Trabajamos bien en equipo. Nos compenetramos de forma instintiva a un nivel que no he experimentado con otra persona.

Estar alejados de nuestra realidad diaria, de nuestros papeles habituales, me ha ayudado a desvelar una verdad subyacente: somos dos hombres que, por raro que parezca, encajamos como piezas del mismo puzle a pesar de venir de cajas diferentes.

Confío en él más que en cualquier otra persona.

Como esta mañana, cuando se despertó a las cuatro de la madrugada y me insistió para que descansara unas horas.

Después de que prometiese que me avisaría si escuchaba algún ruido, cedí el control e intenté cerrar los ojos porque necesitaba descansar. Para mi sorpresa, logré dormir.

No obstante, al encontrarme la tienda vacía, no puedo más que arrepentirme.

Las lonas se ciernen sobre mí mientras mi mente idea todo tipo de escenarios: la gente de Pierce nos ha encontrado. Se lo ha llevado mientras yo dormía como un puto novato...

Por suerte, el ruido de una cremallera interrumpe mis pensamientos.

Nicholas entra a la tienda, y la sensación de pánico en el pecho se suaviza durante exactamente tres segundos, momento en el que noto su expresión.

—Tenemos un pequeño... problemita —dice.

—¿Qué pasa?

Me muestra el móvil.

La pantalla contiene una miríada de titulares, cada uno más original y catastrófico que el anterior.

El *Daily Chronicle* anuncia a gritos: «¿DÓNDE ESTÁ NICHOLAS? La gira real se malogra por la alocada desaparición del príncipe».

Entre las especulaciones dispares se hallan la de una boda secreta y una crisis nerviosa. *The Celestial*, siempre con su habitual sutileza, declara: «¡LA FUGA DE NICHOLAS EL TRAVIESO!», y acompaña la publicación con flechas que apuntan a un mapa de Nueva Zelanda junto con varios signos de interrogación. En un recuadro lateral se aprecia el siguiente titular: «Historia de rebeliones en la realeza».

Mi favorito es el artículo de *Talker*, una revista de Nueva Zelanda: «¿El príncipe británico se va de excursión no autorizada con los *hobbits*?», y la foto con Photoshop donde se ve el cuerpo de Frodo con la cabeza de Nicholas.

—Todos los aprendices de *paparazzis* de este país intentarán encontrarme —comenta Nicholas, sombrío.

—¿Crees que esto es cosa de Pierce o lo habrán ideado así Callum y Oliver para que palacio explique por qué has cancelado la programación oficial? —pregunto.

—Para mí, es cosa de Pierce. Si me persiguen como locos todos los *paparazzis* aficionados, eso juega a su favor, ¿no crees?

Escribe algo con rapidez en el móvil.

—Parece que palacio ha hecho un comunicado oficial donde se explica que tuve que cancelar mis compromisos por enfermedad, pero el mensaje ha caído en el olvido después de que una fuente anónima declarara que estoy perdido en combate.

—Tenemos que movernos. ¡Ya! —digo.

Mientras guardamos lo poco que hemos podido recuperar del material de acampada, la pareja de alemanes se nos acerca.

—¡Un drama! —exclama la señora blandiendo su móvil como un trofeo—. Desaparece el príncipe inglés. Como David Copperfield en modo realeza.

Nicholas la mira con confusión en el rostro.

—¿Quién ha desaparecido?

Gesticulando y con entusiasmo, la mujer relata la historia junto con al menos tres teorías conspiranoicas que ha leído en las redes.

—Todos piensan que se trata de un escándalo sexual. —Se inclina hacia delante, con complicidad—. La gente de la realeza siempre tiene de esos. Pero ¿y si son los alienígenas?

A Nicholas se le escapa un sonido similar al de un gato al que acaban de pisarle la cola que intenta cubrir con una tos.

—¡Fascinante! Aunque no me creo que los alienígenas tengan tan mal gusto como para abducir a la monarquía británica.

—¿Será que ha descubierto Tinder? —La alemana mueve las cejas a modo de insinuación—. Hizo *match* con un granjero, se enamoró, se fue a vivir en mitad de la montaña, y ahora hace quesos.

—Puede —responde Nicholas—. Bueno, ha sido un placer conoceros, mil gracias nuevamente por ayudarnos con la tienda.

—Sois adorables juntos —dice la mujer—. Así deberían ser todos los recién casados. Os auguro una larga vida juntos llena de felicidad.

Nicholas se tensa.

—Eh..., gracias. Somos muy felices. —Su voz se quiebra en la última palabra.

—Que disfrutéis lo que os queda de luna de miel —nos desea el hombre con una sonrisa.

Mientras nos alejamos en el coche ambos estamos un poco incómodos. Intento conducir a la velocidad de dos recién casados que en absoluto son el príncipe desaparecido y su errante oficial de seguridad.

Cuando llegamos a una intersección, hago una pausa.

—¿En qué dirección deberíamos ir?

Nicholas analiza el mapa en su móvil.

—Creo que deberíamos volver hacia el norte. La ruta del sur se apoda Carretera del Desierto, así que imagino que por ese lado no hay mucha cosa. Además, seguro que creen que vamos hacia el sur, ¿no? Si nos dirigimos de nuevo hacia el lago Taupō iremos en una dirección que no se esperan.

Su mente estratégica no debería sorprenderme a estas alturas. Pero la forma tan casual en la que analiza los patrones de pensamiento de nuestros enemigos mientras se ajusta, inconsciente, esas gafas espantosas aviva la necesidad de darle un beso.

Al parecer, tengo un tipo: príncipes pijos capaces de superar en astucia a unos terroristas, y a quienes los ha peinado un hurón

borracho.

Es la misma mente que propuso convertir su propio secuestro en un medio para compensar las injusticias coloniales; que vio una oportunidad donde yo solo veía desastres.

Dejé que mis prejuicios me cegaran durante mucho tiempo, y no supe ver la mente brillante que había debajo de los trajes de diseñador y de ese humor irónico.

Nicholas se remueve en el asiento de al lado y, al mirar de reojo, lo veo contemplar la carretera con cierta indiferencia. El sol de la mañana ilumina su espantoso color de pelo haciéndolo brillar cual material radiactivo.

—Pierce ha hecho acopio de recursos durante años —comento; necesito llenar el silencio con algo que no sea todo eso que callamos—. Ha ido construyendo una red de contactos mientras esperaba el momento oportuno.

—Un plan a largo plazo —responde Nicholas.

—Siempre se le ha dado bien. Es de los que visualizan los siguientes diez movimientos cuando los demás aún estamos acostumbrándonos al tablero.

Nicholas se queda callado por un momento, y luego pregunta:

—¿Era eso lo que te atraía de trabajar como agente encubierto? ¿Que fuera como un juego de ajedrez?

—En parte —admito—. Es interesante convertirte en una persona completamente distinta. Aprender sus patrones, sus señales. Compenetrarte tanto con una tapadera que casi hasta te olvidas de quién eras antes.

—Un poco solitario —dice.

—A menudo. No puedes permitir que nadie se te acerque demasiado. Ni formar lazos con nadie porque todo se basa en una mentira. —La ironía no se nos escapa a ninguno de los dos—. Pero también sientes... No sé. Como que tienes un propósito. Eres la única persona que se interpone entre los civiles y la gente que quiere hacerles daño.

—El protector —murmura Nicholas casi para sí mismo—. Siempre colocándote entre el peligro y los demás.

—Alguien tiene que hacerlo.

Se gira para hacer contacto visual, y dobla una pierna antes de sentarse encima de ella. Un gesto casual, como quien conversa con normalidad y no está huyendo para salvar su vida.

—¿Y tú, qué? ¿Quién protege al protector?

Mantengo la vista puesta en la carretera.

—Eso no funciona así.

—Pues debería... —susurra, y algo en su voz me oprime el pecho.

Antes de que se me ocurra una respuesta, ya ha vuelto a la postura de mirar por la ventanilla.

—Cuéntame cuál ha sido la misión más peligrosa como agente encubierto —dice, llevándonos de nuevo a territorio seguro—. La que hizo que te dieras cuenta de que valías para esto.

Lo miro de reojo; comprendo su evasiva. Es una forma de continuar la conversación sin adentrarnos en el campo de minas de lo que somos el uno para el otro.

Por eso le cuento sobre Belfast, sobre el equipo de Flannery y esos seis meses en los que viví al límite. En la vida real sobrevivía a cenas de microondas en mi estudio y acompañaba a Malachy al fisioterapeuta los martes a las tres.

Para mí, trabajar como agente encubierto era una experiencia inmersiva, una manera de escapar de la realidad de mi vida.

Y si cada vez que Nicholas me hace una pregunta inteligente se me corta un poco la respiración; si noto la forma en que aprieta las manos cuando describo las ocasiones en que me he salvado por los pelos... Bueno, ahora mismo ambos fingimos no darnos cuenta de muchas cosas.

Nicholas se recuesta en el reposacabezas.

—Te envidio —dice, bajito.

Eso me pilla desprevenido.

—¿Me envidias?

—Mi vida es un guion escrito de antemano. —No me mira, contempla la ruta que tenemos por delante—. Cada palabra está medida; cada aparición pública, coreografiada. El que soy aquí y ahora, en un coche robado, con un tinte espantoso, huyendo de terroristas y secuestrado por un detective irlandés, es mi yo más auténtico en años.

—Me alegro de haber colaborado en tu camino hacia la autenticidad —respondo, seco.

—Lo digo en serio. —Me mira—. ¿Sabes lo que significa para mí hacer por fin algo que de verdad importa? Aunque al final no salga bien, al menos es algo real.

—Sí —respondo, mientras pienso en lo real que ha sido todo desde que lo conocí—. Entiendo lo que dices.

Estira la mano como si quisiera atravesar el espacio que nos divide y tocarme, pero luego parece pensárselo mejor.

La esperanza crece un poquito más en mi interior.

De pronto, un control policial se materializa en una curva con nula visibilidad: dos coches de policía en perpendicular a la autopista, oficiales con chalecos reflectantes que encauzan el tráfico para que los coches hagan fila en un solo carril. Me pongo recto contra el asiento.

—Mierda —suelto.

Nicholas también se endereza, y se le resbalan por la nariz las ridículas gafas que lleva puestas.

—¿Puede que sea un control de alcoholemia? ¿O que comprueben si las pegatinas están en orden? ¿Quizás buscan artistas circenses que se han dado a la fuga?

Su voz lleva ese tinte particular de tensión que significa que se está obligando a aligerar el ambiente. Ambos sabemos qué es esto.

Conforme a la hilera de coches que hay por delante, disponemos de unos noventa segundos. Hago un barrido para barajar opciones. Hay una pared rocosa a la izquierda, un desnivel escarpado a la derecha.

—Podríamos intentar salvarnos hablándolo por las buenas —continúa—. El acento australiano se me da de lujo: «Ey, *bro*, ¿te vienes a por una pinta?».

—Tu acento australiano suena como si Dick Van Dyke fuera el prota de *Cocodrilo Dundee* —contesto, sin apartar la vista de la escena que tengo delante. Los oficiales comprueban licencias y figonean dentro de los coches.

Sesenta segundos.

—Buscan algo en concreto. —Veo a un oficial hacerle señales a una familia en una autocaravana para que sigan camino—. O a alguien en concreto.

Nicholas aprieta la mandíbula.

—Vale. ¿Qué sugieres, detective?

Cuarenta segundos.

—Cuando te dé la orden, agárrate fuerte —digo, bajito, mientras pongo la marcha atrás—. Y comprueba que tienes el cinturón de seguridad bien puesto.

—Eoin...

—Confía en mí.

Veinte segundos.

Un oficial se aproxima al Toyota de delante y veo la oportunidad. Pongo la marcha atrás, y los neumáticos chirrían contra el asfalto. El oficial levanta la cabeza y lleva la mano a su radio.

—¡Agárrate! —Volteo el volante a toda velocidad y, ayudándome del freno de mano, me marco un giro en J que enorgullecería a mi profesor de conducción. Nos hemos quedado en dirección contraria. El motor ruge en cuanto piso el acelerador para regresar por el camino por el que hemos venido.

—Vaya, eso ha sido de todo menos sutil. —Nicholas se aferra al cuadro de instrumentos, pero percibo tranquilidad en su voz, lo cual es admirable.

A través del espejo, veo a los oficiales corriendo hacia sus coches, y las sirenas ya parpadean.

Los neumáticos protestan a gritos cuando viro bruscamente hacia una ruta secundaria muy estrecha.

Nicholas ya se ha hecho con el móvil, y sus dedos se mueven con rapidez por la pantalla.

—Hay un camino forestal que conecta con otra ruta. A la izquierda, en cien metros.

Sigo sus instrucciones sin rechistar; desvío el coche hacia la izquierda, y nos adentramos en un camino de grava. El «canto» de las sirenas se oye alto y claro.

Creo que nos van a alcanzar. Si son policías locales, se conocerán cada camino como la palma de la mano.

—¡Gira a la derecha, ahora! —grita Nicholas, y vuelvo a virar. Nos metemos por otro camino, si es que puede llamarse así; al instante, las ramas de los árboles arañan los cristales del coche.

La suspensión emite alaridos de protesta, pero Nicholas continúa dando órdenes, y su acento pijo se vuelve cada vez menos refinado.

—Hay un río un poco más adelante. Mierda, no sé si tiene un puente o...

Al salir de la línea de árboles nos encontramos con un cruce de hormigón por el que fluye el agua a raudales. No hay tiempo para pensar en alternativas. Piso a fondo el acelerador, y el agua brota a nuestro alrededor como en una peli de acción de bajo presupuesto. Por un momento, creo que el coche se nos queda atascado, y se me paraliza el corazón; sin embargo, aunque el motor se ahoga, continúa su marcha.

—¡Pero qué pasada! —Nicholas ríe, rebelde, liberado—. ¡Locura total, pero qué pasada!

La alegría en su voz hace que le eche un vistazo, y... me está mirando como antes. Como si fuese alguien extraordinario, y no la persona que le ha hecho daño.

El coche se sacude por un bache, por lo que me percató de que echarle miraditas mientras conduzco por caminos foráneos quizás no es la mejor estrategia de supervivencia.

El sonido de las sirenas va apagándose, así que deduzco que los policías no han dado con el camino que hemos tomado.

Tengo claro que no podremos despistarlos por mucho más tiempo. En nada, todas las unidades de la zona tendrán nuestra descripción.

—Tenemos que desaparecer rápido.

—¿Y el lago? —pregunta Nicholas de pronto, al alcanzar la cima de una colina y ver el lago Taupō extenderse cual mar tierra adentro—. Pueden poner controles en los caminos, pero no pueden sitiar todo el lago.

Tiene razón. El lago debe de tener una buena cantidad de rampas para barcos y de embarcaderos privados a lo largo de la ribera.

—Nunca he robado un barco —aclaro.

—Siempre hay una primera vez para todo, detective. Entre los coches y ahora los barcos, nos estamos convirtiendo en una mafia de nivel internacional.

Cuando vuelvo a mirarlo, noto el color en sus mejillas y el brillo en sus ojos. Jesús, qué guapo es. En este momento, incluso más de lo normal. Y esa expresión salvaje en su rostro, temeraria, me da ganas de darle un beso o encerrarlo por su propio bien.

Pasados veinte minutos y tras abandonar la destartada camioneta detrás de una tienda de pesca, nos encontramos en el puerto deportivo acechándolo como depredadores. El sitio está lleno de navegantes veraniegos, lo que juega a nuestro favor.

—¡Mira! —murmura Nicholas al tiempo que señala una modesta lancha de aluminio con motor fueraborda—. Tiene las llaves puestas.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque el dueño es ese grandísimo tonto que intenta dar marcha atrás con el remolque de la embarcación. —Señala a un hombre con las mejillas enrojecidas que está realizando la maniobra más estúpida de su vida mientras una mujer gesticula de forma descontrolada—. Les va a llevar como mínimo unos veinte minutos más.

Antes de que pueda responder, ya se ha puesto en marcha, derrochando seguridad con sus andares aristocráticos como si el muelle le perteneciera.

Lo sigo hacia la lancha con el corazón martilleándose.

En cuanto Nicholas sube, la embarcación se mueve por el peso, y pierde el equilibrio. Lo sujeto de inmediato; con una mano lo aferro del hombro y extendiendo la otra por la zona baja de su espalda.

—Te tengo —digo.

—Lo sé —responde con voz baja.

Sus ojos azules se cruzan con los míos; por un instante, no nos movemos.

Mis manos lo agarran de la cintura en un acto reflejo, y se le corta la respiración. El sonido me recorre por entero.

¡Jesús! Pese a estar robando una lancha a plena luz del día, en lo único que puedo pensar es en lo bien que encaja su cuerpo con el mío.

Luego Nicholas parpadea, como si despertara de un trance, y da un paso atrás, cauteloso.

—Déjame a mí. —Se ubica en la posición del piloto.

—No creo...

Me mira con exasperación.

—Eoin, he navegado en este tipo de embarcaciones desde que tengo quince años. Ibiza, Mónaco, el lago de Como... Para los niños ricos, los barcos son casi un rito de iniciación.

Sus manos se mueven con seguridad por los controles.

El motor arranca con un rugido reconfortante, y nos alejamos del muelle poco a poco con Nicholas al mando.

A unos cien metros de distancia se oye el primer grito desde la costa. A través del espejo, veo al dueño salir disparado, mientras que su esposa sigue al lado del remolque. Pero ya estamos cogiendo velocidad, y la costa va quedando atrás en cuanto Nicholas aumenta la potencia.

El viento enmaraña aún más su pelo, que no deja de sufrir abuso tras abuso.

—Eres consciente de que hemos robado cuatro vehículos en veinticuatro horas, ¿verdad? Debemos de haber establecido algún tipo de récord de nobles en la Commonwealth.

—No precisamente el que querías batir —respondo al tiempo que me giro para ver si nos persiguen.

—Supongo. Aunque, si nos ponemos técnicos, solo sería un robo si nos pillan. Ahora mismo, es más bien un préstamo a la fuerza con una política de devolución flexible.

Estoy casi seguro de que existe un solo hombre en este planeta capaz de hacerme reír en esta situación, y es él.

Ante el sonido de mi risa, Nicholas agacha la cabeza, pero no sin que perciba la forma en que todo su cuerpo parece ablandarse.

Aquí en el agua, con el sol iluminando la superficie del lago y las montañas que se alzan en la distancia, casi podríamos ser dos hombres cualquiera viviendo una aventura.

Vislumbrar cómo podría ser nuestra vida juntos me hace daño. Porque es lo que anhele. Quiero vivir todas las experiencias de esta vida con él a mi lado.

Una vez hemos llegado a la mitad del lago, saca el móvil desechable.

—Tendrás que hacerte cargo —dice, y se hace a un lado—. Tengo que llamar a Callum y Oliver.

Intercambiamos posiciones en una danza extraña de codos y rodillas.

Nicholas protege el móvil para que no le entre agua mientras realiza la llamada, y yo desacelero hasta que la embarcación se queda flotando.

—¿Callum? —Su voz es algo áspera—. Sí, estamos... No, estamos bien. Hemos tenido un estimulante encuentro con las fuerzas de seguridad locales, pero...

Mientras escucha, atraviesan por su rostro una serie de emociones complicadas.

—¿Para cuándo? —Hace una pausa—. ¿Y la abuela ha aceptado? ¡Joder! Quiero decir, qué bien...

Sus ojos se encuentran con los míos, y me dedica una expresión de triunfo.

—Sí, sí, sabemos que hay que encontrar el momento oportuno. Pero asegúrate de que el anuncio llegue a los medios principales de forma simultánea. —Hace otra pausa para escuchar—. Me parece genial. Y, Callum, gracias. Dile a Oliver que su talento para llegar a acuerdos está a punto de hacer historia. O sea, literal.

Otra pausa.

—Claro que me estoy cuidando. De hecho, tengo a un irlandés muy competente que se encarga de mi seguridad. Un abrazo para ambos.

Cuelga la llamada y me encara. Su rostro se ha sonrojado por la adrenalina.

—Dos horas. Lo están organizando todo ahora mismo, pero en unas dos horas anunciarán la creación de la Fundación Real de Reparaciones Coloniales. En un principio, el fondo contará con siete mil millones de libras provenientes del Crown Estate, más el compromiso de siete familias aristocráticas, incluida la de Harry Matheson, para completar un total de doce mil millones.

¡Jesús! Mi cerebro no es capaz de computar tantos ceros. Doce mil millones. No es suficiente, nada es suficiente cuando se trata de contrarrestar siglos de extracción de recursos y de explotación. Pero es un comienzo. Un reconocimiento.

—¿Y los Preston-Alexander? —pregunto.

Su sonrisa se vuelve mordaz.

—La familia de mi madre se ha comprometido a colaborar con ochocientos millones, de momento. Al parecer, les dieron dos alternativas: contribuir de forma voluntaria o que se publique con lujo de detalles todo su historial de rendimientos coloniales. —Su voz denota una satisfacción perversa—. Oliver puede ser de lo más persuasivo cuando se lo propone.

—Excelente noticia.

—¿Verdad? No puedo creer que lo hayamos logrado.

—Tú lo has logrado. Fue tu idea, tu plan.

—Lo logramos. —Me mira fijamente—. Lo logramos tú y yo juntos.

La punzada de esperanza en mi interior es casi dolorosa.

He de apartar la mirada. Me concentro en la zona en la que el lago se funde con la tierra, donde la quietud del agua refleja como un espejo los volcanes que asoman por detrás. Hasta parece un truco de la naturaleza.

Dos horas. Debemos permanecer a salvo durante dos horas y, con suerte, Pierce y los suyos aceptarán que han logrado su cometido sin tener que secuestrar a Nicholas.

Puede que entonces dejemos de huir el tiempo suficiente como para hablar de lo nuestro.

Pero en cuanto esa idea atraviesa mi mente, pillo un movimiento por el rabillo del ojo que me pone los pelos de punta.

—Nicholas —adviento, aunque él ya se ha girado a mirar.

Tres lanchas se aproximan desde diferentes direcciones moviéndose con demasiada determinación como para ser navegantes aleatorios. Aún se hallan a cierta distancia, pero el patrón en que se acercan indica coordinación.

Persecución.

—Vaya —dice Nicholas con su acento aristocrático—, supongo que era mucho pedir que esperaran hasta el anuncio oficial.

Se me huela la sangre.

El miedo, crudo y asfixiante, me atenaza la garganta.

No por mí.

Por él.

Si hay tres embarcaciones, habrá al menos seis hombres, puede que más. Profesionales armados.

Que quieren llevarse a Nicholas.

Le doy al acelerador de la lancha, lo que provoca que dé un salto hacia adelante mientras me encamino hacia la parte más profunda del lago.

Detrás, nuestros perseguidores ajustan la velocidad, y sé con una certeza absoluta que sus embarcaciones son más rápidas, sus motores más potentes.

Nos vamos a quedar sin lago. Sin tiempo. Sin alternativas.

Capítulo Treinta Y Siete

Nicholas

El lago, que parecía tan inmenso en la lejanía, ahora se ha convertido en una bañera con tres tiburones que dan vueltas alrededor del desagüe. La lancha robada da tumbos sobre el agua, y el motor protesta con la misma intensidad que mi pulso acelerado.

—Nos quieren acorralar —grita Eoin por encima del viento. Tiene los nudillos blancos de tanto apretar el timón—. Arrinconarnos contra la orilla este.

Me giro para mirar hacia atrás. Las tres embarcaciones se mueven como un todo compacto. Dos flanquean los costados mientras la tercera está más retrasada, lista para interceptar cualquier intento de escape. Es una emboscada profesional. Coordinada.

—¿La gente de Pierce? —pregunto, aunque sospecho cuál es la respuesta.

—Es probable. —Eoin aprieta la mandíbula de esa manera que indica que alguien va a tener un día pésimo.

Por desgracia, ese alguien somos nosotros.

—Saben muy bien lo que están haciendo.

Me quedo mirando la coordinación de los barcos con ese tipo de admiración que se tiene al ver un espectáculo de *ballet* ejecutado a la perfección. Si el *ballet* involucrara motores de alta potencia y la

promesa implícita del uso de la violencia, claro. Los barcos de los laterales mantienen una distancia perfecta y se van ajustando a cada movimiento que hace Eoin incluso antes de que termine de maniobrar.

Nos están obligando a ir hacia la costa. Y a no ser que, por arte de magia, le crezcan ruedas a la embarcación para que podamos adentrarnos en tierra, en breve nos vamos a quedar sin sitios donde escondernos.

El barco que lidera la persecución se ha acercado lo bastante como para notar ciertos detalles. Veo dos hombres vestidos con chalecos tácticos negros.

Un estallido rasga el aire, a lo que sigue un chapoteo muy cerca de Eoin. No solo se me hiela la sangre, sino que se convierte en un témpano de hielo.

Es una bala.

Por extraño que parezca, el sonido es delicado para algo tan letal, como el de una avispa molesta, si las avispas fueran de plomo y tuvieran tendencias homicidas.

Me da un vuelco el estómago. Al girar, me encuentro a uno de los hombres de la embarcación líder con una metralleta y las piernas separadas para mantener el equilibrio, observándonos desde la mira telescópica.

No soy un objetivo para ellos. Me necesitan vivo para hacer conmigo lo que sea que tengan planeado en sus adorables cabecitas. Pero Eoin...

—Intentan borrarle del mapa —grito.

—Me he percatado —responde, sombrío, mientras vuelve a agacharse en cuanto una nueva bala le pasa por al lado—. Tiene sentido. Es más fácil capturarte si me quitan del medio.

Saber que intentan cargarse a Eoin de forma activa añade un giro siniestro a la persecución. El hielo se me cristaliza en las venas produciendo un dolor agudo, lacerante.

No es momento de entrar en pánico.

Me fuerzo a centrarme en hacer un inventario de nuestros alrededores.

—Ese puerto deportivo. —Señalo un conjunto de barcos amarrados, a unos doscientos metros—. ¿Puedes llegar hasta ahí?

Eoin no responde, se limita a acelerar. El motor tose como un fumador compulsivo que se las quiere dar de cantante de ópera, lloriqueando que da lástima, y, por fin, de alguna manera, logra arrancar.

Otro disparo. Esta vez más cercano. El mismo objetivo: Eoin. Me voy hacia él por instinto, en un intento por protegerlo, pero me quita de un codazo.

—¡No hagas el idiota! —gruñe.

—A mí no me van a disparar —explico.

—¡Que no!

—Tú deja de ser tan cabezota.

—Tú deja de querer salvarme —responde Eoin.

—Has empezado tú.

No sé si habla bien de nosotros el hecho de que estemos discutiendo con toda naturalidad cual matrimonio mientras nos están disparando.

Nos hallamos a unos cincuenta metros del puerto cuando vislumbro justo lo que necesitamos: una gasolinera flotante con tres hileras de barcos amarrados que crean un laberinto de cuerdas y fibras de vidrio. Mi mente se apresura a calcular ángulos y potencia como si fuese un examen de física cuántica.

—Colócate entre esos dos yates —ordeno—. Y apaga el motor enseguida.

Eoin ejecuta la maniobra a la perfección porque, siendo él, no podía ser de otra manera. Nos metemos en medio de dos embarcaciones amarradas cuyas cuerdas rozan los costados de nuestra lancha. Mientras él apaga el motor, yo me hago con el bichero con punta de garfio y siento el frío del aluminio bajo mi mano.

El envión nos impulsa hacia delante. Inclino el cuerpo y, con el bichero extendido, me engancho a un pilote del muelle de repostaje. La física hace su trabajo, y damos un giro brusco alrededor del pilón como si estuviéramos en una peligrosa atracción de feria. Mi hombro se queja, pero funciona.

Si bien los perseguidores pasan de largo a toda máquina, uno de los tiradores tiene una visión clara de Eoin por unos segundos. El tiempo se detiene, y el momento se alarga, cada segundo es una eternidad. Veo al francotirador levantar el arma, a Eoin centrado en maniobrar el timón, e intuyo la trayectoria de lo que va a suceder con una claridad espeluznante.

No me lo pienso. Me muevo por inercia y me arrojo sobre Eoin al tiempo que un disparo estalla en el aire. La bala pasa por donde estaba su cabeza hasta hace solo un instante y perfora la fibra de vidrio de detrás.

—¡Jesús y la Virgen, Nicholas! —Eoin ya ha arrancado el motor y maniobra para adentrarnos aún más en el laberinto flotante—. ¿Qué acabo de decir de no hacer el idiota?

—Debo de ser un poco duro de mollera.

—Estás grillado —contesta mientras exhala, aunque noto un deje de admiración detrás de ese grito exasperado.

—Imagino que no se trata de un cumplido —logro decir entre resuello y resuello.

—Significa que estás loco. Loco de remate. —Me da un apretoncito en el hombro antes de volver a ponerse con el timón.

Se nos abre un hueco en el agua, un camino que lleva a la costa. Tenemos que aprovecharlo.

Abandonamos la protección del puerto deportivo a toda prisa, con el motor rugiendo fuerte. Detrás, las embarcaciones se vuelven a juntar. Más disparos, todos con la mira en él. Uno perfora el parabrisas, y recibimos un baño de metacrilato.

—¡Hazla encallar! —digo al tiempo que señalo una cala cercana e intento no pensar en lo mucho que esto va a doler.

Eoin le da al interruptor un segundo antes de que el casco se estrelle contra las piedras de la playa. Me voy hacia delante tras el impacto y sufro un reencuentro inoportuno con el panel, que se me incrusta en las costillas.

Tras lanzarnos por la borda de inmediato, nos movemos en dirección a la playa. Eoin me coge de la mano.

Detrás de nosotros se escuchan gritos. El sonido de las embarcaciones que han encallado se mezcla con el de mis jadeos y

el de mi pulso acelerado retumbando en mis oídos.

Corremos. Los matorrales desgarran nuestras vestimentas con sus tallos espinosos y dejan su impronta marcada con sangre. Me queman los pulmones como si estuviera respirando fuego, pero no nos detenemos.

Trepamos por una cuesta aferrándonos a las raíces como asideros improvisados. Tengo las palmas en carne viva, se me han roto las uñas y estoy seguro de que me he dejado piel en al menos un tercio de los árboles. Por detrás, los perseguidores se abren paso entre los matorrales. Nos están alcanzando. Es normal, estarán acostumbrados a hacer más ejercicio que el de levantar copas de champán en eventos de caridad.

En la cima de la cuesta nos topamos con un sendero que continúa por la cresta. A ambos lados, solo hay ladera abajo. Debemos avanzar. Me duelen las piernas; mis músculos profieren insultos en idiomas que no sabía que mi cuerpo dominaba. Pero Eoin me apremia, y yo lo sigo, porque la alternativa es inadmisible.

De pronto, es posible descender por el sendero gracias a unos escalones irregulares incrustados en la ladera. Nos precipitamos hacia abajo para luego darnos cuenta de que estamos en una zona sin salida: un mirador sobre un acantilado, con una barandilla de seguridad, lo único que se interpone entre nosotros y el lago, a unos quince metros de altura.

—No hay escapatoria —digo entre jadeos porque, al parecer, no se me ocurre mejor idea que gastar el poco oxígeno que me queda en soltar obviedades.

Se oyen unos pasos por encima de nosotros. Eoin prepara su arma al tiempo que me empuja detrás de él. El gesto es protector y exasperante, y me atenaza el pecho.

Asoma la cabeza uno de los perseguidores que, por supuesto, va de negro. ¿Por qué todos los malos visten de ese color? ¿Les enviarán una nota con el mismo código de vestimenta? «Atuendo malévolo: ropa semiformal en negro, sin excepciones».

Eoin dispara, no con intenciones de matar, sino para que el individuo retroceda. Deben de quedarle pocas municiones. Por la arruga en su frente intuyo que él también es consciente de ello.

Aparecen otros sujetos que se despliegan con una precisión táctica.

—Ríndete, O'Connell —grita desde arriba uno de ellos—. Ya sabes cómo acaba esto.

—Va a acabar de una sola manera —devuelve a gritos Eoin—: lo vais a tocar por encima de mi cadáver.

Se me forma un nudo en la garganta ante la certeza en su voz. Lo dice en serio. Está dispuesto a morir por mí aquí, en este mirador para turistas.

La sola idea me destroza.

Me da pavor que me vuelvan a hacer daño, otorgarle a alguien el poder de destruirme como lo hizo Daniel.

Sin embargo, ahora, al ver la expresión en su rostro, todas mis barreras, mi cinismo protector, el miedo a que me tomen otra vez por tonto..., nada de eso importa.

Me mintió, sí. Pero también me eligió por encima de su carrera, del deber y de su propia seguridad.

Daniel me vendió a cambio de dinero.

Eoin está dispuesto a morir por mí.

Y aunque cualquier oficial de protección lo haría, estoy seguro de que no se les quebraría la voz al decir esas palabras. No tendrían ese deje de furia apremiante.

No se trata del deber. Es más que eso.

Acabo de caer en la cuenta de que ya le he otorgado el poder de lastimarme. La gran incógnita siempre ha sido si tengo el suficiente coraje como para confesarlo.

No hay nada como enfrentarte a la posibilidad de morir para recordar que el mejor momento para ser valiente es mientras estás vivo.

Me quedo sin tiempo para procesar este descubrimiento porque los atacantes continúan su avance. Eoin vuelve a disparar, frenético, pero luego se detiene. Los hombres de Pierce se aproximan con precisión calculada, con la seguridad de un depredador que ha acorralado a su presa, lo que me da a entender que saben que le quedan pocas balas.

Un hombre de apariencia distinguida y cabellos grises se asoma a la parte superior de las escaleras. Tiene pinta de abuelo bonachón.

—Eoin —dice, de forma coloquial, como si estuviésemos comiendo canapés en una gala para recaudar fondos—. Esto ya se pasa de castaño oscuro.

—Vete a la mierda, Pierce —brama Eoin.

Pierce. Su nombre es un balde de agua fría. Es él, su mentor, el cerebro de toda la operación.

Tras un suspiro, dice:

—Pensaba que verías la luz.

Les hace un gesto a sus hombres, que se despliegan aún más en abanico por los matorrales. Eoin empuña el arma alternando entre los diferentes blancos como si fuese el director de una orquesta peligrosa, pero hay demasiados instrumentos para un solo director.

—Atrapadlos —ordena Pierce sin más—. Al príncipe lo quiero ileso. Preferiría no matar a nadie, pero si O'Connell opone mucha resistencia, es prescindible.

Todo sucede en un instante. Se nos acercan a toda marcha desde varios ángulos. Eoin intenta protegerme disparando los últimos cartuchos para obligarlos a retroceder, pero son demasiados. Cuando uno de ellos levanta un arma y apunta hacia el lado donde Eoin está desprotegido, el tiempo se ralentiza hasta detenerse.

No. Él no. Así, no.

La veo cerca de mi pie. Es una rama gruesa como mi muñeca que cayó cuando descendíamos. Sin pensarlo, la recojo y la empuño para golpear al hombre que apunta a Eoin. La rama conecta con su brazo y la bala sale disparada en otra dirección.

—¡Corre! —le grito a Eoin mientras me giro para encarar a los otros con mi absurda e inadecuada arma. Mis años de esgrima asoman a la superficie. Nada de movimientos coreografiados. Me valgo de los principios básicos: mantenerse en movimiento, ser impredecible. Amago a la izquierda, a la derecha. Esta rama es la espada más inepta del planeta.

Si logro sembrar el suficiente caos, quizás...

Pero Eoin no corre. Como era de esperar. En vez de eso, cuando un atacante esquiva uno de mis avances, se lanza hacia delante y,

tras agarrarme de la muñeca, me resguarda con su cuerpo.

Por un instante, nuestras miradas se encuentran, y noto fiereza en su expresión, un orgullo casi salvaje que se mezcla con el rechazo visceral a que me sacrifique por él.

Ese es el momento en que aprovechan para apabullarnos.

Alguien me placa de costado, la rama sale volando, y ambos caemos con un fuerte golpe. Mis pulmones se quedan sin aire por culpa del impacto.

Y por más que las piedras se me clavan en las palmas, y la boca se me llena de sangre porque me he mordido la lengua, solo existe Eoin.

En este caos, lo veo luchar para llegar hasta mí, aunque lo derriban con una precisión formidable. Emite un quejido cuando le tuercen el hombro...

—¡Dejadlo en paz! —Las palabras me salen desde lo más profundo de la garganta, desesperadas, mientras forcejeo contra mis captores—. ¡No lo toquéis, hijos de puta!

Ni siquiera reparo en que me están retorciendo las manos contra la espalda. Solo puedo centrarme en lo que le sucede a Eoin.

Tras maniatarlo, uno de ellos le da un puntapié cuando Eoin intenta levantarse, por lo que cae al suelo con un golpe seco. Algo se rompe dentro de mí. Se me nubla la vista; en mí solo queda una furia incandescente como no he sentido nunca.

—¡Si le tocáis un solo pelo, os perseguiré hasta los confines de la tierra y me aseguraré de que sufráis! —Nunca he escuchado mi voz así. Brota desde algún lugar profundo, más allá de mi pecho, más allá de mi educación o de mi crianza. Es cruda y violenta, sin ninguna capa de refinamiento o disimulo. En carne viva, como un nervio al descubierto. Inquebrantable, implacable. Esto es lo que yace bajo la máscara del príncipe azul: algo primitivo y peligroso, algo que me lleva a quemar reinos por mis seres queridos—. ¡Y también os perseguiré en la ultratumba! ¿Lo entendéis?

Algunos de los hombres hacen una pausa. El que pateó a Eoin da un paso hacia atrás. Cuando levanto la vista hasta Pierce, veo que me estudia con los ojos entornados y cierto interés.

—Vaya, qué inesperado y qué fascinante —dice—. El principito consentido saca las uñas.

Le sostengo la mirada con toda la altivez aristocrática que poseo. Me arden las rodillas de tenerlas en el suelo de tierra y de las ramitas que se me clavan en la carne, pero no lo manifiesto.

—No tenéis ni puta idea de lo que puedo ser capaz si le hacéis daño. Averiguaré vuestros nombres. Me quedaré con vuestras caras. Sabré dónde dormís. —Bajo la voz un poco más—. Y cada segundo que me quede en este mundo lo dedicaré a hacer que os arrepintáis de este día. Vuestros nombres se convertirán en una fábula de esas que se cuentan en la oscuridad, entre susurros. —Llevo la vista al que le dio el puntapié—. Empezando por ti.

La sonrisa de Pierce se transforma.

—No lo dices en vano, ¿verdad? —comenta—. Todas esas amenazas tan agradables.

—Te aseguro que no quieres ponerme a prueba —digo en tono plano.

Pierce sonríe, entretenido. Pero me observa con ojos calculadores, como si estuviera replanteándose las variables de la ecuación que tiene en mente, sea la que sea.

No le quito la vista de encima, no obstante, sigo controlando a Eoin por el rabillo del ojo. Está consciente y respira con regularidad a pesar de que la sangre le corre por la sien. Noto cómo flexiona los dedos contra las cuerdas en un intento por seguir dando guerra, por encontrar una ventaja. Y me mira con una expresión que no logro descifrar.

Creo que los hombres de Pierce ahora tratan a Eoin con un poco más de delicadeza, quién sabe si por prudencia o por evitar más amenazas teatrales de venganza eterna.

Después de amordazarnos, nos llevan a rastras hasta los vehículos, unos todoterrenos negros con cristales tintados. Nos esperan en lo que debe de ser una ruta forestal con los motores en marcha produciendo un ronroneo amenazador.

Me las apaño para chocar por un instante contra el cuerpo cálido y sólido de Eoin. Ese breve contacto expresa todo lo que no puedo decir con palabras.

Juntos. Incluso ahora, una vez capturados, teniéndonos que enfrentar a lo que Pierce tenga planeado.

Juntos.

Capítulo Treinta Y Ocho

Eoin

La parte trasera del todoterreno huele a aceite rancio para motor y a óxido.

Me arden los hombros por tener las muñecas amarradas en la espalda, y la mordaza sabe a algodón sucio y a derrota.

Nicholas está sentado frente a mí, y ambos vamos dando botes en cada uno de los baches habidos y por haber en Nueva Zelanda. Su ridículo pelo tintado se ilumina con la poca luz que se filtra por las ventanillas reforzadas. Lleva las mejillas manchadas de suciedad y la camiseta hecha jirones a la altura del hombro, lo que deja al descubierto su piel pálida.

Nicholas no le teme a nada. Bueno, quizás no es del todo así. Imagino que siente miedo; pero también es valiente. Tiene el tipo de coraje que no se enseña, que es innato.

No dejo de repetir en mi cabeza las palabras que le dedicó a Pierce y a sus hombres: «¡Si le tocáis un solo pelo, os perseguiré hasta los confines de la tierra y me aseguraré de que sufráis!».

El vehículo atraviesa otro hoyo, por lo que acabamos yéndonos de lado. A pesar de la penumbra, logra recolocarse y, tras mirarme, pone los ojos en blanco. El mensaje es claro: «Francamente, el servicio en este secuestro deja mucho que desear».

¡Jesús! Incluso maniatado y con mordaza en esta camioneta llena de terroristas sigue siendo la persona más atractiva que conozco.

No puedo estar más enamorado de este hombre, joder.

El impacto de esta epifanía me roba el poco aire que me permitía pasar la mordaza.

Si bien sospechaba que me estaba enamorando, no me había percatado de que ya lo estaba. De esto no se vuelve. No existe ningún plan de extracción capaz de liberarme del hechizo que este hombre ha lanzado sobre mí.

Mientras yo cavilo sobre mi descubrimiento, Nicholas trabaja para soltar sus muñecas de las cuerdas.

Ha notado lo que debí haber percibido de inmediato: las cuerdas de alpinismo con las que nos han amarrado son resbaladizas y, con la técnica correcta, tienden a aflojarse.

Menea los dedos de forma que utiliza el movimiento del vehículo en su beneficio. Cada bache y cada sacudida ayudan a desatar el nudo. Cuando por fin desata una mano, se la lleva de inmediato a la mordaza para bajársela; enseguida se inclina para retirar la mía.

Muevo la mandíbula, sorprendido ante la repentina libertad de poder respirar con normalidad.

—Te quiero —dejo escapar.

Ya está concentrado en liberar su otra mano, pero, ante mis palabras, levanta la cabeza con rapidez y alza las cejas a niveles imposibles, casi hasta el nacimiento de su horroroso cabello. Acto seguido, ladea la cabeza, analizándome como si fuese una pieza de arte moderno que no llega a comprender.

No digo nada. Me limito a mirar fijamente esos ojos invernales.

—Tengo la ligera sospecha de que el momento y el lugar de esta declaración romántica no son del todo adecuados —dice, por fin.

Suelto una risa ahogada porque, por supuesto, no podía responder de otra manera. Ni con sorpresa ni con rechazo, tan solo criticando el momento de mi declaración de amor.

Se mira las manos.

—Tengo cierta proclividad a compartir tus sentimientos. —Sus dedos trabajan en el nudo por un instante antes de continuar—: Pero me siento en la obligación de señalar que estamos a merced de

los que quieren utilizarme como moneda de cambio en su esquema político. ¿Te parece bien si retomamos esta conversación cuando haya menos gente empeñada en secuestrarnos o matarnos?

Me inclino y estampo mis labios contra los suyos.

Nicholas me devuelve el beso con desesperación; lleva la mano libre a mi camisa para tirar de ella y arrimarme más a él. Noto el regusto de la sangre allí donde se ha mordido el labio, y siento un ligero temblor de sus dedos contra mi pecho.

Me besa como si fuese el último beso.

Puede que lo sea.

Cuando se aparta, traga saliva antes de alzar una ceja y decir:

—Me da la sensación de que para nosotros el peligro es un afrodisíaco. ¿Quizás también deberíamos tratar esto en el futuro?

—Claro. Lo apuntamos en la agenda —logro decir con voz áspera.

Nicholas echa un vistazo al frente, al tabique de metal que nos separa de nuestros captores.

—Necesitamos un plan —dice mientras termina de desatarse y me ayuda a hacer lo mismo—. ¿Cuánto falta para el anuncio?

Antes de comprobar mi reloj, sacudo la mano que acaba de liberarse para que la sangre comience a circular, lo que envía pinchazos por todo mi brazo.

—Veinte minutos, puede que menos.

—Entonces, hay que buscar la manera de perder tiempo. En cuanto el anuncio se haga público, tendrán lo que quieren sin necesidad de pedir rescate.

—Pierce no dejará que nos marchemos —advierto—. No le gustan los cabos sueltos.

—Pero necesitará un tiempo para planificar su próximo movimiento en cuanto caiga en la cuenta de que le hemos arrebatado toda autoridad moral. —Me mira a los ojos—. Y, con suerte, en breve la Inteligencia británica contará con los recursos para rescatarnos. Callum y Oliver habrán rastreado mi teléfono. Así que tenemos que dilatar la situación lo máximo posible.

No es un gran plan, pero es el único que tenemos.

Y habrá que ponerlo en marcha pronto porque el vehículo comienza a desacelerar.

Nos recolocamos las mordazas a toda prisa y amarramos las cuerdas dejándolas flojas por si necesitamos quitárnoslas.

En cuanto las puertas se abren, Pierce nos espera con ese aspecto de líder distinguido de Scotland Yard que tanto admiré en el pasado. Detrás, una nave industrial. Por supuesto que nos meterá en una puta nave.

—Llévalos dentro —ordena.

Nos conducen hasta un espacio industrial abandonado, fabricado en cemento y con manchas de óxido. Más figuras asoman de entre las sombras. Localizo al menos ocho y me quedo con sus ubicaciones. Es imposible salir de aquí utilizando la fuerza.

Pierce hace un gesto para que nos quiten las mordazas.

—Eoin —dice con ese tono de mentor que tanto significó para mí en cierto momento de mi vida—. Qué decepción que esto deba acabar así.

—Curioso —escupo—. Estaba pensando lo mismo.

—Esperaba que supieras de qué lado debías estar. No pensaba que fueras a olvidar tus orígenes.

—No he olvidado nada —respondo—. Pero creo en el principio moral de proteger a los inocentes, más allá de sus apellidos o de sus cuentas bancarias. Es un principio universal. Las injusticias no se solucionan añadiendo nuevas víctimas.

Pierce suspira como si yo fuese un alumno lerdo.

—Es una mera molestia temporal para una persona que representa el *summum* de la riqueza colonial. Solo lo utilizaremos para captar la atención del mundo entero, que vean que existen millones de personas que viven en países que aún se están recuperando de lo que sus antepasados les hicieron.

—Bueno, si tu intención es llamar la atención de la gente, con suerte, vas a lograrlo sin importar lo que pase conmigo —dice Nicholas.

Pierce se gira para encararlo.

—¿A qué te refieres con eso?

No responde de inmediato. Lo que sí hace es moverse un poco bajo las ataduras. Veo que examina a Pierce como si fuese un puzle que resolver; su mente afilada está calculando qué teclas tocar.

—Mira las noticias —dice Nicholas, sosegado—. El anuncio se hará público en cualquier momento.

Pierce da un paso hacia delante, y la sombra de su figura se plasma en el rostro de Nicholas.

—¿Qué anuncio? —pregunta.

—El que informa de la inminente creación de la Fundación Real de Reparaciones Coloniales.

La expresión de Pierce no muta, pero su mano se mueve de forma inconsciente hasta el arma que lleva en la cadera.

—Siete mil millones de libras de la fortuna personal de la familia real —continúa Nicholas—, y el compromiso de otras familias aristocráticas para hacer un total de doce mil millones.

La nave parece contener la respiración. Hasta el ruido distante del tráfico exterior se ha desvanecido.

—También se establecerá un equipo especial para que revise el Crown Estate. Su tarea es examinar qué leyes deben instaurarse en el Parlamento para que la mayor parte de esa riqueza se pueda distribuir entre las víctimas de la explotación colonial.

Durante un buen rato Pierce se limita a clavarle la mirada.

—Es mentira —dice, al fin.

—No. Yo estoy de acuerdo con vuestra causa. Si los miembros de la familia real y de otras familias nobles disfrutamos del privilegio de una riqueza adquirida de forma ilícita, hemos de hacernos responsables de lo que ello conlleva.

Nicholas hace una pausa para que Pierce procese las palabras.

—Si bien a nivel personal no he hecho nada malo, no se puede negar que me he beneficiado de las injusticias históricas que cometieron mis antepasados. —Su voz se suaviza un poco—. Y tanto mi hermano como Oliver Hartwell están completamente de acuerdo conmigo.

Pierce lo mira con los ojos entornados mientras Nicholas le devuelve la mirada con total serenidad, como si estuviese en Oxford

con sus colegas y no en una nave de Nueva Zelanda con aspecto de vagabundo.

El silencio se alarga hasta que uno de los hombres de Pierce saca su móvil del bolsillo y comienza a deslizar los dedos por la pantalla con torpeza. Su rostro pasa por diversas expresiones, desde suspicacia hasta regocijo.

—¡Es verdad! —tartamudea—. Jefe, tienes que ver esto.

Le coloca la pantalla en sus narices, y el acento americano del príncipe Callum reverbera en el aire viciado de la nave: «... y se establecerá la Fundación Real de Reparaciones Coloniales con un fondo inicial de doce mil millones de libras que se distribuirán entre las comunidades que han sido afectadas por injusticias históricas».

Pierce deja caer la mano que sujetaba el arma mientras Callum continúa su discurso con voz clara y firme: «La Corona acepta su responsabilidad por los siglos de explotación de recursos, por la esclavitud y por la destrucción cultural. El enriquecimiento de la aristocracia del Reino Unido trajo aparejadas consecuencias devastadoras para otros países del mundo. Somos conscientes de que los descendientes de los agraviados continúan sufriendo los efectos económicos y sociales de lo sucedido».

Contemplo a Pierce absorber la información. Esa certeza tan absoluta que mostraba hasta hace un momento se ha evaporado, y ahora su rostro se ha cubierto de dudas.

La nave se queda en silencio cuando Callum empieza a definir el marco de trabajo y el compromiso con la transparencia. Luego, es el turno de Oliver Hartwell, quien informa sobre las medidas que se adoptarán para exigir responsabilidades y garantizar un cambio sistémico.

En cuanto acaba la transmisión, Nicholas se endereza lo máximo que le permiten las cuerdas y dice:

—Ahí tienes. Has ganado. Es el reconocimiento que buscabas, y tienes un fondo para empezar a reparar los daños históricos. Y todo sin tener que pedir rescate.

Pierce se queda paralizado en el sitio, aturdido, como quien ve a su enemigo rendirse antes de que comience la batalla.

Se hace un silencio incómodo en la nave. Los hombres de Pierce se miran los unos a los otros cual actores que han olvidado sus frases. Uno mueve el pie, nervioso. Otro se aclara la garganta. Al parecer, no viene en el manual de secuestros cómo actuar en caso de que los rehenes te entreguen lo que quieres antes de que se lo exijas.

—Esto... —comienza Pierce, y enseguida se detiene. Se pasa la mano por el pelo y se lo despeina—. Esto no era lo que esperaba.

Nicholas sonríe ante el comentario.

—Los cambios revolucionarios no suelen seguir un guion preestablecido.

Se hace otra larga pausa. Oigo los fuertes latidos de mi corazón en el silencio que nos rodea.

—Entonces..., ¿qué hacemos? —pregunta uno de los hombres con cara de estar perdido—. Quiero decir, parece que están de nuestro lado.

Aunque Pierce abre la boca para responder, las palabras nunca abandonan su garganta porque en ese momento se escucha un fuerte estruendo similar a un trueno, pero más metálico.

La puerta de la nave se abre como si la hubiera golpeado un ariete.

Por un segundo, nadie se mueve. Luego, unas granadas de aturdimiento ruedan por el suelo de cemento girando como mortales peonzas y escupen nubes de humo densas que vuelven el aire opaco.

Nicholas me busca con la mirada a través de la cada vez más espesa humareda y, por primera vez, percibo verdadero miedo en su rostro.

Estoy seguro de que no teme por su propia seguridad.

Sino por la mía.

Porque hay altas probabilidades de que, quien sea que esté por entrar, me tome por uno de los malos.

Capítulo Treinta Y Nueve

Nicholas

De todos los momentos que podían elegir las visitas imprevistas, tuvieron que elegir el peor de todos para dejarse caer.

En cuanto las granadas hacen de la visibilidad una sugerencia más que una realidad, la nave se convierte en un caos absoluto. En medio de la nebulosa, vislumbro a los hombres de Pierce dispersándose como palomas asustadas en un parque. Aunque estas palomitas llevan armas automáticas y manifiestos revolucionarios.

De manera simultánea, unas figuras vestidas con equipamiento táctico aparecen entre el humo por cada una de las entradas. Sus movimientos son coordinados, con la precisión de una ofensiva coreografiada.

—¡Policía! ¡Escuadrón contra la Delincuencia Armada! ¡Al suelo, ahora!

—Agáchate. —Eoin intenta empujarme detrás de unas cajas.

—¡Agáchate tú! —contraataco mientras intento protegerlo con mi cuerpo. Lo cual, dado nuestros respectivos tamaños, es como esconder a un oso detrás de una farola.

—¡Por el amor de Dios, Nicholas! ¡El agente de seguridad soy yo!

—En realidad, en estos momentos eres una persona acusada de secuestro, así que corres peligro.

Y, así, peleamos por el codiciado papel de escudo humano, el uno tratando de ser más mártir que el otro, en lo que podríamos considerar como la partida más disfuncional de Twister.

—¡Muévete! —Eoin me agarra del brazo antes de arrastrarme hacia un sitio donde resguardarnos al tiempo que una bala impacta en el pedacito de cemento sobre el que estábamos de pie. No tengo ni idea de si los que han disparado son los hombres de Pierce o las fuerzas policiales que vienen a rescatarme, pero tampoco es el momento de planteármelo.

Los secuestradores corren en todas direcciones, algunos contraatacan con sus propias balas mientras se dirigen a las diferentes salidas, otros se esconden detrás de lo primero que encuentran.

Nos escabullimos tras una mesa tumbada y somos testigos de cómo se trasladan a las fuerzas policiales las tácticas intimidatorias del equipo de *rugby* con sorprendente eficacia.

—Deja de intentar protegerme —gruñe Eoin en cuanto trato de colocarme entre él y el oficial armado más cercano.

Levanto una ceja.

—Te estás comportando como un desagradecido. ¿Tengo que añadir «no aprecia actos heroicos» en tu informe de rendimiento?

El humo comienza a dispersarse, con lo cual podemos ver a una ristra de terroristas en el suelo a quienes los oficiales inmovilizan con eficiencia. Algunos de los hombres de Pierce aún intentan escapar por diferentes salidas, y esto se transforma en una versión poco digna del juego de darle a los topes, en este caso con uniformes.

Al rato localizo a Singh, Davis y MacLeod, que emergen tras el humo como ángeles vengadores. Con las armas desenfundadas, ponen la mira en Eoin.

—Suelta las armas y apártate del príncipe —ordena Singh.

—Está de nuestro lado. Me ha mantenido con vida, y no le quedan balas —me apresuro a informar—. No tiene más armas letales. Bueno, a no ser que tengamos en cuenta su personalidad.

Mientras tanto, Eoin se ha puesto en posición de entrega, con las manos arriba, y se ha apartado de mí.

Verlo así de vulnerable mientras Singh hace amago de ponerle las esposas, y Davis le apunta con un arma, hace que surja dentro de mí un instinto primitivo, protector y posesivo.

—Si le hacéis daño, me encargaré de que los próximos informes de rendimiento reflejen al detalle cómo habéis cometido el error de confundir un rescate con un secuestro. Me aseguraré de que todo el té de la oficina de seguridad sea descafeinado por el resto de vuestras vidas, e insistiré en que presentéis cada una de las evaluaciones de riesgos como un musical de Broadway.

Los oficiales se quedan paralizados. Es evidente que no se esperaban recibir amenazas del sujeto al que supuestamente han secuestrado.

Miremos el lado positivo: al menos no he jurado venganza eterna como prometí ante los hombres de Pierce.

Las cejas de Singh se alzan a niveles imposibles. Davis baja el arma unos centímetros, y su expresión pasa de determinación a confusión. MacLeod abre y cierra la boca como pez fuera del agua.

Se equivocan a nivel estratosférico si creen que, ahora que por fin encuentro a alguien que me ama, con lo improbable e imposible que parecía, les voy a permitir que nos separen y que se lo lleven como a un criminal.

Porque este amor que siento por Eoin no es un afecto sosegado, cortés. No tiene nada que ver con ese tipo de emociones controladas que tan bien encajan en mi agenda real.

Es caos, es desesperación, es descontrol. Es lo que me hace comprender por qué se escriben poemas, y se empiezan guerras, y se cometen tonterías. Cuando por fin encuentras a alguien que ha visto lo peor de ti, y te sigue mirando como si valiese la pena morir por ti, no lo dejas escapar.

Ni por protocolos, ni por cumplir con reglas, ni por nada.

—Con todo respeto, señor —interviene Davis con semblante serio—, pero el síndrome de Estocolmo es bastante común en estas situaciones. Ha sufrido un enorme estrés...

—¡Que no, joder! —Acorto las distancias con Singh en tres zancadas precisas. Luego, en un momento de profunda inspiración o

de máxima locura, le arrebató las esposas y las llaves de la mano antes de que pueda reaccionar.

Singh, con las manos aún en el aire, pero ya sin las esposas, se halla demasiado consternado como para detenerme. Aunque el metal se siente frío y pesado en mi palma, no me tiemblan las manos. Es posible que esté por cometer la mayor tontería de mi vida, que, con mis antecedentes, es decir mucho.

Sin embargo, ser consciente de ello no me frena. Coloco una esposa alrededor de mi muñeca y la otra en la de Eoin.

Por imposible que parezca, el clic del metal resuena alto en el silencio repentino. El frío acero sobre mi piel representa un punto de no retorno.

Con la mano libre, arrojo la llave a una rejilla cercana, y la veo repiquetear contra las barras de metal hasta que desaparece, sabrá Dios dónde.

Eoin baja la vista a nuestras manos esposadas, y las mira con una expresión entre exasperada y un atisbo de ternura.

—¿En serio te acabas de esposar la muñeca a la mía?

—A veces, una acción dice más que mil palabras —informo.

Los oficiales de seguridad me miran fijamente, como si hubiera anunciado que renunciaré a ser príncipe para convertirme en artista callejero.

—Alteza Real —dice Singh en voz baja—, ¿qué está haciendo?

—Asegurarme de que no podáis separarnos. Tengo una mente brillante, ¿verdad?

—Si insiste... —responde MacLeod.

—Donde él va, yo voy —digo, y las palabras tienen forma de promesa.

MacLeod niega con la cabeza.

—Este es el ejemplo de Estocolmo más problemático que he visto nunca.

—Diría que es el ejemplo de enamoramiento más problemático que has visto nunca —murmura Singh.

La solidaridad de Singh es inesperada, y provoca que se me ponga un nudo en la garganta. A pesar de la locura de toda esta situación, comprende lo que hay entre nosotros.

No se trata del síndrome de Estocolmo. Ni de un trauma.

Solo somos dos personas que se encontraron en las peores circunstancias y decidieron aferrarse el uno al otro.

En el silencio que sigue se oyen varios vehículos que se aproximan, con motores potentes. Puede que sean los hombres de Pierce que se reagrupan, o quizás la policía local; podría ser cualquiera.

La tensión vuelve a elevarse. Todos llevan la mano a sus armas. Incluso esposado, Eoin se mueve por instinto para protegerme de lo que sea que entre por la puerta.

—Tenemos que movernos —dice MacLeod—. Ya solucionaremos esto en otro sitio más seguro. Señor, si prometemos no separarlo de O'Connell, ¿vendrá por las buenas?

Alzo nuestras muñecas.

—Creo que ya he dejado clara mi posición.

A Singh está a punto de escapársele una sonrisa.

—El coche está en esa dirección —dice—. Y, ¿O'Connell?, nada de movimientos raros. No me gustaría explicarle a Cavendish por qué el príncipe acabó con una bala mientras estaba esposado a su guardaespaldas, barra secuestrador, barra...

Se interrumpe como si buscase la palabra adecuada. Decido echarle una mano.

—Novio —ofrezco—. No te enteras, Singh.

La palabra suena extraña y maravillosa en mi boca. Novio. Un término tan común para describir algo que es todo lo contrario.

Ahora que la he dicho y ha salido a la luz, ya no puedo retractarme.

Mientras nos conducen hacia el vehículo, Eoin se me acerca.

—¿Te das cuenta de que esto lo complica todo? —comenta.

—Cariño —murmuro—, ¿desde cuándo las cosas entre nosotros han sido sencillas?

—Visto así...

Caminar esposado a otra persona requiere de una sincronización peculiar. Hemos de ajustar los pasos, decidir cómo atravesar las puertas de lado y tener en cuenta en todo momento los tirones del

metal. Cada paso precisa de cooperación, de comunicación. Es incómodo, nada práctico y, de algún modo, perfecto.

Casi como nuestra relación, la verdad.

Detrás de nosotros se oyen las sirenas de las fuerzas policiales que van llegando a la nave. A través de la ventanilla del coche, alcanzo a ver que a Pierce se lo llevan esposado.

En el futuro, tendré que enfrentarme a las repercusiones de lo sucedido y, casi seguro, a una crisis mediática de proporciones épicas.

Pero ahora mismo, sentado al lado del hombre que debía traicionarme, el mismo que acabó arriesgándolo todo para protegerme, no puedo evitar sonreír.

Estamos vivos. Estamos juntos.

Todo lo demás son simples detalles.

Capítulo Cuarenta

Eoin

Estoy en Auckland en medio de un interrogatorio en una habitación de hotel. Teniendo en cuenta la historia de las salas de interrogatorios, tampoco es que sea el peor sitio. Aunque las mentitas de cortesía están un poco fuera de lugar al lado del equipo de grabación. No hay nada que diga «vomita la verdad sobre el complot terrorista» que unos caramelos de menta envueltos de forma individual.

Scotland Yard ha ocupado una planta entera del hotel y convertido las habitaciones en salas de interrogación provisionales. Me tienen sentado en una silla de plástico desde hace seis horas. Tengo la voz ronca de tanto hablar, y me duele todo el cuerpo tras la locura de la huida. También me siento mal por tener que relatar la verdad a los que casi preferirían no saberla porque les complica la existencia.

El comisario detective Martin Thornton me observa desde la pantalla del portátil con expresión más adusta que de costumbre. A su lado, en la oficina de Londres, se ubica su jefa, la comandante Helen Adebayo. Nunca la había visto tan seria.

—Entonces, si lo he entendido bien —dice Thornton por enésima vez—, ¿mantuvo relaciones sexuales con el individuo a quien debía

proteger mientras investigaba un posible caso de espionaje en el equipo de protección?

—Sí, señor. —Las palabras me dejan la garganta en carne viva. No sirve de nada adornar la verdad. Lo he contado todo: cada beso, cada error de juicio, cada momento en que elegí a Nicholas por encima del protocolo.

—¿Y no se le ocurrió informar de esta... complicación?

—Lo consideraré, sí. Ampliamente. Sobre todo, a las tres de la mañana, cuando no podía dormir pensando en que había fastidiado todo aquello por lo que tanto trabajé.

La comandante Adebayo levanta la vista de los papeles para mirarme. La expresión de Thornton no se altera, aunque algo en sus ojos cambia.

—Pero no lo informé —insiste.

—No, señor.

—¿Por qué?

La pregunta es como un cable tenso que cuelga desde Londres a Auckland. ¿Por qué? Porque para cuando decidí admitir ante mí mismo lo que sucedía era demasiado tarde. Nicholas ya había atravesado hasta la última de mis defensas como si se tratase de candados que solamente él estaba destinado a abrir. Y solo pensar que estuviera en peligro pudo más que diez años de adiestramiento y de ambiciones.

—Porque soy un imbécil, señor —contesto, por fin.

Un imbécil enamorado. Pero supongo que compartir esta información con los mandamases no me beneficia en nada.

Thornton emite un sonido que podría pasar por risa si no fuera tan tenebroso.

—Al menos es un imbécil sincero, O'Connell.

Se oye un sonido en la *tablet* que tiene detrás. Cuando la mira, su expresión se endurece.

—Tenemos a Pierce bajo custodia —continúa—. Tiene varios cargos pendientes, incluidos el de conspirar en un secuestro, delitos terroristas y corrupción de un funcionario público. El historial de su móvil refleja varias llamadas a alguien del equipo de mantenimiento del hotel donde sucedió lo de la araña, justo el día anterior. Hay

pruebas de que ha pinchado el sistema de comunicaciones de la Policía de Nueva Zelanda y de las autoridades marítimas; sospechamos que por eso dio con vuestro paradero. Se niega a hablar, pero tenemos suficientes pruebas como para hundirlo.

El alivio me recorre el cuerpo, y a eso le sigue la pregunta que más temo hacer.

—¿Y mi hermano?

Los ojos de Thornton buscan los míos a través de la pantalla.

—Se esfumó. Para cuando la policía de Belfast llegó a su apartamento, ya no estaba. Los vecinos lo vieron marcharse hace dos días.

La noticia no me sienta bien. Por un lado, me alivia que Malachy no vaya a prisión. Por otro, me apena que haya elegido huir, que lo más probable es que no vuelva a verlo. Es mi hermano pequeño, ese al que llevaba a caballito por las calles de Belfast, al que le enseñé a dar y recibir puñetazos, a cuyo lado me senté en una habitación de hospital mientras nos hablaban de cosas como «incapacidad permanente».

Ha desaparecido.

—Lo siento —interviene la comandante Adebayo, y sé que lo dice de corazón.

—Fue su decisión —respondo, aunque las palabras me saben amargas.

Thornton se aclara la garganta.

—En cuanto regrese a Londres se enfrentará a medidas disciplinarias. Como mínimo, una suspensión pendiente de investigación. Posible despido, dependiendo de lo que concluya el tribunal.

Asiento. Era lo que esperaba.

—Sin embargo —continúa Thornton, y levanto la cabeza—, es verdad que sus acciones han evitado un incidente internacional. El príncipe Nicholas está a salvo, ha salido a la luz el traidor de la RaSP, y se han destinado doce mil millones de libras a una causa legítima. —Hace una pausa—. Buen trabajo, O'Connell.

La conexión se corta antes de que pueda responder. Me quedo observando la pantalla en blanco e intentando reconciliar ese

«posible despido» con mi «buen trabajo», sin lograrlo.

Diez años construyendo una carrera. Diez años de ser el mejor en lo que hago.

Y voy y lo sacrifico todo por un hombre sarcástico con nulas aptitudes para la acampada.

No me arrepiento de absolutamente nada.

Cuando por fin salgo del interrogatorio, Davis y Singh me esperan en el pasillo como dos topos para libros que no hacen juego. Davis no es capaz de mirarme a los ojos. Imagino que le cuesta aceptar una relación entre el príncipe Nicholas y el hombre que se saltó todos los protocolos. A Singh se lo ve cansado.

—¿Dónde está? —pregunto sin más, porque está claro que todos saben a quién me refiero.

Davis aprieta la mandíbula.

—Su Alteza Real insistió en que lo llevemos ante él en cuanto acabase el interrogatorio.

Alzo una ceja.

—¿Insistió...?

—Exigió, más bien —suelta Singh, parco—. En repetidas ocasiones. Cada vez más alto y con mayor creatividad. En mi caso, la amenaza que más original me pareció fue la de enviarnos a vigilar los parquímetros de Slough.

A pesar de todo, esbozo una sonrisa.

—No tiene autoridad para eso —respondo.

—Intente decírselo usted. —Señala hacia el pasillo—. Vamos. Acabemos con esto antes de que empiece a amenazar con reinstaurar las torturas medievales.

Me escoltan por el hotel como si fuese un prisionero o una granada imprevisible. Si tenemos en cuenta los últimos días, no van desencaminados. El trayecto es silencioso, excepto por el hecho de que Davis se aclara la garganta cada treinta segundos, como si estuviera envalentonándose para decir algo que no logra sacar.

En cuanto llegamos al *penthouse*, antes de verlo, lo escucho. Su voz traspasa la puerta de la habitación, cortante y autoritaria, señal de que está furioso o preocupado. Puede que ambas cosas.

—... y me parece muy poco razonable que lo retengan durante seis horas. ¿Qué podrían querer saber que requiera de esa cantidad de tiempo para...?

Singh llama a la puerta. La voz se interrumpe, y se oyen pasos. La puerta se abre para dar paso a un Cavendish con expresión atormentada.

—¡Gracias al Señor! —murmura—. Hace una hora que se está paseando como león enjaulado. Iba a sugerir que le dieran un sedante.

—O'Connell acaba de terminar su interrogatorio con Scotland Yard. Hemos pensado que lo mejor para todos los involucrados era apresurar el reencuentro —responde Singh.

—Bien pensado. —Cavendish se hace a un lado para permitirme el paso, y es en ese momento cuando lo noto.

La forma en que sus ojos se encuentran con los de Singh y, por un instante, se suavizan. Luego, los dedos de Singh rozan la muñeca de Cavendish al pasar por delante de él. El instante es tan breve que el contacto casi podría ser accidental. Excepto que nada de lo que hace Singh lo es.

Vaya.

De repente, el comportamiento de Singh cobra sentido.

Fue capaz de reconocer lo que había entre Nicholas y yo porque sabe lo que es esconder tus sentimientos a plena vista. Aunque, en retrospectiva, encuentro bastante perturbador que la botella de aceite para masajes se vaciara con tanta rapidez.

—Oficial O'Connell. —Nicholas se materializa detrás de Cavendish; su voz interrumpe mi reflexión. Va impecable con su traje, a excepción del pelo, aún rubio fosforito y algo desaliñado por pasarse los dedos una y otra vez—. ¡Por fin!

Sus ojos se encuentran con los míos y ¡joder! Seis horas de interrogatorio, de revelar cada momento vivido juntos para dejar constancia en el informe oficial, y una sola mirada hace que se me acelere el pulso como si aún estuviese huyendo de los hombres de Pierce.

—Alteza Real —logro decir.

Está entero, está a salvo. Me mira con apremio, con impaciencia, e... ileso. Gracias a Dios, joder.

—Requiero un informe exhaustivo del oficial O'Connell —anuncia Nicholas ante todos los presentes—. En mi habitación. De inmediato.

Singh no logra ocultar su sonrisa. Cavendish se limita a mirar el techo como si rezara pidiendo paciencia. Davis emite un sonido ahogado.

—Señor —intenta Cavendish—, no estoy seguro de que sea...

—¿De que sea qué? ¿Apropiado? —La voz de Nicholas podría congelar hasta el infierno—. Me han disparado, secuestrado, y me he tenido que teñir el pelo, lo que me ha convertido en una moraleja para los incautos que prueban tratamientos de belleza por su cuenta. Como si fuera poco, durante cuatro horas he tenido que relatar mis vivencias a los oficiales de palacio. Creo que piensan que la estabilidad de la Commonwealth depende de si me forzaron, me sedujeron o si tan solo me dio un ataque de locura al decidir jugar a Bonnie y Clyde con mi guardaespaldas. Requeriré informes exhaustivos de quien me dé la gana, cuando me dé la gana. ¿Está claro?

—Como el agua, señor —responde Cavendish. Le echa un vistazo a Singh y se comunican en silencio—. Estaremos fuera si nos necesita.

Nicholas ya se ha dado media vuelta.

—No os necesito —informa.

Lo sigo por la *suite*, muy consciente de que todos nos observan. La puerta de la habitación se cierra con un clic y, por fin, estamos solos.

Nicholas y yo, y lo que sea que venga.

Se gira para quedar de frente y, de repente, su porte autoritario se desvanece. Se lo ve agotado, con ojeras imposibles de ocultar bajo sus ojos azules.

—Hola —dice a media voz.

—Buenas.

Permanecemos así, a tres pasos de distancia, y me doy cuenta de que no tengo ni idea de cómo proceder. ¿Cómo pasamos de estar

esposados en la parte trasera de una camioneta a...? ¿Qué somos ahora?

—Entonces —dice Nicholas; el ligero temblor en su voz hace que quiera abrazarlo—, el informe exhaustivo. Lo quiero íntegro. Quizás deberíamos comenzar con un examen físico completo para asegurarnos de que nuestra aventura no nos haya dejado secuelas permanentes.

—¿Así lo vamos a llamar? ¿Una aventura?

—¿Preferirías llamarlo una experiencia de vida o muerte? ¿Incidente internacional? —Da un paso hacia delante—. ¿La mejor primera cita de la historia?

—¿Primera cita? —No puedo evitar reírme—. ¿Cuándo? ¿Durante el intento de secuestro? ¿O durante el secuestro propiamente dicho?

—Me refería a la acampada. —Da otro paso. Estamos lo bastante cerca como para que note las motas más oscuras de sus ojos azules—. De hecho, fuiste tú quien anunció que estábamos de luna de miel.

—Bueno, necesitábamos una tapadera —alcanzo a decir.

Mis pulmones se comportan de forma extraña en mi pecho; siento que me ahogo y respiro al mismo tiempo.

—Va en serio, ¿verdad? —La voz me sale ronca—. Lo nuestro, me refiero.

—No puede ir más en serio —responde Nicholas—. Sus dedos buscan los míos, tentativos—. Me di cuenta de que no negaste la etiqueta de «novio».

—Complicado negarlo cuando ya te había confesado lo que sentía en la parte trasera de una camioneta llena de terroristas.

Se le corta la respiración.

—Hablando de eso...

—Nicholas...

—Yo también te quiero —se apresura a decir—. Por si no estaba claro. Te quiero a pesar de que tu expresión por defecto sea la de quien se percata de que se le ha enfriado el té. A pesar de que te empecines en que no te proteja. Incluso a pesar de tu alarmante talento para robar coches.

—¿Mi alarmante talento para robar coches? —Lo acerco más a mí—. ¿Y tú qué? Te enfrentaste a un hombre con una jeringa. Te ataste las esposas delante de todos los oficiales de seguridad.

—Todas respuestas muy adecuadas dadas las circunstancias. —Coloca los brazos alrededor de mi cuello—. Volviendo a lo del examen físico que necesitamos...

No me da la oportunidad de responder porque me planta un beso.

Me besa como si tuviésemos todo el tiempo del mundo. Ya no se trata de momentos robados en situaciones de crisis, sino de algo que va a continuar.

El mundo se reduce a Nicholas y a su boca sobre la mía, tierna, exploradora y tan dulce que me conmueve.

El beso nos desestabiliza a ambos, por lo que apoyamos la frente el uno en el otro mientras el mundo vuelve a recobrar sentido a nuestro alrededor.

—Vas a acabar matándome —digo.

—Es probable —concuerta, alegre—. Pero menuda forma de irte, ¿eh?

Y luego, vuelve a besarme. Esta vez es un beso más profundo. Me olvido de las audiencias disciplinarias, de la censura de palacio y del hermano que he perdido. Me centro en el ahora, en tener a Nicholas entre mis brazos, vivo y entero, e inexplicablemente mío.

Tras un rato, se aparta.

—Imagino que necesitarás ducharte —suelta.

—Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que la higiene personal y yo tuvimos un encuentro íntimo —admito.

—Yo lo decía más por verte desnudo, mojado y enjabonado, pero adelante, usemos la excusa de la higiene personal —responde a la par que me toma de la mano.

Río y lo sigo hacia el baño, una estancia de mármol y accesorios dorados. Nicholas pone en marcha la ducha, y el vapor comienza a empañar el espejo.

Verlo comprobar la temperatura en un gesto de intimidad tan doméstico ayuda a aflojar la opresión en mi pecho.

Cuando coloca sus manos firmes en mi cinturón para desabrocharlo, su respiración es irregular. Sus dedos abren con deliberado esmero cada uno de los botones de mi camisa mientras su pecho sube y baja, agitado.

Me quedo quieto para que el príncipe me desvista.

Desliza las manos por mis hombros para que la prenda caiga. Acto seguido, se detiene en los moratones oscuros que la patada que recibí me ha dejado en la zona de las costillas. Su caricia es ligera como una pluma, casi reverente.

En cuanto engancha los dedos en la cinturilla de mi pantalón, doy un paso hacia delante para facilitarle la tarea al tiempo que lo observo con los ojos cargados de deseo. Luego, es su turno.

Se deshace de su ropa con esa elegancia que transforma la más mundana de las labores en algo digno de admirar mientras yo no dejo de mirarlo, hipnotizado. La luz del baño ilumina las líneas de su cuerpo y pone de relieve la curva de su columna, y el hueco de su clavícula. Me dedico a trazar con delicadeza el contorno de un considerable moratón que asoma en su pecho.

Nicholas es el primero en colocarse bajo el chorro y echar la cabeza hacia atrás. No puedo más que seguirlo. El vapor se alza ante nosotros como si hubiésemos entrado en otra dimensión.

Mi cuerpo maltratado recibe el agua caliente como una bendición. Nicholas se coloca detrás de mí y, con suavidad, desliza las manos por mis hombros para masajearlos. Se me van aflojando músculos que ni sabía que sufrían contracturas.

Suelto un gemido ronco y echo la cabeza hacia atrás.

—¿Mejor? —murmura al tiempo que posa los labios sobre mi nuca.

—Un poco mejor, sí. —Me giro para quedar cara a cara, con el agua corriendo entre ambos—. Te toca.

Después de hacerme con el gel de baño, lo masajeo hasta hacer espuma y deslizo las manos sobre su pecho. Me hago un mapa táctil de cada uno de sus moratones y rasguños trazando el área con suavidad, memorizando las pruebas físicas de lo que hemos vivido juntos.

—Eoin. —Pronuncia mi nombre con voz ahogada en cuanto mi mano desciende por sus costillas.

Al alzar la vista, noto que me mira con ojos oscurecidos y gotas de agua pegadas a sus pestañas. El calor de su mirada no tiene nada que ver con la temperatura de la ducha.

Llevo las manos hacia arriba, hasta su rostro. Lo atraigo hacia mí para darle un beso que comienza tierno, pero que enseguida se transforma en pura ansia.

Su boca se abre bajo la mía y lo empujo contra los azulejos antes de tragarme el gemido que emite cuando su piel ardiente hace contacto con la superficie fría. Mientras nos enfrascamos en un beso profundo y frenético, el agua cae a cascadas sobre nuestros cuerpos, que se refriegan el uno contra el otro creando una fricción deliciosa.

—Joder —jadea tras apartarse para respirar, las manos aferradas con fuerza a mi cadera.

Le dejo besos descendentes por la garganta y saboreo la mezcla de agua y piel, a la par que siento los latidos de su pulso acelerarse bajo mis labios. En cuanto continúo recorriendo el camino descendente por su columna con dientes y lengua, apoya la cabeza contra los azulejos.

—Cuando hablamos de un examen físico completo... —Gime en el segundo en que mi boca encuentra la zona donde el cuello se une con el hombro—, ¿como cuánto de exhaustivo nos referimos?

Me alejo para mirar su rostro enrojecido, anhelante; sus labios hinchados por los besos, el agua chorreando por su cuerpo.

—Muy muy completo —mascullo antes de volver a capturar sus labios.

Jadea en mi boca y me rodea la cadera para atraerme hacia sí. Esta nueva postura alinea nuestros cuerpos a la perfección. Me restriego contra él, y el roce de la piel húmeda crea una fricción que nos tiene a ambos emitiendo sonidos desesperados.

A continuación, se aparta para arrodillarse.

—Sabes que cuando se trata de cumplir con mis obligaciones aristocráticas, soy sumamente meticuloso —dice.

Ver al príncipe Nicholas arrodillado, con el agua cayéndole a borbotones sobre el cuerpo, con esos ojos de un azul imposible que me miran llenos de promesas, casi me tiene a mí cayendo también de rodillas.

Es pecado y redención a partes iguales, envuelto en papel de regalo exasperante.

—Nicholas... —No reconozco el sonido de mi voz.

—Tú sigue pronunciando mi nombre de esa manera, y voy a empezar a pensar que en realidad te gusto. —Traza un sendero de besos a lo largo de mi cadera.

—Aún no hay un veredicto claro —logro decir, aunque la voz se me quiebra en cuanto los besos descienden hasta llegar a la parte superior de mi muslo.

—Pues entonces —sonríe con picardía—, te voy a dar pruebas contundentes.

—¿A qué esperas? —Más que una orden es una plegaria.

Siento las últimas vibraciones de su risa mientras me acoge entero en su boca y, ¡Jesús, María y José!, esa lengua pérfida es incluso más peligrosa cuando no la usa para hablar. Me tortura con una combinación de delicadeza y ansia, y he de contenerme para no empezar a dar empujones contra ese calor acogedor.

—¡Jesús! —gimo, a la par que mis manos se aferran a su espantoso pelo—. ¿Dónde has aprendido a...? ¡Joder...!

Mis caderas se arquean de modo involuntario, pero él las mantiene a raya sujetándolas contra la pared de la ducha y continúa atormentándome con labios, lengua y algo de dientes. Con una mano, me acaricia con delicadeza la piel detrás de mis pelotas.

La sensación es abrumadora: la humedad de su boca, verlo entre mis piernas, cómo murmura de satisfacción al oír mis quejidos desesperados.

—Tu boca —digo, resollando— debería venir con una advertencia. Se separa un poco y, con los labios brillantes e hinchados, dice:

—Ni que eso fuera una novedad para ti.

No puedo evitar tirar de él para que se levante y volver a besarlo. Saboreo el calor y la humedad de su boca, y la forma en que su lengua se desliza contra la mía me arranca un gemido. Mientras

compartimos un beso profundo y sucio, enredo los dedos en su pelo para atraerlo más a mí.

—Joder —digo, respirando con dificultad—, no sabes lo que me provocas.

—Cosas buenas, espero. —Me observa con ojos del color del océano, labios abultados y enrojecidos, y gotas atrapadas en sus pestañas cual diamantes.

—Las mejores.

Nos besamos una vez más, ahora con lentitud, deleitándonos con el roce de nuestras lenguas y degustando la mezcla de nuestro sabor y el agua de la ducha.

Cuando por fin nos apartamos, respirando con dificultad, las piernas apenas me sujetan.

De pronto, la ducha se nos queda demasiado pequeña, demasiado limitante para lo que necesitamos. Por suerte, parece que Nicholas me lee la mente.

—A la cama —logra decir entre jadeos—. Te necesito. Ya.

Cerramos el grifo como podemos y nos hacemos con toallas, aunque apenas las usamos, deseosos de no romper el contacto. Llegamos al dormitorio a trompicones, y nos dejamos caer sobre la cama en un caos de brazos y piernas mojados.

—Mira que eres mandón —murmuro, pero enseguida vuelvo a tocarlo, incapaz de mantener las manos quietas por más de un segundo.

—Te encanta —dice con su sonrisa pícara mientras tira de mí para posicionarme encima de él.

—Sí —admito—. Pero creo que ahora me toca a mí.

Voy bajando por su cuerpo beso a beso. Me tomo mi tiempo, memorizo todo aquello que le hace gemir y arquearse debajo de mí, y persigo con mi lengua las gotas que se adhieren a su piel.

Ya no existe esa urgencia frenética, ese miedo de que alguien entre por la puerta, esos pocos momentos robados entre catástrofe y catástrofe.

Cuando me encuentro frente a su polla, subo la vista. Las puntas húmedas de su pelo se le curvan ligeramente.

—Veo que vas directo a las técnicas avanzadas —balbucea; en cuanto me la meto en la boca, echa la cabeza hacia atrás.

Me muevo con parsimonia, pero empleándome a fondo, utilizando hasta el último truco que me sé con la intención de volverlo loco. Sus manos se aferran a las sábanas, y sus caderas intentan liberarse de las mías, que lo sujetan contra la cama. Sus sonidos me fascinan, son pequeños gemidos y jadeos desesperados que repercuten directamente en mi polla.

—Eoin... —jadea—. Necesito... No puedo...

Me aparto lo suficiente para hablar.

—Dime lo que necesitas.

—A ti. Dentro de mí. En este segundo.

—Lo dicho, un mandón. —Pero me muevo al instante para coger el lubricante y los condones que imagino habrá rescatado de su maleta, y me embadurno los dedos—. Tienes suerte de que hoy me sienta benévolo.

—¿Y eso? —gime en cuanto le introduzco un dedo con lubricante.

—Como me lo pides tan amablemente... —Su cuerpo se prepara para recibirme de la forma más hermosa, cada músculo se relaja mientras se acomoda a la intrusión. Lo dilato con cuidado, comprobando que su rostro no muestre señales de incomodidad. Pero solo percibo placer en cuanto añado un segundo dedo, y cierra los ojos.

—Más —exige, empujando contra mi mano.

—Paciencia —murmuro, pero verlo tan predispuesto, la forma en que su cuerpo se abre para mí, me la pone durísima—. No te quiero lastimar.

—No me vas a lastimar. —Tira de mí para darme un beso caótico—. Confío en ti, sé que no me harás daño.

Esas palabras dan en el blanco más que cualquier declaración de amor. A este príncipe lo han traicionado casi todos sus seres queridos. Quiero ser digno de esto, de él, de la confianza que ha depositado en mí, a sabiendas de lo mucho que le cuesta.

Tras colocarme el preservativo, alinee nuestros cuerpos y me adentro poco a poco sin dejar de observar su rostro en ningún momento: cómo bate las pestañas, la forma en que, por momentos,

arruga el entrecejo, el suave gemido que escapa de su boca cuando me hundo más en él. El calor que me rodea, su estrechez, todo es perfecto y abrumador; tanto que necesito detenerme un momento para respirar, para no perder el control por completo.

Me tiembla el cuerpo entero ante el esfuerzo de ir despacio, cada terminación nerviosa se centra en los exquisitos vaivenes de carne contra carne.

—¿Estás bien? —pregunto con voz más áspera que una lija una vez he entrado por completo.

—Perfecto —susurra, y sus ojos, de un azul y una profundidad imposibles, igual que la bahía de Galway, se pierden en los míos—. Todo es perfecto. Ahora muévete antes de que me dé algo.

Comienzo despacio, saliéndome casi íntegramente de su interior antes de volver a hundirme en él, y voy creando una cadencia que nos tiene a ambos jadeando. El roce de nuestros cuerpos es una tortura exquisita. Nuestra piel, aún húmeda de la ducha, hace que cada movimiento sea fluido y sencillo. Nicholas eleva las piernas un poco más, por lo que me adentro con mayor profundidad; el cambio de ángulo le arranca un grito y arquea la espalda.

—Ahí —jadea, mientras sus uñas dejan surcos en mi espalda—, justo ahí. No pares.

—No entraba en mis planes parar. —Me aseguro de seguir dándole en ese punto con cada embestida, y él echa la cabeza hacia atrás, lo que deja al descubierto su largo cuello. Me inclino hacia abajo para morderlo en la zona del pulso, y siento en mi boca el sabor de la sal junto con restos de jabón.

«Mío», clama algo primitivo en mi interior. «Mío, mío, mío».

Debe de leer la expresión de mi rostro porque me dedica una sonrisa burlona.

—Posesivo —suelta y, acto seguido, ladea la cabeza para facilitarme el acceso.

—Tú provocas esto en mí. —Deslizo la mano entre nuestros cuerpos para rodearle la polla y acariciarla al ritmo de mis embestidas. Él mueve las caderas siguiendo el mismo compás—. Solo tú.

¡Jesús, esos sonidos! La forma en que pronuncia mi nombre como si fuese una plegaria y una maldición al mismo tiempo. La sensación de sus músculos tensándose con cada caricia. Es demasiado y no es suficiente, y es todo lo que no sabía que necesitaba.

—Eoin —dice, sin aliento, y mi nombre entrecortado es como el arrullo de las olas contra las rocas. En ese momento, todo su cuerpo tiembla y sus músculos se tensan como la cuerda de un arco—. Ya casi. Estoy a punto...

—Déjate llevar —respondo—. Te tengo.

Se corre con mi nombre en sus labios. Al ver su rostro, al sentir cómo sus músculos me aprietan al contraerse, no puedo más que seguirlo. Se me nubla la vista mientras me vacío en su interior. El placer me recorre entero en oleadas que parecen eternas.

Nos derrumbamos con la respiración desacompasada y nuestros cuerpos aún unidos. Su corazón late contra mi pecho, acelerado, real, una prueba de que sobrevivimos y estamos aquí. Le doy besos perezosos en el hombro a la par que sus dedos se enredan en mi pelo húmedo.

—Somos malísimos en esto de mantener las distancias profesionales —murmura pasado un rato, con voz ronca, satisfecha.

—Los peores —coincido, retirándome con cuidado. Me deshago del condón y voy en busca de pañuelitos para limpiarnos—. Aunque tú no te has quejado.

—Jamás. —Me mira con los ojos entornados, el pelo enmarañado, los labios hinchados y las marcas de este encuentro que empiezan a hacerse visibles. Es la viva imagen de la depravación—. Ven aquí.

Me coloco a su lado y lo atraigo contra mi pecho. Sus dedos se deslizan sobre mis cicatrices como si intentara memorizarlas.

—¿Le has contado todo a Scotland Yard?

—Sí.

—¿Toda la verdad?

—Mentir no tenía sentido.

Se apoya sobre un codo y me mira con sus ojos de color azul imposible.

—¿Te arrepientes?

Pienso en los años invertidos en mi carrera y en forjarme una reputación, y la forma en que se ha ido todo al traste. Luego, lo miro a él, a quien hizo que me replanteara todo lo que creía saber de mí mismo, a la persona más extraordinaria que conozco.

Al hombre que «contiene multitudes».

—Ni por asomo —contesto con sinceridad.

Nos quedamos así, arrojándonos el uno al otro. Fuera, las luces de la ciudad lo tiñen todo de un ligero tono dorado, y por primera vez en días, puede que en semanas, experimento cierta serenidad.

—¿Y ahora qué? —pregunto al rato—. Supongo que me despedirán, y tú volverás a tu vida de noble. Y dudo mucho de que palacio apruebe...

—¿El qué? ¿Que el príncipe sustituto se enamore del hombre que le salvó la vida en numerosas ocasiones? —Nicholas se sostiene apoyando el codo, y sus ojos brillan, rebeldes—. Acabo de orquestar la mayor redistribución de riquezas en la historia británica para pagar por los crímenes cometidos. Creo que me he ganado el derecho a tomar mis propias decisiones en el amor.

—No es tan fácil. Tu familia...

—¿Sabes qué le dije a Callum cuando me preguntó por qué insistía tanto en quedarme a tu lado? —interrumpe Nicholas en voz baja. Busca mis dedos para entrelazarlos con los suyos—. Que eras la primera persona que, cuando me miraba, veía simplemente a Nicholas. No al sustituto, no al emblema, no al intérprete. A mí.

Trago saliva ante la sinceridad descarnada de su voz.

—Vale la pena luchar por algo así —continúa—. Vale la pena enfrentarnos a lo que sea. Tendremos que hablarlo, es posible que te obliguen a pasar por un adiestramiento mediático brutal, porque lo de fruncir el ceño no queda bien en las fotos. Pero Eoin... —Me coge de la cara con ambas manos—. ¿Todas esas reglas contra las que me he rebelado? Eso no es nada en comparación con lo que estoy dispuesto a hacer para pelear por esto, para pelear por ti.

—Ya solo el asunto de los medios de comunicación será una pesadilla —adviento.

—Acabamos de sobrevivir a terroristas, a la traición de Pierce, a mis nefastas habilidades de acampada y a una huida en lancha. Creo que podemos sobrevivir a los fotógrafos y a unos pocos funcionarios que nos miren con mala cara.

Me duele el pecho del amor que siento por este hombre. Pienso en cómo es capaz de hacerme reír en cualquier situación, y que es la persona más frustrante y, al mismo tiempo, la más fascinante que he conocido.

—Tus habilidades de acampada definitivamente son deplorables —contesto, por fin.

—Intentaba darles un toque de originalidad a las instrucciones. —Sonríe contra mi boca—. Por suerte, me quieres de todas formas.

—Que Dios nos pille confesados, porque así es.

Volvemos a besarnos, profunda y lentamente, el tipo de beso en el que se te olvida hasta el nombre y que te realinea el ADN.

—Tu hermano entrará en razón —dice Nicholas bajito tras separarse—. En cuanto vea los logros del fondo de reparaciones, cuando comprenda...

—Puede. —No lo creo, pero aprecio sus buenas intenciones.

Se acomoda en el hueco bajo mi brazo con un suspiro. Permanecemos en esa postura en silencio, cómodos. Luego, Nicholas se remueve, señal de que su mente inquieta sigue activa.

—¿Sabes...? —pregunta con voz inocente mientras me acaricia el pecho con un dedo—. Ahora que has criticado mis habilidades para acampar, siento la necesidad de probar que valgo. Sobre todo, a la hora de tratar con los palos. —Su dedo continúa su viaje descendente—. Hay ciertas teorías en relación con las técnicas de inserción que me gustaría comprobar de inmediato.

—Tu compromiso con el mundo del *camping* es admirable —logro responder.

—Siempre me tomo muy en serio mis investigaciones.

Acto seguido, me demuestra lo muy en serio que se las toma.

Epílogo

Nicholas

Un año después

Hintze Hall, la sala principal del museo de Historia Natural, se alza ante nosotros imponente como una catedral; no obstante, el esqueleto de ballena que pende del techo observa con indiferencia a la élite londinense.

Digamos que no es el museo más glamuroso de esta ciudad, pero en estos momentos ningún museo británico me tiene demasiada simpatía. Y todo porque, no hace mucho, sugerí que lo de «cuidamos de vuestros objetos por vosotros» dejó de ser convincente hace doscientos años. Que, más bien, se podrían dedicar a comenzar una nueva tendencia llamada «arqueología invertida», donde los objetos aparecen por arte de magia en sus países de origen.

La gala de la Fundación Real está en pleno apogeo. Observo a embajadores y ejecutivos de empresas orbitar los unos alrededor de los otros como planetas con trajes de lujo, cuando Callum aparece a mi lado, exhausto.

—¿Estás bien? —pregunto—. Tienes aspecto posapocalíptico.

—A Georgia le está saliendo un diente —responde, como si eso fuera explicación suficiente. Aunque supongo que a estas alturas lo

es, cuando en solo seis meses mi hermano ha pasado de ser un heredero casi normal y competente a alguien que charla sobre los movimientos intestinales de infantes en los banquetes de Estado.

—¿De nuevo? —pregunto—. ¿No le salió uno el mes pasado?

—Al parecer, a los bebés les siguen saliendo nuevos —comenta Oliver tras unirse a nuestra charla. Su expresión es la de alguien que ha estado durmiendo un promedio de tres horas por noche—. Nadie te lo advierte. En los libros te hacen creer que el periodo de dentición es una vez, y luego ya está. Mentira. Todo mentira.

Callum saca su móvil y se mete en la aplicación de fotos rápidamente.

—¡Pero mírala esta mañana! Agarró la corbata de Oliver en el desayuno y...

—Se negó a soltarla durante toda la videoconferencia con el primer ministro canadiense —termina Oliver—. Por suerte, fue muy comprensivo.

Ambos están agotados, no paran de quejarse, pero también se los ve del todo embobados. Es tan adorable que da asco.

Hablando de esas cosas que convierten a un hombre en un bobalicon, veo a Eoin al otro lado de la sala con un esmoquin entallado que le queda como un guante. Se mueve entre la multitud con esa determinación en su andar que le viene de vivir siempre en alerta, buscando cada salida, cada posible amenaza, cada persona que podría no ser lo que parece. El traje formal resalta sus hombros amplios, y su cabello caoba brilla como cobre pulido bajo la iluminación del museo.

Cuando sus ojos se cruzan con los míos, cambia de dirección y sorte a un grupo de diplomáticos como si nada.

—Altezas Reales —saluda, formal, al llegar hasta nosotros, para luego arruinarlo con una sonrisa—. Jesús, Callum, parece que te hubiera pasado una apisonadora por encima.

—Los dientes —responden Callum y Oliver al unísono.

—¿De nuevo? —Eoin hace una mueca de empatía—. Pobre Georgia, y pobres de vosotros.

—¿Quieres verla? —Callum ya está enseñando más fotos—. Aquí la tienes con Sophie, la jirafa...

Y, así, mi novio, compañero, amante, conspirador en la aventura del *Grand Theft Auto*, o lo que sea que queramos llamarlo esta semana, se convierte en un irlandés blandito. Su expresión entera se suaviza en cuanto mira, embobado, a mi sobrina de seis meses babeando sobre sus juguetes de goma.

—Mira esos mofletes. —Va pasando las fotos y las estudia como quien analiza las pruebas de un crimen—. ¿Ya ha empezado a gatear?

—Casi —comenta Oliver—. Acaba de descubrir la marcha atrás, y casi mejor que se quede quieta, créeme.

—Ayer acabó debajo del sofá —añade Callum.

No puedo evitar sonreír al ver a Eoin absorber cada detalle sobre los últimos hitos de Georgia. El hombre que una vez se infiltró en redes de traficantes en Belfast se vuelve un blandengue cuando se trata de mi sobrina. Lo tiene comiendo de su regordeta mano desde el primer momento.

La semana pasada estuvimos en Sandringham por Navidad, y Eoin se ofreció a cuidarla por la mañana para que Callum y Oliver pudieran levantarse más tarde. Cuando salí de la cama, me lo encontré en una salita de estar conversando con la bebé sobre las diferentes técnicas de vigilancia mientras ella le babeaba el hombro.

Una vez Eoin ha apreciado unas diecisiete fotos de Georgia intentando comerse el pie, alza la vista para mirarme, y su expresión se transforma. El cambio es tan sutil que a cualquiera le pasaría desapercibido, pero me he vuelto algo así como un experto en leer la topografía de su rostro. Ahora mismo, percibo una perspicacia particular que es sinónimo de trabajo, no de placer.

—Si me disculpáis —digo con diplomacia—, necesito robarme a Eoin un momento. Cuestiones de seguridad.

Callum y Oliver se miran con complicidad.

—Cuestiones de seguridad —repite Oliver, irónico—. ¿Ahora lo llamamos así?

—Casi mejor que el «análisis exhaustivo de amenazas» —añade Callum—. ¿Lo recordáis? Desaparecisteis tres horas durante la ceremonia de la Orden de la Jarretera.

—Fue un análisis completísimo —respondo con dignidad al tiempo que comienzo a desplazarme—. Disculpad.

Eoin me sigue a una distancia prudencial a través de la multitud hasta llegar a una de las salas de reuniones privadas del museo. Tras comprobar que se halla vacía, lo empujo hacia dentro.

Para cualquier observador, lo que sucede a continuación es un encuentro clandestino entre amantes. Eoin me aprieta contra la puerta, y su cuerpo está lo bastante pegado como para sentir los latidos de su corazón bajo la tela del elegante esmoquin. Sus labios rozan mi oreja, y reprimo un escalofrío que poco tiene que ver con la información que está a punto de compartir conmigo.

—Lord Pemberton —murmura con voz profesional a pesar de nuestras posturas—. Tres reuniones con nuestro amiguito de Hong Kong esta última semana. Las transferencias coinciden con el patrón.

Ladeo levemente la cabeza y mordisqueo su mandíbula.

—¿Los contratos de transporte?

—Se están revisando ahora mismo. Se subdividieron entre compañías más pequeñas, es más difícil de rastrear.

Para hacerlo aún más real, deslizo la mano dentro de su chaqueta, hago contacto con el arma oculta en su cadera y palpo la correa de sujeción a lo largo de sus costillas. Se le corta la respiración, aunque no sé muy bien si se trata de una respuesta instintiva o ensayada.

—¿Marco temporal?

—Dos semanas. Puede que tres. Los chinos se están impacientando.

Me aparto lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—Entonces, tenemos que actuar rápido.

Me sostiene la mirada y, por un momento, la fachada profesional se agrieta. Levanta la mano para tomarme de la cara y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Te eché de menos esta semana —admite en un susurro.

—Yo también. —Dejo que su caricia me envuelva—. ¿Qué tal en Belfast?

Una sombra oscurece su rostro.

—Bien. Fui a la tumba de mis padres. Por el cumpleaños de mi padre.

Desde lo que sucedió en Nueva Zelanda, Eoin ha mantenido contacto con el resto de sus familiares. Parecen haberse tomado nuestra relación bastante bien. Pero la ausencia de Malachy es una herida que nunca sanará.

—Siento no haber podido acompañarte —digo.

—Tenías que asistir al banquete de Estado. El deber llama. — Traza mi mandíbula con el pulgar—. Además, hay cosas que es mejor hacerlas solo.

Nos apartamos en cuanto oímos el ruido de la puerta al abrirse. Eoin comprueba su arma de forma automática mientras yo me aliso la chaqueta.

Aquí no hay nada que ver, tan solo el reencuentro de dos hombres.

Excepto... que es mucho más que eso.

Tras la audiencia disciplinaria, a Eoin lo despidieron de Scotland Yard oficialmente, a pesar de haber movido hasta la última de mis influencias aristocráticas, lo que nunca creí que acabaría haciendo. En cuanto la prensa anunció la noticia de mi relación con mi guardaespaldas, era imposible que Eoin continuara trabajando para la Policía metropolitana.

Sin embargo, a la semana siguiente, un invitado inesperado se presentó en palacio para pedir una reunión extraoficial. Henry Stewart, jefe del MI6, llegó con una propuesta para nosotros.

—He leído los informes sobre lo sucedido en Nueva Zelanda y me da la sensación de que trabajáis bien juntos —dijo—. O'Connell tiene el adiestramiento y la experiencia de un agente encubierto. El príncipe tiene acceso a círculos en los que nunca podríamos entrar.

Y así fue como nos convertimos en los dos agentes de Inteligencia más improbables del MI6.

El príncipe sustituto y el exdetective que utilizan los compromisos reales como tapadera para recabar información en la alta sociedad.

Aunque parezca mentira, la gente es capaz de confesar cualquier delito si te creen demasiado esnob como para comprender de lo que hablan.

El que ha entrado por la puerta ahora mismo no es ninguno de los posibles implicados, sino Singh, quien nos dedica una mirada de hastío.

Puedo afirmar sin miedo a equivocarme que estoy entre los individuos más complicados que la RaSP ha tenido que proteger.

—Solo quería asegurarme de que el nivel de amenaza de esta sala no haya excedido los parámetros aceptables. —Escanea la estancia.

—Gracias, Singh, pero tenemos todo bajo control —responde Eoin.

—Me quedo muchísimo más tranquilo. Informaré al equipo de gestión de crisis que permanezcan a la espera —contesta con frialdad.

—Informa solo a Cavendish —sugiero, inocente—. Eso suponiendo que no esté ocupado demostrando las posiciones defensivas. Esos ejercicios de adiestramiento que os pillé practicando en el castillo de Windsor parecían muy... intensos.

Singh se sonroja.

—Eran procedimientos estándar, señor. Ahora, si ya habéis terminado, ¿podemos volver a la sala principal?

—Claro —respondo con tono alegre.

Abandono la sala primero, con Singh pisándome los talones como el buen agente de seguridad que es. Cuando vuelvo a la sala principal, veo que lord Pemberton conversa animadamente cerca de la barra. Su rostro se está tiñendo de ese tono morado tan característico que produce el exceso de alcohol.

—¡Alteza Real! —saluda a viva voz tras gesticular para que me acerque—. Le estaba contando a Ashworth sobre mi nuevo emprendimiento en la industria del transporte. Pronto nos expandiremos al sudeste de Asia, ¿sabe? Ahí hay muchas oportunidades.

—Qué interesante —respondo antes de aceptar la copa que deposita en mi mano—. Cuénteme más.

Veinte minutos después, he logrado las suficientes confesiones de un semiborracho como para justificar que se lleve a cabo una investigación. Al otro lado de la sala, Eoin charla con total inocencia

con otros invitados, pero lo pillo observándome con esa sonrisa de satisfacción característica asomando a sus labios.

Y esta es la forma particular en que llevamos a cabo nuestra cuota de servicio público. Yo interpreto el rol del sustituto inofensivo y encantador entre copa y copa de champán, mientras él trabaja en la sombra. Juntos hemos destapado redes de tráfico de personas que utilizaban de tapadera organizaciones benéficas, blanqueo de dinero en subastas de obras de arte y hasta un negocio sórdido de venta de armas a través de exportaciones agrícolas.

Es peligroso. Es excitante.

Es también una prueba de que esa vena temeraria que llevó a mi padre a la tumba también corre por mis venas. Pero, mientras que mi padre permitió que dirigiera su vida, que lo absorbiera hasta llevarlo al escándalo y a la ruina, yo he encontrado otra vía de escape. La búsqueda de emociones fuertes está ahí, solo que ahora la pongo al servicio de algo más que la gratificación individual.

Como me dijo Eoin una vez, vamos descubriendo quiénes somos con cada decisión que tomamos.

Trabajar con el MI6 también me ha ofrecido algo que no me esperaba: un propósito. Uno real, tangible, en el que utilizo todas las habilidades que he desarrollado a lo largo de los años. Por ejemplo, saber leer a las personas o desenvolverse con soltura en situaciones sociales complejas. En definitiva, he logrado convertir en un arma poderosa los privilegios que antes me parecían grilletes de oro.

Y todo esto junto al hombre que amo.

La velada llega a su fin. Me disculpo poniendo como excusa un compromiso mañanero y me dirijo a la salida, donde Eoin me espera con mi chaqueta en la mano.

Mantenemos las distancias profesionales hasta sentarnos en el asiento trasero del coche con el panel de privacidad subido. A través de la ventanilla, vemos Londres pasar en haces de luz.

—No hay duda, Pemberton es el hombre que buscamos —confirmo tras aflojarme la corbata—. Tres cargamentos programados para el mes que viene, todos a través de empresas que solo existen sobre el papel.

—Necesitaremos pruebas —responde Eoin, y enseguida se hace con su teléfono seguro, los dedos deslizándose por la pantalla a toda velocidad—. Llamaré a Henry, que el equipo intensifique la vigilancia.

—Mañana —lo disuado, quitándole el móvil de las manos—. Esta noche eres mío.

Levanta las cejas.

—¿Cómo es eso?

—Tómalo como un informe de rendimiento, pero con mucha menos ropa e infinitamente más entusiasmo que los que tenías en Scotland Yard. Y mañana, cuando termines de hablar con Henry, podemos desayunar en la cama.

—Cuidado, suena demasiado doméstico —responde, aunque sonríe.

—Alguien me dijo no hace mucho que tengo que lograr un equilibrio en mi vida. —Me acerco para acurrucarme contra él—. Aunque teniendo en cuenta que ese alguien también me enseñó tres maneras diferentes de desarmar a un atacante con un tenedor de postre, creo que no es quién para juzgar lo que es el equilibrio.

—En realidad, fueron cuatro —corrige Eoin—. Pero para la cuarta se necesita otro tipo de tenedor.

—Ya, claro.

Nos sumimos en un silencio confortable mientras Londres pasa ante nosotros. Me rodea con un brazo, y me dedico a respirar el aroma a colonia de pino que me es tan familiar. Hace un año mi vida peligraba y no sabía si tenía el coraje suficiente para volver a confiar en otra persona. Ahora planifico investigaciones con mi pareja, con la persona que me eligió por encima de todo.

—¿Sabes de qué me di cuenta esta noche? —susurro.

—¿De qué?

—Antes odiaba este tipo de eventos. Hacer contactos, las sonrisas falsas, las eternas charlas insustanciales... —Trazo círculos en su rodilla, distraído—. Ahora se han convertido en mi actividad preferida. Porque ya no es solo cortar la cinta en una ceremonia de apertura y soltar un discurso insulso. Estoy haciendo algo importante.

—Tú siempre has sido importante —dice Eoin con voz firme—. Solo que ahora lo eres de otra manera.

Pienso en lord Pemberton y sus cargamentos, en el momento en que se haga justicia tras sacar a la luz sus actividades. Sobre la Fundación Real, que ya ha redistribuido treinta mil millones de libras para compensar a la gente afectada por el legado del colonialismo, incluida una buena cantidad de organizaciones benéficas LGBTQ+. En Georgia, quien crecerá en un mundo un poco más equitativo y justo porque nos atrevimos a ser valientes. En el hombre que tengo a mi lado, que hace que cada día sea una nueva aventura digna de ser vivida.

—Hacemos un buen equipo —digo.

Me da un beso en la sien antes de responder.

—El mejor.

—Quizás no tanto cuando dejas las toallas mojadas en el suelo del baño.

—Fue solo una vez —protesta Eoin—. Y creo recordar que me distrajo alguien que insistía en mostrarme las diecisiete formas en que podía zafarse de unas bridas.

—Si no me falla la memoria, más tarde hicimos un uso bastante creativo de ellas que ni de lejos figuraba en los manuales de Scotland Yard.

La risa de Eoin reverbera en su pecho, y la noto en cada punto de contacto entre nuestros cuerpos.

El coche atraviesa las calles de Londres en dirección a York House, el sitio que se ha convertido en nuestro hogar. Mañana seguiremos pistas, dejaremos expuestos a los corruptos, salvaremos vidas y arriesgaremos la nuestra. Lidiaremos con los protocolos de palacio, los procedimientos policiales y el eterno conflicto entre la Corona y la conciencia.

Pero esta noche somos Nicholas y Eoin y, de alguna manera, esa es la única identidad que nos importa a ambos.

Las luces de la ciudad pasan tras el cristal como estrellas fugaces, y cierro los ojos para sentir el latido regular de su corazón bajo mi palma.

En los cuentos de hadas, los miembros de la realeza se salvan gracias al beso del amor verdadero.

Nadie menciona que, a veces, la verdadera magia no está en el rescate, sino en lo que sigue. Incluidos esos momentos de tranquilidad entre aventura y aventura cuando eres consciente de que no solo has encontrado el amor, sino también un compañero en todos los sentidos de la palabra.

—Ya estamos en casa —dice Eoin cuando el coche desacelera.

—Lo sé —respondo.

Por la forma en que mira, sé que comprende que me refiero a algo más que una dirección.



¡Hola, soy Jax!

Muchas gracias por leer este libro. Me cuesta mucho dejar en paz a mis personajes, y tenía ganas de escribir la primera cita oficial de Nicholas y Eoin al regresar de su aventura por Nueva Zelanda. Podrás leer este **capítulo extra** lleno de romance y de algún que otro momento incómodo si eres parte de mi *Newsletter*.

Si ya te has suscrito a mi **Newsletter**, descárgatelo aquí:

<https://BookHip.com/SVQTZSP>

Si quieres suscribirte para poder leerlo (y acceder a historias exclusivas y más contenido extra), hazlo desde este enlace:

<https://BookHip.com/FWKBNJA>

¿Te gustan las comedias románticas con algún que otro giro interesante? No te pierdas *Un rollo anónimo*, próximamente disponible en castellano. Si quieres leer un **adelanto**, podrás leer parte del primer capítulo en la siguiente página.

Mientras tanto, si te has quedado con ganas de conocer a Tyler y Aiden, los jugadores de rugby con los que interactúa Nicholas, te invito a que leas [*Fuera de juego*](#), el primer libro de la saga de *Secretos en juego*. En esta historia, dos atractivos jugadores se enamoran al tiempo que compiten por el mismo puesto en la selección.

Este libro trata sobre temas que son importantes. Si quieres saber cuáles fueron mis **motivos** para escribir este romance, lo tienes en la «nota de la autora», tras el adelanto de *Un rollo anónimo*.

No te imaginas lo importantes que son las reseñas para los escritores. Si tienes tiempo, te agradecería que me dejaras una reseña en [Amazon](#), [Goodreads](#) o BookBub.

Capítulo 1: Un rollo anónimo

—Lo que necesitas es un rollo de una noche. —De la nada, sin preámbulos, así es como mi mejor amiga aborda el tema. Nos conocemos desde los diez años, y Jules siempre ha sido así: al pan, pan y al vino, vino y el gazpacho con pepino.

—Sin compromisos, sexo puro y duro —continúa mientras remueve su cóctel y le da un largo sorbo.

—No estoy preparado para volver a tener novio —contesto.

—Para ser profe de Lengua, a veces tus habilidades de comprensión dejan mucho que desear. ¿Te he dicho que te tires a alguien por si luego surge algo más? Solo he sugerido que eches un polvo, y punto. —Su voz se eleva al final de la frase, por lo que me giro primero a un lado y luego al otro para asegurarme de que nadie la escucha. Los demás parecen más preocupados por disfrutar de su cena de sábado por la noche que por escuchar la conversación de la mesa ocho.

Jules me mira con una ceja levantada.

—Nunca he tenido un rollo de una noche —respondo, evasivo.

—Pues ya es hora. De hecho, ¿recuerdas que te ofreciste a escribir un artículo como invitado para mi blog? ¡Ya tienes tema! *Rollo de una noche: guía para principiantes*. —Se recuesta en la silla y me dedica una sonrisa triunfal; debe de ser la misma que tenía Napoleón cuando se convirtió en emperador de Francia. O quizás la

que lucía Atila cuando hizo lo que fuera que hiciese que lo llevó a vivir por siempre en la ignominia.

—Yo pensaba escribir sobre la historia del Orgullo en Auckland —digo.

—¿Cuánto ha pasado desde que tú y Preston habéis roto? ¿Cinco meses? —pregunta.

En realidad, cinco y medio, pero me abstengo de dar esa información. Lo de Jules tiene pinta de ser una pregunta retórica.

—Y no te has acostado con nadie en este tiempo, ¿verdad?

Está claro que puede llevar la conversación ella solita. No necesita de mis aportes.

—Imagino que Preston no se estará cortando un pelo —continúa.

Efectivamente, no se está cortando un pelo a juzgar por las fotos que ha publicado en redes. Tampoco es que fuese a comprobarlo más de dos veces. Por día. Desde el día en que se fue.

Su sonrisa ha tomado un cariz malévolo.

—Es más, creo que deberías ir más allá de un simple rollo. Que sea completamente anónimo. Modifiquemos el título del artículo a *Rollo anónimo: guía para principiantes*. Así evitas que tu cerebro se invente cuentos de hadas y quiera convertir al tío que te ligan en tu príncipe azul. —Se inclina hacia delante y me clava la mirada—. A ver si logras tener una noche sexi, salvaje, sucia sin siquiera saber su nombre. Que solo sea intercambiar orgasmos brutales, nada más. «¡A vivir, que son dos días!».

Uno de los motivos por los que su blog se ha vuelto popular con suma rapidez es que Jules tiene el don de crear imágenes a través de la palabra.

De pronto, lo veo con claridad: sexo duro, sucio. Un cuerpo que presiona contra el mío. Bocas desenfundadas, manos que se deslizan sobre la piel, el placer abrumador que sobreviene al tocar y ser tocado.

A medida que las imágenes se suceden en mi mente, comienzo a sentir un calor que me sube por el cuello.

Sexo. Me gusta el sexo.

Y hace tiempo desde la última vez.

Tengo veinticinco años. Mi vida sexual no debería limitarse a pasar tiempo de calidad con mi mano derecha y el portátil.

Jules no se ha percatado de mi estado de excitación. Como lo note, no me dejará en paz y lo usará como prueba de lo muy necesario que es que le haga caso y eche un polvo.

Por suerte, se ha distraído con otra cuestión.

—¿De dónde sale esa frase de todos modos? ¿Por qué «dos días»?

Parpadeo mientras intento procesar el giro que ha tomado la conversación.

—¿Qué? —pregunto.

—Quiero decir, ¿por qué ese número en concreto? ¿Por qué no son dos años? ¿O diez días? ¿Acaso el dos tiene un significado especial?

—Déjalo, por favor, antes de que esto degenera aún más.

Sonríe.

—Vale, pero solo si te vienes a Pulsaciones esta noche. Quiero que te lances a por el primer tío que veas.

Alzo las cejas.

—¿Que me lance?

—Sí, vas y le dices que te lo quieres follar a lo bestia, como animales.

Siento que me vuelven a subir los colores, por lo que cojo mi cerveza rápidamente y le doy un largo trago.

Cuando apoyo el vaso, Jules aún me observa, expectante.

—Vale —asiento.

Nota de la autora

«¿Por qué decidiste escribir un romance con la temática del colonialismo?», me preguntó una de mis lectoras beta.

¿Respuesta corta? No era mi intención. Quería escribir un romance entre un príncipe y su guardaespaldas. Pero como neozelandesa *pākeha*, es decir, descendiente de colonos escoceses, irlandeses, ingleses, alemanes y noruegos, me di cuenta de que no podía escribir sobre la realeza británica de gira por Australia y Nueva Zelanda sin adentrarme en lo que representa esa institución en esta parte del mundo.

En Aotearoa, Nueva Zelanda, los efectos de la colonización no son solo un hecho histórico, son parte de nuestro presente. Me beneficio de sistemas que se construyeron a base de despojar a la población maorí todos los días. Mis ancestros llegaron a esta tierra en busca de una vida mejor, y la encontraron. Pero el impacto de esa oportunidad resultó devastador para los *tangata whenua*, los pobladores originarios.

Se trata de una herencia complicada. Algunos de mis ancestros buscaban escapar de la pobreza y de la opresión en Escocia e Irlanda. Otros, pertenecían a las administraciones coloniales. Todos ellos, más allá de los motivos que tuvieran para emigrar, formaron parte del sistema que privó a los maoríes de sus tierras, suprimió su idioma e intentó erradicar su cultura.

El «viaje» de reconocimiento y concienciación de Nicholas, en muchos sentidos, se convirtió en un reflejo de mi propio proceso de entendimiento de este legado. Igual que Nicholas, me crie en un sistema de educación que minimizó o romantizó la historia colonial. Como él, he tenido que enfrentarme a la incómoda verdad de cómo se forjó el estado de bienestar que disfruto.

Mi cuñado y mis sobrinas son maoríes, y ver a las niñas transitar entre sus legados maoríes y *pākeha* me ha hecho entender en mayor profundidad la forma en que la colonización continúa configurando nuestras familias y comunidades. Este libro no intenta adoptar la perspectiva de la población nativa, no soy quién para hablar de ello.

Lo que sí he intentado es escribir con autenticidad, dentro del contexto de un romance, sobre lo que significa ser alguien que se beneficia de las estructuras coloniales y que, al mismo tiempo, adora a la gente que ha sufrido por su culpa. Sobre la incomodidad de estar en esa posición y la responsabilidad que ello conlleva. Sobre cómo no podemos cambiar las acciones de nuestros antepasados, pero sí elegir la manera en que respondemos a sus efectos.

Puede que mis lectores internacionales no estén familiarizados con detalles específicos sobre la historia de Nueva Zelanda y Australia, pero comprenderán las cuestiones que de verdad importan: ¿cómo nos enfrentamos a los privilegios heredados? ¿Cómo respaldamos a las instituciones (o a la gente que las representa) al tiempo que reconocemos el daño que han provocado? ¿Cómo seguimos adelante sin olvidar el pasado?

He hecho lo mejor que he podido para tratar estos temas de forma responsable, pero sé que algo se me habrá escapado. Sigo aprendiendo, como todos. En todo caso, espero que la historia de Nicholas y Eoin os entretenga, os conmueva y, quizás, os haga reflexionar sobre esas herencias complicadas con las que todos cargamos.

Ngā mihi (muchas gracias),
Jax

Más libros de Jax Calder en español

Secretos en Juego

[Fuero de Juego](#)

[Jugar en Casa](#)

[Amigos en Juego](#)

Dilemas Improbables

[Un Heredero Improbable](#)

[Una Pareja Improbable](#)

[Un Sustituto Improbable](#)

Más libros de Jax Calder en inglés

Sporting Secrets

[Playing Offside](#): Rivals to Lovers

[Playing at Home](#): Manny Romance

[Playing for Keeps](#): Friends to Lovers

[Sporting Secrets Box Set](#): All Three Sporting Secrets Books, Plus Bonus Stories



Rainbow Redemption

[Beautiful Hearts](#): Age-Gap, Single Dad

[Reckless Hearts](#): Secret Relationship

[Colliding Hearts](#): Rainbow Redemption Novella



The Revenge Club

[Hired by the Enemy](#): A Fake Dating MM Novella

[The Revenge Game](#): An Enemies to Lovers Romantic Comedy

[The Revenge Mishap](#): A Secret Identity Romance



Unlikely Dilemmas

[The Unlikely Heir](#): A Forbidden MM Royal Romance
[The Unlikely Pair](#): An MM Enemies to Lovers Romance
[The Unlikely Spare](#): An MM Bodyguard Romance



The Hookup Duology

[The Anonymous Hookup](#): Lane's POV
[The Unforgettable Hookup](#): Sam's POV



Standalone Romances

[Attractive Forces](#): Nerd/Jock New Adult
[The Other Brother](#): YA/New Adult



Novellas/Short Stories

[Feeding the Grump](#): An Enemies to Lovers MM Romance Novella
[Love Language](#): A Grumpy/Sunshine Short Novella
[Keeping it Casual](#): Light-hearted, Single Dads
[The Inappropriate Date](#): Short Novella
[Coming out at the Ball Game](#): Sweet YA LGBTQ+ Short Story
[Being Set Up](#): Short Novella

Sobre la autora

Jax escribe historias ligeras repletas de humor donde lo más importante son las conexiones profundas entre los protagonistas. Vive en Nueva Zelanda con su familia y una enorme variedad de animales. Es ultrafán de los deportes, le encanta hacer senderismo y sufre de una particular adicción a los documentales de naturaleza que no es ni medio normal. Además, también se considera una adicta a los romances de chicos y le encanta tanto leerlos como escribirlos.

Es muy sociable, pero vive la típica vida del escritor introvertido y pasa una ingente cantidad de tiempo dentro de su propia mente; por eso, recibir mensajes de sus seguidores la hace muy feliz.

Si quieres unirte a Jax's Crew, su grupo de Facebook en inglés, pincha el siguiente enlace:

<https://www.facebook.com/groups/jaxcaldercrew/>

O visítala en [Instagram](#) o [BookBub](#).

Si prefieres comunicarte por correo electrónico, puedes escribirle a: jax@jaxcalder.com y verás que siempre contesta.